



GESTAPO

SVEN HÄLL

Lectulandia

La Gestapo, famosa organización policíaca.

Una anciana, ajena a toda actividad política, es detenida y ahorcada. Para lograr su imposible declaración, los miembros de la Gestapo muestran con ella toda la gama de su estudiada amabilidad.

El Viejo, Hermanito, Porta y el Legionario (conocidos de anteriores novelas), vengan a la anciana y se enfrenta a El Bello Paul, jefe del grupo de la Gestapo.

Lectulandia

Sven Hassel

Gestapo

Biblioteca Sven Hassel - 5

ePUB v1.0

Ozzeman 27.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Gestapo*
Sven Hassel, © 1963
Traducción: Alfredo Crespo
Diseño/retoque portada: Ozzeman (Basada en la edición inglesa)

Editor original: Ozzeman (v1.0)
ePub base v2.0

GESTAPO



Oímos ruidos y gritos detrás de nosotros Hermanito y el legionario se habían detenido para esperar, mientras nosotros seguíamos adelante. Ambos se ocultaron entre la espesura de unos arbustos.

Los cuatro soldados rusos, muy jóvenes, avanzaban corriendo. Llevaban las insignias verdes de las tropas de la NKVD. Algunas condecoraciones colgaban de sus pechos. Eran soldados valerosos, a quienes les gustaba la caza, a quienes les gustaba matar.

Aparecieron en el recodo del camino. El legionario volvió un pulgar hacía el suelo. Hermanito reía. Las dos armas automáticas dispararon a la vez.

Hermanito disparaba en pie, con la ametralladora apretada contra la cadera, y todo su cuerpo de gigante vibraba a causa del violento retroceso.

El legionario canturreaba:

Ven, muerte, ven aquí...

Los rusos cayeron de bruces. Dos de ellos se movían aún cuando cesó el tiroteo.

Hermanito les dio el golpe de gracia. Era una costumbre que duraba desde hacía un año, porque incluso los heridos graves seguían luchando.

—Medida de seguridad —dijo, riendo.

—Bien, Hermanito. Buena idea. Ahora ya no podrán dispararnos por la espalda.

Habían sorprendido al pelotón mientras celebraban una francachela en una cabaña. Era el cumpleaños de Porta. No oímos la llegada de la patrulla de asalto rusa. De repente, los cristales volaron hechos añicos, y las bocas negras de cuatro pistolas ametralladoras empezaron a escupir fuego en la habitación. Nos pegamos al suelo.

El legionario y Porta lanzaron varias granadas por la ventana. Aún no comprendíamos cómo habíamos podido escapar con vida.

Nos reunimos en la cantera situada al otro lado del bosque. Faltaban ocho hombres.

—Yo he visto caer a dos —dijo Porta.

Hermanito arrastraba tras de sí a un teniente ruso. El Viejo dijo que había que llevárselo prisionero.

Al llegar al borde del campo de minas, el teniente lanzó un grito. Hermanito se echó a reír. El Viejo blasfemaba.

—Este estúpido oficial ha intentado largarse —explicó.

Pero habíamos observado que su onda asomaba a medias por uno de sus bolsillos. La onda de acero con sus dos empuñaduras de madera, «la muerte

silenciosa».

—*¡Lo has estrangulado!* —gritó el Viejo, *acusador.*

—*Bueno, ¿y qué? Quería largarse* —rezongó Hermanito.

Y se frotaba el bolsillo de su pantalón.

—*Asesino* —dijo Stege.

LA FISGONA

Nosotros, los supervivientes de la 5.^a Compañía, estábamos tendidos de bruces, bajo los manzanos, contemplando las tropas de reserva que esperábamos desde hacía cuatro días. Acababan de llegar en camiones. Estaban formadas en columna doble, en medio del camino. Sus armas y sus uniformes olían a nuevo. Habían llevado hasta aquí el olor a almacén.

Les mirábamos con ojos de experto. A decir verdad, siempre mirábamos a todo el mundo con los ojos de un soldado del frente, tanto si eran soldados como si no lo eran. Tácitamente, estuvimos de acuerdo en que aquellos 175 reservistas no tenían gran cosa en común con los soldados. Llevaban su equipo como aficionados. El correaje mal ajustado les había producido desolladuras. Sus botas brillaban, pero eran rígidas. No las habían sumergido en orines y frotado después vigorosamente con las manos para curtirlas. Sería imposible llegar muy lejos con unas botas tan rígidas. Las de Porta sí eran unas botas ejemplares. Tan suaves, que se veía moverse su dedo meñique en el interior. Es cierto que, desde lejos, apestaban a orina. Como había dicho *el Tuerto*, nuestro coronel, durante una revista:

—Apestáis como cien urinarios juntos.

Pero *el Tuerto* no prohibía el curtido. Sabía que los pies son esenciales para un soldado. Es el arma secreta de la Infantería. Un comandante de Infantería inteligente cuidaba más los pies de sus tropas que cualquier otra cosa. *Hermanito* pegó un codazo al legionario.

—*¡Menuda pandilla de inútiles nos ha tocado!* Iván los enviará directamente al infierno, con sólo abrir un poco los ojos. Si no estuviésemos aquí nosotros dos, haría mucho que habríamos perdido la guerra.

El Viejo reía en silencio. Estaba tendido bajo un arbusto que le protegía algo de la lluvia que en aquellos momentos caía con gran violencia.

—Es raro que no hayan dado la Cruz de Caballero a un héroe como tú,

Hermanito.

—Su Cruz de Caballero me la meto donde yo sé —gruñó *Hermanito*.

Y escupió hacia una mosca ahogada por la lluvia. Los oficiales, reservistas todos, gritaban injurias. Uno de los reclutas perdió su casco de acero, que rodó por el camino con un estrépito que le traicionó.

—¡Cerdo! —aulló un *Oberfeldwebel*—. ¡Paso ligero!

El recluta, un hombre mayor, empezó a evolucionar bajo los gritos del suboficial.

—¡Adelante! ¡A la carrera!

El *Oberfeldwebel* no le siguió. Permanecía en el camino, dando órdenes con su silbato: Era la clase de individuo que sabe hacer sufrir a los reclutas. En un cuarto de hora, consiguió destrozar completamente al hombre que había dejado caer su casco. Aniquilado. Listo.

El *Oberfeldwebel* se rió, satisfecho. Había motivos para regocijar el corazón de un viejo suboficial.

Nuestro jefe de Compañía, el teniente Ohlsen estaba hablando con el teniente que había traído a los reservistas. Ni siquiera se daban cuenta de que el viejo estaba en las últimas. Se había convertido en una costumbre. Ocurría tan a menudo... En el reglamento, a esto se le llamaba mantener la disciplina. Ocurría ya en el ejército del emperador. La costumbre exigía que se esperara a que alguien cometiera una falta; entonces, se disponía de los medios para liquidarla. Era sencillo y más eficaz.

Los reclutas contemplaban, pálidos, a su camarada que ya sin fuerzas, bajaba la colina a gatas. Aunque el *Oberfeldwebel* le hubiera amenazado con un consejo de guerra, hubiese sido incapaz de levantarse.

El *Oberfeldwebel* escupió en su dirección.

—¡Cuádrese, maldita sea!

Pero el viejo permanecía en el suelo y sollozaba de un modo que desgarraba el alma. Ya sólo era una masa inerte. El *Oberfeldwebel* había buscado los montones de estiércol, cuando le había enviado a campo través. Riendo suavemente para sí mismo, contemplaba al hombre tendido en el suelo. Se lamía el labio inferior.

—¡Bueno, becerro! Si no quieres cuadrarte, tengo otros métodos. No creas que has terminado. Espera a que Iván te dispare balas trazadoras contra el trasero. Entonces, sabrás lo que se puede aguantar. Coge la pala —gruñó.

El viejo palpó en busca de la pala de Infantería y consiguió levantarla de manera reglamentaria.

—Tiro de artillería enfrente. ¡A hacer trincheras!

El recluta intentó cavar. Resultaba un espectáculo bastante cómico. A aquella velocidad, necesitaría mil años para hacer una madriguera. Durante la instrucción, el tiempo era exactamente de once minutos y medio, cronometrados desde que se sacaba la pala del estuche. ¡Y ay del que empleara un segundo más! Nosotros,

veteranos del frente, todavía éramos más rápidos. Pero es verdad que habíamos excavado miles de agujeros. Se podían encontrar desde la frontera española hasta la cumbre de Elbruz, en el Cáucaso; y habíamos cavado en toda clase de tierras. *Hermanito*, por ejemplo, podía enterrarse en seis minutos catorce segundos, y su corpachón necesitaba un agujero profundo. Se alababa de poderlo hacer aún más de prisa, pero decía que no valía la pena porque nadie igualaba nunca su marca.

El *Oberfeldwebel* tocó a su víctima con la punta de una bota.

—¿En qué estás soñando? ¿Es que piensas terminar tu agujero cuando todos estemos muertos y podridos en nuestras tumbas? Más aprisa, más aprisa.

El recluta se desvaneció. Se desvaneció así sin autorización. El *Oberfeldwebel* estaba muy sorprendido. Meneando la cabeza, ordenó a otros dos reclutas que se llevaran el «cadáver».

—Y a eso le llaman soldados —murmuró—. ¡Pobre Alemania!

Aquel tipo aprendería a conocerle, se prometió. Él, el *Oberfeldwebel* Huhn, terror de Bielefeldt. Se frotó voluptuosamente las manos. Espera, amigo mío, espera. Serás el primero que liquide en esta Compañía.

Pero el castigo había surtido efecto. Ninguno de aquellos reclutas dejaría caer nunca más su casco.

—¡Vaya latoso! —dijo Porta, con indiferencia, mientras mordisqueaba el salchichón de cordero que había encontrado cinco días antes en el macuto de un artillero ruso.

Todos teníamos de aquellos salchichones de cordero. Salchichones de cordero del Kakastán. Salchichones duros como piedras, salados; pero eran deliciosos. Sólo éramos doce supervivientes. Las grandes pérdidas apenas nos impresionaban ya. Nos habíamos acostumbrado. Pero el bosque nos había costado caro. Regresábamos, a través de ese bosque cuando sorprendimos una batería de campaña rusa. Como de costumbre, fue el legionario el primero que les vio. Ni siquiera los pieles rojas de Cooper atacaban más silenciosamente que nosotros. Les liquidamos con nuestras *kandras* ^[1]. Cuando hubimos terminado, era como si un obús del 15 hubiese estallado entre ellos. Les caímos encima como un rayo. Estaban tostándose al sol, tranquilos y confiados. Su jefe de batería, un gordito jovial, salió de la villa, sorprendido por el estrépito.

—¡Ah, malditos cerdos! ¡Han vuelto a atiborrarse de vodka y se están peleando! —le dijo a su segundo, un teniente.— ¡Vaya jaleo!

Fueron sus últimas palabras. Su cabeza rodó por el suelo y dos chorros de sangre brotaron de su cuello tembloroso.

Sin guerrera y vociferando, el teniente huyó hacia el bosque; pero Heide le alcanzó y le clavó su *kandra* en el pecho.

Cuando hubimos terminado, presentábamos un aspecto horrible.

Algunos de nosotros vomitábamos.

La sangre y las tripas apestaban espantosamente; y además había moscas. Enormes moscas azules.

A nadie le gustaba el *kandra*. Era demasiado escandaloso, aunque un arma excelente. No había otra que la igualara. El legionario y *Barcelona* Blom nos habían enseñado a utilizarla.

Nos sentamos en las cajas de municiones y en los obuses.

Aliviados y satisfechos, empezamos a comer sus salchichones de cordero, regándolos con vodka ruso.

El único que no tenía hambre era Hugo Stege. Siempre nos burlábamos de él porque había cursado estudios secundarios. Jamás profería palabrotas. Nosotros lo encontrábamos anormal. A causa de su lenguaje correcto y de sus buenos modales le teníamos por un poco chiflado. Lo peor fue cuando *Hermanito* descubrió que se lavaba las manos antes de comer. Nos reímos durante una hora entera y después le aconsejamos que visitara a un psiquiatra.

El Viejo contemplaba los salchichones de cordero y el vodka.

—Llevémonos todo esto, esa gente ya no lo necesitará más.

—¡Qué hermosa muerte! —comentó con énfasis el pequeño legionario—. Ni siquiera se han dado cuenta de que les matábamos, Alá es grande. Él cuida de sus criaturas. —Pasaba cuidadosamente un dedo por el *kandra* afilado como una navaja—. Cuando se sabe utilizar, no hay muerte más rápida.

—En el fondo, es lástima —murmuró Stege.

Vomitó de nuevo.

—¿Lástima? —exclamó Porta—. ¿Por qué? ¿Y si hubiera ocurrido al revés y hubiésemos sido nosotros los que hubiéramos estado roncando mientras ellos salían del bosque?

—De todos modos, es lástima.

Stege era obstinado.

—Bueno, bueno, es lástima. Pero, entonces, ¡maldita sea!, también es lástima que tengamos que arrastrarnos por este condenado bosque que nos importa un comino, ¿Acaso es culpa nuestra? Cuando te pusieron la cacerola de Hitler en la cabeza, ¿te preguntaron si te gustaba matar a la gente?

—Eso es una estupidez —protestó Stege—. En nombre del cielo, ahórranos tu filosofía.

—*Comarade* ^[2], es cierto lo que dice Porta —intervino el legionario, pasándose el cigarrillo de un lado al otro de la boca—. Estamos aquí para matar, lo mismo que un mecánico está en un garaje para reparar automóviles.

—Es lo que yo pienso —rezongó Porta.

Y sacudió las manos para ahuyentar las moscas que se elevaron de los cadáveres

de los rusos.

Aquellos bichos nos exasperaban. Eran unas moscas insolentes que se te metían por los ojos y la nariz. No habían comprendido la diferencia entre un muerto y un vivo. Porta señaló a Stege con un dedo sucio.

—Te has encontrado un *kandra*; no vengas a contarnos que tenías intención de colgarlo de la pared, porque primero no tienes pared, y como el maíz no crece aquí, tampoco puedes utilizarlo para la cosecha. Te guste o no te guste, tenías las ideas claras cuando lo cogiste del cadáver. Lo querías para cargarte a alguien.

—¡Cerdo! —dijo Stege entre dientes.

—Soy un soldado nazi —replicó Porta, lacónico.

—¡Bah! —gruñó Heide, mientras secaba su ancho *kandra* en el pantalón.

—¡Vaya porquería! Está mellado. Si por lo menos tuviéramos una muela, podría afilarlo. No corta bien. Somos seres humanos, ¿no? No vale la pena hacer sufrir a la gente más de lo necesario.

El Viejo se levantó y dio unas órdenes breves:

—Recoged las armas. En columna de a uno.

Hermanito y Porta no tardaron en alcanzarnos. Primero, habían querido saquear los cadáveres. Habían estado a punto de pelearse por tres dientes de oro. Porta consiguió dos. *Hermanito* tuvo que contentarse con uno.

El Viejo estaba furioso.

—Siento verdaderos deseos de liquidaros a los dos. Me da asco veros arrancar los dientes de oro a los cadáveres.

—No seas melindroso —replicó Porta, con ironía—. ¿Enterrarías tú un anillo de oro? ¿Prenderías fuego a un billete de mil? Supongo que no, porque, en tal caso, estarías loco de atar.

El Viejo rezongó aún otro poco. Sabía bien que en cada Compañía, tanto en la nuestra como entre las del otro lado, había «dentistas», que llevaban sus tenazas cortantes en el bolsillo. No podía evitarse.

Ahora, estábamos allí, bajo los frutales, masticando los salchichones de los artilleros muertos. Las gotas de lluvia caían rítmicamente de los árboles. Teníamos frío y estirábamos la «tela» más hacia arriba para cubrir nuestros cuerpos temblorosos. Era el objeto de múltiples usos de nuestro equipo: esclavina, tienda, cobertura de camuflaje, saco de transporte, colchón, hamaca y ataúd. Era lo primero que nos alargaban los empleados del almacén y era lo único que nos seguía hasta la tumba.

Porta contemplaba las nubes cargadas de lluvia.

—Lluvia, siempre lluvia. Las montañas son un asco para combatir. ¿Os acordáis de cuando peleábamos en la dulce Francia? Siempre hacía sol, y durante los altos podíamos permitirnos el lujo de tostarnos.

—¡Dios mío! —suspiró Julius Heide—. Aquello sí que era una guerra. ¡Pero fue suerte no habernos pasado al otro bando! Ahora estaríamos fríos. ¿Os acordáis de los desertores que vimos, arrastrados por los perros de guardia de la policía militar, en dirección a Torgau ^[3], después de la capitulación de los franceses?

—No es que se pueda asegurar que estaríamos muertos —murmuró *Hermanito*, soñador. Se sentó en la hierba mojada e inclinó el busto hacia delante. Sus ojillos negros brillaban—. Tal vez estaríamos en Londres, donde vive ese Churchill. Me han dicho que es un verdadero placer ser prisionero de guerra de los Tommies. ¿Os acordáis del comisario capitán con quien conversamos en Nikolaijev? El que se había disfrazado de campesino pero al que *Anda o Revienta* desenmascaró. Aseguraba que nuestros camaradas se paseaban por los parques de los Lores y cogían violetas para sus salones; y que, por la noche, se divertían con las criadas en el heno. Sería el mayor mentiroso del mundo si afirmara que no me gusta el olor del heno. Una vez tuve una aventura con una chica en un henil, y os aseguro que la proximidad del heno me excitó mucho.

—Es mejor que no haya demasiados mosquitos en la parte superior —dijo Heide, apuntando su salchichón hacia el *Oberfeldwebel* que había torturado a muerte al viejo recluta—. Vamos a divertirnos con ese *Oberfeld*. Nos causará problemas.

—Entonces, nos lo cargaremos —decidió *Hermanito*, mientras se sonaba ruidosamente con los dedos—. No tienes más que indicármelo; soy un experto en liquidar a tipos como él.

—¡Qué será de nosotros cuando todo eso haya terminado! —dijo Stege filosóficamente—. En realidad, sólo hemos aprendido a matar, *Hermanito*.

—Desde luego que no —contestó éste, risueño—. Siempre harán falta muchachos rápidos para matar. ¿Es que no es verdad, *Anda o Revienta*?

—Tienes razón, *mon camarade*.

—No entiendo nada de tu idioma extranjero. Pero cuando se habla de liquidar a los otros, pienso de repente que siempre he temido diñarla. El gran salto por la estratosfera no me seduce demasiado.

—¿Temes tal vez encontrarte con el buen Dios? —preguntó Stege.

—No —gruñó *Hermanito*—, no es por eso. Es más bien porque, una vez tienes un agujero en el cráneo, todo está listo. Y luego, punto final. No creo en Dios. Si existe, sería el final para mí, dado mi expediente.

Hermanito se balanceaba un poco, indeciso. Arrugaba su estrecha frente, buscaba las palabras.

—No llego a imaginar que algún día ya no habrá «la cerveza de las siete», escondido en las letrinas en compañía de varios camaradas, y un par de dados. Ese canguelo de estirar la pata lo tenía ya cuando era chico, antes de que me metieran en el hospicio y cuando hacía recados para el señor Kleinschmidt, el lechero de la

Davidstrasse. Siempre corría bajo los faroles armando ruido con mis botellas, porque tenía una idea estúpida en la cabeza. Si me dejaba atrapar por la oscuridad, el hombre del cuchillo vendría a clavármelo. —Se hincó de rodillas y nos miró a todos sucesivamente. Después, prosiguió en voz baja—: Dulce Jesús, hijo de María, cuanto miedo tenía. Recuerdo sobre todo una puerta en el extremo de la calle Bernhard Nocht. Había que atravesar un pasillo largo y estrecho antes de llegar a la escalera, y en cada planta había largos pasillos por los que se llegaba a las viviendas. En todas partes había vagabundos dormidos. A menudo, tropezaba con ellos. Evidentemente, tenía una prisa endiablada, como todos los repartidores de leche. Algo me decía que el hombre del cuchillo estaba entre los mendigos. Y tenía razón. Lo comprendí cuando me metieron en el hospicio. En aquella maldita jaula encontré a un fulano. Su hermana había sido despanzurrada por un vagabundo exactamente en aquel número de la calle Bernhard Nocht donde, cada mañana a las cuatro, repartía mis botellas de leche. ¿Y si me hubiera encontrado a mí? A aquellas horas, ya hubiese podido gritar cuanto quisiera. En todas las viviendas, dormían después de haber empinado el codo. Nadie se habría molestado por un chiquillo que pedía socorro.

—No te buscaba a ti —dijo *Barcelona*, convencido.

Hermanito le miró, boquiabierto.

—¡Maldita sea! ¿Cómo lo sabes, borracho? ¿Le conociste?

—Está muy claro —contestó *Barcelona* Blom—. Pegó varias cuchilladas a una chica para aprovecharse de ella. ¿No es cierto?

Hermanito asintió con la cabeza.

Barcelona se echó a reír.

—Entonces, está claro como el agua del manantial. El individuo quería jugar. Los jovencitos no le interesaban. Por lo tanto, no tenías nada que temer.

—Haría falta mucha hambre para fijarse en *Hermanito* —comentó Porta, riendo. El legionario sonrió levemente.

—No olvidéis que aquí nos falta todo eso. Tal vez *Hermanito* podría ganarse la vida haciendo horas extraordinarias.

—Si alguien tratara de acercármeme —dijo *Hermanito*, sacando su cuchillo de combate, que clavó con furia en el suelo—, no sobreviviría. Los pederastas no me interesan. No me importa el físico de las gachís; no me importa que tengan quince o cien años, que sean ramera o que vayan en sillas de ruedas; me interesan todas enormemente. Pero los otros, al cuerno.

Y *Hermanito* escupió con repugnancia.

El teniente que había traído a los reclutas los hizo formar en una sola fila antes de marcharse. De repente, le había entrado prisa. Quería marcharse rápidamente, avisado por su instinto. Aquello olía mal. Hizo su discursito habitual, que ponía término a sus deberes por lo que respectaba a aquel transporte.

Los reclutas le escuchaban con un silencio indiferente. El oficial graznaba como una rana acatarrada.

—¡Fusileros blindados! Ahora, estáis en el frente. Pronto tendréis que combatir contra los sanguinarios enemigos del rey, los hombres de la marisma soviética. Será la oportunidad para que reconquistéis vuestro honor cívico y vuestro derecho a vivir de nuevo entre los hombres libres. Si sois valientes de verdad, vuestro expediente judicial será eliminado. Vosotros mismos debéis rehabilitaros. —Carraspeó y añadió, con cierta timidez—: Camaradas, el Führer es grande.

La risa de Porta llegó hasta él. Le pareció entender la palabra «cretino».

Los miró de reojo. Enrojeció. Parecía tener frío. Se llevó una mano a la funda de su pistola.

—¡Soldados! —prosiguió—. Debéis reaccionar. No decepcionéis al Führer. Tenéis que redimir vuestros crímenes contra Adolph Hitler y el Reich.

Respiró profundamente y miró con fijeza hacia nosotros doce, bajo los árboles. La cara de criminal de *Hermanito*, vuelta hacia él, brillaba junto a la de Porta, astuta como la de un zorro.

—Lucháis junto a los mejores hijos de nuestro país —graznó—; y desdichado del puerco que se muestre cobarde. Sería la peor tontería que podría hacer.

—¡Los mejores hijos! ¡Esta sí que es buena! —dijo *el Viejo*, riendo—. Por lo visto no conoce a Porta ni a *Hermanito*.

Hermanito gruñía como un lobo hambriento que olfatea su presa.

—Soy el mejor hijo de mi madre.

—¿Porque no ha tenido ningún otro? —preguntó Julius Heide.

—Ahora, no —dijo *Hermanito*—. Los demás se marcharon.

—¿Qué ha sido de ellos? —preguntó Porta.

—El más joven, en un momento de locura, se presentó en la Gestapo, en Stadthausbrücke, n.º 8. Debía facilitar explicaciones relativas a un asunto de la calle de Budapest. Ya no recuerdo los detalles, pero se trataba de una pared, de un bote de pintura y de un pincel. Aquel cretino tenía la manía de escribir en las paredes. No volvimos a verle. A *Buller* le rebanaron el cuello el año 1939, en el Fuhlsbüttel. Fue el mismo día que se cargaron a mi viejo. Y después, estaba Gert. Era completamente idiota. Se presentó voluntario en la Marina de Guerra. Se hundió en el «U-18», en 1940. Como agradecimiento, recibimos una hermosa tarjeta del almirante Doenitz. Ya sabes, con la orla dorada y todo. Y las palabras: *Der Führer dankt Ihnen*. Aquella tarjeta tuvo un triste destino, lo que hubiera desagradado extraordinariamente al señor Doenitz.

Hermanito pegó un buen mordisco al salchichón.

—Pero como no lo supo...

—¿Qué le ocurrió a la tarjeta del almirante? —preguntó *Barcelona Blom*,

curioso.

—¡Menudo jaleo se hubiera armado si llega a conocerse esta historia! ¡Era un domingo por la mañana! La señora Creutzfeld se había instalado en el retrete. Cuando quiso limpiarse, se dio cuenta de que no le quedaba papel. «Tráeme un papel suave», me gritó. Le entregué la tarjeta del almirante. Fue todo lo que pude encontrar con las prisas. Mi madre se enfureció contra el señor Doenitz porque la tarjeta era tesa como una tabla.

—¿Te has convertido en hijo único? —le pregunto.

—Sí, los otros once han desaparecido. A algunos se los cargaron. Tres se ahogaron en el mar. A los dos más pequeños los quemaron vivos durante las visitas de los bombarderos de Churchill. No quisieron bajar al refugio. Querían ver los aviones. Sólo queda ya la señora Creutzfeld, esa granuja y yo.

Hermanito miró a su auditorio, antes de proseguir.

—¡No todas las familias han sacrificado tanto en el altar de Adolph! —Volvió a morder el salchichón de cordero y bebió un poco de vodka—. Pero que se vayan todos al cuerno con tal de que a mí no me pase nada. Y algo me dice que conseguiré escapar.

—Sólo me sorprendería a medias —dijo *el Viejo*.

Examinamos el brebaje de la olla del legionario. Porta añadió un poco de leña. El fuego ardía alegremente. El legionario removi6 la espesa sustancia. Apestaba un poco, pero menuda curda atrapamos. La llevamos por todas partes durante casi una semana. La habíamos metido en cantimploras. Tenía que fermentar, había dicho *Barcelona Blom*. Ahora, había que hacerlo hervir, y en cuanto hirviera, procederíamos a la destilación. Porta había fabricado un alambique sensacional. La olla la habíamos robado en un vagón de cocina. Era una de esas ollas cuya tapa podía atornillarse para cocer a presión. Habíamos hecho un agujerito en la tapa, para fijar en él el aparato de destilación de Porra. Y esperábamos con impaciencia a que el líquido empezara a hervir.

—Menuda juerga nos espera —exclamó Heide, alegre.

—*Heil, Sieg!*

Eran los reclutas que saludaban con estas palabras el discurso de adiós del teniente de transportes.

Sin más formalidades, el teniente Ohlsen se hizo cargo de los reclutas. El teniente desconocido desapareció con su «Volkswagen» anfibio.

Los reservistas rompieron filas y formaron pequeños grupos, bajo los árboles. Echaron su equipo al suelo y se tendieron sobre la hierba mojada. Se mantenían a distancia de nosotros, los veteranos. Les intimidábamos.

El *Oberfeldwebel* Huhn avanzó hacia nosotros, muy seguro de sí mismo. Al pasar por nuestro lado rozó la olla del legionario, y unas gotitas cayeron al suelo. El

suboficial fingió no advertirlo, y prosiguió su camino. Sus botas nuevas crujían y nos enviaban su olor a almacén.

El legionario apretó los labios y miró al *Oberfeldwebel* con ojos malévolos; después, hizo a *Hermanito* el signo convenido: el pulgar hacia el suelo.

Hermanito lanzó un resoplido y se ajustó el correa. Tenía el salchichón de cordero, en una mano; en la otra, un bote hojalata lleno de brebaje. La tela mojada colgaba de su cintura cuando empezó a seguir tranquilamente al *Oberfeldwebel* Huhn.

—¡Eh, buen hombre! —gritó de repente—, has derramado el jugo del caballero.

Huhn se detuvo en seco, como alcanzado por un rayo, y se volvió vivamente.

—¡Por todos los diablos! ¿Qué mosca le ha picado? ¿No sabe cómo hay que dirigirse a un superior?

—Claro que lo sé —contestó *Hermanito*, impasible—. Pero ahora no se trata de eso. Has derramado el jugo del caballero. Esto no se hace.

El *Oberfeldwebel* se ajustó la gorra, y estalló:

—¿Es que se ha vuelto loco? Utilice un poco el cerebro, y observe el HDV ^[4] para hablarme. De lo contrario, le enseñaré a...

—Anda y que te onduen —le interrumpió *Hermanito*—. Ahora hablamos del jugo. Después nos ocuparemos de tu problema.

Huhn inspiró profundamente. Jamás había visto nada igual. Desde hacía siete años, instruía a los reclutas de las guarniciones y de los campos. La última vez, en el terrible campamento disciplinario militar de Heuberg. Si alguien se hubiera atrevido a hacer lo que *Hermanito*, habría recibido inmediatamente un balazo en la cabeza. Por un momento, este agradable pensamiento pasó por su mente; sacar la pistola y vaciar la recámara en el hocico de *Hermanito*, pero algo le hacía desconfiar de esta solución draconiana. Reinaba una extraña calma. Todos miraban a los dos hombres. Incluso los oficiales, el teniente Ohlsen y el teniente Spát.

Hermanito permanecía inmóvil, con el salchichón en la mano.

—Has derramado el jugo del señor, *Oberfeld*. Esto no nos gusta.

Huhn abrió y cerró la boca varias veces. En realidad, no sabía qué decir. Lo que ocurría era totalmente increíble. Ni siquiera el Consejo de Guerra le daría crédito. Sin embargo, tenía que admitir que, efectivamente, tenía ante sí a un corpulento y estúpido *Stabsgefreiter* que enarbolaba un salchichón y le tuteaba, a él, un *Oberfeldwebel*.

Hermanito apuntó su salchichón hacia el pecho de Huhn.

—Es inútil *Oberfeld*. Tendrás que pagar una multa a *Anda o Revienta*. Existen ciertos impuestos sobre el bebercio. No se le puede derramar de esta manera, y, en el 27.º, es el legionario quien tiene el monopolio para fabricar «Schnapp». Además, hace días que paseamos nuestra olla. La tenemos desde que se la robamos a los rusos.

¡Es una olla estupenda! Si quisieran conceder la Cruz de Hierro a las ollas, ésta tendría una. No se ha derramado ni una sola gota durante el transporte. Después, llegamos aquí, nos tendemos tranquilamente bajo los manzanos, con esta maldita lluvia, para darle un último hervor a nuestro jugo. Y, ¿qué ocurre? Te presentas tú y lo derramas. Y ahora aún te la das de ofendido. Pero es que no comprendes la situación. Los ofendidos somos nosotros.

Huhn entornó los ojos y avanzó un paso hacia *Hermanito*. Apoyaba una mano en la pistolera.

—Bueno, ya basta. ¿Cómo te llamas, cerdo? Ya sabré meteros en cintura. Podéis estar seguros. Tengo los medios para hacerlo.

Sacó papel y lápiz.

A *Hermanito* le importaba un comino.

—Tú no estás bueno, *Oberfeld*. Tienes más motivos para temerme que yo a ti. Ahora, estás en el frente, en una Compañía de asalto sin la gallina ^[5]; y somos varios tiradores escogidos los que podemos ocuparnos de ti. Apuesto diez contra uno a que no regresarás del frente. Eres demasiado estúpido. Para salir vivo de esta guerra, hay que tener una cabeza muy clara.

Sabe Dios lo que hubiera ocurrido si el teniente Ohlsen no hubiera intervenido. Llamó a Huhn y, al mismo tiempo, se volvió hacia *Hermanito*.

—Cállese, Creutzfeld, si no quiere ir al calabozo. ¿Entendido?

—Bien, mi teniente —contestó *Hermanito*, casi cuadrándose ante el otro.

Entrechocó los tacones y avanzó hacia nosotros arrastrando los pies.

—Le hincharé los morros a ese tipo —se prometió, al mismo tiempo que se sentaba.

—Ya os he dicho que nos divertiríamos con él —dijo Heide, meneando la cabeza—. Es un crápula. Ya veréis. No ha terminado de darnos la lata.

—Podríamos atarle una granada en el trasero —propuso Porta.

—Dejaos de tonterías —dijo *el Viejo*—. Un día os pescarán si seguís liquidando a vuestros superiores.

—*Sacre nom de Dteu*, esto empieza a hervir —declaró el pequeño legionario, mientras atornillaba la tapadera—. Pásame el tubo de caucho. Empezará a manar.

Contemplábamos con recogimiento el alambique, en cuyo interior los vapores se transformaban en líquido.

Todos se habían agrupado a nuestro alrededor. Con la mirada fija, *Hermanito* rociaba el alambique improvisado con el agua obtenida mediante un sistema de irrigación.

—¡Está manando! —exclamó Porta—. ¡Maldita sea!

Se apresuró a poner una botella debajo.

—Hijos míos, no tenéis idea de la sed que tengo —murmuró Heide.

La botella de Porta se llenó lentamente.

Durante toda la noche, proseguimos llenando botellas. Nuestro cansancio había desaparecido de repente.

El teniente Ohlsen meneó la cabeza.

—Estáis locos. Si os bebéis esto, estiraréis la pata.

—En todo caso, mi teniente, será una hermosa muerte —replicó Heide mientras pasaba un dedo por el gollete.

—Pero ¿no vais a filtrarlo? —preguntó el teniente Spät, siguiendo las gotas con la mirada.

—No vale la pena —contestó el legionario.

—Pero ¿y el metanol? —preguntó el teniente.

—No nos importa —repuso con indiferencia el legionario—. Lo esencial es que podamos emborracharnos.

—Y lo conseguiremos —dijo Heide, con gran convicción.

—Si Iván sospechara que tenemos esta olla, nos atacaría en el acto.

—Nuestra olla es *gekados* ^[6] —cuchicheó Porta, misteriosamente.

El teniente Ohlsen se rió, y después se marchó hacia un seto, seguido por el teniente Spät.

Al día siguiente, también se nos permitió descansar bajo los manzanos. Nos pasamos toda la jornada cocinando. Para que nuestro trabajo fuera más eficaz, habíamos creado grupos de trabajo. Empezábamos a albergar la ingenua esperanza de que se olvidarían de nosotros, y nos dejarían allí, bajo los manzanos.

Pero después de medianoche, oímos una moto que bajaba con estrépito de la montaña. Al llegar a nuestra altura, el vehículo se detuvo. Un suboficial cubierto de barro saltó al suelo.

—¿El jefe de la 5.^a Compañía? —gritó.

El teniente Ohlsen se levantó para recibir el mensaje.

La estafeta desapareció inmediatamente, a toda velocidad.

—*Merde*, va a ver jaleo —nos predijo el legionario—. Démonos prisa en terminar el jugo. Ya sólo faltan unos diez minutos.

—Hay treinta y una botella —declaró Porta, triunfalmente.

—¿Cuándo empezaremos a beber? —preguntó *Hermanito*.

El legionario le miró con recelo:

—Intenta tan sólo meter la nariz y te las verás conmigo. *Compris, petit ami?*

—Aguafiestas —refunfuñó *Hermanito*.

El silbato del teniente Ohlsen resonó en la oscuridad.

—¡5.^a Compañía, preparada para la marcha! En columna, en el camino. Pero aprisa, señores.

El *Oberfeldwebel* Huhn se nos acercó.

—¿No lo habéis oído, cretinos? El jefe de Compañía ha dado la orden de marcha.

—El único cretino que hay aquí eres tú —siseó el legionario.

Huhn empezó a despotricar.

En aquel momento, ocurrió algo que sorprendió a todo el mundo. *El Viejo* se acercó al *Oberfeldwebel* Huhn hasta que sus cascos casi se tocaron.

—*Oberfeldwebel* Huhn —empezó a decir con voz tranquila, pero cargada de amenazas—, he de decirte algo. Soy el jefe de esta sección, y si alguna vez te diriges a uno de mis hombres, te pondré en tu lugar. No soy más de un *feldwebel* del frente, y no conozco la vida de guarnición; pero veo que tú no conoces la vida del frente. No me gusta emplear la violencia, pero si te metes en mis asuntos dejaré las manos libres a mis hombres para que hagan lo que se les antoje contigo.

Porta se echó a reír.

—¡Bien dicho! Pero ¿de qué sirve tener tantos miramientos con un imbécil?

Huhn se disponía a poner el grito en el cielo, pero una mirada de *el Viejo* le detuvo. Cuando se disponía a dar media vuelta, no pudo contenerse, y exclamó:

—Os creéis muy listos, ¿eh? Pues esperad, y veréis.

Tras lo cual, se acercó al teniente Spät, a quien empezó a quejarse en voz alta. El teniente Spät se marchó tranquilamente, dejándole con la palabra en la boca.

—Vamos, vamos —ordenó el teniente Ohlsen desde el camino—. A las armas, muchachos, y en fila. Porta, ¡maldita sea!, muévete...

Porta y *Hermanito* levantaron la olla y se colocaron en fila, delante del teniente, que fingió no ver el recipiente.

Heide y *Barcelona* arrastraban sus armas. Los reclutas acudieron corriendo. Tropezaban entre sí y se peleaban. Inadvertidamente, uno dio un golpecito a Porta.

—Vuélvelo a hacer otra vez, muñeco de cartón, y recibirás tal bofetada que te olvidarás de tu padre, de tu madre y de Hitler.

El recluta se quedó boquiabierto, pero guardó un prudente silencio.

—¡Hatajo de desgraciados...! —gruñó *Hermanito*.

—5.^a Compañía, ¡firmes! ¡Media vuelta a la derecha! —ordenó el teniente Ohlsen.

Los jefes de sección indicaron el rumbo a seguir.

—Mirada al frente. Porta, ¡maldita sea!, ¿dónde está tu casco? No quiero verte con esta especie de sombrero de copa —gritó el teniente Ohlsen—. Me vuelve loco.

Porta se quitó el enorme sombrero amarillo.

—¿No tienes casco? —insistió el teniente Ohlsen, irritado.

—No, mi teniente. Iván me lo birló.

El teniente Ohlsen movió la cabeza y miró al teniente Spät. Ambos renunciaron a seguir discutiendo con Porta.

—Vamos, cúbrete, Porta. No puedes ir con la cabeza desnuda.

El sombrero de copa volvió a dominar toda la Compañía. Parecía una chimenea.

—¡Media vuelta a la izquierda! ¡De frente, marchen!

La lluvia nos azotaba el rostro y resbalaba a chorros por nuestras espaldas.

Una liebre atravesó el camino.

—Nos habría sido muy útil —dijo Porta, suspirando.

—La hubiésemos cocido en nuestro brebaje —añadió *Hermanito*.

—Es lo que hacen en las grandes tascas —explicó Heide.

—¿Y es bueno? —preguntó Porta.

—Sin duda. Los ricos pagan mucho dinero para comerlo —repuso Heide.

—Si por lo menos tuviese una gachí... —meditó *Hermanito*, levantando los ojos hacia el cielo—. Apenas me acuerdo del aspecto que tienen.

—¿Te sería posible con un tiempo así? —preguntó Heide, pegando un codazo a *Hermanito*.

—¿Yo? Siempre estoy dispuesto.

—Es completamente imposible —protestó Steiner, el chófer de camión que estaba con nosotros porque había vendido un camión del Ejército a un italiano, en Milán.

—Lo que cuenta es el calor interior —dijo *Hermanito* con gran finura.

—No te creo —insistió Steiner, obstinado.

—A callar, ladrón —vociferó *Hermanito*—, o te las verás conmigo.

—Tendrías que ser el último en escandalizarte. ¿Existe un solo artículo del Código penal que no hayas violado?

—¡Mierda! El Código Penal está hecho para que alguien le saque provecho; por lo demás, he de decirte que, sobre todo he sido condenado a causa del artículo que trata de la «cosa» y también puedo afirmarte que siempre he sido honrado al escogerlas. No soy como ese fulano que nos cargamos hace quince días, y que las conocía de menos de dieciséis años. Las mías siempre han tenido más de veinte años, sin excepción.

—¿Les pides la partida de nacimiento antes de acostarte con ellas? —preguntó Porta, riendo.

—¿Cuántas tienes en la lista? —interrogó Heide con interés.

—¡Oh! Nunca he llevado la cuenta, pero son muchas —decidió *Hermanito*.

Se había quedado muy pensativo.

—No hablen tan fuerte; estamos cerca de Iván —intervino el teniente Ohlsen.

Abandonamos el camino para meternos en las montañas. El terciopelo de la hierba sofocaba el ruido de nuestros pasos. En algún punto de las tinieblas una vaca suspiraba de satisfacción.

Se dieron órdenes en voz baja:

—En columna de uno.

El *Oberfeldwebel* Huhn encendió un cigarrillo.

El teniente Spät compareció en el acto y silbó entre dientes, a una presión de doscientas atmósferas.

—¡Idiota! ¿Está completamente loco? ¡Apague eso antes de que los tiradores nos localicen! Merecería que le matara aquí mismo. Lárguese a retaguardia de la Compañía, no quiero volver a verle.

Huhn desapareció con el rabo entre piernas.

De repente, una granja apareció ante nosotros. Descubrimos un leve resplandor. El teniente Ohlsen levantó una mano para ordenar alto. Apenas respirábamos. ¿Qué habría en aquella granja? ¿Estaría Iván, con las ametralladoras preparadas para rociar a toda la Compañía?

—Heide, Sven, *Barcelona* y Porta —cuchicheó el teniente Ohlsen—. Vayan a registrar ese nido. Pero sean prudentes. Procuren no disparar: utilicen los *kandras*. Iván debe de estar muy cerca.

Sacamos nuestros cuchillos y empezamos a deslizarnos hacia los edificios. Temblábamos de nerviosismo. ¿Cuántos serían?

Ya estábamos cerca cuando nos dimos cuenta de que *Hermanito* nos había seguido. Llevaba un cuchillo entre los dientes y un lazo de acero en una mano. Reía, lleno de esperanza, y cuchicheó:

—La mitad de los dientes de oro es para mí.

Porta llegó el primero. Como un gato, se deslizo por una ventana. Ningún ruido. Le seguimos. Una puerta chirriaba en algún lugar de la casa.

—Hay alguien —murmuro Heide—. Voy a lanzar una granada.

—¡Idiota...! —gruñó *Barcelona*.

Hermanito hizo restallar su lazo.

Porta escupió por encima del hombro izquierdo. Daba suerte.

Hermanito penetró en la oscuridad. Un débil sonido llegó a nuestros oídos. Un gemido de dolor. Luego, de nuevo el silencio.

Reapareció *Hermanito*. De su lazo colgaba un gato.

—He aquí al enemigo —dijo riendo, mientras nos mostraba el gato estrangulado. Todos respiramos, aliviados.

—¡Uf! —suspiro *Barcelona*—. Y yo que esperaba toda una Compañía de rojos.

—¡Pandilla de miedosos...! —dijo *Hermanito*, despectivo, mientras se libraba, con un ademán, del gato muerto.

Empezamos a registrar todos los armarios, para ver si contenían cosas interesantes.

Hermanito encontró un bote de mermelada. Se sentó en el suelo, en medio de la habitación, con las piernas cruzadas y se puso a comer.

Porta empezó a beber de una botella. Hizo una mueca, miró la etiqueta, pero se

convenció de que, efectivamente, ponía «coñac». Bebió otro sorbo y, después, alargó la a botella Heide.

—Un coñac extraño.

Heide lo olfateó, bebió un trago, tiró la botella por lo aires y escupió.

—¡Vaya porquería! Es tetracloruro. Me alegro de haberte conocido.

Hermanito se echó a reír.

—En tierra desconocida hay que limitarse a la mermelada. Eso todo el mundo sabe lo que es.

Una puerta chirrió. Pegamos un brinco. En un santiamén *Hermanito* y *Barcelona* se encontraron detrás de un aparador.

La mermelada se esparcía por el suelo.

Porta se precipitó hacia la puerta, la abrió de una patada, y gritó:

—¡Eh! ¡Manos arriba!

Yo había quitado ya el seguro de una granada, dispuesto a lanzarla.

Pero la calma era total.

Había alguien. Lo percibíamos. Éramos como fieras. Nos sentíamos capaces de matar, por miedo y por placer. Varios años de guerra cambian a un hombre por completo. Los que estaban allí eran adversarios. Si no les matábamos, nos matarían. Se trataba de ser el más rápido.

Escuchamos.

—Llamemos a la Compañía —murmuró *Barcelona*.

—Peguemos fuego a este burdel —propuso *Hermanito*—. Después, podremos cargárnoslos a medida que vayan saliendo de las llamas. El fuego es estupendo cuando se busca a alguien.

—¡Chitón! —gruñó Porta—. Si hacemos esto, la artillería rusa no tardará en respondernos.

—Sabemos lo que son los obuses —protestó *Hermanito*—. Valen más que toda esta mierda.

La puerta chirrió de nuevo. Sin reflexionar en las posibles consecuencias, Porta encendió su linterna y se precipitó hacia otra puerta que había en el extremo opuesto de la habitación. La abrió de golpe y recorrió la habitación con el haz luminoso de su lámpara. Una joven estaba pegada a la pared. Llevaba una enorme cachiporra en la mano.

La contemplamos sorprendidos. *Hermanito* fue el primero en recuperar el habla.

—¡Una gachí! ¿Hablas el alemán, pequeña?

La cogió brutalmente por la barbilla y le cosquilleó detrás de una oreja con la empuñadura de su lazo de acero.

—He estrangulado a tu gato, pero ya te regalaré otro. ¿Quieres jugar a gatitos conmigo?

—Yo no soy partisana —declaró la muchacha, en mal alemán—. *Nix, nix*. Yo no comunista, *nix; nix*. Yo gusto mucho soldados *germanski*. ¿*Panjemajo*? [7].

—¡Oh, sí! Nosotros *panjemajo* —dijo Porta, riendo—. Pero ¿por qué tú meter tetracloruro en botella de coñac?

—*Njet* entender, *Pan* [8] soldado.

—Nadie entiende nunca lo que se dice cuando ha cometido una estupidez —dijo Heide con sarcasmo.

Hermanito señaló con un dedo la cachiporra de la joven:

—Llevas un bastón algo pesado, ¿no crees? ¿Y si te ayudara a llevarlo?

Sin una palabra más, cogió el arma de manos de la aterrorizada joven. Ella le seguía nerviosamente con la mirada.

—Yo *nix* pegar soldado *germanski* con bastón —tartamudeó—. Yo pegar únicamente *rusски*. Ellos malos. *Germanski*, buenos.

—Sí, somos unos angelitos —dijo Heide, riendo—, con alas de cera que no resisten la proximidad del fuego.

—¿Estás sola? —preguntó *Barcelona* en ruso.

La muchacha le miró.

—¿Tú oficial?

—Sí —mintió *Barcelona*—. Yo general.

—Los demás, en cueva, bajo trampa secreta —explicó la joven.

Porta lanzó un silbido.

—¡Esto empieza a ponerse interesante!

Hermanito recogió su bote de mermelada. Se sentó en una mesa, con las piernas colgando, y se puso a comer.

—Excelente mermelada —le dijo a la muchacha—. ¿Tenéis más?

—¡Cállate! —gruñó Porta—. Hay cosas más importantes que la mermelada. Tal vez estemos sentados encima de un puñado de rusos.

—Traédmelos —dijo *Hermanito*, riendo—. Los estrangularé a medida que lleguen.

—¿Dónde está la trampa? —preguntó Porta.

La muchacha señaló hacia un rincón.

Vimos una trampa bien disimulada.

—¿Soldados *rusски*? —preguntó *Barcelona*.

—*Njet, njet*. —La muchacha movió la cabeza con vehemencia—. Familia, amigos; *nix* comunistas. Fascistas, buenos fascistas.

—¿Fascistas buenos? —dijo Heide, riendo—. ¡Maldita sea! Tengo que ver eso.

—No existen —intervino *Hermanito*, sin dejar de comer ruidosamente—. Fascistas cretinos. Comunistas cretinos. Sólo nosotros buenos.

Tiró el pote de mermelada, ya vacío. Se oyó un ruido en la habitación vecina. Nos

volvimos vivamente, preparando nuestras armas.

La muchacha gimió, asustada, y corrió presurosa hacia una puerta.

Barcelona Blom la detuvo por un brazo.

—No nos dejes de esta manera. Nos gusta mucho tenerte aquí.

Apareció el teniente Ohlsen, seguido por toda la sección.

—¿Qué diablos estáis haciendo? —gruñó. Y de una ojeada, descubrió el bote de mermelada volcado, la muchacha junto a la puerta y la botella de coñac medio vacía—. ¿Os habéis vuelto locos? Mientras toda la Compañía os espera, os ponéis tranquilamente a tragar confitura y a beber coñac.

—No grite tanto, mi teniente —cuchicheó Porta. Y le indicó la trampa que había en el suelo—. Es probable que haya todo un batallón de rusos ahí debajo, ensuciándose en los calzones. Por lo que respecta al coñac, no hay motivos para envidiármelo. Es infecto. Es tetracloruro.

El teniente Ohlsen se quedó atónito.

El legionario se adelantó, seguido por *el Viejo*. Ambos preparaban un cóctel Molotov.

—¿Están en la cueva los Iván? —preguntó el legionario—. Entonces, abre la trampa, *Hermanito*, por favor.

—¿Crees que estoy loco? —preguntó *Hermanito*, retrocediendo—. Si quieres abrir la trampa para poder echar tus fuegos artificiales, tendrás que hacerlo tú mismo. Yo estoy decidido a salir vivo de esta guerra.

—¡Idiota...! —replicó el legionario.

Y se adelantó hacia la trampa con paso firme.

—Apartaos, que va a haber jaleo.

La muchacha lanzó un grito:

—*Nix, nix*, niño *malinkij* ^[9] en la cueva...

El legionario la sacudió de tal manera que la joven cayó al suelo.

—¡Vamos, vamos! —gruñó Porta—. —No irás a pegarle ahora a una chica—. Siempre había creído que los franceses eran galantes.

—¿Habéis terminado de decir tonterías? —El teniente Ohlsen estaba furioso—. No estamos aquí para divertirnos. Antes de que hayamos podido suspirar, tendremos a Iván agarrado a nuestros cuellos.

Hermanito se acariciaba la pierna con su lazo.

—Comunico que he estrangulado un gato. Iván, mi teniente. Los miedosos de la cueva no tienen más que salir.

—Rodead la trampa —ordenó el teniente Ohlsen—. Las ametralladoras ligeras y las PM en posición. Kalb, prepare la carga. Al primero que salga armado, lo liquidáis. Si intentan cualquier cosa, tendrán derecho al cóctel.

Abrió la trampa con rápido ademán, y gritó:

—Salid uno a uno. Os doy cinco minutos. Después, empezaremos a actuar. ¡De prisa, señores, de prisa! Y sin armas, *tovarich* ^[10].

La primera en salir fue una viejecita, con las manos encima de la cabeza. La siguieron otras cinco mujeres. Una de ellas llevaba un bebé en los brazos.

—¡Mierda si no son unas *Flintenweiber*! —murmuró Porta.

Después salieron varios hombres, ya no muy jóvenes. Heide y *Barcelona* les registraron con habilidad.

—¿Puedo registrar a estas buenas mujeres? —preguntó *Hermanito*.

—Usted, hágase a un lado, Creutzfeld. Si toca a una mujer, le liquido —amenazó el teniente Ohlsen.

—No era más que una idea —gruñó *Hermanito*.

—¿Queda aún alguien abajo? —preguntó el teniente Ohlsen a uno de los hombres.

Éste movió la cabeza, pero había contestado con demasiada rapidez.

—¿Estás seguro, guerrero? —preguntó Porta, entornando los ojos—. Échale el lazo al cuello, *Hermanito*.

—Con placer —contestó el aludido.

Y lanzó el lazo de acero alrededor del cuello del individuo que estaba sumamente pálido.

Después, aflojó un poco la presión.

Porta sonrió diabólicamente.

—Es un juego fastidioso, sobre todo para ti. Si hay otros *tovarich* en la cueva, *Hermanito* apretará el lazo. ¡De prisa! Dinos si hay otros, antes de que bajemos a verlo nosotros mismos.

El hombre profirió una especie de gorgoteo y movió cabeza.

—¡Cuidado, vais a estrangularlo! —intervino el teniente Ohlsen—. ¿Cuántas veces tengo que deciros que no quiero que uséis esos métodos de gángster? Así, pues, ¿no queda nadie en la cueva? —preguntó, dirigiéndose a los paisano que se mantenían junto a la pared.

—Eche el paquete, Kalb.

El pequeño legionario se encogió de hombros, desatornilló la cápsula de la granada del centro, pasó un dedo por el anillo.

Una de las mujeres chilló:

—*Njet, njet!*

El legionario le lanzó una mirada:

—*Voilà*, Madame. Entonces, ¿quedan otros?

El teniente Ohlsen se acercó a la trampa.

—Estaba seguro, Subid...

Un ruido.

Dos jóvenes salieron lentamente de la cueva. El legionario les dio un empujón.

—Menuda suerte tenéis, amigos míos. Treinta segundos más y os habríamos asado.

Heide y *Barcelona* les registraron con habilidad.

—Espero que eso es todo, ¿no? —preguntó el teniente Ohlsen.

El legionario y yo bajamos de un salto. Permanecimos un momento detrás de unos barriles, acechando. Después, registramos la cueva, que se extendía bajo toda la casa.

Oímos un ruido sordo detrás de nosotros. Dimos media vuelta, preparados para disparar.

—¡Cretino...! —gruñó el legionario al descubrir a *Hermanito*.

—¿Quedan más gachís? —preguntó *Hermanito*, muy risueño—. Estoy dispuesto a ayudaros para registrarlas.

—*Non, camarade*, no te hagas ilusiones. No quedan más.

Subimos a reunimos con los otros. Porta había encontrado unas botellas, que probaba con prudencia.

—¿Vodka? —preguntó a los paisanos—. ¿*Nix vodka*?

Nadie le contestó.

—Bueno, ¿estáis listos? —gritó el teniente Ohlsen—. Nos marchamos.

Heide fumaba, en un rincón, mientras observaba con recelo a los dos sujetos que acababan de salir de la cueva.

—¿Qué sucede? —preguntó *Barcelona*—. ¡Vaya manera de mirarlos!

—¿Tú que piensas, Porta?

—Lo mismo que tú, Julius. Esos dos no son precisamente niños del coro. Son colegas, estoy dispuesto a apostar una botella de vodka.

El teniente les escuchó con atención.

—Sin duda se trata de unos desertores. Es cosa que no nos importa.

—¿Con unas jetas así? —dijo *Barcelona*, riendo—. No, mi teniente, conozco ese tipo. Eran unos sujetos como éstos los que nos pegaban puntapiés en el trasero, en el batallón Thälmann ^[11].

—Tienes razón. A esta raza sólo se la encuentra en dos sitios. En la NKVD y en las SS. Esta raza no deserta.

—Dios sabrá lo que hacen aquí —reflexionó Porta, con los ojos semicerrados.

Hermanito hizo crujir su lazo.

—¿Queréis que los estrangule?

—¡Abajo las zarpas! —ordenó Porta.

El teniente Ohlsen, que había salido de la habitación con la patrulla, regresó en compañía de *el Viejo*.

—Vamos, salid —ordenó—. Aquí ya no tenemos nada que hacer. Los dos

desertores no me interesan.

—¿Desertores? —dijo *Barcelona* en voz alta—. ¿Entendéis el alemán? —preguntó a los dos jóvenes.

Éstos movieron la cabeza, esforzándose por sonreír:

—Tu turno, Porta —dijo *Barcelona*—. Háblales en el idioma de Stalin.

—¿Quién manda aquí, *Feldwebeld* Blom? ¿Usted o yo? —preguntó el teniente Ohlsen, con tono seco.

Barcelona miró al teniente Ohlsen sin contestar.

—Si hay que interrogar a los prisioneros, ya daré yo las órdenes —prosiguió el teniente.

—Bien, mi teniente —contestó *Barcelona*, con los dientes apretados.

Porta se encogió de hombros, cogió su metralleta y abandonó la habitación en pos de nosotros. Ya en la puertas, volvió y miró, una vez más, a los dos hombres.

—Habéis tenido suerte, chicos. Mis saludos a vuestros colegas cuando volváis a verles. Si nuestro teniente no hubiese estado aquí, *Hermanito* habría cuidado de vosotros.

Luego, con una risotada:

—Voy a deciros una cosa: nuestro teniente no ha comprendido lo que es esta guerra. Pero nosotros y vosotros dos sí lo sabemos. *Panjemajo, tovarich?*

—En columna de a uno detrás de mí —ordenó el teniente Ohlsen.

—Pero ¿dónde se han metido *Hermanito* y el legionario? —preguntó *el Viejo*, inspeccionando la columna.

Nadie lo sabía. La última vez que les habíamos visto estaban en la granja. *El Viejo* dio parte al teniente Ohlsen. Éste blasfemó, furioso.

—¡Pandilla de cretinos! Vaya a buscarles, Beier, Llévese a varios hombres. Deben de estar en la cueva, bebiendo. Pero apresúrense a reunirse con la Compañía. Ya hemos perdido bastante tiempo.

El Viejo se llevó al primer grupo.

—Si esos dos bandidos han encontrado «schnapps» y nos lo han ocultado —dijo Porta—, oirán hablar de mí. Joseph Porta, *Stabsgefreiter* por la gracia de Dios.

Poco antes de alcanzar la granja, oímos un peculiar silbido de aviso.

Nos escondimos silenciosamente tras unos arbustos. Apareció el legionario.

—¿Qué diablos hacéis? —preguntó *el Viejo*—. ¿Dónde está *Hermanito*?

—De caza, mi sargento —contestó el legionario, riendo—. Nuestros dos *tovarich* tienen la intención de gastarnos una broma. *Hermanito* lo está impidiendo.

De repente, un grito femenino resonó en las tinieblas.

—¿De caza? —repitió *el Viejo*, secamente—. Si ese cerdo ha tocado a las mujeres, me lo cargo.

Se irguió y corrió hacia la granja, con la metralleta al hombro.

—Tenga cuidado —le aconsejó el pequeño legionario—. Esto es un avispero.

Algo zumbó por el aire. *Barcelona* cogió el objeto al vuelo y lo devolvió hacia el lugar de donde venía.

Un estallido. Y, después, un relámpago que desgarró la oscuridad.

—Principiantes —afirmó *Barcelona*—. No saben lanzar granadas.

—¡Qué jaleo! —dijo, en la oscuridad, la voz de *Hermanito*.

Y a continuación estalló una violenta pelea. Blasfemias en alemán y en ruso. Ruidos de ramas que se rompían. Acero contra acero. Alguien lanzó un horrible estertor.

—Número uno —dijo la voz satisfecha de *Hermanito*, en las tinieblas.

Un ruido de pasos precipitados; después, resonó un disparo.

—¡Maldita sea! ¿Qué sucede? —preguntó Heide.

—Id a ver —contestó *el Viejo*—. En guerrilla.

Entre los arbustos tropezaron con un cadáver. Porta se inclinó sobre él.

—Estrangulado —dijo brevemente.

Era uno de los dos jóvenes rusos. A su lado, había una carga triple; una de esas cargas que llevan una capa metálica llena de clavos en el centro, y que son capaces de diezmar una Compañía entera.

—Aparentemente, un pequeño recuerdo para nosotros —dijo *Barcelona*.

El Viejo no pudo contener su sorpresa.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—La joven nos lo ha dicho, sargento. *C'est tout* —contestó *Hermanito*.

—¿Por qué ha delatado a sus compatriotas? —preguntó *Barcelona*.

—Sin duda, porque no les quiere —replicó secamente el legionario.

—Es posible, camarada. Pueden haber muchos motivos para que alguien se convierta en soplón.

—Si sus colegas se enteran de esto, la ahorcarán —declaró *Barcelona*.

Hermanito compareció. Jadeaba con fuerza.

—Ese cretino se me ha escapado. Estos malditos abetos pueden ocultar un regimiento entero. Pero tengo su «Nagan», y creo que le he metido una bala en el trasero.

El Viejo cogió la pesada pistola «Nagan» y la sopesó pensativo.

—Pistola de comisario. Hemos estado a punto de ser enviados al cielo. Gracias a Dios por habernos enviado a esa pequeña soplona.

Barcelona lanzó una carcajada sarcástica.

—Estoy seguro de que el buen Dios lo olvidará cuando Iván le ponga la mano encima.

—Esto no nos incumbe —dijo *el Viejo*, con un ademán, despreocupación.

Stege movió la cabeza.

—Desde luego, Schiller tenía razón.

—¿Schiller? —preguntó Porta—. ¿Qué diablos tiene que ver Schiller con esto? Está muerto, ¿no?

—«El enemigo aprecia la traición, pero desprecia al traidor» —recitó Stege.

—Tu sabiduría me la meto donde yo sé —rezongó *Hermanito*—. Lo esencial es haber salvado la piel. Que ahorque a esa chica. Que ahorquen a toda la pandilla, si les apetece con tal de que no me ahorquen a mí.

E hizo restallar su lazo.

—Si hubieses visto cómo le ha asomado la lengua cuando he apretado el lazo... No ha dicho ni una palabra. Ha estado a punto de enfriarme, pero yo he sido el más fuerte. Contra este hilo no tienen nada que hacer.

—Ya has estrangulado a bastantes —dijo *el Viejo*, mirando a *Hermanito*.

Heide preguntó:

—¿Qué te gusta más: violar a las mujeres o estrangular a los hombres?

—Cada cosa tiene su encanto —replicó *Hermanito*, riendo.

—Quisiera saber cómo has podido llegar a este punto —dijo *el Viejo*.

—Pues no lo sé —contestó *Hermanito*—. En aquel maldito colegio ya sabéis, decían que eso de ir con las mujeres era un pecado y que estaba prohibido. Supongo que sí no lo hubiesen prohibido, no hubiéramos deseado tanto hacerlo. Y cuando se ha probado dos o tres veces echar una cana al aire sin permiso, se convierte en una costumbre.

Stege murmuró algo entre dientes.

—Entonces, uno inventa sus propios métodos para liquidar —prosiguió *Hermanito*—. Algunos prefieren el cuchillo, como *Anda o Revienta*. Otros, un fusil con teleobjetivo, como Porta. Julius, por ejemplo, prefiere el lanzallamas. Sven se las arregla mejor con las granadas. Y tú, *Viejo*, eres un experto con el fusil ametrallador. Conocí a un SS a quien le encantaba sacar los ojos a la gente. Yo, personalmente, prefiero el lazo. Y no olvidéis que esta idea se la debo a un sargento Tommy al que conocimos en Bélgica. Me enseñó el truco. Como recordaréis, le costó la vida al *feldwebel* Aue. Deberíais probarlo una vez. ¡Es tan divertido cuando cambian de color...! Y luego, los ojos...

—¡Qué porquería de guerra! —dijo Stege, suspirando apesadumbrado.

El Viejo movió la cabeza resignadamente.

Entramos en las viviendas de la granja. Los paisanos se peleaban alrededor de la mesa. Ni siquiera nuestra entrada les detuvo.

—¡Ramera, puerca! —vociferó un viejo, acusador, escupiendo a la cara de la joven.

—Consejo de guerra privado —murmuró *Barcelona*—. ¡Qué bien conozco esto!

El bebé lloraba.

La muchacha se precipitó hacia *el Viejo*.

—*Pan Feldwebel*. —Y señaló al anciano con un dedo acusador—. El delatar soldados *germanski* a la NKVD. El llamar *Hiwis* ^[12].

—¡Zorra! —gruñó el viejecillo—. Mataré a tu bastardo.

El bebé se puso a llorar con más fuerza, como si hubiera comprendido la amenaza. Estaba abandonado en una silla, junto a la pared. Todo el mundo se mantenía apartado, como si tuviera lepra.

—Mi novio, el *Schardführer* SS, volver. Él prometer —repuso la muchacha llorando histéricamente.

—Los NKVD vienen —exclamó el viejo furioso—, y tendrás una cuerda alrededor del cuello. Con tus denuncias, has asesinado al teniente Vlego. Y también eres culpable de la muerte del capitán Beschow.

—¿Quién es usted? —preguntó *el Viejo*.

—¡Vete al diablo...! —vociferó el otro.

—Locura nacional —declaró *Barcelona*—. Conozco esto. Palabras imprudentes. Si en vez de nosotros hubieran venido los hombres de la calavera bordada, le hubieran cortado ya la cabeza.

—¿Lo estrangulo? —propuso *Hermanito*, haciendo crujir el lazo.

—Tú, estate tranquilo —replicó *el Viejo*.

—Terminemos con toda la banda —propuso Heide—, y marchémonos.

—En mi opinión, lo que deberíamos hacer es cargamos a todos los fulanos y llevarnos a todas las gachís —dijo *Hermanito*.

—Soy yo quien da aquí las órdenes —gruñó, enérgico, *el Viejo*.

—¡Todos son partisanos! —gritó la muchacha—. Líquídelos, *Pan Feldwebel*. Ellos matar capitán *germanski*. Está enterrado en estercolero. Si tú quieres, yo enseñarte dónde.

Un silencio siniestro reinó en la habitación.

Heide enarcó una ceja y sonrió sin poder ocultar su alegría.

—¿Un nido de asesinos? No puedes escoger, *Viejo*. Desenterremos al individuo. Ya puedes preparar tu lazo, *Hermanito*.

—*Unteroffizier* Heide —gritó *el Viejo* con ojos llameantes—, soy yo quien da las órdenes.

Se acercó a Heide y apoyó un dedo en su KVK I ^[13] de plata brillante.

—Por lo visto te falla la memoria. ¿No te acuerdas de cómo obtuviste esta chatarra? Denuncia, Herr *Unteroffizier*, cinco cabezas por un pedazo de chatarra recortado. No hemos olvidado al granjero ruso ^[14].

—Tú no estás bueno —rezongó Heide—, pero haz lo que quieras con estos cretinos. Yo me lavo las manos.

El legionario rió suavemente.

—Cuánto ruido para nada. Con dejar a *Hermanito* solo cinco minutos aquí, todo resuelto. Ordénale limpiar, y el problema está resuelto.

—Llévenme —imploró la joven—. Van a matarnos, a mi bebé y a mí.

El Viejo, cansado, se encogió de hombros.

—No podemos llevarte. Pero recoge tus cosas y desaparece mientras estamos aquí.

—Tú fusilar ellos, *Pan Feldwebel*. Orden del Führer, dice mi novio. Ellos asesinar oficial *germanski*. Tú no liquidar, yo contar a mi novio. SD venir, tú ser colgado. Yo dar orden, yo mujer SS.

De su bolsillo sacó un Ausweis rosa, que colocó ante las narices de *el Viejo*.

Sabíamos lo que era: una pequeña tarjeta de identidad cuadrada.

—Tú fusilar en seguida, *Pan feldwebel*. O tú ser colgado —amenazó.

—Verdaderamente, esta gachí está bien dotada —comentó Porta, riendo—. ¿A ti qué te parece, *Hermanito*? ¿Te gusta el género?

Hermanito hizo chasquear su lazo.

—Sí, con éste bien apretadito en el cuello.

—¿Tienes ganas de estrangularla? —preguntó el legionario, haciendo ademanes significativos.

—¿Que si tengo ganas? —suspiró *Hermanito*.

Los rusos respiraron. Sin duda, entendían lo que decíamos.

La vieja no había dejado de toser, mientras se rascaba el vientre con ayuda de un cepillo de mango largo; escupió en el suelo y avanzó un paso hacia *el Viejo*.

—*Tovarich* Comandante, esta mujer es una soplona. Antes de vuestra llegada, tenía un amigo, un teniente de la NKVD. Denunció a su propia madre por haber matado ilegalmente un cerdo. Madre llevada a Siberia. Después, ha sido amiga de un SS Al mismo tiempo que se entendía con los cosacos de Vlassov.

Escupió de nuevo en el suelo.

—Ya sabes, *tovarich*, policías de la SD. Esa canalla denunció a todo el mundo a aquellos tipos. Tiene una pistola escondida tras el artesonado de la cocina. Cógela, para que podamos dormir en paz. Dios te lo agradecerá y todo el pueblo encenderá una vela por ti. Llévate su bastardo y devuélveselo a Hitler.

—¿Dónde está tu pistola? —le preguntó *el Viejo* a la muchacha.

—Tengo derecho a tenerla —exclamó ésta, fuera de sí—. Estoy bajo la protección de la SS.

Antes de que pudiéramos rechistar, *Hermanito* le colocó el lazo alrededor del cuello. El rostro de la joven se volvió violáceo.

—¡Bravo, soldado, estrangúlala! —gritaron los rusos.

El bebé lloró de una manera que destrozaba el alma; como si comprendiera la amenaza que se Cernía sobre su madre.

Hermanito rió, diabólico.

—Nuestro *Feldwebel* te ha preguntado dónde tenías el cacharro. Canta, pajarito.

El Viejo se lanzó sobre *Hermanito* y le golpeó furiosamente las manos con el cañón de su metralleta.

—Deja a esta muchacha o te derribo.

Hermanito aflojó el lazo y se volvió hacia *el Viejo*, como alguien que no entiende nada.

—¡Pero si es una soplona! ¿Por qué no he de tener derecho a estrangularla? Si no lo hago yo lo harán los otros... Podrías darme este gusto.

—¡Retírate! —gritó *el Viejo*, mientras quitaba el seguro de su metralleta.

Todos se apartaron de *Hermanito*. Tanto los rusos como; nosotros estábamos convencidos de que *el Viejo* iba a disparar.

Hermanito se guardó el lazo y apartó a la muchacha.

—Cuando esta guerra haya terminado, trataré de ser miembro de una sociedad parlamentaria, donde se tenga derecho a discutir razonablemente. Es muy fatigosa esta manía de meterte una metralleta ante las narices por un quítame allá esas pajas.

—¿Dónde está tu pistola? —le preguntó *el Viejo* a la muchacha.

—Aquí —contestó Porta desde la cocina. Enarbolaba una «PPD/38»—. No era difícil de encontrar; pero, de todos modos, es un juguete algo pesado para un gorrión como tú.

Enseñó dos cargadores suplementarios, o sea, tres veces setenta y una píldoras.

—¿Está cargada con balas dun-dun? —preguntó *el Viejo*, incrédulo.

—Sí —repuso Porta, riendo.

Y sacó hábilmente una bala de un cargador y la lanzó contra la pared.

El proyectil estalló con ruido seco.

—Explosivo —comentó *Barcelona*—. Una joven de armas tomar. Con todos mis respetos.

El Viejo frunció el ceño.

—Llevaos la metralleta. Nos vamos. Si quieres salvar la vida, pequeña, desaparece. Pero a toda prisa. Si volvemos a encontrarte, dejaré libertad de acción a *Hermanito*.

—No tenéis derecho a quitarme mi arma —gritó la muchacha—. Me quejaré a las SS.

Dio media vuelta y se marchó.

Hermanito se frotó la nuez y lanzó una mirada hambrienta a la chica.

—Tal vez la próxima vez, pajarito.

—¡No pueden dejarme aquí! —vociferó ella, histérica.

Pero ya habíamos desaparecido en la oscuridad.

—Ahorradme los detalles —dijo *el Viejo*, para cortar la conversación.

- Sin embargo, eres tú quien la ha condenado —replicó *Barcelona*.
- Se ha condenado ella misma —contestó secamente *el Viejo*.
- Tienes razón. Nadie tiene derecho a colocarse al margen de la comunidad.

Los cuervos protestaron con indignación cuando los ahuyentamos de los cadáveres. Porta disparó contra ellos. Los pajarracos se posaron en los árboles y empezaron a injuriarnos. Uno de ellos se había enredado las patas con unas tripas.

Heide lo mató con el cuchillo.

Habíamos arrancado todos los cadáveres para formar un gran montón en el interior de la cabaña.

Al ver esto, el teniente Ohlsen se puso a blasfemar. Exigió que los colocáramos el uno al lado del otro.

—Hay personas especialmente sensibles— le dijo Heide a Barcelona.

Los ordenamos, uno junto al otro, pero los oficiales que estaban en pijama en sus camas, con el cuello colgado, se quedaron allí En el suelo, la sangre formaba grandes manchas oscuras.

Las moscas zumbaban.

Los rusos habían llegado como los rayos en un cielo azul.

—Trabajo de gran precisión —admiró Hermanito.

En la radio resonó una voz acariciadora:

—Liebhng, sollen wir traung oder glúcklith sein?

Lo regamos todo con gasolina Los oficiales muertos de la guarnición tuvieron derecho a una dosis especial.

Cuando hubimos terminado, Barcelona y yo lanzamos granadas al interior de la cabaña.

Algunos cadáveres se incorporaron a medias, como en el crematorio.

En el otro lado, los rusos cantaron con roces embriagadas:

*jesli sawtra pochod,
jesli wraschaja syla nahrina,
jak odyń tscbolowek.*

«Cuando mañana llegue la guerra...», cantaban.

El Viejo miró en su dirección, detrás de las colinas, al otro lado del joven bosque.

—Ahí tienen su guerra, que tanto les gusta cantar.

COMPAÑÍA EN MISIÓN ESPECIAL

Alcanzamos a la Compañía en un bosque de abetos. El teniente Ohlsen estaba muy descontento por nuestra larga ausencia.

Los días siguientes participamos en varios combates desesperados con unidades rusas aisladas. En total, nos costó una docena de hombres. Nos habíamos convertido en expertos de aquella forma de guerra: la guerrilla.

A medida que transcurría el tiempo, el teniente estaba cada vez más nervioso. No teníamos la menor idea del lugar donde estaba el regimiento. Hubiésemos debido localizarlo mucho tiempo atrás.

Llevábamos con nosotros a seis prisioneros: un teniente y cinco soldados de Infantería. El teniente hablaba correctamente el alemán. Andaba delante de la Compañía, con el teniente Ohlsen. Ambos habían olvidado que eran enemigos.

Dos de los prisioneros llevaban la olla que contenía la bebida. Era de madrugada y bajábamos de la meseta. El sol nos iluminaba el rostro. Por eso no descubrimos la casita hasta llegar junto a ella. Un chalet de montaña, con una galería exterior. Dos soldados de Infantería montaban guardia ante la puerta.

Salieron dos oficiales. Uno de ellos, comandante, llevaba un monóculo que lanzaba destellos. Saludó, condescendiente, a nuestro jefe.

—Su Compañía parece algo desorganizada —gruño—. ¡Menuda pandilla! Supongo que puedo confiar en usted, teniente. Si no tengo que hacerle observar que somos especialistas del Consejo de Guerra. Me presento: teniente coronel De Vergil, comandante de este puesto. Tome posición con su Compañía en el lindero del bosque, hacia la cota 738, donde mi batallón tiene su flanco izquierdo, y establezca bien el contacto, teniente.

El teniente Ohlsen saludó, llevándose dos dedos a la gorra.

—¿Qué mosca le ha picado? —gritó el comandante, nuevamente indignado—. ¿No sabe saludar de manera reglamentaria?

El teniente Ohlsen se cuadró.

—Bueno, ahora, un saludo y descansen, según la HDV —exigió el comandante, lleno de arrogancia.

El teniente Ohlsen unió los tacones y se llevó con presteza una mano a la gorra.

El comandante asintió con la cabeza.

—Bueno, esto es. De modo que sabía hacerlo, teniente. Aquí no queremos saludos personales ni ninguna otra forma de negligencia. Se le ha confiado un Batallón de Infantería prusiana. Métase eso en la cabeza, teniente.

Se irguió. Era evidente que estaba muy satisfecho de sí mismo.

—¿Quiénes son esos monos que lleva con la Compañía?

—A sus órdenes, mi comandante. La 5.^a Compañía del 27 Regimiento Blindado trae prisioneros a un teniente enemigo y a cinco soldados de Infantería del 43 Regimiento de Montaña ruso.

—Hágales ahorcar —decidió el comandante—. A los piojos hay que aplastarlos.

—¿Ahorcarles? —tartamudeó el teniente Ohlsen, incrédulo.

—¿Es sordo? —preguntó el comandante.

Dio media vuelta y desapareció en el interior del chalet.

El teniente Ohlsen le siguió con la mirada, moviendo la cabeza. Conocía el género. Los maniáticos de la Cruz de Hierro. Héroes de guarnición que avanzarían sobre cadáveres para tener un pedazo de chatarra en el pecho.

El teniente ruso protestó:

—No dejaré que nos ahorquen, ¿no es verdad, mi teniente?

—De ningún modo. Si hay que ahorcar a alguien, es a ese bufón.

En el primer piso, una ventana se abrió violentamente. Asomó el comandante:

—No quiero dejar de ponerle en guardia contra cualquier negligencia en la posición. Para su información, me permito repetirle que somos especialistas del Consejo de Guerra.

Rió malévolo y cerró la ventana con un golpe seco.

—¡Vaya carnaval! —se dijo Porta en voz baja—, San Pedro, protégenos. Lo necesitamos mucho.

—Cállate, Porta —pidió el teniente Ohlsen—. No es momento para bromas.

El adjunto del comandante, un joven teniente, apareció en el umbral.

—Mi teniente, nuestro comandante ordena que se dirijan a la posición en formación reglamentaria.

—Bien —contestó, sonriendo, el teniente Ohlsen—. Estamos dispuestos a marchar directamente hasta el infierno.

El otro se encogió de hombros y contestó, indiferente:

—Como le parezca.

Hicimos nuestros agujeros un poco más lejos de la colina. El terreno era pesado, pero no demasiado duro. No tardamos mucho en terminar nuestros agujeros de tiradores.

Hermanito y Porta cantaban mientras trabajaban. Cada vez cantaban con mayor fuerza.

—Están bebiendo «schnaps» a escondidas —dijo Heide.

Los tenientes Ohlsen y Spät estaban sentados en uno de los agujeros y cuchicheaban con el teniente ruso. Ante ellos tenían un mapa que consultaban sin cesar. *Barcelona* soltó una risita.

—Están dando el horario de los trenes al oficial de Iván.

—¿Qué quieres decir? —interrogó Stege—. Nuestro teniente hace bien. No desea

ahorcar al primero que llega, venga la orden de donde venga.

—¿Crees que dejará marcharse a sus colegas? —dijo Heide, incrédulo.

—¿Qué otra cosa, si no? —repuso Barcelona—. Sí aún están aquí cuando el comandante venga, los hará ahorcar por sus propios hombres y el teniente Ohlsen comparecerá ante un Consejo de Guerra... Desobediencia. Doce fusiles. ¡Pum!

—Creo que voy a hacer limpieza —observó Heide en voz alta—. No estoy de acuerdo con eso de dejar que se marchen esos tipos. De todos modos, nunca he comprendido por qué se hacen prisioneros. Un tiro en la nuca y te quedas tranquilo. Los cadáveres no crean problemas. Y además, ya lo podéis ver; nunca he hecho prisioneros.

—Y qué dirías si un día cayeses prisionero de los Iván y uno de ellos preparara su «Nagan», ¿eh?

Furioso, Heide lanzó una paletada de tierra a gran distancia.

—Ante todo, es inconcebible por lo que a mí concierne; pero aparte de esto, si ocurriera, esperaría el tiro en la nuca. Si no lo hicieran, les despreciaría. ¿Crees que temo estirar la pata? He sido el mejor suboficial de toda la guarnición. Hace nueve años que soy soldado. Nunca he sido capturado ni lo seré jamás. —Levantó un pie—. ¿Veis cómo la suela está impecablemente limpia? —Se volvió—. La raya de mi pantalón ¿está como es debido? Si tenéis un centímetro, venid a comprobar si mi corbata es reglamentaria. —Se quitó el casco ¿Llevo la raya derecha? ¿Está o no está mi cartuchera a dieciocho centímetros de la hebilla de mi cinturón? Y los pliegues del costado de mi capote, ¿no tienen tres centímetros? En mí todo está en regla. Siempre he sido igual desde el día en que decidí que el Ejército sería mi padre y mi madre. No me importan los motivos por los que un ejército lucha. Mataría a mi abuela si me lo ordenaran. Soy soldado porque me gusta serlo.

Había que reconocerlo. Heide era siempre perfectamente reglamentario. Incluso después de los cuerpo a cuerpo más feroces, siempre parecía a punto de presentarse a una revista.

—Pero ¿qué relación tiene esto con dar el tiro de gracia a los prisioneros? —preguntó Stege.

—¡Qué cabeza más dura tienes! —se burló Heide—. ¿Y tú has estudiado? ¡Vamos, anda! Yo sólo he ido a la escuela primaria, pero conozco la vida mucho mejor que tú y todos los demás asnos. ¿Has aprendido, por lo menos, a utilizar la bayoneta? ¿A detener los golpes y todo eso? ¿Te imaginas que es para coger prisioneros? ¿Disparar completamente oculto o a medias, apuntar bien, con la boca del arma en el borde, el colimador? Lo has aprendido todo, Hugo. Eres miembro de la sociedad desde hace cuatro años y no has entendido nada en absoluto. ¿Por qué tan pocos estudiantes llegan a comandante? No tienes más que mirarte... *Gefreiter* después de cuatro años. Yo necesité seis semanas. Al cabo de cinco meses, era

suboficial, y en cuanto esta guerra termine me convertiré en oficial en un tiempo récord. El secreto consiste en entender lo que hay que entender. Coleccionad cadáveres. Divertíos, y buena caza.

—Sin duda tienes razón —capituló Stege.

—Claro que la tengo. Y me cargaré a nuestros seis amigos en cuanto se las piren.

—Te denunciaré al teniente Ohlsen —dijo Stege.

—Hazlo —replicó Heide, riendo—. ¿Y qué crees que me hará? ¿Crees que me ocurrirá algo?

Se inclinó sobre su pala; lo oímos murmurar desde el fondo de su agujero.

—¡Vete al cuerno, pobre estudiante cretino!

Habíamos terminado de cavar los agujeros. Un obús cayó silbando. Un recluta lanzó un grito estridente y saltó fuera de su agujero.

—¡Socorro! ¡Estoy herido!

Dos de sus camaradas fueron en su ayuda. Empezaron a correr hacia retaguardia, lejos de la posición. *Barcelona* hizo una mueca.

—Camarada, querido camarada, estás herido. Te llevaremos lejos de aquí. Te acompañaremos hasta la enfermería más remota.

—Sí, vaya suerte —se burlo Heide—. Precisamente antes de que esto empiece a animarse de veras. Esos héroes de pacotilla no saben luchar, pero no pierden el tiempo en aprender los trucos buenos.

Habíamos colocado nuestra olla en el fondo de un gran agujero. La habíamos cubierto con cuidado para que nada le ocurriera al jugo.

La luna desapareció detrás de una alfombra de nubes. La noche parecía un muro de terciopelo.

—¡Qué silencio! —murmuró *el Viejo*—. Casi se diría que se le puede palpar.

—Es absurdo —observó Stege—. Tanto silencio produce miedo.

Oíamos un perro que ladraba a lo lejos.

—¿Dónde diablos se ha metido Iván? —preguntó *Barcelona*.

El Viejo le señaló los abetos, rígidos como centinelas.

—Están allí, en sus agujeros. Les asusta el silencio, como a nosotros.

—¡Si por lo menos disparara alguien...! —dijo Heide—. Esta calma trastorna a cualquiera.

Una risa diabólica cortó como un cuchillo el silencio de la noche. Se la tenía que oír a varios kilómetros de distancia. Era Porta. Jugaba a los naipes con *Hermanito*, quien expresaba en voz alta sus dudas sobre la honradez de su adversario.

Una ametralladora empezó a tabletear en el lado opuesto. Una de las nuestras contestó con dos salvas melancólicas. A lo lejos, se oyeron silbidos y gruñidos. Un océano de llamas subía y bajaba en detonaciones gigantescas. Se hubiera dicho que las montañas temblaban de miedo.

—Baterías de cohetes —observó *el Viejo*—. Afortunadamente no disparan contra nosotros.

Dos ametralladoras ladraron en la noche, como perros de guardia. Varios proyectiles luminosos extendieron silenciosamente sus rastros lejos, hacia el Norte.

Un agente de enlace que llegaba corriendo gritó como un loco:

—¡Mensaje para el jefe de la 5.^a Compañía! ¡Mensaje para el jefe de la 5.^a Compañía!

—¡Cállese de una vez! —exclamó el teniente Ohlsen—. Estás loco de atar. Agitarás todo el frente, si vociferas de esta manera.

—¡Mi teniente! —gritó el agente de enlace—. Tiene que presentarse inmediatamente ante el comandante, para recibir órdenes importantes.

—¡Lárguese en seguida! —gruñó el teniente Ohlsen, furioso.

—¿De dónde habéis salido, soldados de pacotilla? —preguntó Porta, mirando al mensajero, muy pulcro, muy aseado.

—Mi *Stabsgefreiter*, hemos salido de Breslau, 49.º Regimiento de Infantería, Compañía de Estado Mayor.

—Lo sospechaba —se burló Porta—. Rompe filas, héroe, y ve a buscar tu Cruz de Hierro. Está en aquel estercolero.

El agente de enlace se retiró bruscamente.

Las montañas temblaron de nuevo, como si padecieran un dolor lancinante. Un fuego azul y rojizo atravesó el cielo. Todo el terreno estaba bañado por aquel océano de fuego. Entornábamos los ojos ante aquel infierno fulgurante. Nos acurrucábamos en nuestros agujeros. La angustia se apoderaba de nosotros. Era el límite de lo que un hombre puede resistir.

La selva de cohetes cayó a lo lejos, entre los rusos, enviando por el aire, tierra, piedras y cuerpos mutilados.

—En nombre del cielo —gimió Heide, secándose la frente—, estas baterías de «Do» ^[15] atemorizan al más pintado.

—Atención —aconsejó Steiner—. A los agujeros. Acurrucaos bien. Ahí llegan los Ivanos con sus órganos.

—¡Qué malos ratos me hacen pasar con sus «Do» de mierda! Siempre tienen que estarlos utilizando —dijo Heide.

Antes de que hubiera terminado la frase, al otro lado, se produjo un temblor de tierra.

Saltábamos a los agujeros como perros llenos de frío y escondíamos la cabeza entre las manos.

Como un huracán, los cohetes de doce centímetros cruzaron el cielo y levantaron un muro de llamas inmediatamente detrás de nosotros.

Después, reinó el silencio.

Algunos reclutas se incorporaron. Ignoraban las costumbres de los rusos. El teniente Spät gritó para avisarles:

—¡A los agujeros, pandilla de cretinos!

Luego, resonaron las detonaciones. Esta vez, los cohetes habían estallado delante de los agujeros.

—La próxima ráfaga nos caerá encima —nos predijo *Barcelona*.

—Sus puestos de observación están en los abetos —dijo Steiner—. Porta —gritó, asomando la cabeza—. Cárgate a ese fisgón, para que nos dejen en paz.

Porta se echó a reír.

—Con mucho gusto. Pero antes, tengo que verlo.

Estaba tendido de bruces sobre su agujero, y registraba las cimas de los abetos con sus gafas infrarrojas. Una invención diabólica que convertían la noche en día.

—Podría ir a buscarlo —propuso *Hermanito*, haciendo chasquear su lazo—. Se ensuciará en los calzones, si le hago cosquillas en la nuca.

—Quédese aquí —ordenó el teniente Spät.

La salva siguiente cayó entre los agujeros. Se oían gritos espantosos.

—De esta manera, nos dejan tranquilos un momento —dijo *Barcelona*.

—Sí, hasta que esos cretinos de la «Do» vuelvan a las andadas —replicó *el Viejo*.

—Abre los ojos, Porta —cuchicheó el legionario—. Allí baja.

—Allí, a la derecha del abeto grande —exclamó jubiloso *Hermanito*.

Porta se echó al hombro el fusil con teleobjetivo y buscó desesperadamente el blanco que le indicaban.

—¿Dónde, maldita sea?

Hermanito le indicó el individuo.

—Tres dedos a la izquierda del árbol torcido. ¿Lo tienes?

—Sí.

—Apresúrate. Casi ha Llegado al suelo. Allí, un poco más hacia atrás.

—¡Válgame Dios, ahí está! —exclamó Porta—. Es un pez gordo. Tiene la orden de Stalin y lleva barba. Voy a darle la mayor sorpresa de su vida. Y la última también.

—Pégale el pildorazo cuando esté a punto de desaparecer y se crea a salvo.

—Entendido —dijo Porta, al tiempo que disparaba.

La metralleta resonó con un ruido seco y maligno.

Porta se echó a reír.

—¡Qué voltereta! Le he volado la mitad de la cabeza; sin duda no valía gran cosa.

—Bien, muchacho, pásame tu libreta. Voy a anotar el golpe —dijo el legionario.

Porta le alargó la libretita amarilla que poseían todos los buenos tiradores.

—Tienes muchos —exclamó el legionario, pasando las hojas.

—Yo he hecho otros tantos con mi lazo —intervino *Hermanito*—. Y es mucho más valeroso. Con el fusil infrarrojo permaneces a distancia. Con un lazo, tienes que

ir a respirar ante las narices del individuo. ¿Has observado si tenía dientes de oro?

Porta meneó la cabeza.

—Ese cerdo no ha sonreído ni una sola vez —se lamentó—. Pero démonos una vuelta por allí: nos repartiremos las coronas, si es que las tiene. Era un pez gordo, de modo que tal vez tenga chismes de oro.

—Spät, le entrego la Compañía —gritó el teniente Ohlsen—. Voy a ver al comandante del grupo de asalto.

Saludó, salió de un salto de su agujero y corrió a refugiarse entre un grupo de casas, en la ladera de la colina.

Una ametralladora empezó a escupir proyectiles luminosos en dirección al teniente. Pero no la manejaba un especialista. Las salvas eran demasiado largas y el tiro demasiado corto.

Conocíamos al teniente Ohlsen y sabíamos que, en su fuero interno, debía estar furioso contra el tirador.

Sin aliento, llegó al chalet donde el comandante recibió su informe con indiferencia. Los siete presentes se sentaban alrededor de una mesa lujosamente dispuesta.

El teniente Ohlsen no podía dar crédito a lo que sus ojos veían. Mantel blanco. Flores en jarrones de cristal. Candelabro de siete brazos. Porcelana azul, garrafas de vino y ordenanzas que prestaban servicio con chaquetas blancas y las insignias del regimiento en las hombreras.

«Me he vuelto loco —se dijo Ohlsen—. O bien estoy soñando».

El comandante se aseguró el monóculo y miró a aquel teniente del frente que tenía delante. Las botas llenas de barro. El uniforme negro estaba desgarrado y griseaba a causa de la suciedad de varios meses. Faltaba la mitad de las hojas de roble. La calavera de los húsares se veía, manchada y gris. Hacía mucho tiempo que no se la había pulido reglamentariamente. El rostro marchito del teniente estaba cubierto de suciedad. La cinta roja de su Cruz de Hierro estaba deshilachada. En el lugar de la medalla había un agujero. La medalla se había fundido cuando su tanque se incendió. La manga izquierda de su capote se sostenía sólo de un hilo. Su mano derecha estaba negra de sangre coagulada. El cierre de su pistolera había desaparecido. Su cinturón de oficial había sido sustituido por el de un soldado raso.

El comandante hizo una mueca de asco. Lo que estaba viendo no hacía más que confirmar su opinión. En realidad, había tenido el propósito de ofrecer un vaso de vino a aquel teniente de las trincheras. Buen vino generoso, traído de las bodegas de Breslau, el 49.º Regimiento de Infantería era un regimiento rico. Hasta entonces, había tenido dos batallones en Francia y uno en Dinamarca. Se iba al lugar donde desbordaba la leche y la miel. Fue una vida de opulencia para todos los del 49.º. En aquel Regimiento, nadie había estado en el frente, exceptuada la ocupación de

Dinamarca, y Francia dos días antes del armisticio.

Después, llegó el día fatal para el Regimiento. Un cretino de la oficina de personal del Ejército, en la calle Bendler, tropezó con el nombre del comandante del Regimiento, el coronel Von der Graz. Fue nombrado general de Brigada y puesto al mando de una División de Infantería en los Balcanes. Se había esperado que su sucesor como comandante sería uno de los jefes de Batallón. Se disponía incluso de dos tenientes coroneles que iban a ser nombrados coroneles. El más viejo, cuyos antecesores llegaban hasta el 1.er Regimiento del rey de Prusia, ya empezaba a anunciar los cambios que iban a ocurrir cuando mandase el 49.º Regimiento de Infantería. Durante dos meses, actuó de segundo sustituto. Fueron los dos meses más hermosos que recuerda el Cuerpo de oficiales.

Un viernes por la mañana, a las diez menos veinte, cuando unas nubes negras se concentraban sobre el cuartel de color gris, un coronel desconocido se presentó para tomar el mando. Un coronel al que nadie conocía. Llegaba directamente de Demjansk, donde había dirigido un grupo de asalto. Era un coronel con un ojo tapado por un parche negro. Alto, huesudo y gruñón. Se paseó todo el viernes por el cuartel, olfateando como un perro de caza, sin decir nada. Todos se sentían muy inquietos. Un obsequioso intendente de Estado Mayor tuvo la brillante idea de enseñar la bodega de los vinos a aquel espectro. Éste carraspeó, cogió una o dos botellas polvorientas, miró de pies a cabeza al intendente y se marchó sin abrir la boca. Su único ojo relampagueaba siniestramente. Una hora más tarde, el intendente de Estado Mayor estaba haciendo sus maletas. Su instinto le decía que muy pronto iba a abandonar el 49.º Regimiento. ¡Menuda pinta era aquel coronel!

Era tarde cuando por fin, el nuevo comandante se instaló en el sillón de su predecesor, tras el gran escritorio de caoba. El grueso de la oficialidad estaba desde hacía mucho rato en el casino, pero por primera vez en varios años, no había ambiente. El champaña tenía un gusto extraño.

Después, ocurrió la catástrofe. El espectro reunió a los oficiales. Hizo una ligera mueca al comprobar que la mitad de aquellos caballeros ya se habían marchado el jueves por la tarde para pasar el fin de semana. Desde luego, aquello era ilegal, pero ¡hacía tanto tiempo que solía hacerse! Y, por lo demás, nadie volvía al cuartel antes del lunes.

El espectro pidió la lista de efectivos. Según el reglamento, debía ser llevada al día por los jefes de Compañía. Pero nadie se había preocupado de hacerlo desde hacía mucho tiempo. Se creía que lo hacían los *Hauptfeldwebels*.

El ayudante telefoneó a las Compañías. Conocía anticipadamente el resultado, pero sentía curiosidad por saber lo que ocurriría después. A él le importaba un bledo. Ya se las arreglaría. Su tío era segundo jefe del Estado Mayor de la parte de ejército que permanecía en territorio nacional. Dondequiera que se le destinara, estaría

seguro. Y, además, Breslau empezaba a resultar aburrido.

Colgó el aparato; con astuta risita, comunicó al espectro el resultado de sus diversas llamadas.

—Mi comandante, se desconocen los efectivos. Todos los *Hauptfeldwebels* se han marchado, con permiso, a pasar el fin de semana. El grado más elevado que queda es el suboficial de guardia. Las oficinas están cerradas con llave.

El espectro se pasó pensativamente una mano por el parche negro.

—¡Oficial de ordenanza! —gritó.

El teniente más joven acudió, y dijo con voz temblorosa:

—Teniente Hanns, barón Von Krupp, a sus órdenes, mi comandante.

El espectro murmuró:

—¡Ah! De modo que también existe aquí. Teniente —prosiguió con voz estridente; se sentía acercarse la tormenta—, compruebe si por lo menos las puertas están vigiladas. Supongo que también los centinelas se habrán marchado a pasar el fin de semana.

Antes de que el teniente pudiera salir del despacho, lo llamó de nuevo.

—Dentro de un cuarto de hora le quiero otra vez aquí con la cifra exacta de efectivos existentes en el cuartel.

El barón Von Krupp, apodado espiritualmente *el niño cañón*, salió.

El ayudante estaba dispuesto a apostar que los efectivos serían aproximadamente de un treinta por ciento de lo que hubiesen debido ser. Hasta entonces, nadie se había interesado por aquellos detalles. Breslau quedaba lejos de Berlín. Nunca venía nadie por allí.

El espectro manifestó su sorpresa ante el hecho de que ni uno solo de los oficiales presentes tuviera una condecoración del frente.

—Nunca hemos estado en el frente —reveló el capitán Dose, el más estúpido de todo el Regimiento.

Por primera vez, el espectro sonrió; pero no era una sonrisa amable, no lo era más que la expresión que adoptó para decir:

—Ya irán. La guerra no ha terminado aún. No ha hecho más que empezar. En el futuro, necesitarán ustedes todos sus conocimientos militares. Confío en recibir durante la tarde una solicitud de cada uno de ustedes para ser destinados a una unidad del frente. —Luego, dirigiéndose al ayudante—: Envíe usted a los cuatro puntos cardinales telegramas con ese texto: *Permiso anulado. Preséntese inmediatamente en el Regimiento. Estado de alarma 3. Firmado: Coronel Bahnwitz, comandante del Regimiento.* Supongo que sabrá dónde están esos caballeros, ¿no?

El ayudante se encogió imperceptiblemente de hombros, y no contestó. En realidad, lo ignoraba por completo. Decidió enviar hombres a todos los bares y burdeles de la región, con el encargo de traer al mayor número posible; hecho esto, se

despreocuparía del asunto. Miró al capitán Dose y decidió pasarle la papeleta. Le tocó en un hombro:

—Dose, tú eres oficial de permanencia.

El capitán Dose quedó tan sorprendido que se olvidó de protestar.

—Por lo tanto —prosiguió el otro—, a ti te corresponde en caso de alarma, reunir a todo el Regimiento.

Y alargó los telegramas al capitán, incapaz de hablar.

—Envía un telegrama a todos los que se han marchado con permiso. Como oficial de permanencia, debes de tener todas las direcciones.

El capitán Dose salió con pasos vacilantes.

El espectro observó con mirada impasible a su segundo y decidió conservarlo. Un hombre como aquél siempre resultaba útil. Si surgiera la necesidad, ya sabría librarse de él con ayuda de la Gestapo.

Con la muerte en el alma, el capitán Dose rebuscaba en el fichero de direcciones, bastante incompleto, deseando que un ataque aéreo destruyera de un modo fulminante los malditos papeles.

Pese a todos sus esfuerzos, sólo consiguió echarles el guante a nueve hombres, de los mil ochocientos que se habían marchado con permiso.

El lunes, regresaron todos, pensando con satisfacción en la alegría de explicar sus aventuras más o menos picantes; pero encontraron el cuartel en plena efervescencia. En todos los escritorios de los oficiales, había un papelito con tres palabras escritas, tres palabras siniestras: «Vea al comandante».

Los menos veteranos se precipitaron hacia allí. Los otros hicieron primero varias llamadas telefónicas para informarse. Los más listos cayeron bruscamente enfermos y llamaron al médico del Regimiento. Una hora más tarde, se marchaban del cuartel en una ambulancia.

Entre los primeros, figuraba el capitán, barón De Vergil, jefe de la Compañía de Estado Mayor. Tres horas más tarde, estaba en un batallón del frente. Es cierto que le habían nombrado comandante; pero esto no le causaba la menor alegría, porque, al mismo tiempo, había recibido la orden de salir hacia el frente del Este. Pese a que no poseía una gran imaginación, tenía cierto presentimiento de lo que le reservaba el destino.

Piojos, pensaba, estremeciéndose. Soldados sucios, gente que huele mal. Tenía ganas de llorar, pero se contenía. Un comandante que llora en el momento de partir hacia el frente ruso hubiese causado mala impresión.

Al cabo de ocho días, el 49.º Regimiento de Infantería había desaparecido. También la bodega de los vinos. Cada oficial se llevó una provisión. Nadie salió con menos de dos camiones llenos. El barón cogió tres.

Ahora, estaba en las montañas, era comandante de un grupo de asalto. En un

tiempo inverosímil había conseguido dejarse cercar por los rusos. Había pedido socorro en todas direcciones, y, por fin, le habían tranquilizado prometiéndole ayuda. Pero ¡válgame el cielo!, qué ayuda. El barón sufría un ataque cuando la vio. Una Compañía de Tanques sin tanques, una pandilla de vagabundos andrajosos. El barón espumeaba de rabia y estaba decidido a mostrarse duro, duro como el acero de Krupp. No había comprendido en absoluto que la ayuda que se le enviaba era una Compañía de combatientes experimentados, al mando de dos excelentes oficiales del frente. Aquella Compañía valía por todo un Regimiento de guarnición y hubiese llenado de dicha a cualquier comandante del frente, pero causaba escalofríos a un oficial de guarnición. A sus ojos producía el efecto de un toro en una cacharrería.

El comandante, barón De Vergil, fijó la mirada en la cinta blanca de la manga del teniente Ohlsen, en la que podía leerse las palabras «Regimiento Penitenciario», rodeadas de dos calaveras mutiladas.

—Teniente, en la posición de firmes reglamentaria, los pies deben formar un ángulo de 45 grados. Los suyos no lo están.

El teniente Ohlsen corrigió la posición de sus pies.

El comandante balanceaba las piernas.

—Lo siento, pero he de llamarle la atención sobre el hecho de que en esa posición las manos deben estar sobre las costuras del pantalón y los codos formar una línea recta con la hebilla del cinturón. Los suyos no la forma.

El teniente Ohlsen corrigió la colocación de sus manos.

Los siete oficiales presentes dejaron de comer y, algo incómodos, miraron por la ventana. El comandante se golpeó con una fusta las relucientes botas.

—Teniente, su nariz no está exactamente encima del botón del cuello. Tiene la cabeza torcida. Supongo que un oficial como usted estará enterado de la obligación de mantener la cabeza bien derecha en la posición de firmes.

El teniente Ohlsen corrigió la posición de la cabeza. El comandante sacó un encendedor de oro y encendió con calma un cigarrillo, que primero había colocado en una larga boquilla de plata. Su anillo, con las armas de sus antepasados, relucía. Con una sonrisa condescendientes en los labios, prosiguió:

—Según el reglamento, cada soldado —el comandante acentuó la palabra «soldado»— debe cuidar de la limpieza de su equipo y de su ropa inmediatamente después del combate. Todo debe de estar en las mismas condiciones que cuando lo recibió del almacén. Teniente, un ojeada a su persona basta para convencerme de su negligencia. Su presentación inadecuada es un sabotaje. Según las instrucciones destinadas al ejército de frente, aquél que se entrega a actos de sabotaje, o que sospecha que se entrega a ellos, comparecerá ante un Tribunal de Guerra que, en casos de necesidad, puede estar compuesto tan sólo por dos oficiales. Aquí tiene siete, y, por lo tanto, podría formar uno rápidamente. Pero supongo que lo que le ha

destrozado los nervios es una mezcla de miedo y de cobardía, y que éste es el motivo de su negligencia.

El teniente enrojeció hasta las orejas. Le costaba lo indecible contenerse, pero sabía por experiencia que sería fatal dejarse llevar por la ira. Una palabra de aquel payaso bastaría para convertirle en un cadáver.

—Teniente Ohlsen, del 27.º Regimiento, 5.ª Compañía. Mis respetos, mi comandante. Me permito decirle que aún no hemos tenido ocasión de limpiar nuestro equipo y nuestros vestidos. La 5.ª Compañía ha desempeñado una misión especial y ha combatido sin tregua durante tres meses y medio. La compañía ha regresado hace siete días con doce supervivientes.

El comandante agitó su servilleta blanca.

—Esto no me interesa, pero he de hacerle observar que tiene que callarse hasta que se le interrogue. Si no, según el reglamento ha de pedir autorización para hablar.

—Teniente Ohlsen, jefe de Compañía, 27.º Regimiento Blindado, 5.ª Compañía, solicita autorización para hablar, mi comandante.

—No —replicó el comandante—. Lo que tenga que decir no nos interesa en absoluto. Puede regresar con su Compañía y dedicarse a poner orden de acuerdo con el reglamento.

Hizo una breve pausa y, después, lanzó lo que creía era su triunfo máximo:

—Mañana, a las diez, pasaré revista. Y cuidado, teniente, si su Compañía no se presenta de manera adecuada. A propósito, ahora que recuerdo: ¿ha liquidado ya a los rusos que trajo?

El teniente tragó saliva. Miró directamente a los ojos del comandante.

«Cuidado —se dijo—. Éste es peligroso».

—La liquidación no ha sido efectuada, mi comandante.

El comandante enarcó las cejas, hizo caer la ceniza del cigarrillo con la punta del dedo meñique, observó con atención la brasa y comentó en voz baja:

—Sabotaje, insubordinación. —Levantó la mirada hacia el teniente Ohlsen, y prosiguió secamente—: Pero somos humanos, teniente. Supondremos que no hemos expresado con claridad suficiente la orden de liquidación, lo que hacemos ahora de la manera más categórica. Teniente, le ordeno que ahorque a sus prisioneros. Espero recibir el informe sobre la ejecución mañana a las diez, cuando pase revista.

—Pero, mi comandante, no se puede ejecutar a los prisioneros de esta manera.

—¿De veras? —gritó el comandante, sonriendo—. Ya lo verá. Me permito llamar su atención sobre el hecho de que si no ejecutan mis órdenes, recurriremos a medidas de excepción.

Agitó su servilleta para indicar que la conversación había terminado, volvió a sentarse a la mesa y sonrió a los atildados oficiales que le rodeaban.

—A su salud, caballeros.

Se saboreó el vino. Era aterciopelado y tenía un delicioso perfume.

El teniente avanzó en la oscuridad hasta encontrar la posición de la Compañía.

«Querido Iván —rogaba—, envía unos cuantos cohetes a esa banda de cretinos. Sólo tres o cuatro, aunque no sean muy grandes».

Pero nada se movió. Iván guardaba silencio. La piadosa oración del teniente Ohlsen no fue escuchada.

El teniente saltó al interior del agujero del grupo de mando.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó *el Viejo*, mientras apretaba el tabaco de su pipa.

—Ese comandante es un puerco —dijo el teniente Ohlsen, con los dientes apretados—. Está loco de atar. Ha ordenado que mañana, a las diez, reúna a la Compañía para pasar revista.

—¿Qué? —gritó Porta, sin dar crédito a lo que oía.

—¿Se ha vuelto sordo, Porta? Revista. Revista reglamentaria.

Porta se echó a reír.

—Es lo más gracioso que he oído en mucho tiempo. Por lo menos, necesitamos un año para limpiarnos.

Salió del agujero y empezó a canturrear.

—*Hermanito*, tienes que barrer tu agujero. Vamos a pasar revista.

—¿Qué agujero? —preguntó la voz de *Hermanito* desde la oscuridad—. ¿El del trasero?

La risa debió de oírse en varios kilómetros.

—Callaros —gruñó el teniente Ohlsen—. Tenemos a Iván ahí delante.

—¡Oh, válgame Dios! —cuchicheó Porta, fingiendo temor—. Esto debe de ser peligroso.

Las tinieblas rodearon aún más las montañas. Desapareció la luna. No se oía ni un solo rumor. Todo estaba tranquilo.

El teniente Ohlsen se instaló en el agujero, entre el teniente Spät y *el Viejo*.

—Tienen que ayudarme —dijo—. El comandante quiere que ejecutemos a los prisioneros antes de mañana a las diez. ¿Cómo hacerles desaparecer sin ponernos en peligro?

El Viejo mordisqueaba su pipa.

—No es fácil. Hay que esconderlos y procurarse seis cadáveres.

—¿Y si nos limitáramos a dejarles escapar? —propuso el teniente Spät—. Me parece que Boris exagera. No puedo creer lo que afirma: que serán liquidados si vuelven a sus líneas, después de haber sido hechos prisioneros.

—Hazle venir, Spät —dijo el teniente Ohlsen—. Es preciso que nos eche una mano; entre otras cosas, está en juego su cabeza.

Poco después, el joven teniente ruso saltó dentro del agujero.

—Nuestro comandante exige que le ahorquemos a usted y a sus hombres antes de

mañana a las diez —empezó a decir el teniente Ohlsen—. De lo contrario, me ahorcarán a mí. Si tiene alguna idea, expóngala. Es urgente.

El ruso mostró sus blancos dientes.

—Tengo varias, pero no valen nada, querido colega. Como ya le he dicho, si escapamos, moriremos también. En todo caso, es muy probable. Hay una ley que nos prohíbe formalmente dejarse hacer prisionero. Un soldado debe luchar hasta el último cartucho y hasta el último aliento. Si nos ven regresar tan tranquilos, lo considerarán, pura y sencillamente, como una insubordinación. El padrecito Stalin en persona ha hecho la ley.

—¿Y los partisanos que hay por el sector? —propuso *el Viejo*.

—Es una posibilidad, pero no me parece buena —le contestó el ruso—. Todos los grupos de partisanos están en contacto con una unidad superior mandada por un comisario. Éste no tardará en saber que nuestro sitio no está en este sector del frente. Nuestra unidad está a centenares de kilómetros de aquí. Y, además, no hay que olvidar que nos veremos obligados a ocultar que hemos sido prisioneros. Sólo nos queda una posibilidad; asegurar que hemos quedado aislados durante un ataque y que hemos permanecido ocultos tras el frente enemigo. Pero lo mismo que les ocurre a ustedes, tampoco nosotros podemos hacerlo durante mucho tiempo. Los partisanos tienen los nervios a flor de piel. Primero disparan y después preguntan. Si nuestra explicación presenta el menor fallo, nos eliminarán por miedo a que seamos espías. No sería la primera vez que ocurre. En esta guerra, se han visto todas las formas de traición.

El teniente Spät encendió un cigarrillo, ocultando la llama con la mano.

—Tal vez sea un juego del escondite perfecto, pero va en ello sus vidas y sólo podemos pensar en el presente. Deben ponerse uniformes alemanes, ocultarse entre los soldados y esperar a que llegue el día en que puedan marcharse.

—¿Y dejarnos capturar con uniformes alemanes? —contestó el ruso, sarcástico—. Nadie creerá la verdad. Nos tomarían por *Hiwis* y nos ahorcarían. Incluso nuestros compañeros lo harían sin vacilar.

—Entonces, ¿qué propone usted? —dijo el teniente Ohlsen, impaciente.

—No se me ocurre nada —murmuró el ruso—. No hay más que dejarnos ahorcar. Aquí o allí, ¿qué diferencia hay?

—Hablemos con Porta —propuso *el Viejo*.

—¡Esta sí que es buena! —exclamó el teniente Ohlsen—. Estamos tres oficiales y un *Feldwebel* y vamos a pedir consejo a un indisciplinado *Obergefreiter*. Está bien, llámenle. No me sorprendería que se le ocurriera alguna idea.

Porta se deslizó dentro del agujero.

—¿Me invita alguien a fumar? —pregunto irrespetuosamente.

El teniente Spät le ofreció un cigarrillo.

—Al pelo. De este modo, me ahorro los míos.

—Porta —empezó a decir el teniente Ohlsen—, tenemos un problema. Deberemos separarnos de nuestros seis colegas.

—Toda la Compañía lo sabe. Cuando le ha visitado usted hace un rato, el comandante ha cuchicheado: Cuelgue a los seis prisioneros rusos si no quiere que le cuelguen a usted Y esto no le hace gracia, ¿verdad? Heide no quiere saber nada. Ha decidido cargarse a los prisioneros cuando traten de atravesar la línea. Y usted no podrá hacer nada contra él, mi teniente. Al contrario, habrá que darle las gracias, si explica que usted le ha ordenado que dispare, ya que, de esta manera, le salvará la cabeza.

—Cállate, Porta —intervino *el Viejo*—. Te hemos, llamado para que nos ayudes. Veo que ya estás al corriente. Ya sabes, también, que ellos no pueden atravesar las líneas sin más.

—Sí, mi tocayo de Moscú hace bien las cosas. Con su ley, ha conseguido interrumpir completamente las deserciones desde 1941. Ni a mí se me hubiese ocurrido nada mejor. Aquel viejo granuja me gusta. Tiene imaginación.

—Guárdese sus simpatías para usted —rezongó el teniente Ohlsen.

—¿Tal vez prefiere al señor jefe del Partido, en Berlín, mi teniente?

—No prefiero a ninguno de los dos.

—En la actualidad, no se tiene derecho a decir esto, mi teniente. En pro o en contra, de lo contrario se te cargan. ¿Qué le resulta más fácil decir: Frente Rojo o Heil Hitler?

—Entre los nuestros, a un tipo como éste le habrían liquidado hace ya mucho tiempo —interrumpió el teniente ruso.

Porta le lanzó una mirada de reojo.

—Es una suerte que aquí no ocurra lo mismo, mi oficial *russki*. De lo contrario, mañana, le pondrían un bonito collar.

—¡Vamos! ¡Ideas, Porta! —exclamó el teniente Ohlsen, exasperado.

—Paciencia, mi teniente, paciencia.

—¡Cretino! —gruñó el teniente Spät,

Porta le miró.

—¡Ah! ¿Conque sí, mi teniente? Bien, voy a retirarme al agujerito personal de *Hermanito* y mío.

Sacó a medias el cuerpo del agujero.

—Vamos, no te sulfures, Porta. Es una manera de hablar —se disculpó el teniente Spät.

—Por esta vez, pase, mi teniente, pero que no vuelva a ocurrir. Soy bastante sensible sobre este punto. Cuando uno frecuenta estúpidos, tiene especial interés en que no le confundan.

Rió con insolencia.

—Por lo que se refiere a salvar a esos seis pequeños Stalin, no es tan difícil como parece. Basta con hacerles aterrizar allí como unos héroes.

—Explíquese —rogó el teniente Ohlsen.

—Necesitamos seis cadáveres, mi teniente. Ya tenemos tres. *Hermanito* y yo nos hemos cargado antes a un ruso cada uno. Observadores —añadió—. Después, está el partisano estrangulado por *Hermanito* en el bosque. Los otros tres ya los encontraremos, y todavía más. Esto no es problema. *Hermanito*, *Anda o Revienta* y yo vamos a ver a Iván de cerca. Nos las arreglaremos para armar un buen jaleo. Estoy seguro de que unas ráfagas de ametralladora a lo largo de las trincheras les harán moverse. En cinco minutos es necesario que tengan la presión de que todo un Batallón se lanza al asalto. Mi sombrero de copa les hará orinarse de miedo. Después, nos larga y nos ocultamos en las trincheras de observación.

Dibujó un plano con ayuda de la bayoneta; los tres oficiales y *el Viejo* asentían. Empezaban a adivinarle el pensamiento.

—Y luego —prosiguió—, la cosa empieza de veras. *Barcelona Blom* estará preparado con el lanzallamas. En cuando envíe una bengala roja, afeitará la barba de los puestos avanzados bolcheviques. Treinta segundos después, empiecen a disparar morteros a toda mecha. Estoy seguro de que, en retaguardia los tipos de los «Do», se ensuciarán encima cuando escuchen el jaleo. Empezarán a disparar salvas. Los rusos quedarán convencidos de que todo el ejército ataca. Despertaremos el Batallón de héroes de nuestro comandante, y o mucho me engaño, o empezarán a largarse. Y eso es contagioso. Llegarán adonde está el comandante y sus soldados de pacotilla. También ellos se largarán sin hacer las maletas. Cuando esto empieza, los minutos cuentan, mi teniente. El asunto evoluciona más de prisa de lo que se puede explicar. Entonces, deberemos hacer funcionar todas nuestras armas automáticas: fusiles de asalto, ametralladoras y el resto del arsenal.

»Será preciso que le trabajemos un poco a usted, mi teniente —prosiguió dirigiéndose al oficial ruso—, a fin de que dé la impresión de que ha sido torturado; pero esto lo hará *Hermanito* en un santiamén. Diga que ha escapado a la G.E.P. cuando le conducían al poste de ejecución. Añada después que con sus cinco mujiks han atacado a los cazadores de cabezas, precisamente detrás de este sector. Añada aún que les han detenido al mismo tiempo que a varios partisanos que habían encontrado en su propio sector, y que éstos les han acompañado hasta la granja en la que nosotros hemos hecho una incursión. (Es verdad que uno de ellos ha escapado, pero no creo que haya podido atravesar las líneas. Era demasiado estúpido). Bien. Para terminar, explique que después de haber escapado de los cazadores de cabezas han llegado a nuestra posición, que han conquistado las trincheras y rechazado a todo el Batallón. Pero hay que actuar aprisa, mi teniente. Los colegas de enfrente querrán atacar

inmediatamente y ocuparán las posiciones ocupadas por nuestros héroes de guarnición.

—Pero ¿qué hará su Compañía si les atacan? —pregunto inquieto el teniente ruso. Porta se echó a reír.

—No hay cuidado. Esos de enfrente son soldaditos de pacotilla. Lo mismo los de al lado. De lo contrario, *Hermanito* y yo no podríamos divertirnos de esta manera. Deben de creer que están paseando por Moscú.

—Está completamente loco —dijo, riendo, el teniente Ohlsen—. ¿Cuándo piensa empezar la representación?

—A las tres en punto. *Hermanito*, yo y *Anda o Revienta* nos marcharemos hacia las dos y media. Pero tiene que ser a las tres en punto. Porque, en ese momento, nos lanzaremos a fondo. Y, además, no creo que ahí enfrente sólo haya estúpidos.

—Gracias de todos modos —sonrió el teniente ruso.

—¿Por qué a las tres? —preguntó el teniente Spät.

—Es una hora en la que nadie espera ser atacado. El terreno está demasiado húmedo. Hay niebla en la montaña. La menor brisa hará que se levante. Dos horas más tarde, vuelve y se aferra; por lo tanto, entonces será posible ocultarse en ella. Toda la pandilla de enfrente está roncando y también nuestros héroes de al lado. Cuando nos vean, se quedarán patitiesos. Pero lo aconsejo, mi teniente, que, en cuanto haya lanzado sus granadas y tome el camino que voy a indicarle, corra como si se le quemara el trasero. Será mejor que venga conmigo, así lo verá. Si se desvía usted hacia el lazo de *Hermanito*, entonces, mala suerte. Estos días tiene ganas de estrangular.

El ruso asintió con la cabeza.

—Julius Heide tiene una lente infrarroja y es un asesino —prosiguió Porta—. Yo me cuidaré de *Hermanito*, pero no garantizo nada por lo que respecta a Heide. Es un puerco. A los nuevos no les conozco. Bueno, venga, mi teniente, le enseñaré el camino. Pero sea prudente: sus camaradas rojos han puesto centinelas por todas partes.

Atravesaron las trincheras a gatas, y llegaron a la tierra de nadie. Ni un solo ruido. Ambos desaparecieron en la oscuridad. Transcurrió un cuarto de hora antes de que regresaran.

—¿De acuerdo? —preguntó Porta.

El teniente Chisen afirmó con la cabeza. Comprobaron sus relojes. Eran las 20,05.

—Salud —dijo Porta.

Y desapareció en su agujero.

Se le oyó decir a *Hermanito*:

—La guerra es condenadamente peligrosa, *Hermanito*. Tendrías que hacer testamento, como los ricos.

El resto de sus palabras quedó ahogado en un murmullo incomprensible.

Hermanito río, despreocupado. El legionario rezongó. Una bala perdida silbó sobre sus cabezas. Luego, el silencio se aposentó en el sector.

Poco después de medianoche, los dos oficiales salieron para inspeccionar la posición.

—¡Este silencio siniestro...! —murmuró el teniente Spät.

Y levantó la mirada hacia el cielo, donde flotaban unos densos nubarrones.

Un ruido les hizo detenerse. Sólo era un débil rumor, un leve movimiento en las hojas. Pero para los dos oficiales aquello era un alboroto enorme, como una calavera riéndose detrás de ellos. Permanecieron quietos un momento, con las metralletas a punto. Luego, el teniente Ohlsen rió entre dientes.

—Es una zorra que sale de caza. También la naturaleza hace la guerra.

Siguieron ascendiendo la colina. Andaban sin hacer ruido. Donde era posible, utilizaban los arbustos y los matorrales como protección. Aprovechaban cada sombra.

Algo más lejos, se detuvieron para escuchar. Un ruido indefinible había llegado hasta sus oídos. La sangre acudió a sus rostros. Alguien roncaba ante ellos, y con fuerza.

—¡Vaya! —cuchicheó el teniente Spät.

Avanzaron hacia aquel ruido inaudito. La verde hierba formaba una blanda alfombra bajo sus pies y sofocaba cualquier ruido.

Se detuvieron en el borde del agujero. Era un agujero profundo y bien hecho. En lo más hondo, un suboficial yacía de lado y roncaba con un estrépito capaz de despertar a un muerto. Su metralleta estaba abandonada a su lado.

El teniente Spät se inclinó silenciosamente para coger el arma. Después, apoyó la punta del cañón en el pecho del suboficial dormido. Acto seguido, le despertó pegándole un golpe en la cabeza. El suboficial saltó en el aire, pero se sintió rechazado brutalmente. Murmuró cosas incomprensibles, abrió mucho los ojos, y preguntó, trastornado:

—¿Qué sucede?

—¡Cretino! —gruñó el teniente Ohlsen—. ¿Qué habría ocurrido si le hubiesen despertado los rusos? Ya estaría muerto, ¿no?

—He distribuido las horas de guardia —dijo el suboficial, intentando defenderse.

—Claro —replicó burlonamente el teniente Ohlsen—, y sus centinelas duermen porque saben que el jefe duerme. Si Iván hubiese atacado, le habrían rebanado la garganta antes de poderse despertar. Merecería que le matara aquí mismo, por negligencia.

Los dos oficiales prosiguieron su camino. Varios proyectiles perdidos silbaron amenazadoramente. Se oyó una risotada.

—*Hermanito* —comentaron.

Después, esperaron la réplica de Porta, que, desde luego, no se hizo esperar. Entre el verdor distinguieron el sombrero de copa amarillo, semejante a una chimenea colocada allí por un simple espíritu.

—*Mamma mía*, Cameron —le oyeron exclamar.

—Me gustaría saber cómo consigue ver los dados en la oscuridad —dijo el teniente Spät, sorprendido.

—Con la menor ascua de cigarrillo tienen bastante —repuso el teniente Ohlsen.

Ambos oficiales regresaron a su puesto de mando. En aquel momento, sonó, el teléfono de campaña.

—«Emil 27» —anunció el suboficial Heide en voz baja. Escuchó un momento, y pasó el auricular al teniente Ohlsen—. Es el comandante del Batallón.

El teniente hizo una mueca y se presentó según prescribían las ordenanzas.

—Aquí, el jefe de «Emil».

En cuatro ocasiones contestó secamente: «Bien, mi comandante». Después, colgó y se volvió hacia *el Viejo*:

—Orden a los jefes de pelotón: la Compañía se presentará por pelotones a pasar revista en las cercanías del Listado Mayor. El primer pelotón, a las diez; el segundo, a las once, y así sucesivamente.

—Ese comandante es de miedo —murmuró el teniente Spät.

—Y, además, feroz —añadió el teniente Ohlsen—. Mañana quiere ver ahorcados a los seis rusos.

Los oficiales se envolvieron en sus mantas para descansar un poco.

Llegó Porta.

—Me han dicho que el comandante ha ordenado una revista. Así, pues, me permito anunciar que *Hermanito* y yo estamos preparados. He lavado mi sombrero y mis pies, y me he puesto cintas rojas en los pelos del trasero.

—Lárguese de aquí —gruñó el teniente Ohlsen.

—Bien, mi teniente. Ya me voy.

Se quitó el sombrero amarillo, lo frotó enérgicamente con una manga, lo sopló y volvió a frotarlo.

—¡Maldita sea! ¡Qué magnífica tapadera! Estoy seguro de que mi comandante de Breslau quedará encantado cuando vea las cintas rojas en el trasero de *Hermanito* y en el mío. Si el jefe pide explicaciones le diremos que es el uniforme de gala.

—Hará ejecutar a toda la Compañía, eso es todo, camarada —observó el pequeño legionario.

—Porta, por última vez, no quiero ver este sombrero en las proximidades del Estado Mayor —amenazó el teniente Ohlsen.

—Pero si es lo más hermoso que hay, mi teniente.

Y Porta volvió a soplar sobre la prenda, a fin de eliminar una mota de polvo

imaginaria.

—También podría ponerme el traje que le gané al barón en Rumanía, ya sabe ^[16].

—El cretino del comandante no daría crédito a sus ojos —dijo Heide.

—Bueno, pero ahora Joseph Porta, *Stabsgefreiter* por la gracia de Dios, se siente impaciente. Vamos a visitar a nuestro hermano Iván. No os durmáis; de lo contrario, os chamuscaremos la piel.

Nadie sentía deseos de dormir. Distinguimos, vagamente, a Porta, *Hermanito* y el legionario que salían arrastrándose de sus agujeros. Desaparecieron en la primera alambrada, tragados por la oscuridad.

—Con tal de que salga bien —dijo, en voz alta, el teniente Spät.

Transcurrían los minutos. *Barcelona* Blom y *el Viejo* tenían a sus hombres en estado de alerta desde hacía mucho rato. Los tres grupos de morteros estaban dispuestos, con los proyectiles en la mano.

Barcelona apretó contra sí el pesado lanzallamas y comprobó, por enésima vez, su funcionamiento.

—¡Si por lo menos pudiera cambiar la válvula! —murmuró—. No es muy segura. La he reparado con un pedazo de goma de mascar.

—No hay tiempo —replicó el teniente Ohlsen—. Sólo nos quedan cuatro minutos.

Heide se volvió, amenazador. Estaba acurrucado tras la ametralladora pesada. Miró a los reclutas.

—Al que no vaya pegado a mi trasero cuando avance, me lo cargaré personalmente. *Panjemajo*?

Un recluta de diecisiete años se echó a llorar.

Heide rodó sobre sí mismo y le abofeteó brutalmente tres o cuatro veces.

—Déjate de lloriqueos. Lo único que arriesgas es que te rebanen el gáznate. No demuestres que tienes miedo. Si no, será tu primer y último ataque.

El recluta empezó a chillar; Heide se lanzó sobre él y le abofeteó una y otra vez con el dorso de la mano.

—¡Cállate, cerdo, o te liquido!

El teniente Ohlsen y el ruso contemplaban la escena en silencio. Lo que hacía Heide era cínico y brutal, pero necesario. El miedo del joven recluta podía comunicarse a toda la compañía como un reguero de pólvora. No hay presa más fácil para el enemigo que un destacamento que huye atemorizado. En lo sucesivo, el grupo de ametralladoras pesadas temería más a Heide que a los propios rusos.

—Ha hecho usted bien, sargento —observó el ruso.

—Sí, mientras estemos en guerra —añadió inmediatamente Ohlsen.

Apenas había terminado de hablar, cuando el terreno pareció volar hecho añicos ante nosotros. Una prolongada explosión sacudió nuestra posición. Después, se

escuchó un grito infernal. Vimos surgir el cuerpo gigantesco de *Hermanito*; llevaba el sombrero hongo en la cabeza. Estaba cerca de las trincheras enemigas. La metralleta que sostenía empezó a escupir balas trazadoras. Unos siluetas huyeron, presas de pánico. La sorpresa había sido total.

—¡Qué tipos! —exclamó el teniente ruso, admirado.

—¡*Barcelona*! —exclamó el teniente Ohlsen.

Barcelona se levantó y se lanzó hacia delante.

El lanzallamas iluminó el terreno. Unos hombres corrían transformados en antorchas vivientes.

El teniente Ohlsen bajó el brazo. Nuestras armas automáticas empezaron a escupir fuego.

Heide reía como un fanático, disparando salva tras salva.

—¡Morteros! ¡Fuego! —aulló el teniente Spät.

Los obuses trazaron sus trayectorias parabólicas en el cielo y cayeron tras las trincheras rusas.

Cada hombre de la Compañía actuaba febrilmente. La angustia había desaparecido.

Doblé el pie de mi ametralladora ligera, avancé y me instalé en un cráter de obús, en plena tierra cie nadie. Un grupo salió precipitadamente de la trinchera situada frente a mí; soldados acometidos por el pánico. Inspiré profundamente y apoyé con firmeza la culata contra mi hombro, como si estuviera en un ejercicio de tiro. Apunté con cuidado y vacié el cargador que mi ayudante, un hombre ya maduro, sacaba en el acto para sustituirlo por otro lleno. Cargué, disparé.

Sobre nuestras cabezas, un océano de llamas resplandeciente convertía el cielo en una gigantesca pantalla luminosa que iluminaba el terreno como en pleno día. Las montañas se dislocaron y resquebrajaron.

Porta tenía razón. Los «Do» habían despertado. Disparaban a tontas y a locas. Salva tras salva. Sus temibles cohetes caían detrás de nosotros.

Retrocedí y me dejé caer junto al teniente Ohlsen. Aquellos cohetes asustaban de verdad.

El teniente ruso huyó a toda velocidad, seguido por sus hombres.

—*Desvedanja*! —gritó antes de desaparecer.

El Batallón del comandante hizo exactamente lo que Porta había predicho. Empezó la fuga. Pero, con gran sorpresa nuestra, los rusos no atacaron. Más tarde, averiguamos que también ellos habían huido.

Hasta pasadas siete horas, el sector no recobró la calma.

Los rusos rociaban constantemente nuestras posiciones con un nutrido fuego artillero.

A última hora de la tarde, se restableció el enlace con el Batallón. Se anuló la

revista. Volvimos a nuestras posiciones. Se instalaron de nuevo los alambres telefónicos. Nadie sabía con exactitud lo que había ocurrido.

El teniente Ohlsen pudo dar parte de un ataque sorpresa de la Infantería enemiga. Un destacamento había intentado conquistar nuestras trincheras. La Compañía vecina dio la misma explicación. La historia fue considerada cierta.

Habíamos recogido seis soldados rusos muertos y los colgamos de los árboles. El teniente Ohlsen redactó un parte escrito en el que manifestaba que se había efectuado la ejecución.

Al día siguiente, el comandante nos envió a su adjunto para comprobarla. El ayudante acudió, pero no deseaba ver los cadáveres. Se dirigió al teniente Ohlsen:

—Los he visto. ¿De acuerdo?

Cuando el ayudante se hubo marchado, el teniente Ohlsen movió la cabeza:

—Hubiéramos podido ahorrarnos esta comedia.

A la noche siguiente se nos ordenó que enviáramos una patrulla de reconocimiento tras las líneas rusas. Querían averiguar su potencia artillera y si tenían tanques.

Desde luego, designaron a nuestro grupo. Hubiese sido una locura utilizar a los reclutas para esta misión.

Uno por uno salimos de la trinchera y nos dirigimos a paso de lobo hacia las trincheras rusas.

Hermanito avanzaba con el lazo en la mano.

—Nos repartiremos el oro —le había dicho Porta un momento antes de salir.

Sabíamos muy bien a qué oro se refería. Nunca pasaba ante un cadáver sin examinarlo y arrancarle las muelas de oro que pudiera tener.

—Esta manía de coleccionista os costará la cabeza algún día —profetizó *el Viejo*—. Con ella cometéis dos crímenes a la vez, primero, desvalijáis un cadáver. Esto está reconocido por todos los países. El segundo, reconocido sólo por nuestro Gobierno, precisa que todas las muelas de oro pertenecen al Estado y que, por lo tanto, deben de ser depositadas en la oficina de las SS más próxima. Infracción castigada con la pena de muerte.

—Pesimista —dijo Porta, riendo.

—Yo no depositaré las muelas —añadió *Hermanito*—. Con el dinero que saque de éstas, tengo la intención de comprarme una charcutería y un burdel cuando acabe la guerra. En los campos de concentración arrancan las muelas de oro a los vivos. Nosotros somos humanos: esperamos a que se hayan enfriado.

—¡Asqueroso! —rezongó Stege.

—¡Tú no te metas en eso, intelectual del diantre! —amenazó Porta—. Ocúpate de tus libros, y nosotros seguiremos con nuestros negocios. Veremos quién llegará más lejos.

Estábamos muy a retaguardia de las líneas rusas, cuando *el Viejo* se detuvo, de repente, ante una hondonada.

—Hay alguien ahí abajo —cuchicheó.

Hermanito y el legionario avanzaron silenciosamente por entre los arbustos, para examinar el terreno desde más cerca.

—¡Venid! —llamó el legionario—. Son conocidos.

Descendimos a la hondonada.

—¿Conocidos? —preguntó *el Viejo*, mirando los cinco cadáveres.

—Ejecutados —afirmó Porta—. Un disparo de «Nagan» en la nuca.

Hermanito preguntó:

—¿Qué hay escrito en esos papeles que llevan colgados del pecho?

Porta recogió uno de los mensajes y tradujo el texto ruso:

—«Traidores al pueblo».

—¡Cuánto trabajo perdido! —murmuró *Barcelona*, pegando una patada a uno de los cadáveres.

Habíamos reconocido a nuestros ex prisioneros. La comedia no había tenido éxito.

—Quisiera saber lo que ha ocurrido —reflexionó *el Viejo*—. ¿Dónde debe de estar el teniente?

—No irá a llorar por esos puercos —rezongó Heide—. Si llego a saber que se largaban, me los cargo.

—Uno de estos días te romperás el cuello, Julius —le profetizó *Barcelona*—. He conocido a tipos como tú.

Heide se echó a reír.

—De los dos, tú te irás el primero.

—Bueno, adelante —intervino *el Viejo*—. Y los labios cosidos, ¿eh? Si no, tendremos complicaciones.

—¿Qué son complicaciones? —preguntó *Hermanito*—. ¿Hemorroides?

—¡Cretino! —dijo Porta.

Y echó, por encima del hombro, el cartelito, que salió volando como un pájaro en el cielo.

Amanecía cuando regresábamos. Pasábamos el tiempo mejorando nuestras posiciones. El comandante había conseguido superar sus temores. Determinó que, al día siguiente, realizaría la revista.

Nos habíamos instalado cómodamente en las trincheras; de vez en cuando, echábamos una ojeada al puesto de ametralladoras. Conocíamos bien a los rusos. Podían adelantarse en cualquier momento y conquistar por sorpresa toda la trinchera.

En cierto modo, era su especialidad.

—Cuéntanos algo, Porta —le pidió el teniente Ohlsen.

—Sí, una historia en las que ocurra algo —propuso Julius Heide.

Porta escupió unas semillas de girasol.

—De acuerdo. Pero ¿qué clase de historia? No se va al cine para pedir: Enseñadme una película. Desde aquí puedo oír a las gachís de las taquillas gritando: «Diga qué clase de historia desea». Tened en cuenta que he recorrido medio mundo con las fuerzas armadas de Adolph.

—Una historia de faldas —reclamó *Hermanito*, relamiéndose los labios.

—Sólo pensáis en eso —dijo Stege, asqueado.

—No tienes más que meterte una granada donde yo sé y hacerla estallar —gritó *Hermanito*, enojado—. Si nuestra compañía te molesta...

Se volvió hacia Porta.

—Una historia de gachís, Porta. Ya sabes que lo que más me gusta es que hablen de chicas que tienen fuego en el cuerpo.

—Sí, ya lo sé —dijo Porta con una ancha sonrisa—. Historias bien puercas y nada católicas. No, hoy os hablaré de moralidad. Veamos.

Fingió que reflexionaba.

—Por ejemplo, la historia del propietario que engañó a su pocero. No, creo que no os gustaría. Hay que buscar otra cosa. Para un día en que pasemos revista, en medio de esta guerra peligrosa. El noble barón de Breslau, al que un destino aciago ha puesto en nuestro camino, exige disciplina y orden, y tiene razón. Sin orden, no se puede participar en una guerra como ésta. La guerra hay que tomarla en serio, como todo lo militar. ¿Habéis visto alguna vez a un oficial que se ría al desenvainar su sable? No, no, seriedad, señores. Aquí estás tú, *Hermanito*, lleno de mugre en medio de la guerra, sin casco. ¿Dónde está tu máscara antigás? Ni la menor idea, ¿eh? Fíjate en tu uniforme. ¡Maldita sea, *Hermanito*! Un poco de carácter. Si sigues así, corremos el riesgo de ganar la guerra. ¿Te imaginas cuántas preocupaciones tendríamos?

—¡Yo no quiero ganar la guerra! —protestó *Hermanito*—. Dime dónde puedo entregar mi tarjeta y me largo de esta sociedad en un santiamén.

—Ya lo supongo —replicó Porta—, pero es ahí donde te equivocas. No se abandona tan fácilmente la hermosa vida militar. Esto no es el Ejército de Salvación. Pero ya vendrá. Tenemos suerte. El Führer nos envía un comandante, un noble, con el trasero azul y la sangre ardiente. Hará cuanto pueda para que perdamos la guerra. Pero ni él mismo lo sabe. Quiere pasar revista, una hermosa revista militar y disciplinada, como hacía en los buenos viejos tiempos de la guarnición, los lunes por la mañana.

Y, colocando una granada de mano ante las narices de *Hermanito*, preguntó:

—¿Sabes lo qué es este chisme?

—Una granada de mano.

Hermanito no se atrevía a apartar la mirada del peligroso proyectil.

—Bien, muchacho. Una granada de mano. Exactamente. Modelo 1908. Nacida en la clínica de material del Ejército Bamberg. Envuelta por manitas de prostituta y enviada a nosotros, los héroes. ¿Sabes también para qué sirve?

Porta hizo girar la granada por encima de su cabeza: vimos cómo se movía el anillo.

—¡Cuidado! —aconsejó Steiner—. Puede estallar y matarnos a todos.

—Es su misión —explicó Porta—. Resulta muy útil. Con esto se puede matar a un Iván o limpiar un refugio. Se la puede utilizar para abrir una bodega o para enviar un comandante al otro mundo.

—Y también sirve para pescar —intervino *Hermanito*.

—¡Bravo! —dijo Porta—. Ya veo que no eres completamente obtuso. El comandante de Breslau se alegraría al ver cuánto has aprendido. Imagino que gruñiría algo por el estilo. «¡*Obergefreiter!* ¡Becerro! Ya me ocuparé de usted. Merece usted una muerte honrada, con pólvora y acero. Honrará al pelotón de ejecución».

—¿Por qué había de ejecutarme? —preguntó *Hermanito*, sorprendido.

—¡Pse! En una guerra, hay que ejecutar a alguien de vez en cuando. Es indispensable, si se quiere que la gente la tome en serio. El pueblo debe percibir y comprender que la muerte acecha en todas partes. Y además, los generales y los comandantes también quieren ver gente que cae. Es el objetivo de su carrera. Como no pueden ir al frente, porque sus matasanos pretenden que tienen úlceras en el estómago, encuentran tipos a los que ejecutar, para poder hablar de muertos cuando termine la guerra. Pero a ti no creo que te ejecuten, *Hermanito*. Tú eres un soldado extraordinario. Y, además, no hace bastante calor para ti en el infierno. Todo eso requiere tiempo.

Hermanito se mostró visiblemente halagado y afirmó con la cabeza.

—Sí, ¿verdad que soy formidable?

Porta asintió, y prosiguió:

—Desde luego. Lo mismo que un tanque cuando se le pone un motor en marcha. Con soldados como tú, los ejércitos alemanes conquistarían el mundo entero e incluso llegarían a plantar la cruz gamada en el trasero de Stalin.

—Porta, Porta —dijo, riendo, el teniente Ohlsen—. Su lengua le llevará algún día al cadalso.

—Italia nos atacará por la espalda —empezó a decir *Hermanito*, cambiando de tema sin transición y olvidándose de la historia de Porta que, como de costumbre, no era una historia.

—¿Y por qué Italia había de atacarnos por la espalda a nosotros dos? —preguntó ingenuamente Porta.

No le cabía semejante idea en la cabeza.

—No a nosotros dos, pero sí a nosotros —gruñó *Hermanito*.

El Viejo se quitó la pipa de los labios y movió la cabeza.

—Hay algo de cierto en lo que dice.

—Lo peor que podría ocurrirnos —prosiguió Porta— sería que olvidáramos por qué hacemos la guerra.

Sacó una galleta del bolsillo.

—La conseguí cuando nos marchamos de Viena hace tres años y medio. Me la ofreció una gran ramera del Partido. Un recuerdo precioso. Cuando empiezo a olvidar por qué hacemos la guerra, leo su inscripción.

Levantó la galleta reseca para que todo el mundo pudiera leer las letras de azúcar color de rosa: «Victoria y venganza».

—No lo olvidéis nunca, muchachos: «Victoria y venganza». Dejadme echarle la zarpa al SS Heinrich, así que nuestros amigos hayan ganado.

El teniente Ohlsen movió la cabeza. Echó una ojeada a lo largo de las líneas; los hombres estaban eliminando de su equipo y uniformes el barro de muchas semanas.

—¡Que se vaya al cuerno el comandante! —gruñó.

Sorprendido, se calló.

Incluso Porta quedó silencioso. El teniente Ohlsen, que solía hablar tan correctamente, acababa de dejarnos atónitos.

Ohlsen se volvió hacia *el Viejo* y el teniente Spät, que fumaban sus pipas en el fondo de la trinchera.

—Me saca de quicio —se disculpó.

—Es natural —respondió el teniente Spät—. Somos unos coolíes y hacen lo que quieren con nosotros.

La revista tuvo lugar, como podía esperarse. Después de haber examinado el destacamento durante varios minutos, el comandante tuvo un ataque de rabia.

Para un oficial del frente, los hombres estaban limpios. Sorprendentemente limpios. Toda la vieja porquería había desaparecido. Nos habíamos lavado en el agua glacial del arroyo. Estábamos empapados, pero limpios. Por supuesto, sería imposible satisfacer a un viejo oficial de guarnición como el comandante Von Vergil. Según él, éramos sucios por definición.

Despotricó contra los correaes sin brillo. No le interesaba saber cómo podíamos conseguir pulimento.

Cuando nos dejó, cada hombre de la Compañía parecía un montón de estiércol. Ordenó una nueva revista para la mañana siguiente. Y continuó así durante tres días. El comandante distribuyó generosamente penas de prisión, penas que había que cumplir cuando nos relevaran. A otro destacamento le condenaron a avanzar a rastras durante cinco kilómetros, con máscara de gas y todo el equipo.

Aquello costó la vida a un recluta. Hemoptisis.

El teniente Ohlsen intentó desesperadamente ponerse en contacto con nuestro

Regimiento, pero la confusión era total por doquier.

Cosa curiosa: los rusos nos dejaban tranquilos. El único testimonio de su presencia era un fuego de infantería disperso. Pero se combatía más hacia el Norte. Día y noche, podíamos oír detonaciones de todas clases.

El comandante se comportaba como un loco. Parecía que quisiera que nos aniquilaran. Nos hacía emprender las exploraciones más estúpidas.

Una mañana, a primera hora, nos envió a que localizáramos las fogatas en pleno campo de minas. La exploración nos costó tres hombres. Mandaba llamar constantemente al teniente Ohlsen, quien, con peligro de su vida, debía recorrer tres kilómetros para presentarse en el Estado Mayor y contestar unas cuantas preguntas estúpidas.

—Es peor que el comandante Meyer —gruñó Porta—. Pero, esperad. Cuando ataquen los rusos, me encargo de enviarle un pepino a la sesera.

Pasaron los días. En nuestro sector todo siguió en calma. Si el comandante nos hubiese dejado en paz, habríamos estado muy bien. Desde luego, tanto enfrente como en nuestras filas, había tiradores escogidos. Así, pues, de vez en cuando, los imprudentes recibían un balazo; pero ya estábamos acostumbrados a eso. No le dábamos importancia.

Hermanito estaba convencido de que la guerra terminaría pronto y de que podríamos volver a nuestras casas.

—Celebraré una juerga de seis meses seguidos —decidió Heide con convicción.

—No, por el Profeta. Desgraciadamente dista mucho de haber terminado —dijo el pequeño legionario.

En aquel momento llegó *Barcelona*.

—Menudo alboroto hay en el Estado Mayor —jadeó—. Iván ha debido de romper toda el ala izquierda.

El Viejo se levantó sin prisas, se guardó la pipa en un bolsillo, amartilló la ametralladora.

Lo temía. Aquel silencio era demasiado hermoso para ser cierto. Ahora empezaban las preocupaciones. Teníamos a Iván en la espalda.

—Avisad a los destacamentos —vociferó el teniente Ohlsen—. A toda prisa, señores.

A nuestras espaldas oímos disparos confusos, mezclados con explosiones de granadas de mano y de minas.

Adormilados, los destacamentos acudían a formar ante el grupo de mando.

—Teniente Spät, quédate aquí con el primer destacamento para cubrir el camino —ordenó el teniente Ohlsen—. Coloca bien tus fusiles y cúbrenos cuando regresemos. El resto de la Compañía, en columna de a uno detrás de mí.

Hermanito se puso un cigarro enorme en los labios. Siempre hacía lo mismo

cuando íbamos a atacar con arma blanca. Se sujetó bien la correa de su metralleta sobre el pecho. La larga bayoneta triangular relampagueaba de una manera siniestra en el extremo del fusil. *Hermanito* se echó el sombrero hongo hacia la nuca y gruñó, satisfecho:

—Vamos.

Ascendimos la colina a paso de carga. Porta rezongó:

—¡Menudas carreras hay que dar en esta puerca guerra! Con lo poco que a mí me gusta.

Encontramos a dos reclutas, tras una piedra. Estaban medio locos de terror.

—¿Qué ocurre? —preguntó el teniente Ohlsen, empujándoles un poco con el cañón de su fusil ametrallador.

—Todo ha terminado —jadeó uno de ellos—. Los rusos se han presentado de repente. No sabemos de dónde.

—*Merde!* —exclamó el legionario.

Y observó el senderito que conducía al chalet.

—No lo entiendo. Nosotros dos montábamos la guardia. Los otros se habían acostado. El comandante no quería creer a los viejos soldados del frente que intentaban ponerle en guardia. Despotricaba contra ellos y decía que estaban nerviosos. Que los rusos eran unos cobardes y que nunca se atreverían a atacar. Ayer dijo al Estado Mayor que no había más peligro en la guarnición durante un ataque aéreo, que aquí, en el frente.

—Y entonces se ha presentado Iván —dijo *Barcelona*.

El joven recluta asintió.

—No les hemos oído hasta que han estado ahí. Todo ha sido increíblemente rápido. No han hecho ni un disparo; sólo han empleado los cuchillos y las culatas. El teniente Khal ha sido el único que ha conseguido lanzar una granada. Nosotros hemos huido, y así hemos conseguido salvar la vida.

—¿Y el comandante? —preguntó con indiferencia el teniente Ohlsen.

—No sabemos. Estábamos fuera cuando ellos han llegado.

—Espero, ¡por el amor del cielo!, que le hayan cortado el trasero y se lo hayan metido en los hocicos —dijo Porta con una risotada—. Si lo han hecho, les enviaré un hermoso regalo de Navidad.

—Sin duda, habían oído hablar de ese puerco —dijo *Hermanito*—. Esperemos aquí hasta que se los hayan cargado a todos, mi teniente. Esto complacerá al buen Dios y podremos ir al cielo.

—Seguidme —ordenó secamente Ohlsen.

—Porta, vamos a darnos otra carrera —dijo riendo *Hermanito*.

Se pasó el enorme cigarro de un extremo al otro de los labios.

Cuando traspusimos la cumbre, vimos el chalet del comandante. El lugar

hormigueaba de rusos que chillaban y cantaban.

—Apuesto a que han encontrado el bebercio del comandante —dijo *Barcelona*, sonriendo.

—Vamos antes de que se lo beban todo —propuso *Hermanito*, nervioso.

Papeles, cartones, pedazos de uniforme salían volando del primer piso. El saqueo había empezado ya.

—No se aburren —comentó Porta—. Cuando nos vean, se llevarán una sorpresa.

—Sobre todo, cuando se den cuenta de que somos muy diferentes de éstos que acaban de triturar —añadió Heide, acariciando su carabina.

La canción del cosaco que ha encontrado a dos muchachos llegaba hasta nosotros.

—Montad las bayonetas —ordenó el teniente Ohlsen fríamente—. Dirección, el chalet.

Hermanito se quitó el cigarro de los labios y se volvió hacia Porta.

—Bueno, una carrera más.

—Me duelen los riñones —respiró Porta, jadeante—. Estoy harto. Siempre corriendo.

Desplegados en guerrillas, los hombres asaltaron el chalet.

El Viejo, el legionario y yo corríamos junto al teniente Ohlsen.

Como paralizados, los rusos contemplaban a aquellos hombres que se precipitaban hacia ellos aullando como salvajes.

Nuestras armas automáticas crepitaron contra los rusos, atónitos. Los primeros caían ya. El ataque sólo había durado unos minutos. Después, llegamos junto a ellos.

Fue un combate sangriento y salvaje, en el que cada uno luchaba por su vida. Las bayonetas penetraron en la carne viva, perforaron los pechos.

Yo tenía frente a mí a un enorme teniente ruso, que utilizaba su metralleta como si fuese una cachiporra. Me eché a un lado para evitar el golpe homicida. Automáticamente, di una estocada vertical con mi bayoneta. Percibí una breve resistencia y, luego, el acero se clavó en la ingle del oficial, que cayó hacia atrás profiriendo gritos atroces. En su caída, casi me arrancó el fusil de las manos. Apoyé un pie en el vientre del ruso para recuperar mi arma, que se rompió. Con un pedazo de la misma en la mano, me precipité de nuevo hacia delante. Yo no era un hombre, sino una máquina de matar. Por miedo. Por placer. Por necesidad.

Porta estaba junto a mí. Reinaba una confusión total. Golpeábamos, atravesábamos, vociferábamos.

Hermanito estaba en medio del patio, con el cigarro en la boca. El humo le salía de todas partes. Llevaba el sombrero echado sobre los ojos y había perdido su fusil ametrallador.

Dos rusos se precipitaron hacia él. Lanzó un aullido horrísono; pero, más rápido que el rayo, *Hermanito* los cogió a ambos por la garganta y golpeó sus cabezas una

contra otra. Los soltó y ambos cayeron inertes a sus pies. *Hermanito* se inclinó, recogió una metralleta y empezó a disparar salvajemente contra un grupo enemigo. Si con tal motivo caía uno de los nuestros, mala suerte.

¿Cuántos murieron? ¿Quién? ¿Diez? ¿Veinte? Ni la menor idea. Un ruso había caído de rodillas detrás de una carretilla. A corta distancia, le disparé una ráfaga a la cabeza. Su rostro estalló como un huevo que se arroja entra la pared. Durante mucho tiempo, aquel rostro no se borró de mi mente.

Porta clavó su bayoneta en la espalda de un muchacho que quería huir.

Heide pisoteó salvajemente la cara de un joven soldado ruso que, incluso muerto, apretaba la metralleta.

¿Cuánto tiempo había transcurrido? ¿Un día? ¿Una hora? ¿Unos segundos? Nadie lo sabía. Nos encontramos detrás del chalet, donde nos dejamos caer, jadeantes y salpicados de sangre. Tiramos las armas descuidadamente a un lado. Nos desabrochamos los uniformes y arrojamos los cascos al suelo. Algunos empezaron a llorar. Con los ojos inyectados en sangre, buscaban a los compañeros. ¿Seguirían allí? Se temía lo peor. Luego, caían el uno en brazos del otro, aliviados, satisfechos.

He aquí a *Barcelona*, tendido de bruces, con el uniforme desgarrado. Allí, *el Viejo*, sentado al pie de un árbol, fumando en pipa. *Hermanito* y Julius Heide descansaban recostados en una pared. *Hermanito* parecía haber sumergido la cabeza en un charco de sangre. De sus labios, colgaba el cigarro destrozado y sin lumbré. Tendido boca arriba, Stege contemplaba las nubes. Estaba como paralizado. Nunca sería un buen soldado. El pequeño legionario estaba sentado en un peldaño de la escalera, con su perpetuo cigarrillo en la boca y su metralleta en sus rodillas a punto de disparar. Estaba limpiándola, como siempre. Después de haber guerreado durante quince años, sabía que un arma ha de ser cuidada. Steiner se había sentado sobre una pared ruinosa del establo. Al alcance de la mano, tenía una botella de alcohol medio vacía. Ya estaba borracho.

Sí, estaban todos allí. Todos los veteranos. Pero faltaba más de un tercio de los nuevos; estaban tendidos y parecían islotes esparcidos en medio de aquel verdor.

Alguien propuso enterrarles. Todos lo oímos, pero nadie contestó. ¿Para qué enterrarles? Nosotros estábamos cansados y ellos estaban muertos. Ya no sentían nada. Y también los pajarracos tenían que vivir. Un ataque como aquél suele costar caro. Los que hablan del combate individual tendrían que probarlo.

El teniente Ohlsen salió del chalet. Había perdido la gorra. Un profundo arañazo corría a lo largo de su rostro.

—Los han liquidado —murmuró, dejándose caer en el suelo.

Porta le alargó un cigarrillo.

—¿Y el comandante, mi teniente?

—Muerto como un cerdo. Le han cogido por el cabello y le han cortado el cuello

de oreja a oreja.

El teniente Ohlsen se volvió hacia Heide.

—Coge a dos o tres hombres y ve a recoger las cartillas militares de todos los muertos.

—¿También las de los rusos? —preguntó Heide.

—¡Claro! No hagas preguntas estúpidas.

Más tarde, abandonamos el lugar, no sin haber antes lanzado varias botellas de gasolina y unas granadas al interior del chalet, que inmediatamente empezó a arder.

Obuses de mortero cayeron entre nosotros.

—¡Adelante, a paso de carga! —ordenó el teniente Ohlsen.

—Iván quiere vengarse —comentó *el Viejo*.

Llegamos al camino donde nos esperaban el teniente Spät y sus hombres.

—Los fusiles en posición, para cubrir nuestro regreso —ordenó el teniente Ohlsen.

—¡Santa María! —exclamó Porta—. Cuando las cosas van mal, siempre nos toca a nosotros.

Hermanito y el legionario ya habían colocado en posición la ametralladora pesada, que tableteaba contra los rusos en el lindero del bosque. A nuestras espaldas, en la colina, los obuses de mortero estallaban con ruidos sordos.

—¡Paso ligero! —gritó el teniente Ohlsen—. ¡Más de prisa!

Furioso, empujó a unos reclutas que no avanzaban con la velocidad suficiente.

Uno de ellos, que andaba por el camino, lanzó de repente un grito atroz y empezó a correr en círculo mientras se sujetaba el vientre con ambas manos.

El *Sanitätsgefreiter* Berg se precipitó hacia él. Le tendió en el suelo y le cortó el uniforme; pero el muchacho, dieciséis años, había muerto ya.

Berg reemprendió la marcha, arrastrando su bolsa de la Cruz Roja. Perdió su casco de acero. Unos obuses de mortero cayeron muy cerca de él. Como por milagro, nada le sucedió. Nos alegramos; queríamos al *Sanitätsgefreiter* Berg. Había arriesgado su vida en numerosas ocasiones para salvar la de los demás. ¡A cuántos hombres había transportado a través de los campos de minas y de las alambradas! Cuando combatíamos en las fortificaciones de Sebastopol, le habíamos visto precipitarse en el refugio «Boris Stepanovich» para rescatar al teniente Hinka, gravemente herido. Después, tuvo que emprender una carrera de tres kilómetros, con el teniente Hinka a hombros y bajo una infernal lluvia de obuses.

Cuando el teniente Barring le preguntó si quería la Cruz de Guerra por esta hazaña, Berg contestó sencillamente que no coleccionaba chatarra. Y ahora, dos años más tarde, Berg no tenía la menor condecoración. Sólo la muy apreciada medalla de la Cruz Roja.

La Compañía se puso a salvo detrás de las colinas. Nos instalamos allí donde el

bosque formaba una especie de fiordo. Estábamos solos. El batallón de Breslau había desaparecido.

Como de costumbre, empezamos a jugar a los dados en un agujero. Nos jugamos el resto del vino del difunto comandante.

Haría varios días que viajábamos; con numerosas paradas en las estaciones. Nuestro tren había esperado horas enteras en las vías muertas, con las demás mercancías. Porque también nosotros éramos mercancías. Soldados en guerra. En las listas administrativas, nuestro tren estaba inscrito como tren de mercancías núm. 149.

El decimosexto día después de nuestra salida del frente, el largo tren se detuvo con una violenta sacudida, recorrió otro corto trecho, volvió a detenerse... Las ruedas chirriaron. La locomotora silbó y desapareció.

Porta se levantó de la paja, en el fondo del vagón de ganado núm. 9, miró por las puertas corredizas, y declaró con tono seco:

—Estamos en Hamburgo.

El pequeño legionario se desperezó.

—Por Alá, esta noche estaremos en «El Huracán», en casa de tía Dora.

—Es Pentecostés —dijo el Viejo sin transición.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Heide—. ¿Qué puede importarnos si es Pentecostés u otra fecha?

—Sí, lo sé —contestó el Viejo, encogiéndose de hombros.

—El año pasado, para Pentecostés, estábamos en Demjanks —dijo Porta.

—Y el año anterior en Brest-Litovsk —dijo Hermanito, recordando el robo audaz de cuatro tanques «SS».

—No nos recuerdes dónde hemos estado —dijo, nervioso, el legionario—. Es desagradable. Hay que mirar hacia el futuro.

—Esta noche me voy al burdel —decidió Porta, frotándose las manos.

—Bernard el Empapado me espera en «Las tres liebres» —dijo Heide—. En «Las tres liebres» hay más gachís de las que treinta tíos de pelo en pecho puedan utilizar en un mes.

REACCIÓN EN CADENA

Los gritos hicieron temblar la cantina. El choque de los vasos. Las camareras rezongaban. Olía a salchichas asadas y a cerveza. El conjunto en un ambiente lleno

de humo de tabaco de mala calidad.

Un *Feldwebel* medio borracho miró con ojos pitañosos a un SS holandés.

—No eres guapo —aseguró—. Tienes las orejas despegadas. No me gustas.

Gritaba mucho y empleaba ese idioma elemental que la gente cándida utiliza con los extranjeros.

Los camareros trajeron jarras de cerveza.

Porta se inclinó por encima de la mesa hacia un joven soldado que llevaba la insignia plateada SD ^[17] sobre el cuello negro, y se echó a reír, seguro de sí mismo, como un borracho.

—Amigo, eres el trasero de un grande hombre. Un trasero asqueroso. Sobre todo, no imagines que tenemos miedo de ti. —Se sonó con los dedos—. Tengo un cuchillo. Todos lo tenemos. ¿Sabes para qué sirve?

El SD miró a Porta sin entenderle. Prudentemente, no contestó.

—¡No tiene ni idea, maldito cretino! —Porta expresó todo su desprecio en esta última palabra—. Sirve para cortarle la lengua a los cretinos.

—Y después la metemos en una botella.

Era *Hermanito* el que intervenía en la conversación.

—¡Lárgate! —exclamó Porta, obstinado—. No queremos que estés en nuestra mesa.

—¡Yo estaba antes que vosotros! —protestó el SD.

—Lo sé —asintió Porta—. Pero ya basta por ahora. ¡Vamos, lárgate!

—De ningún modo. Tú no eres quién para darme órdenes.

Porta se levantó, cogió del suelo su sombrero amarillo y se lo colocó en la cabeza. Después, con arrogancia de oficial:

—Vamos, insignificante SD. No sé lo que se imaginará este bastardo. Y, además, le ruego que hable en tercera persona cuando se dirija a un *Stabsgefreiter*, sucio bastardo.

Reflexionó un momento sobre las palabras «sucio bastardo», y después, creyó oportuno utilizar otras más adecuadas.

—¡Maldito cornudo! —exclamó.

Bebió un sorbo de cerveza, miró a *Hermanito*.

—Perderemos la guerra. ¿Quieres una prueba? Mira a este tipo. Ya no hay disciplina.

—Ah, bueno, así lo espero —confesó *Hermanito*.

—Serás ahorcado, *Hermanito* —dijo Porta, lacónico. Y, dirigiéndose al SD—: ¿Tienes las orejas tapadas? Te he dicho que te levantes cuando te hable. —Le puso una manga ante las narices, y prosiguió con tono amistoso—: ¿No conoces las insignias de un *Stabsgefreiter* de nuestro glorioso Ejército? Dos galones y un pedazo de alambre. ¡En pie, maldita sea!

—¡No me da la gana! ¡Vete al cuerno! —vociferó el SD, completamente fuera de sus casillas.

Se levantó, apoyó las manos en la mesa y miró ferozmente a Porta.

—¿Insubordinación? ¡Ah! —exclamó Porta, muy sorprendido—. *Hermanito*, por favor, redacta un parte.

—Ya sabes que no sé escribir —protestó *Hermanito*—. Pero utilizaré mis dos puños.

—Adelante —ordenó Porta.

Hermanito terminó de beber la cerveza, sacó del bolsillo un cigarro gigantesco y se lo metió en la boca. *Barcelona* le ofreció fuego.

Hermanito se levantó, se rascó el pecho, se subió los pantalones y señaló al SD con el cigarro.

—Ven, pequeño. Voy a darte una azotaina.

—¿Qué quiere usted de mí? ¡No le he hecho nada! —gritó el SD mirando, nervioso, a *Hermanito*.

Éste le cogió por un hombro y lo empujó suave, pero firmemente hacia la puerta.

Unos minutos más tarde, *Hermanito* regresó sin el SD. Cogió *el* vaso de Heide y lo vació.

—Lo he dejado K.O. Se ha desmayado al segundo mamporro. Me he divertido —nos confesó—. ¿Te acuerdas de la primera vez que nos vimos, *Anda o Revienta*?

—Entonces recibiste tú —dijo *Barcelona*, riendo.

—¿Cómo? —protestó *Hermanito*—. Fue *Anda o Revienta* quien se dejó caer con el truco de la mano torcida.

—Tienes razón, *camarade*, pero nunca más volverá a ocurrir —añadió el legionario.

—Pero aquel día, sí —insistió *Hermanito*, con orgullo.

—De acuerdo.

Porta dejó ruidosamente su jarro de un litro en la mesa, y aulló con toda la fuerza de sus pulmones para hacerse oír en medio del ruido infernal de la cantina.

—¡Eh, malas pécoras, maldita sea! Cinco dobles, la mitad de «Slibowitz», pero a toda marcha, ¡diantre!

La *Gruesa Helga* acudió. Formaba una masa ante Porta, con sus piernas bien separadas y sus puños firmemente apoyados en sus anchas caderas. Tenía el aire de un sargento de la peor calaña.

—¿Dónde crees que estás? No intentes insultar a mis chicas, porque te pongo de patitas en la calle. Somos honradas camareras y estamos inscritas en el Partido. Métete esto en la cabeza. El amigo de Gertrude es SD. Se ocupará de ti de tal manera que ni siquiera tú podrás reconocerte.

Porta hizo un ademán de indiferencia.

Helga iba a echarse a gritar, pero de un empujón, *Hermanito* la envió al otro lado de la sala.

—Déjate de prédicas, apóstol de Adolph. Hemos pedido cerveza y no esa porquería.

—*Hermanito* está embalado —dijo Steiner.

Hermanito batió las palmas.

—¡Aprisa, aprisa, malas pécoras! ¡Cuánto tiempo hay que esperar aquí! ¿Estamos o no estamos en una cervecería?

La *Gruesa Helga* echaba lumbre. Inició una furiosa discusión con la alta y delgada Gerda, apodada *la Escoba*. Ésta hacía ademanes enérgicos, sin entender nada del torrente de palabras que profería Helga. Se rascó un muslo, tocó su delantal, mezcló cinco jarras de «Slibowitz» y de cerveza.

—Ahora eres razonable —dijo Porta, con una ancha sonrisa, cuando *la Escoba* trajo la cerveza.

—No careces de posibilidades —prosiguió *Hermanito*—. Pero estás demasiado delgada. Eres el vivo testimonio del estado de guerra en el Tercer Reich. Pero no importa, si me das tres pedazos de tocino, acepto ocuparme de ti.

La Escoba lanzó una blasfemia y golpeó con una bandeja la cabeza de *Hermanito*.

—¡Cerdo! —fue el único comentario de *la Escoba*.

Blom, que nos había abandonado un momento antes, reapareció procedente de la oficina del Estado Mayor. Estaba rebajado de servicio al aire libre. Una enorme venda le rodeaba el cuello; le había alcanzado una granada cuando intentaba salvar la olla de la bebida. Ocurrió el último día, en las montañas. La venda le obligaba a mantener la cabeza en una posición muy rígida. Hubiera podido quedarse en la enfermería, pero prefirió largarse. Había estado a punto de ser sometido a un Consejo de Guerra, pero el coronel Hinka había conseguido librarle. Los tipos de la Gestapo que creían tenerle ya en su poder, quedaron muy decepcionados cuando tuvieron que marcharse sin él.

Porta había escupido en su dirección, y había dicho entre dientes:

—Cuando nuestros amigos hayan ganado la guerra, estrangularemos a todos esos cerdos.

Los gendarmes militares se habían detenido un momento, no porque oyeran lo que Porta decía, sino porque había escupido.

—¡Has escupido! —gritó el *Feldwebel*, disponiéndose a bajar del vehículo.

—¿Está prohibido?

—No, pero todo depende de cómo y sobre qué se escupa.

—El reglamento no habla de escupir. Se puede escupir donde se quiera. Y yo siempre lo hago así.

Y escupió junto a los pies del *Feldwebel*.

—Y cuando me sueño, lo hago así...

Se sonó, arreglándoselas para que los mocos cayeran sobre las botas del otro.

El *Feldwebel* se precipitó sobre él, enarbolando una pesada cachiporra.

—Me parece que deseas hacernos una visita, ¿eh?

Porta se encogió de hombros. *Hermanito* había sacado a medias su enorme cigarro del bolsillo.

No se sabe qué hubiera podido ocurrir si no llegan a comparecer el teniente Ohlsen y el ayudante, quienes, en un santiamén, despidieron a los gendarmes militares.

Barcelona fue destinado al servicio interior. En la lista figuraba como ordenanza de oficina, pero donde más se le veía era en la cantina o en la armería. Se alegraba de estar de nuevo en la Compañía. En el hospital nunca se estaba seguro. Podían hacerle a uno lo que les pareciera. Y tampoco se sabía nunca adonde se le destinaría una vez dado de alta.

Recién llegado a un grupo al que no se conoce significa prácticamente la muerte. Los trabajos más peligrosos correspondían siempre al nuevo: las minas y los alambres eléctricos. En la Compañía se estaba entre amigos. Uno se sentía seguro.

—Esta noche estamos de guardia —explicó *Barcelona*—. Inspección en el cuartel a las 19 horas.

—¿A quién guardaremos? —preguntó Porta—. Si por lo menos fuese un burdel.

—No te hagas ilusiones —contestó riendo *Barcelona*—. Es en la plaza Karl Muck.

—¡Diantre! ¡Custodiar a la Gestapo! —exclamó, extrañado, Steiner.

Barcelona dejó la orden ante *el Viejo*, quien la leyó con indiferencia:

—*Segunda sección, 5.^a Compañía, se presentará como guardia en la SHA [18], plaza Karl Muck, Hamburgo; comandante de la guardia: Feldwebel Willie Meter. Segundo: Feldwebel Peter Blom.*

—Si esto sigue así, pronto nos convertirán en SS —comentó Heide.

—No es exactamente la clase de trabajo que me gusta —dijo Stege—. No podían darnos nada peor.

—¿Tú crees? —preguntó *Barcelona*—. La 4.^a Sección aún ha salido peor librada. Será el comando de ejecución para la Wehrmacht en Fuhlsbüttel.

—Tal vez podamos ganar algunas perras. —El rostro de *Hermanito* se iluminó—. Cuando se libera a alguien suelta la pasta con más facilidad.

—Supongo que no serás capaz de sacar dinero a la gente en apuros —le reprochó Stege.

—¿Por qué no? En esos casos, se puede agradecer los servicios de un buen

camarada —dijo *Hermanito*.

—Es evidente —dijo Porta, convencido—. Pero es arriesgado.

—Hemos bebido demasiada cerveza —dijo Heide, sin transición.

Y contó los cartoncillos.

—Y tú lo pagas todo —decidió *Hermanito* con un tono que no admitía réplica—. Sé que tienes dinero en el reverso de tus botas.

—¿Cómo lo sabes? —confesó Heide, atónito.

—Te lo explicaré, Julius. El otro día necesitaba pasta. Y buscando, miré también entre tus botas. Tu armario está mal cerrado.

Heide se quitó nerviosamente una de sus botas, sacó un fajo de billetes que había entre el cuero y el forro; contó el dinero.

—¡Me has robado! Faltan cien marcos.

—¿Sí? ¡Eso no está bien!

—Tú los has robado —acusó Heide.

—¿Quién dice eso?

—No puedes negarlo —vociferó Heide, fuera de sí.

—¿Quién va a impedírmelo? La ley es bien clara; no basta con creer y pensar, se necesitan pruebas.

—Te denunciaré —amenazó Heide—. Robo en perjuicio de un suboficial. Puede costarte caro, *Hermanito*. Irás directamente a Torgau. ¡Menuda risa!

—No harás nada —dijo *Hermanito*, categóricamente—. Si me hechas en brazos de la GFP, tal vez se me ocurra la excelente idea de colaborar. Cuando hubiera terminado, tu caso llenaría varias carpetas.

—¡Soplón! —exclamó Heide, asqueado.

Hermanito, riendo, replicó:

—En tal caso, somos colegas.

—¿Y si compráramos y nos llevásemos una o dos botellas de cerveza? —propuso Porta—. *La Escoba* prepararía la mezcla. Las pondríamos en el refugio abandonado. Los cazadores han estado de guardia los dos últimos meses. Parece que es un escondrijo formidable. Ni un solo jefe baja a la cueva donde está el Cuerpo de Guardia.

—¿A la cueva? —preguntó Steiner—. Pero también están los calabozos.

—Sí, pero sólo calabozos de paso —explicó Porta—. Sacan a los prisioneros al día siguiente de ingresar. Los que aún no han terminado con la Gestapo son llevados a la parte alta del edificio, al desván.

Heide, que había renunciado a recuperar sus cien marcos, intervino en la conversación.

—Podríamos esconder las botellas en la pata hueca del caballo del emperador.

—Esta idea es mía —aseguró triunfalmente *Hermanito*—. Siempre descubro

escondrijos imposibles.

—Sí, ya lo hemos notado —dijo Heide con sequedad, pasándose una mano por la bota.

—Compremos seis botellas —propuso *Hermanito*—. Es lo que cabe en la pata del caballo. —Vociferó en dirección a *la Escoba*—: ¡«Dortmunder», así! —Indicaba la cantidad con los dedos—. El resto, «Slibowitz».

—*Oui, camarade* —dijo el legionario.

—No hay que sacudirla, cretina —exclamó *Hermanito* irritado, arrancando la botella de las manos de *la Escoba*.

—Con calma —aconsejó *la Escoba*.

—Cállate, desgraciada, o te pegaré un mamporro. Sacudir nuestra cerveza... Hay que verterla muy suavemente. Así.

—¿Por qué? —preguntó tontamente *la Escoba*.

—No lo sé —repuso *Hermanito*—, pero así es.

La Escoba trajo otras dos botellas y cogió silenciosamente el dinero. Comprobó con cuidado cada billete, para asegurarse de que no eran falsos.

Los hizo desaparecer en el monedero que llevaba sujeto a la cintura, bajo el delantal. Sin una palabra, se volvió y se encaminó hacia el bufete. A medio camino, una blasfemia de Porta la inmovilizó.

—¡Que las llamas del infierno te devoren! ¿Qué has hecho con el jengibre?

Y levantó las botellas.

—Lo he olvidado —murmuró *la Escoba*.

—¿Olvidado? Y te atreves a confesarlo. Puedes olvidar todo lo que quieras, incluso tu pesario, pero el jengibre...

—Ya está bien —gruñó de nuevo *la Escoba* echando en la mesa una bolsa de jengibre.

—¿Crees que esto es un autoservicio? —preguntó Porta, devolviéndole la bolsa.

—¡Oh, vete al cuerno! —gritó ella. Pero, a pesar de todo, empezó a llenar las botellas—. ¡Ojalá hubiese sido arsénico! —exclamó antes de retirarse.

Steiner salió de los lavabos.

—¡Qué bueno es cuando se tiene ganas! Creía que estaba en el noveno mes y que iba a parir un barril de cerveza.

Cogió su jarra semillena y la vació de varios sorbos. Su nuez se movía como un huevo que baila en el agua hirviente. Eructó vigorosamente y, dejando con estrépito la jarra, se limpió groseramente los labios con una manga. Después, lamió lo que quedaba.

—Estaba bueno —dijo.

—¿Qué estaba bueno? —preguntó Porta, repentinamente belicoso. Provocativo, se había instalado de modo que ocupaba todo el espacio libre—. Cuéntanos eso que

encuentras tan bueno.

—Orinar.

—¿Por qué?

Steiner se quedó boquiabierto. Buscaba las palabras. Se rascó la punta de la nariz.

—Pues, es evidente. Es bueno porque se tienen ganas. —Sonrió con orgullo—. Eso es.

—Eso no está bien. ¿Tienes telarañas en la sesera? —preguntó Porta—. ¿Acaso lo haces cuando no tienes ganas?

Heide se inclinó sobre la mesa, sonriendo malévolamente.

—Explícanos cómo resulta cuando no se tiene ganas.

Todos lanzamos una carcajada.

—¡Qué cretino! —vociferó Porta, señalando a Steiner—. Quiere hacernos creer que va al urinario sin tener ganas.

Steiner se puso nervioso. Enseñó su puño a Porta.

—¡Maldito pelirrojo! ¿Quieres que te dé en el hocico?

—Oh, como te plazca —replicó Porta, riendo.

Furioso, Steiner le lanzó un puñetazo. Porta se agachó rápidamente.

—Señor, hubieses podido tocarme. La violencia es cosa muy grave.

Steiner estaba fuera de sí. Agitaba sus brazos como aspas de molino, pero Porta evitaba los terribles golpes.

Steiner echaba fuego. Cogió una jarra y se la arrojó a Porta. El recipiente se hizo añicos contra la pared.

La Escoba acudió con una cachiporra en la mano.

—¿Quién ha tirado la jarra? —vociferó, histérica.

Diez hombres señalaron con entusiasmo a Steiner.

La Escoba le propinó un golpe violento en los hombros. Él aulló como un salvaje, pero antes de que hubiera podido reaccionar, *la Escoba* le golpeó en el rostro.

Steiner se olvidó de Porta. Saltó en pos de *la Escoba*, que había emprendido la huida, chillando. Steiner la alcanzó junto a la puerta. La sujetó y empezó a golpearle la cabeza contra el marco de la misma. Ella lanzaba unos gemidos capaces de destrozarse el alma, y forcejeaba como una leona.

La Gruesa Helga se precipitó como un tanque, con una botella de champaña llena en cada mano.

Steiner no vio acercarse aquel peligroso ataque de flanco. Helga apuntó con cuidado. Un segundo después, la primera botella se hizo añicos contra la nuca de Steiner. La sangre y el champaña fluyeron a oleadas.

—¡Asesino! —chilló Helga, al tiempo que le propinaba un puntapié en el bajo vientre.

Al mismo tiempo, la segunda botella de champaña aterrizó en la nuca de Steiner.

Éste se derrumbó.

La Escoba estaba lanzada. Cogió los restos de la botella rota y se disponía a lanzarlos contra el rostro del inconsciente Steiner, pero la *Gruesa Helga* reaccionó y la desarmó con una rapidez sorprendente en una mujer tan voluminosa.

—¡Mataré a este puerco! —aulló *la Escoba*—. Gertrude hablará de él a su amigo SD. Quiero verlo ahorcado.

Gertrude se acercó con una caja de cerveza. Gertrude siempre olía a cerveza. Tenía el cabello lacio y un grano perenne en la nariz.

—Gertrude, encuentra algo para tu Jules SD —gritó *la Escoba*—. Alguna granujada respecto a este tipo.

Y dio unos furiosos puntapiés a Steiner que seguía inconsciente y ensangrentado.

—*A la bonne heure* —contestó Gertrude en francés.

No tenía ni la menor idea de lo que significaba aquellas palabras, pero le gustaba su sonido. Había aprendido esta expresión de un marino francés, de quien fue novia durante ocho días que el barco de éste permaneció en Hamburgo. Si se quería obtener algo de Gertrude, bastaba con preguntarle admirablemente: «¿Hablas francés?» Entonces, Gertrude se abandonaba y contaba una larga historia, sobre una familia rica que se había arruinado, y sobre una larga estancia en un pensionado francés. La situación geográfica de dicho pensionado no estaba muy clara, pero bastaba con escuchar con interés y admiración para obtener cuanto se quisiera de la chica.

Porta y *Hermanito* habían hecho la experiencia. Habían bebido y comido toda una velada a expensas de ella. Es cierto que la cosa le había costado un buen chichón a *Hermanito*. Al regresar al cuartel, había querido enseñar a Porta cómo hay que echarse de bruces reglamentariamente en la Infantería, y, en especial, en el 14.º Regimiento, en el que *Hermanito* empezó su carrera militar, mucho tiempo atrás. Se había dejado caer con estrépito y golpeado la cabeza contra una voluminosa piedra. La sangre manaba de una herida en medio de la frente.

Entonces, cogidos del brazo y cantando a voz en grito:

Soldaten sind keine Akrobaten

se habían dirigido a la enfermería, donde *Hermanito* fue hospitalizado.

Hermanito se levantó y le gritó a *la Escoba*:

—Si me pagas dos o tres cervezas, pegaré unos puntapiés en el trasero a Steiner, y después, le aplastaré los hocicos a patadas.

El pequeño legionario se interpuso rápidamente.

—No, no, *mon ami*. Ya basta. ¿No querrás matarle?

—No me disgustaría demasiado —dijo *Hermanito*—. ¡Lástima que sea tan difícil deshacerse de un cadáver! Aquí, en Hamburgo, sólo se tiene la gran bañera.

—Antes de llegar al puerto con un cadáver bajo el brazo, la Kripo ^[19] te habrá echado el guante —observó Blom.

—Es lástima que esta noche estemos de guardia. Preferiría irme a dar una vuelta por el «Matou» para ver a la chica del vestido verde —nos confesó Heide sin transición—. El sábado pasado le ofrecí cinco billetes para que se viniera conmigo, pero no quiso.

—¿Tan cara es? —preguntó Barcelona—. ¿Cuánto te pidió?

—Bernhard *el Empapado* afirma que por cinco mil fue a casa de «la verde» toda la noche y buena parte del día siguiente —dijo Porta.

—Yo también lo he oído decir —gritó Steiner, incorporándose ensangrentado—. Bernhard *el Empapado* estaba hecho migas.

—Le vi regresar vacilante a «*Las tres liebres*» —dijo Barcelona—. Se bebió cuatro ginebras una tras de otra, y después echó a dos rameras que estaban en la barra. Como alguien protestara, *el Empapado* declaró que durante tres meses no soportaría la vista de una gachí. Andaba como si «la verde» le hubiera dado un baño de vinagre.

—Es fantástico lo que se puede conseguir con dinero en estos tiempos —dijo Porta—. Esto me recuerda mi experiencia como prostituto.

Absorto en sus recuerdos, rompió un huevo de gaviota dentro de su «Slibowitz» y removiéndolo enérgicamente el líquido con su bayoneta.

—¿Es bueno? —preguntó Julius Heide.

—Repugnante —replicó Porta.

Y lamió la bayoneta.

—Cuéntanos la historia de la chica a quien le ofreciste casarte con ella —pidió *el Viejo*, fumando su pipa. Consultó su reloj—. Todavía tenemos tiempo de ir a la inspección.

Se sentó cómodamente, con los pies encima de la mesa.

Todo el mundo siguió su ejemplo, riéndose por anticipado las historias de Porta. Una mezcla maravillosa de mentiras y de verdad.

—Fue poco antes de empezar nuestra guerra —empezó a decir Porta—. Por aquel entonces, yo estaba en el 11.º Regimiento de Blindados, en Pederborn, pequeña ciudad aburrida y puritana. Si uno quería divertirse, tenía que ir de conquista a la catedral, el domingo por la mañana. A mí no me entusiasmaba demasiado esta guerra. Me gustaba la vida tranquila de la guarnición. Me veía emprendiendo la marcha hacia los obuses, las balas, la abstinencia, el hambre, la sed, y las victorias amargas. Esto no es para ti, Joseph Porta, me decía. E inmediatamente caí enfermo de gravedad.

El Viejo se rió en silencio.

—Nunca lo olvidaré. Por lo menos habías intentado treinta trucos distintos para provocar una enfermedad, pero sin resultado. Al contrario, cada vez estaba mejor.

»—Sí, me enfurecí tanto que después ni siquiera los obuses han podido afectarme —explicó Porta. Se lamía los dedos para limpiárselos de los últimos restos del huevo de gaviota—. Pero de todos modos conseguí ingresar en la enfermería de la guarnición.

—Sí, estaba en el claustro, detrás de la catedral —rebuznó *Hermanito*—. Yo también fui cuando se me hinchó un dedo del pie. Recorrí a pie los dos kilómetros que había desde el cuartel, con una sola bota. Después, me encontré con el *Feldwebel* Meyer. ¡Que el diablo se me lleve! Me hizo trepar cuatro veces por la pared contigua a la panadería, y a tal velocidad que casi me olvidaba de lo que me dolía el pie.

—Pero ¿por qué lo hizo? —preguntó Stege.

—No conseguí explicar lo bastante aprisa qué me ocurría. Empezó a mugir desde el otro lado de la calle, donde estaba con Gerda, la hija del carnicero.

»El *Feldwebel* Meyer estaba furioso.

»—¡Creutzfeldt! —vociferó—. ¿Ha inventado un nuevo uniforme del Ejército, puesto que lleva una bota en la mano? Y tampoco me ha saludado. ¿Ha olvidado que hay que meter la zarpa en la parte superior del cuerpo cada vez que se tiene la menor sospecha de que un *Feldwebel* está dentro de un radio de cien metros?

»—Mi *Feldwebel* —le dije—, no puedo saludar porque tengo una caña en una mano y una bota en la otra.

»Meyer estalló.

»—¡Bastardo! —vociferó—. ¡Tira ahora mismo esa caña y esa bota! Saluda al pasar...

»Me deshice de la bota y de la caña. No sentía deseos de que me enchiqueraran por insubordinación. Después, retrocedí nueve pasos y, cojeando ante mi *Feldwebel*, saludé de manera reglamentaria. Pero, él no estaba satisfecho. Tuve que repetir la operación otras diez veces. Me miraba con sus ojos de merluza. Le expliqué que mi dedo del pie se hinchaba y estaba ennegrecido. Lo examinó y me prohibió que lo sostuviera en el aire. Tenía que cuadrarme correctamente. Intenté hacerle comprender que me era imposible mantener en posición horizontal aquel maldito dedo del pie. Se mostró grosero y afirmó que lo que yo necesitaba era ejercicio.

»—Ataque de blindados por la izquierda —ordenó—. Protegerse tras la pared.

»Y yo entré en acción. Una orden es una orden. Apenas hube franqueado la pared de tres metros y medio y me había tendido en el otro lado, cuando Meyer empezó a echarme de menos.

»—Ataque de blindados por la derecha.

»Y yo, vuelta a saltar la pared. Para que no me aburriera, mi *Feldwebel* imaginaba que me atacaba una escuadrilla de aviones. Tenía que atravesar la calle, saltar por encima de la pared... De esta manera, se estuvieron burlando de mí media hora larga, él y Gerda. Durante aquel tiempo tuve que sufrir el ataque de todas las armas

enemigas. ¡Lo que llegué a sudar! Luego, otra vez cuadrado ante él.

»—El dedo del pie, horizontal —ordenó.

»—Imposible, mi *Feldwebel* —repliqué.

»Y era verdad.

»Se me acercó mucho.

»—Por última vez, Creutzfeldt. Apoye ese dedo del pie en el asfalto.

»Yo me esforzaba, pero el dedo seguía apuntando hacia arriba. Como si se burlara de Meyer. Entonces, el *Feldwebel* hizo algo que no estaba bien. Plantó su tacón sobre mi dedo. Lancé un berrido espantoso. Él se hecho a reír:

»—¡Pobre diablo! Desaparece de mi vista.

»No podéis imaginar el daño que me hizo. Me dolió hasta en las raíces del cabello. Seguí hacia la enfermería y me hospitalizaron.

Volviéndose hacia Porta, *Hermanito* añadió:

—¿Tú también conociste al médico jefe de la pierna de madera, el comandante médico Brettschneider? Un duro de verdad. Un día me envió ochenta y una veces debajo de la cama, porque había escondido un salchichón entre las sábanas.

—Sí, gracias —dijo Porta, riendo—. Tuve ese honor. El primer día entró en mi sala con todo su séquito. Me miró y carraspeó ante mi rostro, mientras yo permanecía muy rígido en mi cama, al estilo militar. Conseguí murmurar: «Joseph Porta, *Gefreiter* en el 11.º Regimiento de Húsares; a sus órdenes, señor comandante. Estoy paralizado y, por desdicha, incapaz de ir a la guerra».

»Le di la impresión de que tenía la peste. El muy bruto se lamía ya los belfos. Yo esperaba un enorme gruñido. En cambio, el monstruo empezó a hablar en un tono tan dulce y comprensivo que me dio miedo de veras.

»—¿Es cierto? El soldado está paralizado. ¡Qué lástima!

»—Sí, señor comandante, es una lata —repuse, fingiendo que me costaba mucho hablar.

»Él se rió malignamente.

»—¡Qué pena, soldadito! Paralizado, precisamente cuando el regimiento se va a la guerra, a aplastar a los enemigos del Reich.

»—Señor comandante, es una lástima muy grande —repetía yo, más tieso que nunca.

»Apartó las sábanas, a fin de que todas las enfermeras pudieran admirar el espectáculo. Me clavó una aguja en diversos puntos. ¡Y que no se andaba con chiquitas, el muy cerdo! Pero yo resistía. No se me escapaba ni un suspiro. Era como si pinchara un pedazo de madera. Cuando estuvo hartó, se volvió hacía sus admiradores.

»—Ya ven a este soldadito. Comprende que ha pescado una parálisis en un momento muy inoportuno.

»Yo miraba el techo de manera reglamentaria: las manos pegadas al cuerpo, los pies separados formando un ángulo de cuarenta grados. Con los militares, hay que tener orden. Es normal. De lo contrario, cualquier Ejército se convierte en un burdel.

—Ha sido muy amable, soldadito —dijo sonriendo— al venir a nuestra casa con su parálisis. No tema. Le curaremos. Sé lo que es. Le ha acometido de repente, ¿verdad? Exactamente al estallar la guerra. La víspera, cuando la paz reinaba aún en la tierra, saltaba usted como un conejito. ¿No es cierto, soldado?

»Se frotaba detrás de la oreja y me contemplaba con los ojos entornados.

»—En efecto, así es, señor comandante.

»—Sé bien de qué se trata, soldadito, pero de todos modos, explíquenos cómo le ha ocurrido. Este caso es muy interesante.

»»¡Ah! —me decía yo—. Es fácil engañar a este carnicero.»

»—Pues, verá, señor comandante. Me ha ocurrido cuando el *Hauptfeldwebel* Edel ha ordenado alinearnos para la distribución de municiones. Me he quedado frío, helado, y me he dicho: Porta, maldita sea, ¿qué te ocurre? El cuartel daba vueltas como un tiovivo. Apenas he llegado a la escalera de la armería, cuando me ha acometido la parálisis. He llorado de decepción al no poder esperar ya una muerte heroica. El señor y la señora Porta, de Berlín, se hubieran sentido orgullosos. Habrían podido explicar a todos sus amigos y vecinos: «Nuestro hijo ha caído como un héroe». Mientras que ahora tienen a un poblé paralizado, inmóvil en la cama para el resto de la guerra. —Conseguí derramar una lágrima, y proseguí con voz temblorosa: — ¡Estaba tan contento de hacer la guerra, señor comandante! Algún día, todo el mundo me señalará con el dedo porque no tendré ninguna medalla. El *Gefreiter* Porta se permite preguntarle humildemente si no hay algún sistema para que un paralizado pueda servir al Führer, a su pueblo y a su patria en tiempo de guerra.

»El matarife decía que sí y me apretaba ligeramente el vientre. Después, se disparó. Sin avisar, me pegó en la rodilla con un martillo; en el acto, mis pies salieron volando y le alcanzaron en el rostro, rompiéndole las gafas. Sin ningún miramiento hacia las damas presentes, vociferó:

»—Pegas patadas, cochino simulador. —Se acarició la nariz y escupió, furioso. De repente, se detuvo, me miró con ojos acusadores:— ¿No tienes apetito?

»Yo me decía: «Señor, ¿cómo lo sabrá?» Precisamente estaba pensando en los salchichones que había escondido debajo de las sábanas.

»Me puso un aparato en la oreja y examinó el interior durante mucho rato. Tal vez comprobara si estaba chiflado. Después, me estiró los párpados. «Tal vez sea daltoniano», pensé. De modo que mugué:

»—Tengo los ojos azules, señor comandante.

»—¡Cállate! —gruñó—. Te he preguntado si tenías hambre.

«Ahora sí que estás bien arreglado, mi querido Porta —me dije—. Me ordena que

me calle y, al mismo tiempo, me hace una pregunta».

»¿Qué hacer? Me auscultó el corazón, me pidió que abriera la boca para examinarme las amígdalas. Tenía un pedo enorme que quería salir, pero no me atreví a soltarlo.

»—¡Hambre! —aulló—, ¿tienes o no tienes hambre?

»—No tengo hambre, señor comandante.

»No era cierto; hubiese sido capaz de merendarme una vaca.

»—Pues nos ahorraremos comida —dijo. Sonrió satisfecho—. ¿Y sueño tampoco?

»—No, señor comandante.

»El bruto entreabrió los labios y mostró unos dientes de lobo.

»—¡Qué enfermedad más terrible tienes! Casi me asusta. Tal vez sería mejor aislarte. La prisión militar te iría muy bien. Pero esperemos unos días. Somos muy listos y conocemos muchas enfermedades curiosas. Enfermedades horribles que siempre se inician al principio de una guerra. No te preocupes, soldadito. Estamos preparados y lo único que tú deseas es curarte para portarte como un verdadero héroe.

»—Me alegraría mucho, señor comandante, si me pudiera volver valiente.

»El monstruo meneó la cabeza y frotó enérgicamente sus gafas.

»—Intenta levantarte de la cama, soldadito. Tal vez la parálisis haya desaparecido ya.

»—Me es imposible, señor comandante.

«Ordenó a las asistentes que me ayudaran a levantarme de la cama; pero apenas me hubieron puesto en pie cuando volvía a derrumbarme. Ellas hacían cuanto podían, pero yo resistía: estaba en juego mi vida. «Hay que aguantar, Porta —me decía—. La guerra terminará pronto». Era evidente que el maldito bruto tenía ganas de darme patadas.

»Entre cuatro asistentes consiguieron acostarme.

»—¡Mala suerte! —comentó el doctor—. ¡Qué enfermedad más tenaz! Pero la curaremos. Hemos visto otras peores. Empezaremos con un tratamiento suave. Lavativas tres veces al día. Al mismo tiempo, se le suministrarán vomitivos. Régimen muy severo. Cada dos días, una cura de quinina, pero radical, por favor. Nuestro soldadito está muy grave y querría curarse en seguida a fin de poder luchar por su Führer, su pueblo y su patria. Verle en ese estado destroza el corazón.

»El muy hipócrita se inclinó sobre mi cara y me palmoteó una mejilla.

»—Confíe en nosotros, soldadito. Vamos a sacarle de aquí en un tiempo récord. Pronto podrá ir al frente y cubrirse de gloria.

»—¿De verdad es posible curarme? —conseguí suspirar.

»Dijo que sí con una ancha sonrisa. Le cogí una mano y se la lamí como un tigre hambriento que ha encontrado unas gotas de sangre.

»—Dios se lo pagará, señor comandante.

»Me miró un instante con expresión muy extraña, y después se marchó casi corriendo, seguido por todo su séquito.

»Me curaron en once días. ¡Que el diablo se les lleve! Estaba tan curado que regresé al cuartel marcando el paso de la oca, escoltado por tres *Sanitätsfeldwebel*. Gocé de la compañía de cuatro aspirantes a héroe más que eran cuidados, respectivamente, por reumatismo, nefritis, imbecilidad crónica y amnesia. Al último le curaron de un modo tan radical que recordaba todos los detalles de la vida de su tatarabuela.

Todos convinimos en que la medicina había hecho progresos enormes.

—En el regimiento nos las hacían pasar de todos los colores —prosiguió Porta—. Hasta el punto de que el nefrítico consideró que la única manera de librarse de su enfermedad era meterse en la boca el cañón de un fusil y apretar el gatillo con el pie. La mitad de sus sesos quedó pegada en el techo.

»El suboficial Gerner intentaba hacernos recobrar la serenidad mediante una buena canción militar. En cuclillas, sosteniendo una silla con los brazos extendidos, cantábamos:

Soy un hombre libre y orgulloso de ser húsar.

Todas las mujeres me aman.

Nuestro estandarte es el símbolo de la libertad.

Ola-hi, Ola-ho.

»Gerner, en pie sobre la mesa, llevaba el compás con su bastón de mando, amenazándonos con la reclusión a perpetuidad.

»Gerner había inventado un sistema de limpiar el polvo. Ordenaba a un soldado que se encaramara a un armario sobre el que tenía que dar vueltas, apoyando en el vientre. Si después todavía quedaba polvo, los otros debían agarrar por las manos y los pies al limpiador y arrastrarlo por toda la superficie. El suelo era barrido de la misma manera. La mitad de los hombres se echaban de bruces. La otra mitad tiraba de ellos por los pies. Gerner, en pie sobre la mesa, vociferaba:

»—¡Comando de barrido! ¡De frente, marchen!

»Caminábamos al paso de la oca hasta llegar a la pared de enfrente, y, a la orden de Gerner, dábamos media vuelta.

»—¡Media vuelta a la derecha! Si un aspirador ve un gramo de polvo, que lo lama.

»—¿Os acordáis de Schnitius? —preguntó Porta, riendo—. ¿Al que le amputaron los pies? Un día, se olvidó de vaciar un cenicero. Lo descubrió un segundo antes de que Gerner inspeccionara la sala. Escondió el cenicero, lleno, a toda velocidad,

debajo de una almohada; pero Gerner debía de ser un extralúcido. Tenía una manera especial de mirar al responsable de la sala. Schnitius se quedaba siempre mudo de terror. Gerner debía arrancarle el informe con sacacorchos. Pero, aquella vez, apenas hubo dicho «La sala limpia y aireada», cuando Gerner lanzó uno de sus célebres aullidos y empezó a levantar las almohadas.

»Al ver el cenicero lleno, gritó a Schnitius, cuyo rostro se había vuelto verde:

»—¿Eres tú quien ha escondido esta mierda aquí?

»—Sí, Herr *Unteroffizier* —tartamudeó Schnitius.

»Gener sacó su pistola y la amartilló.

»—Merecerías que te matara; pero soy bueno. Si haces desaparecer inmediatamente esta porquería, te perdono por esta vez.

»—¿Cómo, Herr *Unteroffizier*?

»—Trágate! —ordenó Gerner.

»Schnitius se tragó el montón y lamió el cenicero hasta que quedó brillante. Poco después, se sintió mal y tuvo ganas de vomitar. Llegaba ante la puerta de las letrinas cuando se le escapó. Gerner, sentado en el interior, le oyó.

»—¿Qué es eso? —vociferó.

»Schnitius dio un respingo y gritó, encarado hacia la puerta:

»—El *Panzerschütze* Schnitius comunica que ha vomitado, Herr *Unteroffizier*.

»—¡Lámelo! —ordenó Gerner, secamente.

«Schnitius estaba en plena actividad cuando fue interrumpido por nuestro jefe de Compañía.

—¿Quién era vuestro jefe? —preguntó Heide.

—El teniente Henning.

—Un hombre estupendo —observó Barcelona—. Lo tuve como jefe de sección. No toleraba las marrullerías. ¿Qué le hizo a Gerner?

»—¡Válgame el cielo! —prosiguió Porta—. ¡Menudo jaleo! —Henning hizo acudir a Schnitius a su despacho y éste cometió la estupidez de explicárselo todo, por lo que al día siguiente Gerner recibió una buena reprimenda. Primero, de Henning; después, del *Hauptfeldwebel* Edel. Edel pronunció un discurso ante los suboficiales; nosotros le oímos chillar: «Me importa un bledo que mis oficiales aplasten los morros a los reclutas. Pero no quiero quejas. No tengo tiempo para eso. Gerner, has causado molestias a toda la Compañía. Diez días al calabozo. Yo mismo he hablado con el guardián, el *Stabsfeldwebel* Kraus, quien me ha prometido darte tantas patadas en el trasero que tendrás almorranas hasta en las amígdalas».

»Pero antes de terminar su discurso, Edel hizo salir a Schnitius y, dando vueltas a su alrededor, se dirigió a los suboficiales reunidos:

»—Mirad bien este montón de basura. Se ha pasado la noche contándole historias al jefe. Tenemos el deber, señores, de enseñarle a amar la verdad. Ha tenido malos

padres. Hay que reeducarlo.

»—Schnitius había metido la pata hasta el corvejón —prosiguió Porta—. Hubiese debido decir a Henning que si se comía su vomitona era para bromear. Y la cosa hubiera terminado allí. Ahora, teníamos a todos los *Feldwebels* y a los demás suboficiales de uñas con nosotros. Yo salí bastante bien librado. Procuré que me metieran en el calabozo hasta que las aguas volvieran a su cauce.

—Ibas a hablarnos de una propuesta de matrimonio —le interrumpió *el Viejo*.

—¡Caramba, es verdad! Bueno, allá va. Me había encaprichado de una de las gachís que andaban siempre tras el comandante Meyer. Cuando salí de la jaula, le envié una tarjeta. Primero, compré una en la cantina. Ya sabéis una verdadera tarjeta militar que representaba a un *Feldwebel* del 96 que estaba estrangulando a un dragón polaco. Encima, escrito con grandes letras, decía: «Venganza». Nada más. Al enviarle la tarjeta me dije que a lo mejor la beldad no lo entendería. Así, pues, le envié otra ante la que no había la menor duda.

—¿Qué dibujo había? —preguntó Steiner.

—¡Caramba, qué hermoso era! —explicó Porta—. Representaba a un aviador y a una muchacha sentados en un banco. La mano del héroe volador reposaba en la cadera de ella, que le miraba dulcemente. Escribí unas palabras bien escogidas: «Mi graciosa y noble señorita».

—¿Era noble? —preguntó Heide, sorprendido.

—¡Qué va! —replicó Porta, riendo—. Pero siempre es conveniente hacerles creer que se las considera nobles. Después, decía: «Perdóneme la libertad que me tomo al enviarle estas palabritas desde este cuartel mierdoso». Sin embargo, «mierdoso» no me pareció demasiado adecuado. Lo cambié por «prusiano». Terminé solicitando una entrevista, con preferencia en un diván con iluminación sonrosada.

—¿Te la cargaste? —preguntó *Hermanito*.

Le brillaban los ojos con una expresión obscena.

—¡Guárdate tus vulgaridades! En esos ambiente no se habla así. Después de un intercambio de cartas, como se dice en el Ministerio de Justicia cuando rehúsan un recurso de indulto, se decidió a verme. Incluso me envió un mensajero, un suboficial que sólo había tratado con ganado. Tuvo la desvergüenza de reclamarme dos marcos para una cerveza y un «Slibowitz», después de haberme entregado el mensaje. «¡Mis dos puños en tu hocico!», le ofrecí, mientras me alejaba.

»Pero él se quedó plantado, gritando obscenidades. En aquel momento pasó un viejo compañero mío, el *Feldwebel* Skoday, que aquel día era UvD ^[20]. Le rogué respetuosamente que enseñara a aquel tipo los principios del respeto a que tiene derecho un *Gefreiter* de mi categoría. El *Feldwebel* Skoday era el mayor cerdo de toda la Wehrmacht. Todo el mundo lo sabía. Se veía de lejos. Tenía una manera de situarse ante la Compañía, con las manos en las caderas, las piernas bien separadas y

la gorra ladeada, echada hacia un ojo, ¿entendéis? Miraba un poco a cada hombre. Después, saludaba cortésmente:

»—Buenos días, pandilla de cretinos.

»—La Compañía contestaba a coro:

»—Buenos días, Herr *Feldwebel*.

»Luego, Skoday pasaba de soldado en soldado:

»—¿Estarás vivo esta noche?

»—Usted lo decidirá, Herr *Feldwebel* —contestaban los reclutas.

»—¡Firmes! ¡Armas al hombro! —ordenaba después.

»Pero antes de ordenar media vuelta a la izquierda, pronunciaba este amable discursito.

»—No os imaginéis que estáis aquí para divertirlos, pandilla de gandules. Esta noche, en la cantina, os pagaré toda la cerveza que podáis beber. Pero con una condición: que la compañía esté completa cuando regresemos del terreno de ejercicios. Nada de muertos. Nada de enfermos.

»Skoday sabía que esto era imposible.

»Nada le es tan fácil a un suboficial como Skoday, como hacer que uno de sus subordinados se rompa el tobillo; y los reclutas lo sabían. Era algo que nunca fallaba. Al cabo de una hora, caían ya los primeros. Después, pasaban por las manos de Gerner y de Richardt. Mientras los individuos no caían en estado de coma, los accidentes no contaban para Skoday. No necesitaba ni un cuarto de hora para obtener este resultado. Aunque conmigo no le era tan fácil.

—¿Por qué? —preguntó *Hermanito*, sorprendido.

Porta guiñó un ojo.

—La única manera de defenderse de tipos como Skoday es hurgar en su pasado. Un día que estábamos juntos ante una jarra de cerveza, le di a entender que sabía bastantes cosas acerca de él, desde el amanecer de su existencia. Naturalmente, Skoday empezó a chillar que no era cierto y que no podía demostrar nada.

»—Bueno, mejor —contesté—. En este caso, no te importa. En el próximo ejercicio intenta hacerme pasar un mal rato. Ya veremos lo que ocurrirá. Entendido, ¿eh? Cuando quieras que empiece el jaleo, dímelo.

Pues bien, imaginaos que Skoday nunca me lo dijo.

«Volviendo a mi historia con el portador del mensaje amoroso, me senté en una piedra para admirar cómo Skoday le hacía meter en todos los fosos. El tipo recibió tal corrección que cuando, por fin, regresó al cuartel, creyeron que estaba borracho. Lo metieron en el calabozo por embriaguez. Pero este episodio demuestra que una insignificancia puede tener consecuencias insospechadas. Trasladaron a aquel tipo a un batallón, en Heuberg, donde le mató un obús de mortero. Y todo, porque se había ofrecido a mi gachí para ser su mensajero y me había reclamado dos marcos. Si se

hubiera cuidado de sus cosas, habría seguido en el 929.º Batallón, en Sennelager. Tal vez le hubiesen enviado a Rusia, donde habría caído bajo las balas de los partisanos y hubiera recibido póstumamente la Cruz de Hierro. Un lapidario hubiese grabado su nombre en una piedra, junto con los de los demás héroes, a la entrada de Sennelager, y los supervivientes del Batallón se habrían reunido cada año para depositar flores en su tumba, pronunciando hermosos discursos sobre los valerosos defensores de la patria, antes de marcharse al burdel. Todo ocurrió de manera distinta. La muerte dio lugar a una investigación y el jefe de su Compañía tuvo muchos problemas por no haber tomado las precauciones necesarias durante el tiro. ¡Menudo jaleo hubo en el Batallón! ¡Qué cantidad de cartas llegaron a cruzarse entre Compañía, Batallón, Regimiento y Sección! Su esposa estuvo a punto de dar con sus huesos en un campo de concentración. Había solicitado una indemnización por la pérdida de su esposo. Nunca lo hiciera. Primero, se presentó mientras el *Hauptfeldwebel* estaba comiendo. Éste tuvo tanto miedo que se tragó un *rollmops* al revés. Le tendieron sobre el escritorio para poder golpearle en la espalda. El *rollmops* salió y fue a aterrizar en vuelo planeado sobre un hermoso documento que les había costado horrores preparar. El *Hauptfeldwebel* estuvo a punto de ahogarse de rabia.

»Su furor aumentó aún cuando supo quién era ella y lo que quería. Le lanzó un salchichón a la cara, mientras vociferaba:

»—¿Una indemnización, cretina? Es exactamente lo contrario. Eres tú quien nos debes una indemnización a causa de los jaleos en que nos ha metido ese a quien llamas tu esposo. ¡Y tienes la desvergüenza de presentarte aquí y armarnos aún más líos! ¡Mira! —aulló, mostrando el documento manchado—. Además, has intentado estrangularme. Eso tiene un nombre. Sabotaje. ¡Sabotaje! Te doy diez segundos para que desaparezcas de mi vista, o de lo contrario, llamo a la gendarmería.

»La pobre comprendió que se había metido en algo que rebasaba sus fuerzas. Se marchó con el espíritu por los suelos. Lentamente, se dio cuenta de que, gracias a su difunto marido, en lo sucesivo pertenecería a los parias de la sociedad. En la estación, decidió echarse debajo del tren. Era muy ingenua, y esperaba caer de manera que el tren no la alcanzase.

—¿Quería meterse entre los rieles, como cuando nos sorprendió aquel tren en el túnel? —exclamó de repente *Hermanito*.

—Exactamente. Pero de todos los trenes, escogió el 914, el expreso de Colonia. Antes hubiera debido de consultar los horarios.

»Hela en el andén, con un sombrero de plumas amarillas en la cabeza, esperando el tren. Lo vio asomar por la curva. Los dos faros, mirándola de frente, parpadearon una vez, como diciendo: «¡Valor!» Oyó silbar tres veces el tren, como en una invocación a la Santísima Trinidad. Consideró que aquello era un buen presagio. Pero la mala suerte la esperaba. El expreso la partió en dos pedazos. El golpe fue seco

cuando las ruedas pasaron sobre su cuerpo. Y tuvo suerte de diñarla en el acto, porque, de lo contrario, habría tenido conflictos. El expreso sufrió un retraso de tres horas a causa de esta historia. Estuvo a punto de chocar con un tren de mercancías. Hubo que desviarlo, lo que era grave ya que se trataba de un tren de municiones. Pero lo peor fue que un general, que viajaba en el expreso no llegó a tiempo para un desfile de despedida del 47.º Regimiento de Infantería, y no pudo clavar su insignia en el estandarte. Y el Regimiento tuvo que ir al frente sin estandarte. Los hombres quedaron tan deprimidos que se pasaron a los griegos durante los combates del valle del Struma. Más adelante, los nuestros les liberaron del campo de prisioneros y les llevaron directamente al campo de concentración de los Cárpatos, donde ahorcaron o fusilaron a toda la pandilla. Aquello se le llamaba: «Motín y contacto ilegal con el enemigo». Fue creado un nuevo 47.º, pero esta cifra debía de traer la mala suerte, porque los nuevos desertaron en Kiev y se pasaron a los rusos. Les liberamos en Karkov. Después de haberles ahorcado y fusilado, se creó otro 47.º Lo enviaron a Stalino, donde...

—Cállate, Porta —intervino *el Viejo*—. No nos cuentes que también ellos desertaron y que después fueron liberados por los nuestros...

—No —aseguró Porta—. Aún fue peor. Pero esta es otra historia; ya volveremos a ella. Reconstituyeron nueve veces el 47.º Después se hartaron. En la actualidad, en el Reich el número 47 es sinónimo de alta traición. Pero volvamos a mi gachí. La esperaba frente al hospital. Al cabo de una hora larga, me envió recado de que se había retrasado por culpa de una apendicitis. Esperé otra hora. La paciencia es una virtud. Entretanto, me entretuve con una asistenta que pasaba por allí.

—¿Era bonita? —preguntó *Hermanito*.

—No, no era una mujer bonita. Se caía de sueño. Tenía dos empleos. A partir de las diez de la noche, buscaba planes en la acera de la plaza general Goering. Procuraba que no lo supieran en el hospital. Nadie tiene nada contra las rameras, pero a nadie le interesa conocerlas. Sin embargo, en este mundo nada puede ocultarse. Una noche, la pequeña se encontró con el comisario Zital, de la Brigada de Buenas Costumbres.

»—¿Vienes a casa? —le propuso.

»Como era campesina, no conocía los peligros de la ciudad, ni sospechaba hasta qué punto él era un cerdo. Pidió diez marcos.

—Ya está bien —dijo riendo el comisario de la «Mundana»—. Enséñame tu tarjeta.

Porta dejó caer los brazos y una gran decepción se pintó en su rostro.

—¿He de entrar en detalles? Gurli no tenía tarjeta. Trabajaba independientemente, fuera del control de las autoridades. Estas cosas no pueden admitirse. Las autoridades se quedarían sin trabajo, lo que sería horrible, pues ya no habría nadie a quien pagar

los impuestos. Así, pues, Gurli fue a la jaula.

»El miércoles siguiente, la familia de mi novia me invitó. Vivía en una vieja villa situada en la calle Bismarck. Me limpié los pies en un felpudo que había conocido días mejores. La criada me abrió la puerta. Me dejó solo en el vestíbulo, mientras iba a anunciar mi Visita.

»—¿Tiene una tarjeta? —me preguntó.

»—No la necesito. Soy muy conocido en Paderbom.

«Mientras esperaba, empecé a limpiarme las botas con un almohadón de terciopelo que había en un sofá. El terciopelo es estupendo para limpiar las botas, y unos zapatos relucientes son el distintivo de un caballero. También me peiné un poco.

—¿Tenían un sofá en el pasillo? —preguntó *Hermanito*, sorprendido.

—Esa gente, *Hermanito*, le llaman vestíbulo al pasillo, aunque sea más pequeño que un sello. Si quieres frecuentar el gran mundo, debes de saber esas cosas.

—Me importa un bledo —replicó *Hermanito*, groseramente—. De modo que te limpiaste las botas con el almohadón de terciopelo que había en el sofá, que estaba en el vestíbulo. ¿Y qué?

—Paciencia, paciencia —prosiguió Porta—. Siempre procuro no olvidar nada. Como les decía, el comisario Rauhen, de la Jefatura de Policía de Alex ^[21], a sus subordinados, en relación con los interrogatorios: «No olvidéis nada, cada detalle cuenta. Una coma mal situada puede cambiar un acta de millares de páginas». Y tenía razón.

«Mientras esperaba en el vestíbulo, examinaba las pinturas y dibujos que había en las paredes. Cada cuadro representaba a heroicos cadáveres y otros criminales de guerra que habían participado en el tormentoso pasado de nuestra patria.

»La criada abrió la puerta y me hizo pasar.

»Habían reunido una auténtica asamblea en mi honor.

»—*Grüss Gott* —dije.

«Desgraciadamente, se me escapó un pequeño eructo. Pero seguí dominando la situación y expliqué que era culpa de la col y la patata.

»«Joseph Porta, *Gefreiter* por la gracia de Dios».

«Después, me volví hacia su padre. Con el estilo que requería la situación, según había leído en un libro, le pedí la mano de su hija. Entre otras cosas, le dije:

»—Suegro, danos tu bendición para que podamos compartir debidamente la misma cama.

«Los asistentes se quedaron patidifusos. Por lo tanto, me dije: «Hay que hacer algo para animarles». Me incliné cortésmente ante la madre, una buena mujer obesa, con unos quevedos colgados de un hilo encima de sus tetas.

»—Querida señora, parece usted preocupada. Me recuerda usted los siete padecimientos. No esté triste. Vaya a la iglesia y ruegue a Dios que llene su corazón

de amor por el Tercer Reich.

»El suegro empezó a armar jaleo. No se podía decir que lanzara gritos. Era más bien como si el dolor, la rabia y el pesar le hubiesen sumergido en un charco tremendo. Después, siguió un silencio deprimente.

»Algo me decía: «Hay que hacer cualquier cosa, o de lo contrario corremos el riesgo de un harakiri colectivo». Propuse «una partidita de póquer. Mis palabras despertaron a la madre y a las tres tías. Formaron frente común y empezaron a cacarear como gallinas semiparalíticas en medio del corral.

»—Nos ha ofendido usted —cacareó uno de los vejestorios.

»—Querida señora, se equivoca usted por completo. No podrá demostrar esta afirmación. Por lo demás, resulta muy difícil aportar pruebas en cuestiones de difamación.

»En aquel momento recibí un violento golpe en la nuca, propinado por un tal Busch, de Bremen, representante de frivolidades.

»—No tiene por qué decirme que me calle —vociferé—. Esto es una casa pública.

»Y empezó a llamarme por todos los nombres. Aquel señor de Bremen se confundía totalmente al imaginar que le había confundido.

»—Ya ve usted, querida señora, adonde pueden llevar esas cosas. Pero aquella noche, en «*El seno dorado*», todavía fue peor. El nerviosismo se propagaba como un reguero de pólvora. Tuve que echar a aquel individuo. Cayó con tan mala pata que se cogió la cabeza contra la rampa de la escalera y dio una voltereta como un automóvil cuando golpea una pared. No sé si alguno de ustedes conocerá «*El seno dorado*». A la entrada hay una rampa con unos barrotes en espiral. Los intervalos entre los barrotes son tan grandes que entre ellos pueden pasar la cabeza de un cerdo adulto. Así, pues, el señor Busch metió su cabeza de cerdo entre los barrotes, y según he explicado ya, dio una voltereta hacia atrás, retenido por la cabeza. Consecuencia: se rompió el cuello. Los polis se lo llevaron en un furgón, y el comisario de Policía, Joseph Schneider, declaró:

»—El muy cretino debía de estar completamente borracho, o de lo contrario, no hubiera caído de esta manera.

»Y, dirigiéndose a tres periodistas, prosiguió:

»—Señores, escriban que fue un pellejo lleno de vino, pero no os peleéis con esas mujerzuelas porque se lo harían pagar caro la próxima vez. Así, pues, no citen el nombre de esta casa. Es repugnante ver a tipos que, como él, tratan de menoscabar la buena reputación de «*El seno dorado*». Puede considerarse satisfecho de haber muerto. La difamación es un delito muy grave en el Tercer Reich.

»Pero su firma de Bremen se encontró en una difícil situación. Según parece, mi hombre estaba muy dotado para las frivolidades. Durante dos años buscaron

desesperadamente un sustituto, poniendo anuncios en las secciones de «Ofertas». Habían escogido este texto: «Buscamos caballero buena presencia para frivolidades».

»El primero que contestó era un granuja peinado a lo César. Quería probar la ropa interior de las vendedoras. Cuando ellas protestaron, se mostró grosero.

»El segundo que se presentó era un vendedor formidable. Tenía el cabello relamido, peinado hacia atrás, y un ojo azul y el otro marrón, que no guardaban ninguna simetría. También tenía un defectillo que no se veía a simple vista: se olvidaba de llevar las cuentas.

»—No hay dos sin tres, dijeron en la oficina de personal al contratar a un caballero de la célebre familia Adams, de Francfort, que parecía irreprochable desde todos los puntos de vista. Se llamaba Rudolph Adams. Pertenecía a la rama de los Adams, comerciantes de pájaros. Estaban especializados en loros. Pero Rudolph era un mal sujeto. Había dejado los pájaros. El muy puerco robaba. No hay que hacer un drama por el hecho de que alguien birle algo por aquí o por allí. ¿Quién no lo hace? Quien no se organiza es un cretino. Pero Rudolph, el muy bandido, birlaba cosas a las señoras. Si no hay más remedio, se puede hacer. Pero Rudolph lo hacía en la cama, mientras la señora estaba ocupada en otras cosas que vigilar sus joyas. Cuando la firma de Bremen se enteró de las deficiencias morales de Rudolph, le comunicaron por escrito que consideraban indeseable su colaboración.

»Después, tropezaron con un tal Brandt, de Munich, que hasta entonces había vendido mermelada de naranja, pero que deseaba hacer carrera con las frivolidades. Aquel individuo había oído decir que era costumbre llevar pantalón rayado y corbata gris claro. Terminó muy mal. Estaba un día en «*El chivo cojo*», en la Lützhatier Strasse, en Karlsruhe, hablando de uno de sus antiguos jefes, Adolph Müller, con otros dos representantes. El uno, Uwe Nehrkorn, vendía botellas de diversas clases. El otro, Kohl, vendía marcos de madera. Ambos conocían a Adolph Müller. A medida que bebían, hablaban cada vez con más vehemencia.

»—Adolph es el imbécil más grande que se ha visto en la tierra. Yo mismo cuidaré personalmente de ponerle en su sitio. La Asociación de Representantes me lo agradecerá —gritó Brandt.

»En aquel momento se abrió la puerta bruscamente y entró el SS *Oberscharführer* Gelbo seguido por cinco colegas. Brandt y sus amigos desaparecieron como por arte de magia. Les llevaron a la Wieland Strasse, número 6, el edificio más repugnante de Karlsruhe desde todos los puntos de vista. El *Obersekretär* Höst residía allí. Dirigió a los tres hombres su pálida sonrisa habitual.

»—Nosotros, los alemanes, somos un pueblo honrado.

»Le gustaba mucho la expresión «nosotros, los alemanes». Era de origen húngaro.

»—Confesad, compatriotas. Las cartas boca arriba. Señor Brandt, usted ha dicho que Adolph es un cretino.

»El señor Brandt le corrigió:

»—No, no, he dicho que es un imbécil, y mis amigos pueden corroborarlo.

»Höst, con dulce sonrisa, inclinó la cabeza comprensivamente, y todo el mundo tuvo la impresión de que estaba de acuerdo. Los tres detenidos hablaban a la vez para hacer comprender a Höst qué condenado estúpido era Adolph.

»La denuncia fue extremadamente breve. Cuando Höst la leyó, se frotó las manos entusiasmado. Decía:

DENUNCIA

Geheime Statspolizel.

Abt. 4/II a.

Karlsruhe.

Los representantes Joachim Brandt, Alfred Kohl y Uwe Nehrkorn han sido sorprendidos hoy, en «El chivo cojo», manifestando su descontento hacia el Führer. Han gritado sucesivamente: «Adolph es un...», y luego han dicho palabras que no se pueden citar, pero que constituyen la mayor ofensa contra nuestro Führer, elegido de Dios.

En esta oficina los tres han repetido varias veces y con pasión que mantenían la citada expresión.

Los detenidos han sido confiados a la SD para ser sometidos al oportuno expediente judicial.

Höst.

(Kriminalobersekretär).

»Los tres cretinos fueron llevados a Dachau donde se les tributó un caluroso recibimiento. Esto demuestra hasta qué punto hay que ser prudente cuando se recrimina a alguien. Si hubiesen reflexionado un poco, habrían gritado Adolph Müller. Después, nadie quería creer que se refería a Adolph Müller y no a Adolph Hitler. Pero las consecuencias llegaron más lejos aún: es decir, hasta Bremen, porque entre la ropa de Brandt, entre todas las frivolidades, se encontró oculto un papel en el que había escrito un nombre: «Hermann». En seguida, informaron a Goering. Brandt negó haber visto nunca el papel en cuestión, y afirmó mendazmente que su patrono tenía varios. Una llamada telefónica a Bremen, y una hora después un «Mercedes»

salía del número 9 de la Adolph Hitler Strasse llevando una invitación al fabricante. Este murió en Neuengamme. El jefe de personal que había contratado a Brandt también fue interrogado. Le soltaron, pero había recibido tal impresión que, de regreso a su casa, se echó de cabeza al río. Lo encontraron dos días más tarde; ya estaba muerto. Después de esto, la firma renunció a encontrar representantes. Lo que demuestra, señores y caballeros, que hay que ser muy prudente y abstenerse de ofender a quien sea. Por ejemplo, puedo explicaros que una panadera, la cual...

—Ya está bien, Porta —interrumpió *el Viejo*—. Otro día nos explicarás lo de tu panadera. Estamos de guardia. Apenas sí te queda tiempo para explicar el final de tu compromiso de matrimonio.

—¡Oh!, la cosa terminó como siempre termina. De repente, me encontré detrás de un sillón en el que el papá de mi hermosa había apoyado las nalgas. Su tío hablaba de llamar a la Policía Militar; y lo hizo. La broma me costó tres días de calabozo. A eso le llaman desorden en la vía pública, como si un salón fuese una vía pública.

En aquel momento, en el altavoz resonó el silbato del UvD:

—5.^a Compañía, un hombre de cada sección, formen fila para la distribución de municiones.

Nos levantamos lentamente para ir al edificio. *La Escoba* siseó:

—Querría veros muertos a todos.

—Yo no le temo a nada —afirmó el joven, sentado en el fregadero y devorando pepinillos—. Que se vayan todos al cuerno.

Por todas partes, en el suelo, en la cocina, en las habitaciones, incluso en el cuarto de baño, estaban sentados o tendidos. Toda una pandilla de jóvenes y de muchachas que afirmaban al unísono que no temían a nada.

—Nuestros padres están locos —dijo el que estaba sentado en el fregadero—. Todos dejarán la piel en esta guerra.

—Revientan en los calabozos de la Gestapo —dijo una joven mientras besaba a un muchacho que nunca se había acostado con una mujer—. Esta noche te seduciré.

La muchacha distaba de ser tan joven como parecía.

—Cuando me llamen a filas —dijo un joven neurótico, que ceceaba ligeramente al hablar—, haré lo que se me antoje.

—Naturalmente —contestaron los demás—. No podrán con nosotros

—Ya puede venir la Gestapo —añadió una pareja.

Estaban tendidos detrás de la cocina

—La nación es nuestra —dijo un jovenzuelo con gafas, que tenía la manía de declamar poemas patrióticos

Cinco meses más tarde, un sábado por la noche, sus interesantes reuniones fueron interrumpidas por la visita de tres hombres. Tres hombres con el sombrero bien encasquetado y una pistola bajo el brazo izquierdo.

El joven recibió un bofetón y ya no tuvo nada más que decir.

Una muchacha de cabello muy largo, que rehusaba levantarse de su sitio detrás de la cocina, recibió un puntapié. Después, se puso en pie y se cuadró.

El jovenzuelo de los poemas patrióticos estaba tumbado junto a una muchacha morena, en un estante de la despensa.

Una oleada de obscenidades cayó sobre ellos. Después, se pusieron en pie junto a la pared.

La pelirroja que pensaba que sus padres estaban locos, se orinó en las bragas

Formando una larga fila, anduvieron hasta dos grandes autobuses verdes. Cincuenta y dos jóvenes que no temían a nada en el mundo.

Durante tres días, permanecieron en número 8 de Stadthausbrücke. No les trataron con excesiva dureza. Sólo estaban allí aprendiendo a conocer el miedo y las lágrimas. Se convirtieron en verdaderos hombres y mujeres, que se daban cuenta de que el valor no era más que una palabra vacía. Sólo tiene valor el que está del lado bueno de la metralleta.

Los uniformaron a todos. Algunos murieron durante la instrucción. Otros escogieron la muerte voluntariamente. Los demás lloraban. Se habían olvidado de

reír.

No querían luchar. La guerra no les concernía. Pero ahora tenían que luchar por algo que no les concernía.

DE GUARDIA EN LA GESTAPO

Llegaron con una vieja entre ellos. Los dos *Unterscharführer* Schultz y Paulus. Los cazadores de cabezas más feroces del *Kriminalrat* Paul Bieler.

Fuimos hasta la puerta.

—¡Sabe Dios lo que habrá hecho esa viejecita! —murmuró Porta.

No contesté. ¿Qué hubiese podido decir? ¿Cómo podía saber lo que había hecho la vieja, con su abrigo apolillado? Corría con el fin de seguir las grandes zancadas de los dos hombres de la SD. Nos sonrió. Como si quiera decirnos algo.

A nosotros, dos soldados empapados por la lluvia y con los cascos relucientes.

La vieja se había rezagado un poco. El *Unterscharführer* Schultz la empujó con un gruñido:

—Adelante, vieja. Tenemos prisa. No eres la única invitada de esta noche.

Cogieron el ascensor hasta el tercer piso. Porta y yo salimos al pasillo para verle. Paulus nos lanzó una mirada maligna.

—¿Qué estáis mirando? Largaos en seguida, que estáis de guardia —gritó.

—¡Cállate! —replicó Porta—. No eres quién para darnos órdenes, cretino.

—Ahora lo verás —aulló Paulus, deteniendo el ascensor a medio camino—. No olvides que soy *Unterscharführer*.

—Lo único que eres tú es un sucio cretino...

Paulus asomó la mitad superior del cuerpo.

—Volveremos a vernos, pelirrojo.

—Sin duda —dijo Porta, riendo—, pero será mejor que hablemos de la *razzia* que hiciste en el número 7 de la Herbertstrasse. Algo me dice que ese día la rueda habrá girado, pero a mi favor. En nuestro Regimiento hay sitio para ti y yo me ocuparé de tu persona.

—¿Qué sabes de las *razzias*? —preguntó Paulus, incómodo.

—Muy pronto lo sabrás, ladrón.

—¿Estás loco? ¡Tratar de ladrón a un *Unterscharführer* de la SD!

—Sí, y lo repetiré cuándo y dónde se me antoje. ¡Demándame por difamación!

Paulus blasfemó y despotricó, y el ascensor siguió su camino.

Porta se pegó una palmada en un muslo.

—El muy cretino no pegará un ojo en toda la noche.

—¿Qué sucedió en el número 7 de la Herbertstrasse? —pregunté.

—A decir verdad, no gran cosa —confesó Porta—. Pero por lo visto, lo suficiente para darle miedo. Sé que participó en una *razzia* hace cuatro días; ya sabes, cuando fueron a buscar a las mujerzuelas que habían ocultado a unos desertores.

—Pero esto no basta —observé.

—No, pero otra prostituta que también vive en el número 7, me ha explicado que Paulus y su compañero robaron los cupones de abastecimiento de las dos detenidas. Y unos billetes que estaban escondidos dentro de una estatua de yeso, también han desaparecido. Yo no estaba seguro de que fuese cierto; pero, a juzgar por la cara que ha puesto ése, he dado en el blanco.

—¿Tienes intención de denunciarlo?

—No soy completamente idiota —replicó Porta, riendo—. Primero, le sacaré todo lo que tenga. Y cuando ya no pueda ser útil, le enviaré a Fuhlsbüttel, sin que nadie sospeche que he sido yo. El día en que ese tipo se encuentre en una unidad disciplinaria, me emborracharé de alegría.

—Mientras a nadie se le ocurra algún día pegarte un balazo en la nuca, disparado con silenciador... Estás jugando con fuego.

—¡Bah! Son unos cobardes. Desde Himmler hasta el último de la banda, son unos pobres diablos. La única manera eficaz de protegerse contra ellos es saber algo que les comprometa.

—¿Qué querrán hacer con esa viejecita? —medité en voz alta.

—Sin duda es una chiflada que ha hablado en exceso —contestó Porta, indiferente—, ¿qué puede importarnos a nosotros?

—¿Crees que la torturarán?

—Si creen que oculta algo...

Nuestras botas claveteadas resonaban. Las cansadas luces de los faroles se reflejaban en los fusiles y en los mojados cascos.

—¿Qué te parecería una taza de té con «Slibowitz»? —preguntó Porta.

—Un poquito de té y mucho «Slibowitz». Y después, una gachí.

—Si por lo menos la guerra hubiera terminado... ¿Te imaginas? Si la gente abriera las ventanas allí arriba, en el nido de la Gestapo, y empezara a gritar: «¡La guerra ha terminado!». Me quitaría el uniforme en el acto y me sentaría en el muelle balanceando las piernas. Y bebería cerveza con los vagabundos.

Porta se echó a reír. Pegó una patada a una caja de hierro.

—Estás completamente chiflado. ¡Vaya idea! Esta guerra no terminará nunca; por lo demás, tal vez no convenga desearlo. Nuestros queridos enemigos están tan ávidos

de venganza que no establecerían distinciones. Nos meterán en sus minas de carbón, y allí, si lo deseas, podrás reventar.

—No es cierto. Siempre los hay que salen bien librados.

—De acuerdo. Pero no nosotros, los esclavos. Tal vez Bieler, allá arriba. El *Bello Paul*. Es un cazador de hombres muy bien dotado. Y siempre podrá ser útil. Pero ¿para qué podemos servir nosotros dos? *Anda o Revienta* tenía razón el otro día. Esta guerra empezó millares de años antes de Mahoma. Aún dura y proseguirá durante miles de años después de que hayamos estirado la pata. Imaginamos que las guerras se renuevan, pero, en realidad, siempre es la misma, librada en frentes distintos y de maneras diversas.

Me encogí de hombros, pensando en la conversación de *el Viejo* y del legionario. Los capitalistas provocan la guerra, había afirmado el pequeño legionario, y no quieren que termine. La hacen proseguir, con cortos entreactos.

—Si hablas así es que eres comunista —dijo Heide.

—Esto es un puro absurdo —había interrumpido el pequeño legionario—. Soy soldado, un soldado perfecto. ¡Y al diablo con los comunistas y los nazis, pues yo no hago más que lo que se me ordena!

—¿Y te gusta? —le había preguntado *el Viejo*.

—¡Por Alá, no! Pero nadie me pregunta qué me gusta. Es algo que hace que me desprecie a mí mismo.

—Pero, entonces, ¿por qué lo haces?

El legionario se había reído mientras se inclinaba hacia *el Viejo*.

—¿A quién crees que le gusta esto? Y, sin embargo, ¿podemos detenernos y volver a nuestras casas? No. Hay que ser idiota para hacer una pregunta así. ¿Por qué no deja la gente de pagar sus impuestos? ¿Por qué no conducen sin permiso? ¿Por qué pagan el pan? Porque temen que les enchironen. Sólo por algún tiempo. Pero si nosotros nos detenemos, no se contentarán con meternos en chirona. Nos pegarán a una pared y, antes de hacerlo, nos romperán todos los huesos. ¿Puedes citarme un solo soldado que haya conseguido escabullirse? El año pasado lo intentaron ciento sesenta y cuatro. Se los cargaron a todos.

El Viejo acabó por decirle que se callara. El pequeño legionario sabía de qué hablaba. Conocía todos los cuarteles, desde el mar de China hasta las tundras de Nordland.

—¡Ah! ¡Si por lo menos se le viera el fin a esta guardia...! —suspiré—. Estoy empapado. Esta mierda de lluvia se te mete en la espalda.

—¡Si por lo menos hubiese un gato, dispararía contra él! —comentó Porta, riendo—. Esto resulta monótono.

—Cuando terminemos, podemos ir a casa de tía Dora —propuse—. Allí siempre hay chicas estupendas.

—Primero he de ir a «*Las tres liebres*» —replicó Porta—. Bernhard *el Empapado* debe nueve rondas.

Porta abrió su libretita negra.

Habíamos llegado junto a la entrada amurallada, con las pequeñas almenas.

—Entremos a hacer un póquer —propuso Porta—. *Hermanito* y Heide llegarán en seguida. Traerán el bidón. Nos calentaremos un cuarto de hora. Aquí nadie nos ve.

Se quitó el casco, dejó su fusil en el suelo.

—Tal vez incluso demos ocasión a un pobre tipo para que eche a volar todo esto. Te aseguro que los hay que sienten deseos de hacerlo.

Nos acurrucamos en un rincón para discutir las probabilidades de revender los objetos robados en la armería.

—*Anda o Revienta* ha conseguido dos mil cascos de acero —explicó Porta—. Están depositados en casa de un sueco, que es portero en la Bernhard Nacht Strasse. En la Thalstrasse hay un cerrajero que se los quedará. Habrá que depositarlos en un almacén de la Ernst Strasse, diagonalmente opuesto a la estación de Aliona. Pero no podremos transportarlos en nuestros furgones.

—¿A cuánto paga el kilo? —pregunté—. Sé dónde hay una buena cantidad de cartuchos vacíos, pero habrá que irlos a buscar por la mañana temprano y necesitaremos un camión con matrícula SS. El permiso de conducir debe de llevar el sello «SS-Regimiento del Führer», de lo contrario no podremos salir. Están muy recelosos. Es a causa de la desaparición de dos locomotoras. Me dio el soplo un *Schütze* de las SS. Odia a las SS. Una vez, intentó largarse y se encontró en Heuberg. No se lo ha perdonado nunca.

—Nos pagará a 67 pfennig el kilo —dijo Porta—. Con un poco de suerte conseguiremos 69, pero no más. *Hermanito* se encargará de las matrículas. Después, cogeremos el «Krupp», el «Diesel» de seis toneladas. Se parece como un hermano a los camiones de las SS. Tu compañero de las SS deberá facilitarnos el permiso de salida.

—¿Cuánto hay que pagarle por eso?

—¡Un puntapié en el trasero! No olvides que estamos de guardia en la Gestapo. Sólo con lo que ha contado ya tiene derecho a un billete de ida hasta Torgau.

—¡Cuidado! ¡Viene alguien!

Escuchamos. A lo lejos, se oían unos pasos. Porta asomó el cañón de su fusil por una almena.

—Si es un tipo de la Gestapo, me lo cargo. Explicaremos que le hemos confundido con un saboteador.

—¿Estás loco? Tendremos conflictos.

—¡Qué importa! Vale la pena.

Se oyó un ruido metálico.

—Son *Hermanito* y Heide —dijo Porta.

Los descubrimos. Salían de detrás del refugio del parque. De vez en cuando, se detenían y agitaban mucho los brazos. *Hermanito* llevaba una botella en la mano.

—¡Alabado sea Dios por la pata hueca del caballo imperial! —dijo Porta—. A nadie se le ocurriría mirar allí.

Hermanito dejó oír su risa característica. Julius Heide rezongaba.

—Ya verás esa especie de cerdo —gruñó—. No puedo soportarlo.

—Es un «homosocialista», un verdadero cretino —decía *Hermanito*.

—Es una basura. Le aplasto los hocicos —prometió Heide. Se detuvo, escupió en la acera y golpeó encima con su bota claveteada—. Esto es lo que haré con él.

—He visto a muchos cerdos en mi vida —prosiguió *Hermanito*, gesticulando.

Perdió su casco, que rodó por la acera con un ruido enorme.

—Están hablando del *Feldwebel* Brandt —dijo Porta, riendo—. Éste está predestinado a que lo asesinen, y algo me dice que *Hermanito* y Julius son los hombres escogidos para realizar esta tarea.

Hermanito recogió su casco, volvió a colocarlo en su sitio, y anunció:

—Voy a saltar sobre su barriga hasta que reviente.

Heide asintió con los dientes apretados.

—*Hermanito*, sólo pensarlo me da vueltas la cabeza. Todo era reglamentario. Soy el soldado mejor vestido y más cuidadoso de todo el Regimiento. Sí, de toda la División, e incluso, ¡mierda!, de todo el Ejército.

—Esto sí que es cierto —gruñó *Hermanito*—. Nadie te llega ni a la suela de los zapatos. Ni siquiera el *Hauptfeldwebel* Edel. Eres el soldado más guapo del Ejército.

Heide asintió muy orgulloso y se colocó reglamentariamente en el hombro su fusil ametrallador.

—Aún más, *Hermanito*: el más guapo del mundo. Fíjate en mi barboquejo. Cinco años de mi paga a que no puedes encontrar ni el menor rastro de moho. ¡Si han llegado a examinarlo veces y más veces este barboquejo! Pero nunca han encontrado el más pequeño fallo. En la escuela de suboficiales acababan por mirarnos el trasero cuando no encontraban nada más.

Heide se inclinó hacia el suelo.

—Adelante, *Hermanito*. Mi trasero también está limpio. Me lo lavo tres veces al día con un guante de aseo. Mi peine está aún más limpio que cuando lo compré. Mide las uñas de mis pies: medio milímetro: ni más, ni menos. ¿Qué es lo primero que hago después de cavar un agujero? ¿Eh, *Hermanito*?

—Te limpias las uñas —murmuró éste.

—Exactamente, y con un limpiaúñas. No con la bayoneta, como tú y los demás.

Heide se quitó el casco.

—Dime si encuentras un solo cabello que no sea reglamentario. Incluso mis

piojos andan a paso de marcha y circulan por la derecha. Pero Leopold Brandt, el *Feldwebel* del diablo, me ha atrapado a causa de una raya torcida. Es la primera vez en los anales de la guerra que le ocurre una cosa así a un soldado como yo. ¿Sabes lo que se ha inventado para demostrar que mi raya no era derecha? Un telémetro de artillería. Me ha hecho colocar en el otro extremo del terreno de ejercicios, después ha subido al techo de la 3.^a Compañía y, mirando por el telémetro, ha demostrado que mi raya no era bien recta. Pero te juro que no volverá a ocurrir. Desde ahora, me peinaré hasta los pelos del trasero. ¿Por qué es de esta manera?

Hermanito se sonó ruidosamente con los dedos, carraspeó, echó la cabeza hacia atrás como un lama y apuntó con justeza al águila de la cruz gamada que había en la pared.

—Debieron molestar a su madre cuando le llevaba.

—Es un aborto —dijo Heide.

—¡Ah! ¡Si pudiéramos llevárnoslo con los rusos...! Le enviaríamos delante, el primero, y nosotros atacaríamos al cabo de dos horas. A mí me atrapó a causa de un dedo del pie aplastado.

—Esto es muy propio de Leopold —exclamó Heide en la calle silenciosa.

Y golpeó furiosamente el suelo con la culata de su fusil ametrallador.

Entraron en el refugio.

—¿Vais a cargaros a Leopold? —preguntó Porta.

—Sí, confía en nosotros. Estamos hartos —siseó Heide—. Si en el próximo ejercicio de tiro real conseguimos tenerlo en el 3 como marcador, se ha terminado el guapo Leopold.

—¿Cómo lo haréis? —pregunté.

Hermanito se dobló por la cintura e hizo un ademán a Heide.

—¿Se lo decimos?

Heide asintió.

—Si juran no decirlo a nadie...

Porta y yo lo prometimos.

Hermanito se mostró radiante, bebió un largo sorbo de «Slibowitz», eructó y pasó la botella a Porta.

—Escuchad bien. El otro día, cuando estaba de servicio en el comando de operaciones, en el campo de tiro, empecé a meditar una pequeña sorpresa para el llamado Leopold Brandt. Me las arreglé para ser el comodín del *Oberfeldwebel* Paust. Había que cambiar una placa en el 3. Ofrecí cerveza a toda la pandilla, para que tuvieran que orinar incesantemente, y no se atrevieron a hacerlo fuera de las letrinas. Ya sabéis que Hinka se pone furioso si los refugios apestan. Detesta que se orine sobre el Tercer Reich. Así, pues, en cuanto se marcharon soldé la placa muy baja. De este modo, la cabeza queda sin protección cuando se está en pie en el observatorio.

Admirad mi trabajo, muchachos: nadie sospechó que estaba en el 3. El andamiaje está cubierto con arena fina. Ya sabéis que a Leopold le gusta hacer el cretino en el observatorio. Como es *Anda o Revienta* quien establece las listas de tiro, le será fácil situar a Leopold en el 3. Siempre terminamos con unos disparos con teleobjetivo, y sólo contra el 3. ¿Empezáis a entenderlo?

Hermanito se retorció de risa. Dirigiéndose a Heide, dijo:

—A ti, Julius, y a ti, Porta, no os costará nada colocar unas balas en la aspillera donde Leopold tiene la cabeza. ¿Y es culpa vuestra si disparáis un poco desviado?

—Todo es muy lógico —aprobó Heide—. Casi resulta demasiado sencillo para ser cierto. Pronto tendremos ejercicios de tiro real. *Anda o Revienta* nos los ha dicho. Ni el Führer en persona puede salvarle la cabeza a Leopold. Y hacia el final del ejercicio, pues el legionario nos habrá colocado los últimos de la lista, vaciaremos los cargadores en la aspillera de *Hermanito*.

—¿Y si baja del observatorio? —observé.

—Hemos pensado en eso —dijo Heide—. Lo hemos cronometrado. Necesitará por lo menos diecinueve segundos para alejarse de la aspillera, y en diez segundos Porta y yo tenemos tiempo sobrado para meterle dos balazos en la sesera. En toda su vida ha estado tan atrapado.

Hermanito permanecía doblado sobre sí mismo.

—Se quedará calvo hasta por dentro del cráneo.

—Es el mejor asunto desde hace mucho tiempo —exclamó Porta.

—Cuidado —les advertí—. Si *el Viejo* sospecha algo, estamos listos. Esto es homicidio premeditado.

—Oye, ¿crees que estás en el Ejército de Salvación? —preguntó Porta—. ¿Homicidio? ¡Legítima defensa! Si estrangulas a una prostituta, eso sí que es homicidio.

—Eso sólo lo hacen los malos sujetos —dijo *Hermanito*—. Pero, de todos modos, están condenados a muerte. Leopold me castigó por un dedo del pie. Todo lo demás era impecable. Lo había repartido todo a los reclutas con orden de dejarlo en perfecto estado. Uno de ellos puso mala cara; me ocupé de él sin pérdida de tiempo. Después, me limpió el fusil como nunca lo había limpiado nadie. El propio Leopold se quedó atónito.

—¿Qué le hiciste? —preguntó Heide—. ¿Le atizaste?

—Desde luego. Le pegué dos o tres mamporros. Pero no era suficiente. No, le metí los hocicos en la fosa de las letrinas de los prisioneros rusos. Incluso un viejo sargento que había entre los prisioneros me dio la razón cuando supo el motivo. Hasta me propuso que le dejara ahogar dentro; pero yo soy humano. Le nombré mi ordenanza personal con derecho a ofrecirme cerveza todos los sábados.

—¿Le quitas todo su sueldo? —preguntó Porta.

—No, de ninguna manera. Le dejo un marco para que pueda comprar productos de limpieza.

—Un día te atraparán, *Hermanito* —le profeticé.

—Es posible, pero saldré adelante, en tanto que el que me denuncie irá a parar al hospital.

—Hay que tener piedad de Leopold —interrumpió Heide—. Le dispararemos en plenos morros. Será el día más hermoso de mi vida.

—A propósito. ¿Sabéis que ha solicitado el traslado a las SS? —dijo Porta—. Pero le han rechazado. Sólo mide 1,67 metros. No los cogen por debajo de 1,72.

Sacó los dados de un bolsillo, los sopló, los agitó en una mano y después volvió a soplar sobre ellos.

—¿Jugamos una partida?

Hermanito le contempló con interés. Estaba acurrucado en el suelo.

—¿Por qué tanta comedia, Porta? Todo el mundo sabe que están cargados.

Porta meneó la cabeza con indignación.

—Te equivocas. Tengo dos juegos. Éste es el bueno.

—¿Estás enfermo? —preguntó Heide, sorprendido.

—¡Chitón! —replicó Porta—. Por cierto, esto me recuerda que me debes dos litros de «Slibowitz» y doce pipas de opio. Ayer era el día de pago. Por lo tanto, ahora será un ochenta por ciento más. Julius, tus deudas se te suben a la cabeza.

Sacó su cuadernito negro, se humedeció un dedo y empezó a hojearlo.

—Vamos a ver... ¡Ah! Aquí estás, cerdo: «Julius Marius Heide. *Unteroffizier*, nacido en Dormur, sirviendo en el 27.º Regimiento, 5.ª Compañía, 2.ª Sección, 3.º Grupo». ¿Eres tú?

Heide asintió débilmente.

Porta se llevó al ojo su monóculo roto y pidió a *Hermanito* que le ilumina con la linterna:

—Cuatro de abril: nueve botellas de vodka. Siete de abril: tres botellas de «Slibowitz». El 12 era tu cumpleaños; mala suerte. Deberías maldecir a tu madre por no haberte estrangulado en el momento de nacer. Bueno, así, pues, estábamos diciendo: 712 marcos y 13 pfennigs, 21 botellas de «Slibowitz», un litro de agua de rosas, 9 pipas, aguardiente danés, media caja de Dortmunder. Después, está el día 20, el aniversario de Hitler, día siniestro entre todos. No olvides que has sido miembro del partido.

—Sí, pero eso ha terminado —protestó Heide.

—No por tu culpa, sino porque te echaron —dijo Porta brutalmente—. No querían verte más. En el aniversario del señor Hitler sólo perdiste dinero: 3412 reichsmarks y 12 pfennigs. Puedes añadir un ochenta por ciento. No conseguirás salir de ésta, Julius.

—¡Debe de ser maravilloso saber escribir! —dijo *Hermanito* con admiración—. Sí fuese yo, pronto me haría rico. Me bastaría con cargarme a uno de esos tipos que se pasean con esos talonarios de cheques en el bolsillo. Los firmaría y ya sólo tendría que ir a buscar la pasta.

Nadie contestó. Hubiese resultado demasiado largo explicarle que el truco de los talonarios de cheques no era tan sencillo como imaginaba.

—Julius —prosiguió Porta—, sabes que soy buen compañero. Me doy cuenta de que tu deuda te pesa. Quisiera saldarla.

—¿La anulas?

A Heide le costó trabajo creerlo.

—Exactamente —afirmó Porta, sonriendo con astucia.

—¡Vosotros sois testigos! —berreó Heide, cada más nervioso.

—Calma, calma —interrumpió Porta, secamente, para enfriar el entusiasmo de Heide—. Primero, he aquí mis condiciones. Me das tres piezas de sábanas. Las que tienes escondidas en la habitación de *la Escoba*. Y quiero también las dos barricas de arenques holandeses que tú y *la Salchicha* habéis dejado en casa del dentista, en la Hein Hoyer Strasse.

La sorpresa de Heide fue enorme. Su cerebro dejó de funcionar. Aspiraba las palabras de Porta.

—¡Maldición! ¿Cómo lo sabes?

Los ojillos porcinos de Porta brillaban. ¡De modo que era cierto! Se sentía lo bastante seguro de sí mismo para aprovechar más su ventaja:

—Aún se más de lo que imaginas.

—¿También las alfombras de la Paulinen Platz?

—Desde luego —respondió Porta secamente—. Me las das también. Después, anulo tu deuda y cierro los ojos respecto a lo demás.

Era un golpe arriesgado, pero tenía la suerte de cara.

—¿No intentarás sonsacarme?

Heide permanecía en guardia.

—Palabra de honor —prometió Porta, levantando tres dedos en el aire.

—Tu palabra me la meto donde yo sé. Dame un recibo para los arenques, las sábanas y quinientas veinticinco alfombras de lana.

—He dicho todas las alfombras —insistió Porta.

—¡Exageras un poco! —aulló Heide—. ¡Ochocientas alfombras! ¿Te das cuenta de que representan mucho más de lo que te debo?

—Olvidas mi discreción, que cuesta cara. También podría ir a buscar los artículos, en vez de perder el tiempo discutiendo contigo.

—¿No pensarás denunciarme? —preguntó Julius Heide, indignado.

—Ya lo creo que sí, si valiera la pena. No hemos olvidado la historia del

campesino [22].

—Esto es, ponte sentimental —gruñó Heide—. Pero voy a decirte una cosa. Los arenques y las alfombras queman los dedos, y yo no sé nada si te atrapan.

—No te preocupes —dijo Porta—. Ese día iremos juntos a chirona. Cogidos de la mano, como los dos buenos amigos que somos.

—¿Por qué?

—Verdaderamente, eres obtuso —replicó Porta, riendo—. Vas a buscarme las alfombras y me las revendes. Yo sólo estoy aquí para cobrar o para controlar, si lo prefieres.

—No tienes un pelo de tonto, pero no te imagines que conseguirás un átomo de lo que queda.

—Ya veremos.

—¡Jamás! —gritó Heide—. Yo también sé cosas tuyas. Tengo un amigo que es comandante responsable en el almacén de las SS. Me ha explicado que buscaban a un ladrón que había birlado cascos de acero. En Fuhlsbüttel hay un calabozo preparado con todo lo necesario.

—¿Y a mí qué me importa todo eso?

Porta no se dejaba impresionar.

—¡Es a ti a quien buscan! —chilló Heide, acusador.

—Callaos —dije—. Despertaréis a todo el mundo.

—Si sigues metiéndote en mis asuntos —amenazó Heide—, irás a partir piedras a Torgau, Herr *Obergefreiter* Joseph Porta.

Hermanito puso término a la discusión. Miró a su alrededor, y dijo con aire misterioso:

—Cuando Leopold haya estirado la pata, me atiborraré de salchichas. Con «Slibowitz».

Heide asintió con la cabeza.

—Leopold y sus colegas pueden sentirse orgullosos. Su trabajo es de primera clase. Han hecho de nosotros lo que han querido. Unos tipos temerarios. Acero Krupp.

—El acero Krupp es mantequilla en comparación conmigo —dijo *Hermanito*, pegando un puñetazo contra la pared de hormigón.

Ésta se agrietó. Era como si la hubiese golpeado con un martillo. De todos nosotros, él era el más fuerte. Podía partir un ladrillo en dos. Había desnucado a una vaca propinándole un golpe con el canto de la mano. También Porta podía romper un ladrillo, pero necesitaba dos golpes. Steiner se despellejó horriblemente la mano cuando lo intentó. Pero, después, se había ejercitado mientras la llevaba enyesada, y ahora conseguía hacerlo con bastante facilidad.

Todo el mundo era capaz de romper el mango de una pala. Por el momento,

Hermanito hacía prácticas con una barra de hierro.

Fue un soldado mogol quien nos enseñó aquel golpe. De uno solo envió a *Hermanito* al suelo. Justo entre los ojos. Quedamos tan atónitos que le ofrecimos la libertad si quería enseñarnos el truco. Lo hizo en seis semanas. Le entregamos un uniforme alemán y nos lo llevamos con nosotros.

Nos separamos la víspera de Navidad. Le vimos cómo atravesaba las líneas corriendo. Estábamos algo tristes, porque era un buen tipo. Después, le olvidamos.

Se oyó un ruido de pasos que se acercaban. Aguzamos el oído. Parecían los de un soldado.

—¿Quién será? —preguntó Porta—. Ve a ver, *Hermanito*.

Haciendo más ruido del necesario, *Hermanito* salió del refugio.

—¡Alto, la contraseña! —vociferó.

Los pasos se detuvieron.

—¡Oh, ya está bien! —dijo una voz en la oscuridad—. Deja de hacer el cretino.

—¡La contraseña! —repitió *Hermanito*—. ¡O disparo!

—¿Estás chiflado?

Habíamos reconocido la voz de *Barcelona*, pero *Hermanito* tenía el diablo en el cuerpo.

—La contraseña o te convierto en un colador.

Amartilló su fusil.

—Pero si soy yo, cretino —gritó *Barcelona*, nervioso, refugiándose en la cuneta.

Distinguimos la sombra de su casco.

Hermanito se mostró más amenazador.

—La contraseña, o te liquido. Esto es la guerra, y la guerra es cosa seria. Nadie entrará aquí sin haber dado la contraseña.

—Soy yo, ¡maldito! —exclamó *Barcelona*, con rabia, desde la cuneta—. Tu compañero *Barcelona*.

—No lo conozco, no tengo amigos. La contraseña, o disparo.

Se echó el fusil al hombro y apuntó.

El miedo no nos dejaba respirar. Cuando *Hermanito* se ponía de aquel humor, podía esperarse cualquier cosa.

—¡Detente! —cuchicheó Heide—. Tendremos problemas.

—¡Me importa un bledo! —berreó *Hermanito*—. Soy un buen soldado, obedezco las órdenes. La contraseña o le pego un tiro.

Barcelona perdió la paciencia. Le acometieron escalofríos al ver el fusil apuntando contra él.

—Matón de burdel, dispara si quieres. ¡Puedes irte al cuerno con tu contraseña!

Saltó por el aire y llegó junto a nosotros.

Hermanito se desternilló de risa.

—Has tenido miedo, ¿eh, pellejo de vino?

—¡Soldado del cuerno! —gruñó *Barcelona*—. Dime cuál es la contraseña.

—Ni la menor idea —replicó *Hermanito* con franqueza—. ¿Tenemos una? Tú eres el *Feldwebel*. Tú debes conocerla.

—Entonces, ¿por qué haces el cretino de esta manera? —gritó *Barcelona*.

Alargó la mano hacia la botella de «Slibowitz».

—Pásamela. *El Viejo* me ha enviado para anunciaros que esta noche os dejarán tranquilos. En la Gestapo trabajan de firme. El *Bello Paul* está pasando por la criba a sus subalternos. Una gran depuración. Abajo, forman cola para ingresar en la cárcel.

—¿Qué han hecho? —interrogó Porta, curioso.

Barcelona se frotó las manos.

—De todo. Sabotaje. Insubordinación. Negligencia en el servicio. Y, luego, otros pecadillos como corrupción y robo. —Se echó a reír—. Ni siquiera falta un pequeño asesinato. Si *el Bello Paul* sigue de esta manera, mañana por la mañana estará solo allá arriba. Los tipos se ensucian en sus calzones. Se les puede ahogar con un cabello.

Porta movió la cabeza.

—¡Vaya suerte! Sería una estupidez no aprovecharla.

—¿Quieres ayudar al *Bello Paul*? —preguntó *Hermanito*, sorprendido.

—Exactamente. Pero no como tú crees.

—Yo ya no entiendo nada —dijo Heide.

—*Qui vivra, verra* —dijo riendo el legionario, que casi adivinaba la idea de Porta.

Diez minutos después, nos relevaban. Procurando hacer todo el ruido posible, entramos en la sala de guardia donde Porta anunció:

—Yo me encargo de registrar a los polizontes caídos.

El legionario insinuó una sonrisa comprensiva.

—Bien, camarada. Olfateas la presa.

—¡Atención, Porta! A esto se llama distracción de fondos.

—¡Oh, por favor...! —empezó a decir Porta.

Llamaron a la puerta.

El Viejo fue a abrir sin demasiada prisa.

Un secretario hizo entrar brutalmente a tres hombres de la SD.

—Aquí hay unos candidatos a la jaula. Cuidad de ellos.

El Viejo echó las órdenes de detención sobre el escritorio.

Barcelona abrió el registro de inscripción y anotó sus identidades y los motivos de su detención. Aquel registro se había iniciado cuando el Imperio; después, había servido durante la República de Weimar; y seguía sirviendo, ahora, bajo la insignia volátil nazi. *El Viejo* extendió sobre la mesa los mandatos amarillos que llevaban en la parte superior, a la izquierda, la siguiente mención:

El detenido será presentado ante el alto tribunal SS de policía de guerra, en un plazo de cuarenta y ocho horas. Provisionalmente, bajo la guardia de una Compañía penitenciaria.

Porta se había colocado en medio de la sala. Había cogido la gorra de Heide y se la había puesto al estilo de un *Feldwebel*, con la visera inclinada sobre el ojo izquierdo. Sonrió con falsa benevolencia a los tres detenidos.

—Miradme. ¿Veis mi grado? No lo olvidéis nunca. Tendréis ocasión de conocerlo en las próximas horas. Vosotros mismos decidiréis sobre nuestras relaciones futuras. Puedo ser como un gatito al que se acaricia en el sentido del pelo. Y puedo ser malo como un oso siberiano hambriento. Soy *Obergefreiter*, la columna vertebral del Ejército. Me llamo Joseph Porta, del 27.º Regimiento. Vaciad los bolsillos en la mesa.

Curiosos objetos aparecieron a la luz del día.

El SD *Unterscharführer* Blank contemplaba con ansiedad los cinco cigarrillos de marihuana que acababa de sacar del forro de su guerrera.

Porta los señaló.

—¿No te da vergüenza? Esto es contrabando. Creo que hay que desconfiar de ti.

—Me los ha dado un prisionero —dijo Blank, intentando justificarse.

—Muy bien, a mí también acaba de regalármelos un prisionero —dijo Porta, triunfalmente, guardándoselos en el bolsillo.

Se volvió hacia el SD *Scharführer* Leutz.

—Y tú, ¿también has recibido regalos?

Sin esperar la respuesta, separó cinco bolitas del montón.

—Ya sólo falta la pipa. ¡Maldita sea! ¿Cómo te atreves, tú, un SD, protector de la patria, a poseer opio?

Leutz bajó la mirada. No sabía qué debía hacer. ¿Vociferaría, blasfemaría, pegaría puntapiés en el bajo vientre de aquel cretino de *Obergefreiter*? Miró hacia *Hermanito*. Más bien se inclinaba por un puntapié. Pero aquel grandullón tenía un aspecto demasiado peligroso. Jugeteaba con una pala de infantería muy afilada. De repente, hizo algo que dejó sin aliento a los prisioneros. Apoyando la pala en el respaldo de dos sillas, rompió el grueso mango con el canto de la mano, de un solo golpe.

—¿Has visto, Porta? —gritó—. ¡Ya está! Pásame uno de esos tres SD y le romperé el lomo. Diremos que ha intentado atacarte.

Leutz se estremeció. Prefirió capitular.

—Es tuyo. Coge lo que quieras. Porta se mostró altivo.

—¿Pues qué creías? —Sin esperar la respuesta del otro, cogió un reloj de pulsera y se lo llevó a la oreja—: Excelente reloj. Esto resiste toda una guerra.

Lo hizo desaparecer en su bolsillo. Leutz respiró pesadamente, pero no protestó. Los ojos de ave de rapiña de Porta se fijaron en un anillo que llevaba el SD

Oberscharführer Krug. Era de oro repujado. Representaba dos serpientes, cuyas cabezas eran dos diamantes.

—Dámelo, y esta noche estarás tranquilo —prometió, alargando una mano.

Krug protestó, indignado, intentando apelar a la probidad de Porta.

—¡Cállate, bocazas! —le interrumpió Porta—. Dame ese anillo y a toda velocidad. Tú mismo lo has robado.

El SD *Oberscharführer* cambió de táctica. Se mostró grosero, es lo menos que puede decirse.

—¿Qué se ha creído usted, *Obergefreiter*? ¿No ve quién soy yo? ¡Basta de esto, o prepárese!

Porta rió jovialmente.

—¿Aún no lo has entendido, eh, *Oberscharführer*? Oye, *Anda o Revienta*, ¿qué te parece este aborto?

—Estúpido —contestó secamente el legionario.

—De lo contrario, no estaría en las SD —añadió Porta, riendo.

Krug estaba furioso; olvidó dónde se encontraba. Con las manos en la cintura, hinchó el pecho a la prusiana. Nos costó horrores ocultar nuestra sorpresa.

Sólo *el Viejo* fingió no haber visto nada. Estaba absorto con el registro de detenidos, pero todos sabíamos que no sentía la menor compasión por aquellos verdugos caídos en desgracia.

—¿No veis que soy *Oberscharführer*? —vociferó Krug.

—No estoy ciego —repuso Porta, arrogante—, pero aunque fueses general también te enviaría a la mierda.

Krug gritó. Le fallaba la voz. Tartamudeaba de excitación.

—¡Maldita sea! ¡Exijo que se me respete! Debe de hablarme según el reglamento. Soy el SD *Oberscharführer* Krug, un hombre que conoce su deber. Mucho cuidado con sus palabras, *Obergefreiter*.

—¡Residuo de letrina!

—¡Haré un parte! —aulló Krug.

—Tu parte me lo paso por el trasero —respondió Porta expresivamente—. Todo el mundo se ríe de tus partes. Y hasta nueva orden, eres mi detenido.

Porta recalcó las dos últimas palabras.

—Ahora tendrás la amabilidad de regalarme todo lo que tienes, sin olvidar el anillo. Se lo ofreceré a *Vera la Cachonda*, de «*El Huracán 11*», por las atenciones que siempre me ha tenido. Si vuelves a protestar, no respondo de nada.

Luego, señalando a *Hermanito*, que se entretenía con un juego de naipes que había pertenecido a Blank:

—Ése se ocupará de ti. Adora a los SD. Hace todo lo que yo le pido. Pero si eres un muchacho sensato y prudente, le diré a *Vera la Cachonda* que el anillo es un

regalo que me has hecho. Y dentro de varias semanas, cuando estés marcando el paso en la Brigada Dirlewanger, pensaremos en ti.

Krug dio un respingo al oír la palabra Dirlewanger. Pese a que la Brigada fuese muy «Gekados», Krug y sus compinches sabían muy bien lo que quería decir. Era una brigada disciplinaria SS que tenía por única misión aniquilar por todos los medios a los partisanos que había en los grandes bosques alrededor de Minsk. Su jefe, el SS *Brigadeführer* Dirlewanger, era un antiguo presidiario que a causa de su brutal cinismo y de sus tendencias sádicas había obtenido el mando de aquella unidad. Su crueldad era tan grande que incluso Himmler y Heydrich habían exigido que se le sometiera a un Consejo de Guerra y se le condenara a muerte. La violación de las prisioneras polacas era el menor de los cargos que pesaban contra él. Pero aquel sádico asesino estaba bajo la protección del jefe de las Escuelas de Oficiales SS, el SS *Obergruppenführer* Berger, quien, el 22 de noviembre de 1941, había empleado más de una hora en convencer a Heydrich y a Himmler de que era necesario tolerar al *Brigadeführer* Dirlewanger. Estos argumentos impresionaron sobre todo a Heide, quien tenía las mismas teorías que Berger. Había que combatir el terror mediante el terror. Hasta su muerte, Heydrich siguió convencido de que la victoria pertenecería al que mejor utilizara la violencia. Tres días antes del atentado de Praga, escribía:

No es usted más que un campesino sentimental, que no comprende nada de la guerra que libramos. Es probable que haya que exterminar al noventa por ciento del pueblo alemán. Sólo debería existir una forma de castigo: la decapitación. Resulta muy caro alimentar a los prisioneros. He ordenado a mi Einsatzkommando que fusile a las brigadas de prisioneros en cuanto terminen su trabajo. Los transportes no son de ningún modo rentables.

Los hombres de Dirlewanger estaban condenados a muerte, tanto por el enemigo como por sus compatriotas. Eran eliminados en cuanto se les sorprendía solos. Se les reconocía con facilidad por las dos granadas doradas que llevaban en sus cuellos negros de SS. Oficialmente, se les daba dos meses de vida. Cuando se celebraba alguna fiesta en el Estado Mayor de Dirlewanger, lo que ocurría a menudo, se enviaba un comando a hacer una *razzia* por las ciudades de Polonia o de la Rusia blanca para conseguir mujeres.

La carrera de Dirlewanger tuvo el final que merecía; pero, por desdicha, demasiado tarde. El mismo había inventado el bárbaro castigo de tostar a los prisioneros lentamente, sobre una hoguera. Encontraron a Dirlewanger colgado de un árbol, la cabeza hacia abajo, ennegrecido como un pedazo de pan demasiado tostado. Unos partisanos polacos explicaron que la operación fue realizada por ocho hombres

de su brigada. Al parecer, Dirlewanger estuvo gritando cuatro horas y media, mientras que los ocho tipos formaban círculo alrededor del árbol, y cantaban:

*So weit die braune Heide geht,
gehört das alles mir.
Ich bin ein freier Wildbrestchütz...*

Los partisanos no tocaron a los ocho hombres. En el Museo de Guerra de Varsovia puede verse un cuadro que conmemora este acontecimiento. Se reconoce con claridad el rostro de Dirlewanger sobre las llamas. Esto ocurrió el 21 de enero de 1945.

El SD *Oberscharführer* no se hacía ilusiones sobre su futuro. Sabía lo que le esperaba. Había visto salir a muchos con destino a la temida brigada, pero nunca había visto regresar a nadie. Todos desaparecían sin dejar rastro, lo mismo que su documentación. Desde luego, siempre quedaba una probabilidad entre mil. Esto dependía del comandante de la prisión militar de Torgau, pero el coronel Blanco no era nada blando con los SD en desgracia. Krug se prometió portarse de manera ejemplar, maldecir a la SD, etcétera. Cuando el coronel fuese informado por sus confidentes, tal vez le hiciera el favor de enviarle a un regimiento disciplinario.

De todos modos, Krug protestó débilmente contra las pretensiones de Porta.

En dos zancadas felinas, *Hermanito* estuvo a su lado.

—No rechistes, SD mío. Haz lo que te dice. Vacía los bolsillos. —Le empujó hacia la puerta del calabozo—. Éstos son tus aposentos hasta que te vengán a buscar tus compinches.

Porta se echó a reír.

—Mala suerte, Krug. Estás bajando la pendiente. Ya has sido olvidado, has dejado de existir.

—¿Cómo se siente uno cuando es un muerto viviente? —preguntó *Hermanito*, interesado.

—No es nada divertido —protestó Krug, secándose la frente con un pañuelo no muy limpio, en el que había bordadas unas iniciales que no eran las suyas.

—No querrás que nos pongamos a lloriquear.

Krug murmuró algo incomprensible.

Hermanito cogió el anillo, lo olfateó y lo examinó cuidadosamente.

—Podría revenderlo en casa de «Emil». Di, Porta, ¿qué lleva escrito dentro?

—«P.L.». Explícanos quién era P.L., Krug.

—Paula Landau. Murió en Neuengamme.

—¿Te regaló el anillo porque la trataste bien? —interrogó Porta con suavidad.

Krug se acarició la nuca, mirando alternativamente a los dos amigos. Prefería no

entrar en detalles sobre el caso «Paula Landau». Ella estaba ya casi moribunda cuando llegó a Neuengamme. Krug había pasado unos días muy malos, temeroso de que los hechos llegaran a saberse. El *Bello Paul* era muy extraño en estas cosas. No tenía inconveniente en ordenar torturas espantosas, pero ¡ay de quien tomara tales iniciativas por su cuenta! Aunque fuera en defensa propia. Ninguno de los componentes del grupo pudo olvidar nunca el final del *Unterschadführer* Willy Kirsch, tostado a fuego lento empezando por los pies. Muy despacio. La operación había durado tres semanas. Y todo por cinco mujeres que, de todos modos, estaban destinadas a la horca.

Krug se estremeció. Había que desviar el interés de aquellos dos tipos por Paula Landau. En aquel momento, parecían muy tranquilos. Pero Krug comprendía que sólo se trataba de una actitud. Eran unos demonios. Con aire indiferente, desenroscó el tacón de su bota y apareció un escondrijo secreto. Krug sacó dos billetes de cincuenta dólares y una cápsula de polvo blanco.

Porta fingió sorpresa. Olfateó los polvos.

—Cocaína... Has debido de ser rico. ¿Cómo te las has arreglado para caer tan de prisa?

Krug se retorció las manos.

—No te molestes —prosiguió Porta—. Aquí no somos muy delicados.

Hermanito hizo un ademán severo y tomó la palabra.

—Si te confiara los secretos de mi vida, te caerías sentado, SD de mis pecados. Dicen que *Hermanito* es tonto, pero no hasta el punto de que confiese lo que no se puede demostrar. Sólo le condenan a uno en la medida de lo que confiesa. Mientras no has confesado, los jueces y demás granujas no pueden hacer nada. ¿Has confesado tú, SD de mis desdichas?

Krug indicó que sí. Cualquiera lo hubiese tomado por un cristiano en la fosa de los leones.

—¡Idiota...! —comentó *Hermanito* con sequedad.

—¿Qué has confesado? —interrogó Porta, curioso.

—Chantaje. En Friedrichsberg había una gachí. Desde hacía tiempo teníamos a su fulano. Yo lo había hecho a menudo, sin pensar en que hubiera peligro. Pero la muy ladrona fue a ver al *Bello Paul*.

—Hubiese podido negar —dijo Porta.

—Imposible. Me tendieron la trampa.

—Y te has metido en ella como un solo hombre...

Hermanito rió de buena gana.

—Por eso estás con nosotros.

—Y muy pronto te encontrarás camino de Dirlewanger —añadió Heide alegremente.

—Has sido demasiado ambicioso, amigo —prosiguió *Hermanito*—. No hay que matar la gallina de los huevos de oro. Yo, por ejemplo, si alguna vez me encuentro ante diez pipas de opio, sólo cojo ocho.

—Así es como se hace —asintió *Barcelona*.

—Sí, pero arrambláis con todo lo que tengo —contestó Krug sin mucha convicción.

—Contigo es distinto —exclamó *Hermanito*—. Porque, aunque respires aún, eres hombre muerto. En tus papeles hay una raya roja. Nadie quiere conocerte. Los partisanos del padrecito Stalin te esperan ya en los bosques de Minks. ¿Sabes lo que hacen con los secuaces de Dirlewanger que caen vivos en sus garras?

A Krug le daba vueltas la cabeza.

—¿Qué les hacen?

Hermanito rió diabólicamente.

—Explícaselo tú, Porta.

Porta se humedeció los labios y, después, escupió en el pavimento liso y reluciente.

Krug siguió con la mirada el chorro de saliva.

—¿Te interesa? —preguntó Porta, con una sonrisa—. Te dejo que lo limpies. Tus compañeros de Fagen me enseñaron el truco.

—No es culpa mía. Nunca he estado en Fagen.

—Eres un mierda —decidió Porta—. Si no has estado también en Fagen es por pura casualidad. Algún día, cuando se salden cuentas, nadie habrá hecho nada. Todo el mundo habrá obedecido órdenes superiores hasta llegar al que está en lo más alto de la escalera.

—No es culpa mía —repitió Krug.

—Claro —replicó Porta—. Te obligaron también a ingresar en la SD, ¿no?

—Bueno, tal vez no exactamente —confesó Krug—. Pero en el SS «Infanterieregiment Deutschland» eran unos cretinos. Aquí se está mejor.

Por primera vez *el Viejo* levantó la cabeza. Miró con fijeza a Krug. Iba a hablar, pero renunció y volvió a ensimismarse con el Registro.

—Evidentemente, esto es mejor —repuso Porta—. En el regimiento «Deutschland» había que dar la impresión de que se era un héroe. Un héroe con los pantalones sucios. Aquí, son los demás los que tienen los pantalones sucios. Entiendo. Pero algún día lo pagarás caro.

—Cállate, Porta, estás diciendo tonterías —interrumpió *Hermanito*—. Cuenta a este tipo lo que hacen los partisanos del bosque. Se orinará de miedo. He de confesarte, Krug, que, comparados con los artesanos de Stalin en Minks, vosotros, pequeños hitlerianos, carecéis por completo de imaginación. ¿Te acuerdas del tipo que encontraron en el hormiguero, Porta?

—Esta historia del hormiguero es muy vieja —interrumpió Krug—. La conocen hasta en la Policía SS.

—No lo dudo —dijo Porta—. Pero ¿conoces esta otra? Te atan entre dos árboles, como un arco. Y los cuervos te pican lentamente los ojos. Sólo podrás escapar cuando los pajarracos se te hayan comido los tendones. Pero mucho antes habrás muerto.

—Sólo vi una persona que haya escapado con vida —dijo Hermanito—. Era la espía Nadasja de Mojilev. Pero nadie volverá a divertirse con ella. Antes de caer en manos de los partisanos, no estaba mal del todo. Era una gachí estupenda pero cuando la encontramos, toda su belleza había desaparecido.

Barcelona Blom rió sarcásticamente.

—La dejaron bien arreglada. Ahorcaron montones de tipos por su culpa. Fue uno de nuestro grupo quien les dijo dónde estaba escondida.

—¿Qué le hicieron? —preguntó Krug.

—Le marcaron dos grandes cruces gamadas en las nalgas —explicó *Hermanito*—. Minutos después de haberla bajado del árbol, se lanzó bajo un tanque. Estaba completamente chiflada. Todo le daba un miedo atroz.

—¡Maldita sea! —añadió el legionario—. Estos partisanos son unos tíos de pelo en pecho. Los insurrectos del Rif no lo hubiesen hecho mejor.

—¿Os acordáis del SS *Hauptsturmführer* Ginge, de la compañía de Guardia, en Minsk? —preguntó Porta con entusiasmo.

—¿El que asaron como un cerdo? —preguntó *Barcelona*.

—Eso es —dijo Porta—, y ni siquiera era de la Dirlewanger. Un *Waffen* SS *Offizier* completamente vulgar. ¿Quieres un buen consejo, Krug?

Krug indicó que sí. Estaba muy pálido.

Porta rió suavemente.

—¡Válgame Dios! ¡Estás metido en un buen lío, Krug! En cuanto dispongas de un minuto en Fuhlsbüttel, échate una cuerda al cuello. Si empiezas por comparecer ante el tribunal de guerra, ya no te quedará ninguna probabilidad. Te pondrán unos grilletes que ya no te quitarán hasta el momento de entregarte a Dirlewanger. No imagines que van a enviarte a una F.G.A. ^[23]. No querrán saber nada contigo. Un SS sólo viene con nosotros por delitos menores. No, la cuerda será lo mejor y lo más sencillo para ti. Los tipos de Dirlewanger son enviados a los peores lugares. Cada operación equivale a una ejecución colectiva. Nadie les quiere.

Krug, el SD *Oberscharführer*, el duro de los duros, lloraba. Nunca lo había creído de veras. A menudo, se lo habían profetizado, pero siempre había rehusado creerlo. Ahora estaba convencido. ¿Qué hacer? No quería saber nada con las dos granadas sobre el cuello negro. Oyó que *Hermanito* le deseaba las buenas noches desde lejos.

La gruesa puerta del calabozo se había cerrado ruidosamente. Ahora estaba aislado del mundo en el que había vivido hasta entonces. Se dejó caer en el suelo. Era

el único lugar donde podía acostarse. En el calabozo no había nada. Sí le hubiesen puesto en una verdadera cárcel, habría habido una colchoneta y una manta sucia. Pero aquí no había nada. Todo estaba increíblemente limpio. El Ejército era duro a su manera. En la Policía uno podía quejarse, pero no en el Ejército. Hiciera lo que hiciese, había que decir «bien». Aquí, sólo se era un esclavo entre los esclavos. Krug estaba ya plenamente convencido de ello. En su fuero interno, todos los SS y SD temían al Ejército. La formación era dura en ambos cuerpos, pero en las SS uno era tratado como un hombre, como un ser escogido. En el Ejército era distinto. Sólo se era un esclavo.

Krug contempló su gorro, que tenía al lado. La gran calavera reía de un modo macabro. Siempre se había sentido orgulloso de aquella calavera. Le daba aplomo y seguridad en sí mismo. ¡Cuántas veces había observado cómo la gente se dejaba hipnotizar por aquella insignia! Siempre había deseado entrar en la División SS «Totenkopf», la única unidad SS que llevaba una calavera bordada sobre el cuello negro. Pero no le habían aceptado. Era demasiado alto. Sólo querían gente pequeña, que no rebasara el metro sesenta. Pequeñajos duros como el pedernal. Krug nunca olvidó al *U-Schar* Brinkendorf, que pasó un breve período con ellos en la sección IV/2a, y que, una noche, les había enseñado su agenda. Mientras estaba de servicio en Gross Rosen, se había cargado personalmente a 189 tipos. Aquel Brinkendorf era tan cínico que no le habían aceptado en el Rollkommando ^[24]. Al cabo de tres meses, el *Bello Paul* le puso de patitas en la calle. Había rebasado los límites al hacer una incursión privada en Teehaus Le enviaron a Dirlwanger como instructor. Nunca más se supo de él. Tal vez volviera a encontrarle allí. No le gustaría tener al *U-Schar* Brinkendorf como jefe de grupo. Brinkendorf era de la misma calaña que la mayor parte de los hombres de la División C, capaces de cargarse a cualquiera, amigo o enemigo, hermano o hermana, con tal de poder matar a alguien.

Krug se sumió en un sueño agitado; pero cada vez que llamaban a la puerta, lo que ocurría a menudo, se despertaba. La prisión estaba llena. Sólo quedaba sitio en los calabozos del Ejército. Oyó cómo los guardianes discutían en voz baja.

Unas botas pesadas golpearon su puerta. No entendió por qué. Inquieto, miró hacia el ventanillo, en que brillaba un ojo.

Una risa sardónica llegó hasta él. Krug reconoció la voz de *Hermanito*.

—¿Qué? ¿Aún sigue con vida, SD de mis pecados? Pensé que te habrías ahorcado con tus calcetines.

La risa se alejó por el pasillo.

Decididamente, aquellos tipos del Ejército no adoraban a los SD.

Heide y Porta empezaban a discutir. Porta se había descubierto durante una

partida de 421. Tenía el as de pique y no lo había sacado hasta que el bote fue lo bastante succulento.

Heide clavó furiosamente su cuchillo en mesa, a un milímetro de la mano de Porta.

—¡Haces trampas! —aulló.

—¿Y qué?

—Tenías el as de pique. Lo he visto.

—¿Acaso es tuyo?

Heide palideció. Perdió todo el dominio de sí mismo. Aquello era demasiado. Agitando el cuchillo por encima de su cabeza, golpeó en dirección el rostro de Porta, decidido a darle un buen tajo.

Porta esquivó el golpe con dificultad y trató de golpear la nuez de Heide con el canto de la mano, pero éste esquivó a su vez. Ambos eran igualmente hábiles en judo.

Porta cogió una botella y la partió por la mitad; las esquirlas de vidrio volaron por la sala. Después lanzó el casco contra el rostro de Heide, pero no consiguió alcanzarle.

Heide lanzó un aullido de triunfo, al tiempo que se lanzaba a hacía Porta enarbolando el cuchillo.

—¡Ya te tengo, cochino pelirrojo!

Entonces, lanzó un grito estridente. Porta le había golpeado el bajo vientre. El cuchillo rodó por el suelo. Las manos de Porta le oprimieron la garganta.

Heide se derrumbó como un saco. Porta se disponía a pisotearle el rostro con sus botas de hierro cuando *el Viejo* le detuvo.

—Ya basta, Porta.

—Su jefe de tarjeta postal me da asco —gruñó Porta—. Debería faltarle una oreja, como *Hermanito*, tener la nariz rota, como Sven, un ojo de cristal, como *Barcelona*, y la frente torcida como tú. ¿Por qué es el único que no lleva huellas de la guerra?

—Deja que Porta le pisotee el hocico una vez —suplicó *Hermanito*—. Si no, algún día le harán oficial.

—¡Cállate! —gritó *el Viejo*—. Aquí mando yo.

Cogió una metralleta de encima de la mesa, la amartilló y apuntó sucesivamente a todos los hombres.

Acechábamos sus movimientos. Estábamos seguros de que no dispararía. *El Viejo* no hacía esas cosas, pero todos obedecíamos sus pequeñas órdenes.

El ambiente estaba electrizado. Ansiábamos abalanzarnos sobre Heide. Merecía una buena paliza. Su hermoso rostro nos exasperaba. Su cínica brutalidad hacia sí mismo y hacia los demás era como una espina clavada en nuestra carne.

—¡Mil diablos! —exclamó el legionario, rompiendo así la tensión.

Heide se levantó. Apoyándose en las manos, sacudió la cabeza como un perro mojado.

—Has hecho trampas —dijo entre dientes, con sorda cólera. Se llevó la mano al cuello, rojo y tumefacto a causa de la brutal presión de Porta—. Esto que has hecho no está bien.

—*Unteroffizier* Julius Heide, no acuses a la gente honrada —dijo Porta con suavidad—. No puedes permitirte. Eres un mal sujeto, Julius. Y, además, eres demasiado guapo.

Heide se irguió cuan alto era.

—Nunca serás una persona cabal —replicó—. Te llevarás una gran sorpresa el día en que los rojos te metan una bala en el cráneo. En el cielo, no querrán saber nada de ti. Te quitarán las botas y te harán caminar descalzo sobre las piedras hasta el infierno, conducido por el *Hauptfeldwebel* más cretino de toda la creación.

—Es posible que tengas razón —dijo Porta, alegremente—, pero tú me acompañarás. Tal vez el buen Dios me dé el mando del grupo. No me cabe la menor duda de que confiará más en un *Obergefreiter* que en un suboficial prusiano. Y te prometo que tendrás que llevar el mortero durante todo el camino hasta el horno de Lucifer.

El timbre interrumpió su discusión. Entraron dos SS con una vieja. Era la misma que Porta y yo habíamos visto ingresar a primera hora de la noche. Había envejecido en unas horas. Llevaba el sombrero torcido.

Uno de los SD alargó unos papeles a *el Viejo*.

—Son para ti —anunció—. Hay que llenarlos.

El Viejo protestó violentamente.

—Ni hablar. Aquí no nos importan vuestras historias. Somos militares, no polis.

—¡Calma! —gruñó el SD.

E inclinándose hacia *el Viejo*, le murmuró unas palabras al oído.

El Viejo lanzó una mirada a la anciana.

—Vaya, felicidades. ¡Qué equipo!

—Tienes razón —confesó el SD—. Da asco. A mí me vinieron a buscar a la Kripo. Pronto seré viejo. —Dio la vuelta a la sala de guardia y dijo, dirigiéndose al techo—: Preferiría estar lejos de aquí.

—¡Ah, mi trasero! —exclamó el legionario—. Nadie te obliga a ser poli. Puedes irte cuando quieras. Puedes escoger entre treinta y tres divisiones SS.

—Tienes demasiado canguelo —gritó Heide—. Conozco los de tu ralea. Se ensucian en los calzones en cuanto se acercan a un terreno batido por la artillería.

El SD se mostró grosero.

—¿Qué os habéis creído, bocazas? ¿Y si cogiéramos a uno o dos de vosotros para tener una pequeña conversación privada, allí, bajo el techo?

—*Merde*, es posible —dijo sonriendo el legionario—. Pero, de todos modos, creo que estirarás la pata antes que nosotros. Nuestros calabozos están llenos a rebosar de compañeros tuyos. Ayer, eran tan orgullosos como tú ahora. Hoy, han perdido sus buenos colores.

El policía lanzó una mirada malévola al legionario, que sostenía su eterno cigarrillo entre los labios.

—Te conozco. Todo el mundo te conoce. Eres ese dichoso francés que tanto da que hablar; pero no te enorgullezcas. Tu tiempo está contado. Le hablaré de ti al *Bello Paul*.

En tres saltos, Porta estuvo junto al pequeño SD. Le puso una bala de nueve milímetros ante las narices.

—¿Sabes lo qué es esto, hermano?

El SD se encogió de hombros.

—Todo el mundo lo sabe. Es una bala de «P-38».

—Muy bien, hermano. Pero mírala bien —insistió Porta, haciéndola girar frente al SD. El proyectil estaba aserrado—. ¿Has visto alguna vez el agujero que esto le hace a un individuo? Y puedo asegurarte que tengo una caja llena.

—¿Y a mí qué me importa todo esto? —gritó el SD, nervioso.

—Quizá más de lo que crees, hermano. Esta clase de píldora está reservada para los tipos de tu especie. Eres un SD, y está muy bien que lo seas. Las pillerías que cometes, también están de perlas, forman parte de tu oficio. Tienes los bolsillos llenos de objetos robados. Todo resulta muy simpático.

—¿Quién te ha dicho que robo? ¡Esto es el colmo!

—No hace falta que grites —le advirtió *Hermanito* desde el otro extremo de la sala—. Tu madre debió de explicártelo cuando eras pequeño, ¿no? En todo caso, debes saber que un policía ha de ser siempre dueño de sí mismo. Y ahora vas tú y te pones furioso como una histérica gachí de treinta y ocho años.

—Repito que tus bolsillos están llenos de objetos robados —prosiguió Porta, impasible—. Eres un pobre cretino. Pero ya que insistes en querer demostrarnos lo contrario, me permito hacerte observar que estás en territorio del Ejército, y que *el Viejo*, nuestro *Feldwebel* y comandante de la guardia, puede darme la orden de detenerte. Te registraremos, y después, te llevaremos ante el *Bello Paul*, en calidad de sospechoso. No saques el pecho. Es mejor que te inclines. Te conviene. Haz lo que te parezca, excepto una cosa; no te metas con ninguno de los nuestros. Tal vez consigas hacer que detengan a uno o dos, pero todo habrá terminado para ti. Conseguiremos tu piel. Somos unos hachas para los golpes en la nuca. Los comisarios de Iván nos han enseñado el truco.

—Déjate de sermones —gritó Heide—. Pegadle en seguida un buen bofetón. No arriesgamos nada. Ha cometido el suficiente número de fechorías como para que *el*

Bello Paul nos dé las gracias.

—Esto es una amenaza —gruñó el SD, palpando la funda de su pistola.

Su colega permanecía neutral. Examinaba minuciosamente fotografías de muchachas más o menos desvestidas.

—Eres rápido de entendederas —dijo Porta, sonriendo.

—¡No me dais miedo! —chilló el SD, histérico.

—Te estás ensuciando en los calzones —replicó *Hermanito* desde su rincón.

—No os peleéis, hijos míos. Esto no está bien. Ya hay demasiada discordia en la Tierra.

Sorprendidos, miramos a la viejecita, que se nos acercaba con un dedo levantado.

—Son los nervios, la guerra —prosiguió ella con voz temblorosa—. Tenéis que ser tan amables como vuestro jefe, Herr Bielert. Él es muy bueno, ni siquiera ha querido que vuelva a pie a mi casa a esta hora de la noche. Quería prestarme su auto. Qué amable, ¿verdad?

Hermanito se disponía a decir algo, pero Heide le pegó una patada en el tobillo.

El SD se había achantado. La disputa quedó relegada en el olvido. El hombre señaló los papeles que había ante *el Viejo*.

—¿Comprendes ahora por qué quería que los llenaras tú?

El Viejo asintió con la cabeza.

—Bueno, lárgate.

La viejecita estrechó las manos de ambos.

—Gracias por todo, soldados. Si pasáis por Friederichsberg, no dejéis de venir a verme. Siempre tengo caramelos y revistas ilustradas. Os gustarán. Gustan a todos los jóvenes.

—Gracias —contestaron los otros, incómodos—. Pasaremos a verla.

En la escalera, uno de los dos se volvió. Su calavera brillaba siniestramente.

—Hasta la vista, señora Dreyer.

Ella le saludó con la mano. Luego, la puerta se cerró de golpe.

El legionario dio tres vueltas a la llave y corrió el cerrojo. Al otro lado de la puerta, la Gestapo. Aquí, el Ejército. Dos mundos que no tenían nada en común.

La viejecita hurgó en su bolso para encontrar un paquete de caramelos. Dio la vuelta a la sala para ofrecernos uno a cada uno. Toda la Compañía de Guardia chupaba caramelos.

Hermanito tuvo derecho a dos.

—No tema, señora Dreyer —dijo. Con gran sorpresa por nuestra parte, se mostraba hasta cortés—. Todo se arreglará. Nosotros nos encargamos de esa Gestapo. Una vez me cargué...

Lanzó un grito de dolor, al tiempo que se frotaba un tobillo.

Heide sonrió delicadamente.

—¿No crees que podrías callarte?

Hermanito guardó silencio, enfurruñado.

—No hay ningún mal en explicar lo que hicimos en Pinks, cuando ayudamos a aquellas tres gachís a escapar de la SD.

—¡Cállate! —gritó *Barcelona*.

La señora Dreyer intentaba poner paz.

—Dejadle hablar. No es más que un muchacho incapaz de hacerle daño a una mosca.

—Está lleno de mentiras —dijo Porta, riendo—. No sabe lo que es la verdad. Nunca ha oído hablar de ella. Si hoy es lunes, 19, dirá que estamos a martes, 20.

—Vendería su alma por dos reales —aseguró Steiner.

Hermanito se disponía a protestar. Ya había levantado una silla, cuando el legionario le retuvo por un brazo, cuchicheándole unas palabras que le tranquilizaron en el acto.

Nos pusimos a jugar a los dados.

La señora Dreyer se había dormido en una silla, junto a la pared. Nuestra risa la despertó.

—Querría marcharme. ¿Creéis que el vehículo llegará pronto?

—¡Cameron! —gritó Porta, enseñando los seis dados.

—El señor Bielert me ha prometido que podría regresar pronto a mi casa.

Rehusábamos escucharla. No era más que una vieja que no entendía nada. Estaba entre las manos de la implacable justicia de una dictadura.

Heide recogió los dados, los agitó enérgicamente y después los lanzó con elegancia sobre la mesa. Seis ases. Lanzó un aullido de alegría, volvió a recogerlos, los agitó en medio de un silencio mortal.

—Señor *Feldwebel*, ¿quiere probar a llamar para ver si ha llegado el automóvil? Tengo sueño y estoy cansada.

Heide lanzó los dados. Seis ases. Nadie dijo ni pío. La tensión aumentó. Porta cogió los dados para examinarlos.

Heide sonrió, al leer los pensamientos de Porta.

—Lo siento, Herr *Obergefreiter* Joseph Porta, pero no están cargados. Para jugar hace falta inteligencia, y el llamado Heide la tiene. Saco otros tres ases y me lo llevo todo o tú doblas la apuesta.

—No es posible —interrumpió *Barcelona*.

Heide se echó a reír. Agitó violentamente el cubilete de cuero. Con los brazos por encima de la cabeza, le hizo dar vueltas y después lo depositó en la mesa, boca abajo. Permaneció así durante dos minutos, sin levantar la mano. Después, encendió un cigarrillo, muy tranquilo. Ni siquiera Porta se dio cuenta de que se trataba de un cigarrillo suyo.

—Tengo los pies hinchados. Me aprietan los zapatos —gimió la señora—. Estoy fuera de casa desde esta mañana.

Heide señaló el cubilete de cuero en medio de la mesa.

—¡Levántalo, maldita sea! —murmuró Steiner—. ¡Levántalo!

—¿Por qué? —preguntó Heide, riendo—. Puedo deciros lo que hay: seis ases. Dadme lo que tenéis. Es mío.

—¡Fanfarrón! —gruñó Porta.

—Te cojo la palabra —decidió Heide—. Si no hay seis ases ahí debajo, aumentamos diez veces la apuesta.

Porta se retorció. La pasión del juego se había apoderado de él. Sus ojillos porcinos miraban con recelo. Se pasó una mano por el cabello rojizo.

—Maldita sea, Julius, ¿te burlas de nosotros? No puedes saber qué hay seis ases. No es posible.

—Son las dos, Herr *Feldwebel*. Si el automóvil no ha venido, cogeré el tranvía a las tres.

—¿Has dicho que aumentemos diez veces la apuesta? Tengo miedo.

—Enséñanos los dados —suplicó *Barcelona*—. Levanta el cubilete, Julius.

Lentamente, Heide alargó la mano hacia el cubilete de cuero. Se sentía importante, pero gotas de sudor perlaban su frente.

Hermanito se rascaba el rostro con nerviosismo. No se acordaba de que tenía un cigarrillo encendido en los labios. No sentía que se quemaba las manos y la boca.

El Viejo estaba semitendido en la mesa, y también parecía hipnotizado por el cubilete de cuero.

—¿Estás seguro de que hay seis ases? —murmuró.

—Sí —gruñó Heide—. Ya lo he dicho: seis ases. Habéis perdido.

—Imposible —suspiró *Barcelona*.

Una metralleta cayó al suelo. Nadie le prestó atención.

—Ahí llega un auto. Tal vez sea el mío.

La señora Dreyer se levantó de la silla y empezó a abrocharse el viejo y raído abrigo.

Heide levantó muy lentamente el cubilete.

Había seis ases.

Hermanito pegó un salto hacia atrás. Su silla cayó.

—¡Tiene un pacto con el diablo! —gritó.

Porta levantó la mirada.

—¿Cómo diantre lo haces, Julius? No puedo creerlo. Tres veces seis ases. Nunca lo había visto.

—No te ocupes de esto —contestó con arrogancia—, pero dame lo que me debes. Puedes tachar mis deudas de tu libretita negra.

Porta entornó los ojos, miró con fijeza a Heide.

—¿Y si jugaras otra vez, Heide? Veinte veces la apuesta.

Heide se estremeció. El sudor le inundaba el cuerpo. Nos miró a uno tras de otro. Ojos ávidos le acechaban por doquier. Se sintió tentado de aceptar. Después, se dominó. Tiró el cubilete al suelo.

—No quiero.

—Cobarde —gruñó Porta, sin poder ocultar su decepción.

—¿Por qué ha ido a buscarla la Gestapo? —preguntó Heide a la señora Dreyer, no porque le interesara, sino para distraer a Porta del juego.

—La señora Anna Becker, mi vecina, escribió al señor Bielert diciéndole que yo había insultado al Führer.

Enderezamos las orejas: ¡Insultar al Führer!

—Párrafo 1062 b, capítulo 2 del Código Penal del Reich —repitió Steiner, lanzando un suspiro.

Stegé se inclinó sobre la mesa, y dijo en voz baja:

—*Aquel que de palabra o por escrito insulte al Führer será reo de penas de prisión o de la pena de muerte.*

Mirábamos a la señora Dreyer con ojos distintos. Resultaba interesante. No encontrábamos extraordinaria su probable condena a muerte. Habíamos visto tantas... Pero lo interesante es que ella no lo sospechara.

—¿Qué dijo usted? —preguntó Heide.

La señora Dreyer se secó la frente con un pañuelito que olía a espliego.

—¡Oh, sólo lo que repite todo el mundo! Fue durante el gran ataque aéreo del año pasado. Como sabéis, bombardearon Landungsbrücke y el pensionado detrás de la estatua de Bismarck. La señora Anna Becker y yo fuimos a verlo. Después, dije estas palabras que no han agradado al señor Bielert: «Todo era mejor en tiempos del emperador. Entonces, no bombardeaban así las ciudades, teníamos comida suficiente y nuestros zapatos no estaban agujereados. Adolph Hitler no lo ha entendido bien. Él ha nacido pobre; sólo los grandes saben gobernar un país».

—¡Cielos! —exclamó Barcelona—. Si reconoce haber dicho todo esto está lista. Lo sé desde mi época en los *Servicios Especiales*, en España. La gente decía a menudo cosas sobre el general Miaja o sobre *la Pasionaria*. Naderías, sin darle importancia, pero una vez escrito por el Departamento de Asuntos Especiales se convertía en algo muy grave. Atentado contra la seguridad del Estado.

—Agita los dados —sugirió Porta—, y enséñanos lo que sacas.

Todos apretábamos el pulgar izquierdo contra el borde de la mesa. Heide agitó los dados.

—¿Qué nos jugamos?

—El pajarillo en la verja del parque —repuso Porta.

—Uno —dijo *Hermanito*.

—Uno contra seis —dijo Porta.

—Uno contra seis —repetimos todos a coro.

Los seis dados rodaron por la alfombra.

Ocho soldados jugaban en un sótano de la Gestapo, como, en su tiempo, los soldados romanos al pie de una pequeña colina cerca de Jerusalén.

—Deteneos —murmuró *el Viejo*—. Estáis locos.

Se volvió hacia la señora Dreyer e inició una discusión sobre lo primero que se le ocurrió, para distraer su atención de nuestro macabro juego.

Los dados nos miraban. Cuatro ases, dos seises.

—Está lista —admitió *Barcelona*—. Los dados tienen siempre razón.

—¿Todo el mundo ha dicho uno contra seis? —preguntó Heide.

Porta indicó que sí.

—Seis por la vida, uno por la muerte.

El legionario empezó a canturrear:

—*Ven, dulce muerte, ven.*

Mirábamos a la señora Dreyer, que explicaba a *el Viejo* que sus rosas necesitaban ser regadas. El calor lo había resecado todo.

—Mi marido cayó en Verdún —decía—. Era jefe de guardia en el 3.º de Dragones, de guarnición en el Stental. Era bonito Stental. El cuartel, algo viejo. Mi marido servía en el 3.º de Dragones desde 1908, y cayó el 23 de diciembre de 1917. Había salido a buscar un árbol de Navidad. Y cayó en el camino de regreso. Cayó con el abeto encima de él. Estaba con el *Hauptmann* Haupt y con el *Oberleutnant* Jenditsch, cuando ocuparon el fuerte de Douaumont.

—No estuvieron mucho tiempo allí —comentó Heide—. Los franceses volvieron a echarlos en un santiamén.

—Ah, sí, ya me acuerdo. Nuestro maestro nos lo explicaba —exclamó triunfalmente *Hermanito*—. Enviaron a los prusianos al otro lado del Rin, mientras que los muchachos de París se quedaban en el fuerte y se divertían disparando contra los soldados del Kronprinz. ¡Mierda! ¿Qué te pasa? —dijo, volviéndose hacia Heide—. Deja de darme patadas. Lo que explico es correcto desde el punto de vista histórico.

—Explícalo de otra manera —replicó Heide—. El esposo de la señora cayó en Verdún.

—No tengo nada que ver en ello —dijo *Hermanito*, enfurruñado—. No puedo complacer a esa señora si aseguro que los prusianos se quedaron en Douaumont. Y si digo que los franceses los echaron a puntapiés, no exagero.

Porta se echó a reír.

—Es verdad, *Hermanito*. Los parisienses les cascaron tanto en la batalla de Douaumont que el Kronprinz recibió una buena reprimenda de su papá, el emperador.

—Estos dados son una porquería —gruñó *Hermanito*—. Apuesto diez contra uno a que dicen la verdad. La vieja la diñará.

—¿Qué le ha dicho el *Kriminalrat*? —preguntó *el Viejo*, volviéndose con rapidez hacia la señora Dreyer.

Heide jugueteó con los dados.

La señora Dreyer miró con dulzura una foto de Heinrich Himmler. Bajo la fotografía había unas letras doradas:

HEINRICH HIMMLER

Reichsführer der SS

Chef der Polizei, Minister des Inneren

—Herr *Kriminalrat* Bielert ha sido muy amable. Me ha asegurado que todo había terminado ya. Que no pensara más en ello. No se volvería a hablar de esta pequeña historia.

—¿Le ha dicho lo que iba a ocurrir? —preguntó *Barcelona*—. ¿Han escrito en un papel lo que usted les ha dicho?

—Sí; el señor Bielert ha dictado a otro señor. Ni siquiera he escuchado, porque empezaba a tener sueño. Han escrito muchas páginas. Casi un libro. El señor Bielert me ha dicho que iría a Berlín.

Barcelona siguió investigando.

—¿Para ver al Führer?

—No, a él, no. Se trataba de otra cosa. —Miró la fotografía de Himmler—. Ya no lo recuerdo, pero había unas letras.

Barcelona lanzó un silbido y dijo con mucha lentitud:

—¿RSHA?

—Sí, eso es, RSHA.

La señora Dreyer se mostró visiblemente aliviada.

—¿Las conoce usted, Herr *Feldwebel*?

Barcelona se encogió de hombros y lanzó una mirada a Heide, que seguía jugando con los dados.

—Creo que sí. Es una gran empresa de Berlín.

—¿A qué se dedica? —preguntó la señora Dreyer con inocencia.

—A todo un poco. Es una especie de intermediario entre el Registro Civil y la Oficina de Colocaciones.

Porta rió suavemente.

—He aquí una excelente comparación. Pero, de todos modos, no es la más adecuada para aquella casa de locos.

—Bueno, le explicaré —gritó *Barcelona*.

—¡Por el amor de Dios, ahórranos tu cháchara! —interrumpió *el Viejo*, con sequedad.

—Me temo que mañana llegaré tarde al pedicuro —gimió la señora Dreyer—. Por esta vez, tendré que renunciar. Me sabe mal porque, de todos modos, he de pagar. Dos marcos veinticinco es mucho dinero.

—¿Le duelen los pies? —preguntó Hermanito—. Si es grave, podríamos pedirle a nuestro médico ayudante que la examine. Hace todo lo que nosotros queremos. Nos lo hemos metido en el bolsillo. Sólo es ayudante médico mientras nos interese. Le tenemos atrapado desde que sabemos que recibía pasta de *la Escoba*. —Se señaló la estrecha frente con aire de complicidad—. Porque aquí dentro hay materia gris. Sabíamos que ocurría algo turbio. ¿Por qué motivo *la Escoba* iba a dar pasta a un médico militar? Emborrachamos a *la Escoba*. La cosa nos costó treinta y un marcos. Después, el matasanos nos reembolsó.

—¿Quieres callarte de una vez? —gruñó Porta—. Tu palabrería acabará por llevarnos al cadalso.

Pero no era fácil hacer callar a *Hermanito*. Prosiguió:

—Cuando *la Escoba* estuvo algo chispa, empezó a hablar. Porta le dio a entender que podía confiar en nosotros. Fue bastante interesante y en seguida comprendimos el truco. Ella procuraba clientes al matasanos. Damas ricas que querían desembarazarse de una carga ilegal. Pedimos, cortésmente, una gratificación que nos permitiera olvidar nuestros deberes con el Führer, el pueblo y la patria. Pero *la Escoba* se burló de nosotros. (¡Qué buena mujer tan mal educada!). Así, pues, fuimos a ver al matasanos. Lo encontramos en su casa. Ya era tarde. No pude contener la risa cuando le vi. Llevaba un largo abrigo gris y una bufanda blanca. Vestido de aquella manera, yo no iría ni a las letrinas. Todo ocurrió como podía esperarse. Empezó por amenazarnos con la cárcel y el Tribunal de Guerra. Le pedí que bajara un poco la voz. Gesticulaba como un loco. Pero bastó con que Porta le explicara que teníamos derecho a detenerlo. Entonces, se mostró muy amable. Como no era tonto, en seguida comprendió que causaría mal efecto que un gran médico ayudante como él compareciera ante la Gestapo. Nos ofreció una buena mensualidad. El mismo nos la trae regularmente.

—¡Por Alá, no conocía esta historia! —exclamó el legionario.

—Es el hombre más estúpido de todo el Ejército —gritó Porta, furioso, mientras lanzaba una mirada asesina a *Hermanito*.

—Esto no es un secreto para nadie —dijo el legionario—. Pero ahora que ha descubierto vuestra combinación, sigue explicándonos lo que había hecho vuestro

matasanos.

—Sigue haciéndolo —continuó *Hermanito*—, y hace bien en no dejarlo. Porta le hizo entender que sólo un buen porcentaje de sus ingresos podría hacer que olvidáramos nuestro deber cívico. Este tipo entorpece el progreso demográfico, y esto es algo que no gusta en el país de Adolph. Porta le dijo: «Escuche, matasanos, si esta historia llega a saberse, les destinarían a usted al 27.º Regimiento de Húsares, 2.º Batallón, 5.ª Compañía, 1.ª Sección, 1.º Grupo, y en los combates de Infantería llevará usted mi lanzallamas. Y esto no es divertido. Ningún portallanzallamas consigue sobrevivir a dos o tres ataques». Entonces, el médico capituló. No obstante, intentó discutir.

—Por una vez, procura callarte —dijo entonces *el Viejo*—. A la señora Dreyer no le duelen los pies como tú te figuras.

Hermanito ya no entendía nada. Para él, daño en los pies equivalía a decir tener los pies estropeados de tanto andar.

—Pero, entonces, ¿por qué quieres ver al matasanos? ¿Tener daño en los pies cuando no hay ni una ampolla? Esto no es para mí, gracias. ¿Os acordáis de cuando fui a ver al matasanos a casa de *el Gordo*?

—¡Cállate, maldita sea! Y no abras la boca hasta que se te interroque —ordenó Porta.

La señora Dreyer empezó a contar su historia. Más que a nosotros, parecía dirigirse a la fotografía de Himmler que colgaba de la pared.

—Me disponía a salir de mi casa cuando han llegado. —Cerró los ojos y se recostó en su silla—. Iba a pagar mi nota a casa del señor Berg, en Gänsemarkt. Iba adelantada. Como siempre. Me gusta sentarme en la estación y mirar a la gente. Es bonita la estación. Y, además, en esta época del año, hay flores. El jefe de estación, el señor Gelbenschneid, es muy hábil para cultivar rosas. Debe de ser el abono que le dan los campesinos. Fue mi marido quien me enseñó a ser puntual. Siempre bajaba antes que nosotros. En cuanto salí a la calle, vi el gran automóvil. Un «Mercedes» gris que llevaba esa especie de S en forma de rayos. «Irán a ver a la señora Becker, mi vecina», me dije. Porque ella tiene un hijo en las SS. Es *Untersturmführer* de la División «Das Reich». Antes de ser ascendido a oficial, estaba en el regimiento SS «Westland». Como mi hijo menor. Le reñí cuando se alistó en las SS. Le atraía el uniforme, estoy segura. Era un buen hijo. Ahora, ha muerto. Me enviaron su Cruz de Hierro. Se enfadó cuando le dije que a su padre no le hubiera gustado que fuese SS. Hubiera debido esperar a que le llamaran, como a sus tres hermanos. Dos de ellos están en la Infantería. El mayor, en los pioneros de asalto. También ha muerto. Lo otros dos figuran como desaparecidos. Hace unos meses que lo supe.

Al marcharse, el más joven me dijo: «Mamá, mi deber sería denunciarte por derrotismo, pero por una vez fingiré que no he oído lo que has dicho». Ni siquiera

quiso darme un beso antes de irse. Ahora, ha muerto. Sólo me queda su Cruz de Hierro. La he guardado en el cajón donde conservo sus camisitas de cuando era pequeño.

»El gran vehículo de lujo no iba a casa de la señora Becker. Avanzaba con lentitud y se ha detenido delante de mí. Un joven muy atento se ha apeado. Me ha recordado a mi hijo Paul, el pequeño. Ambos se parecían. Cerca de dos metros. Delgado como una muchacha. Hermosos dientes blancos. Bonitos ojos pardos. Muy, muy bien. Parecía muy cortés y educado. Si no hubiera llevado esa cazadora de cuero... Nunca me han gustado. Resultan frías, impresionantes.

Barcelona murmuró a *el Viejo*:

—Tiene mucha razón. Esas cazadoras huelen a muerte. En la antigüedad, el verdugo era un viejo alcohólico. Ahora, lo son jóvenes bien educados, con cazadoras de cuero negro.

La señora Dreyer no les prestó atención. Siguió hablando a la foto de Himmler.

Imaginábamos fácilmente la escena. Sabíamos con exactitud lo que el gran bandido de ojos pardos debió de decirle. Tendría un aspecto tan amable a los ingenuos ojos de la señora Dreyer... Mas para nosotros era otra cosa.

—¿La señora Dreyer? —había preguntado al salir del vehículo.

Ella le había mirado, sorprendida. Después, se había presentado, sonriente:

—Emilie Dreyer.

Él se había acariciado la barbilla con una mano enguantada, y después, campechano, había hecho un guiño con sus ojos pardos.

—Emilie Dreyer, Hindenburgstrasse, número 9. ¿No es eso?

La viejecita había asentido. No había percibido el peligro tras la cortesía. Él había palpado el bolsillo en que llevaba su «Walter» 7,65. También llevaba un revólver de reglamento, en una funda, junto a la mano izquierda.

—Tenemos que hablar con usted. Acompáñenos.

Ella había explicado que le era totalmente imposible. Que tenía que ir a pagar sus facturas a la ciudad. Y que, además, tenía una cita con el doctor Jöhr.

El SS se había reído en voz alta. Jamás había oído una disculpa tan mala para no ir a la Gestapo.

—¿El pedicuro? —había preguntado, riendo—. Ya irá a casa del pedicuro, señora Dreyer.

Después, le había acometido otro ataque de risa. La señora Dreyer no comprendía por qué se reía. Explicó que era indispensable que fuese al pedicuro. El doctor tenía mucha clientela, y si no se estaba a la hora perdía el turno, y había que pagar la visita.

El SS se inclinó cortésmente. Tenía sentido del humor y no conseguía contener su risa. Aquella viejecilla era, sin duda, la más chiflada que jamás hubiera visto. Explicó que se pondrían en contacto con el pedicuro y que no tendría que garle.

Pero la señora Dreyer siguió protestando. Él la sujetó por un hombro.

Entonces, ella notó que sólo tenía un brazo. La manga izquierda colgaba, vacía.

—¡Oh, Dios mío! ¡Tan joven y tan guapo y manco...!

El SS murmuró que el otro brazo había quedado en Stalingrado.

Ella enseñó su anillo SS.

—También mi hijo estaba en la División «Das Reich», señor oficial.

Pero aquello no le interesaba al manco. Era como si no la hubiese oído.

La instalaron en el asiento posterior del automóvil gris. Avanzaron aprisa. Los hombres con cazadora negra siempre tienen prisa.

El chófer era muy diferente del manco. Era tuerto. Su ojo de vidrio estaba mal hecho. Era imposible apartar la mirada de él.

—Nada de historias, abuela —amenazó cuando la señora Dreyer hubo ocupado su asiento.

Por un momento, ella había sentido miedo al ver el verdadero rostro de la Gestapo, pero el manco hizo callar inmediatamente al chófer.

—Silencio, *Scharführer*. Límitese a conducir.

Habían llegado, en silencio, a la plaza Karl Muck.

El manco era uno de esos funcionarios incorruptibles, desprovistos del menor sentimiento humano. Un lobo sanguinario bajo una piel de cordero. Uno de esos hombres de la Gestapo que, ante todo, comprobaba si el documento era auténtico, incluso antes de leer el texto; y capaz, una vez hecha la comprobación, de hacer ejecutar a su propia madre. Era cortés incluso con un cadáver. A menos de conocer muy bien la Gestapo, era imposible figurarse hasta qué punto era peligroso aquel hombre. La cortesía caracteriza a las personas inteligentes. Sólo los idiotas son brutales y groseros. La señora Dreyer inspiró y abrió los ojos.

—No ha estado bien que el chófer me haya llamado abuela en ese tono. Nadie me habla así. Soy una persona respetable.

—Pues, a veces, a mí se me escapan cosas peores —reconoció *Hermanito*.

—¡Oh, ése...! —intervino Porta—. Contesta sólo sí o no y así no correrás ningún riesgo.

—¡No me vengas con monsergas! —gritó *Hermanito*, gesticulante—. La primera vez que contesté que sí ante un tribunal me costó dos meses de cárcel. Por lo tanto, decidí que en lo sucesivo siempre diría que no. Por otra parte, esto por poco me cuesta la vida en Minsk.

—Entonces, cállate —propuso Heide.

—Tampoco es solución. Traté de hacerme el mudo cuando el asunto del robo en Bielefeldt, cuando estábamos en el 11.º de Húsares. Ya os acordaréis de la historia del «Skoda» blindado y de la locomotora de Goering. Y yo me lo cargué todo porque permanecí más mudo que una carpa. ¡Cómo me recibieron en Fagen!

El legionario le tocó una mano. Era un ademán que testimoniaba una muda admiración.

—Bien, camarada, pero no pudieron contigo.

—Les resultó totalmente imposible —dijo *Hermanito*, riendo—. Me echaron del campo. Decían que perjudicaba la disciplina. No se atrevieron a liquidarme abiertamente, porque procedía del Ejército. Por el contrario, debían procurar que no me ocurriera nada. Se las dieron de listos al proponerme que me largara. Uno de los veteranos me puso en guardia.

»El tipo estaba en Fagen por sexta vez. Nos hicimos amigos, aunque él pertenecía a Zapadores, a los que yo nunca he podido tragar. Era un buen hombre. Los SS me prometieron montones de cosas si me evadía. Era el único medio de hacerle doblar la rodilla a un esclavo del Ejército. Siempre se las arreglaba para tener a infelices sin ninguna relación con el partido, como testigos de una evasión. La primera vez, me dejaron en una piedra y me dijeron que me largara. Pero fui más listo que ellos. Habían apostado a unos individuos tras los arbustos, con el fusil amartillado.

»La vez siguiente, aquellos superhombres escogieron su propio campo de tiro. Era una hermosa tarde. Yo me distraía con varios colegas, eliminando la mala hierba. El SS *Sturmmann*, que debía vigilarnos, se había sentado en una piedra. Se llamaba Greis. Era el peor canalla que jamás haya llevado la gorra con la calavera. Fumaba tranquilamente una pipa de marihuana, pero como una gachí. Con una bolita en medio del cigarrillo.

»Otros dos SS llegaron a visitar a Greis. Unos verdaderos carniceros. Habían organizado cosas entre los tres. Y después se echaron a reír de una manera que no engañaba a nadie. «Tienen el gatillo muy suelto», murmuró uno de mis compañeros. ¡Ya podemos ir con cuidado! Un verdadero ballet con la punta de los pies, íbamos con mucho ojo para no rebasar ni un milímetro la zona permitida. Después, el *Oberscharführer* Breit me hizo llamar. Era tan amable que daba ganas de vomitar. Me dio una palmadita con sus guantes y, después, dijo con una sonrisa:

»—Apuesto a que te gustaría marcharte de aquí.

»—Sí, Herr *Oberscharführer*.

»Los tres se echaron a reír y me aseguraron que saldría muy pronto.

»—Muy pronto —repitió Breit por su cuenta.

«Regresamos al campo. Íbamos en columna de a uno, a paso de desfile, con los tobillos rígidos. De modo que, una vez de regreso, volví a salir con los tres SS. Hablamos muy amablemente de varias cosas. Aludí a mi infancia en el correccional «Sonnenheim». El director era un maldito hipócrita.

»—¿Te gustaría pegarle una paliza a un cura? —me preguntó Greis.

»—No diría que no.

»Pero el *Oberscharführer* interrumpió en seco nuestra conversación.

»—No le pegará a ningún cura. Se marchará de aquí.

«Tuvieron otro ataque de risa. Greis empezaba a hipar. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Yo no le veía la gracia a sus palabras. Me señalaban con el dedo y hablaban de mi cabeza. Y después, se echaban a reír.

»Al llegar al campo de tiro, el *Oberscharführer* me señaló tres pequeños abedules.

»—¿Ves aquellos abedules, Creutzfeld?

»Claro que los veía: saltaban a la vista.

»—Ya me lo figuraba —comentó, risueño—. Eres soldado desde hace años, Creutzfeld, y sabes lo que significa una orden. Ahora, yo, tu *Oberscharführer*, te doy una orden. Correrás cuanto puedas hasta aquellos árboles. Si llegas en menos de dos minutos, serás hombre libre y podrás regresar a tu Regimiento de Blindados.

»—¿Y si tardo más?

»Hice la pregunta por pura fórmula.

»Se tronchaban. Se pegaban palmadas en los muslos, relinchaban.

»—¡Ah! Pues si no llegas, no llegas, *Hermanito* —dijo uno de ellos—. Pero, de todos modos, haz lo que te dicen. Inténtalo. Quizá lo consigas.

»—Querría saber qué harán ustedes si no lo logro.

»Se echaron a reír.

»—Te compraremos una flor —replicó Greis—. Una flor roja. Y te la pondremos en el vientre, ve. Y a toda marcha.

»Pero yo lo había comprendido. No sentía ningún deseo de correr. Greis llevaba un fusil con teleobjetivo. Sabía qué querían jugar: a la liebre y los cazadores. Uno no ha nacido ayer, ¿verdad? Yo ya me había informado. Era uno de los deportes favoritos en Fagen: la liebre y los cazadores. ¡La de mamporros que me atizaron! Empezaron con un culatazo en la nuca y terminaron con un paso de desfile con una piedrecita redonda en cada bota.

»Yo no cesaba de decirme: «Hay que contenerse, hay que contenerse, Hermanito». Había observado que uno de ellos había apoyado el dedo en el gatillo.

»Me golpearon el cráneo con un pedrusco. Pero tuve suerte. Habían escogido una piedra redonda. Perdí el sentido Pero me despertaron con un puntapié en el bajo vientre. Salté por el aire como un obús en un campo de minas.

—Bueno, ya basta —intervino *el Viejo*—. Otro día nos contarás el resto. —Y, dirigiéndose a la señora Dreyer, le preguntó—: ¿Qué ha ocurrido después?

—Íbamos en el automóvil. Hemos estado a punto de matar a unas personas varias veces. Cada vez, el chófer tuerto reía en voz alta. En Havesterhude se han detenido para buscar a una muchacha que ha llorado mucho. Le han golpeado la cabeza y le han dicho que iban a afeitarla con el gran cuchillo ¿Qué quiere decir esto, Herr *Feldwebel*?

—¡Oh! Es una manera de hablar —dijo *el Viejo*, encogiéndose de hombros.

Hermanito iba a explicar lo que quería decir pero el legionario se apresuró a hacerle callar.

Barcelona y Heide jugaban a los dados en silencio. Porta estaba recostado en una silla, ordenando uno de sus juegos de cartas trucados. Los envolvía cuidadosamente, con precinto y todo. Los ingenuos se dejaban cazar cada vez que Porta abría uno de esos juegos, vírgenes en apariencia. Y si alguien insinuaba lo que fuera, Porta no corría ningún riesgo, porque siempre dejaba que el otro rompiera el precinto.

—Cuando hemos llegado aquí, en Jefatura —prosiguió la señora Dreyer—, me han puesto en una habitación del tercer piso, con muchas otras personas. Después, han venido a buscarme y hemos vuelto a Friedrichsberg. Allí, lo han registrado todo y han recogido una cantidad de cartas viejas. Después, me han hecho esperar de nuevo en el tercer piso. Por cierto, que no me gustan. Las paredes son feas. Nos acompañaba un viejo SS. Era extraño. Ya no sabía hablar como un hombre. Estaba prohibido hablar, y cuando algunos lo hacían, el SS les pegaba. Un caballero distinguido le ha dicho qué se quejaría de él. El SS se ha limitado a reír y, escupiendo al caballero distinguido, le ha dicho: «Cuando vayas a quejarte, no olvides que también te he escupido».

»Unas horas más tarde, el amable *Oberscharführer* ha venido a buscarme. Me ha conducido a un despachito donde había dos hombres vestidos de paisano. Uno de ellos me ha preguntado si yo había dicho que el Führer no entendía nácia.

»—Yo nunca he dicho eso.

»Después, me ha acariciado una mejilla, y han sonreído con amabilidad.

»—Pero usted ha dicho que el Führer es estúpido.

»También lo he negado.

»El otro se ha levantado de su escritorio y se nos ha acercado.

»—Escuche, señora. Usted no nos facilita el trabajo. Sólo queríamos escribir unas palabras sobre esta historia. Ya es antigua, pero no podremos archivarla antes de haber escrito el final. Confíese lo que ha dicho, fírmelo, archivaremos el expediente y nos olvidaremos de todo. Usted dijo a su vecina, la señora Becker, que el Führer había sido un tonto al iniciar esta guerra.

»—Es cierto. Lo dije y lo sigo pensando.

»Los tres se han echado a reír y el *Oberscharführer* manco ha movido la cabeza mientras miraba hacia el techo.

»—¿Lo ve, señora? ¿Ve como dijo que el Führer es tonto?

»—Les he explicado que, en realidad, no lo pensaba. Que mucha gente lo decía.

»—¿Quién, por ejemplo? —me ha preguntado el secretario.

»—Herr Held, el jefe de estación, lo dice muy a menudo —he contestado—. Y también la señora Dietrich, la ayudante de mi pedicuro. Ella también lo dice.

»Y he citado a varios que dicen esas cosas.

»Uno de los hombres lo ha anotado todo en un papel y lo ha entregado al manco. Me han preguntado si había estado alguna vez en un manicomio.

—Yo también me lo pregunto —murmuró Porta.

—Han llenado varias páginas a causa de esas dos palabritas. He dicho que estaba dispuesta a pedir perdón. Temía que me pusieran una multa, porque no tengo mucho dinero. Sólo mi pequeña pensión de viuda. Me he echado a llorar. Temía que me castigaran con una multa que no podría pagar. Me han consolado muy amablemente. Todo se arreglará. Después, me han hecho preguntas sobre mis chicos y sus compañeros, sobre lo que pensaban del Führer. Les he hablado de Bent, un camarada de Kurt, que era SS *Obersturmführer* en el regimiento «Das Reich». Tenía muchas condecoraciones, pero a menudo no estaba de acuerdo con lo que había hecho el Führer y a menudo se mostraba furioso contra Himmler. Un día, dijo que lo que hacían esos dos no estaba bien. Me han preguntado cuándo dijo esto. No ha sido difícil recordarlo porque fue para el cumpleaños de Kurt, poco antes de que el Batallón marchara al frente.

—No habrá dicho esto —exclamó *el Viejo*.

—Claro que sí, no hay nada de malo en ello. Me han dicho que ese *Obersturmführer* no podría seguir en el frente, que era demasiado inteligente. Y piensan trasladarlo a Hamburgo. He contestado que Bent se alegrará, porque siempre ha deseado servir en una guarnición. Se han reído mucho y me han dado una palmada en la espalda. Después, han hablado de mi sobrino Paul, estudiante de Teología. Pensaban que, sin duda, habría hablado muy mal del Führer. Les he contestado que nunca le había oído decir nada. Entonces, se han enfadado y me han amenazado. Tenía que decir lo que Paul había dicho. A él no le ocurriría nada. El señor manco, que estaba sentado detrás de ellos, me ha hecho una señal y movía la cabeza cada vez que me miraba, pero no he entendido lo que quería decirme. Me disponía a pedirle que se explicara, cuando ha sonado el teléfono. Han enfundado sus revólveres y se han precipitado fuera.

«Momentos después ha venido otro SS y me ha llevado a una habitación pequeña. Esto se ha repetido dos o tres veces. Al final, parecían muy cansados.

»La última vez, el secretario tenía sangre en el rostro y ya no eran nada amables. Me han reñido y han tomado nota de todo cuanto he dicho. Casi han llenado un libro.

»Después, he firmado. El secretario me ha prestado su estilográfica. He escrito: Emile Dreyer, sus labores». Otra vez se han mostrado amables. Me han dado café y pastas.

»En esto, ha llegado un hombre bajito. Llevaba gafas negras e iba vestido de negro. No me ha gustado. Me ha estrechado la mano y se ha presentado: *Krimmalrat* Paul Bielert. Los otros han cambiado por completo en cuanto ha entrado. Creo que le

tenían miedo: Me ha enseñado cuanto se había escrito sobre mí.

»—¡Cuántas cosas nos ha contado! —me ha dicho—. ¿Está segura de que son verdad?

»Le he contestado que nunca miento.

»Mi respuesta parece haberle divertido. Después, ha dicho algo extraño que no he comprendido.

—¿Qué ha dicho? —preguntó *Barcelona*, furioso, mientras encendía un cigarrillo.

—Ha dicho que la verdad es, a menudo, estúpida. Esto es todo. Y se ha ido tan silenciosamente como había llegado. Como si flotara. Los otros me han dicho que llevaba suelas de goma. El manco ha dicho: «¡El cerdo...!». No hay derecho a decir esto de su jefe, ¿no es verdad? ¿Cree usted que el automóvil llegará pronto, *Feldwebel*?

El Viejo dijo que sí con la cabeza, mientras lanzaba una mirada al legionario, quien movió la suya, al tiempo que exhalaba un suspiro.

—Es lástima...

—Un día, cuando tengan tiempo, vengan a verme, soldados. Les haré un pastel. Con pasas. A mis hijos les gustaba mucho el pastel de pasas.

—Tendría que probar de hacerlo con enebro —propuso el legionario—. También es bueno.

Ella tomó nota del consejo y, después, se durmió. Roncaba ligeramente.

Porta había terminado de ordenar sus naipes. Propuso una partida, en lo que estuvimos de acuerdo, a condición de que fuese con la baraja de *Barcelona*.

Jugamos en silencio durante algún tiempo. Después, sonó el teléfono. Nadie le hizo caso.

La señora Dreyer dormía.

Todo el mundo estaba absorto en el juego. Tanto, que orinábamos en el lavabo, para no perder tiempo en ir hasta el retrete. De repente, llamaron a la puerta.

Barcelona fue a abrir.

En el umbral estaban dos SD con la metralleta sobre el pecho.

—¡Heil Hitler, compañero! ¿Tenéis aquí a una señora llamada Emilie Dreyer?

—Soy yo.

La viejecilla se había despertado y se levantó vacilante.

—Bien —dijo el SD—. En marcha hacia Fuhlsbüttel. Coja sus cosas.

—Yo no voy a Fuhlsbüttel —protestó ella—. Yo vuelvo a casa.

—Todo el mundo se va a casa —dijo riendo el SD—. Pero, primero, daremos una vueltecita.

La señora Dreyer se agitó. Empezaba a asustarse. Nos fue mirando sucesivamente. Nosotros rehuíamos sus ojos. Cogió a tientas la mano de *el Viejo*.

—¡Que Dios la proteja! —murmuró éste.

Y se precipitó hacia los lavabos.

Empezaba a comprender. Hablando suavemente consigo misma, siguió al SD. Se le había soltado el lazo de uno de sus zapatos. Sus medias de lana estaban torcidas.

La pesada puerta se cerró de golpe.

Abajo, en el patio, oímos voces. Allí esperaban los coches celulares.

Otras puertas se cerraron con estrépito. Se oyeron voces de mando. El ruido de los motores que se calentaban. Los fatídicos vehículos de color verde oscuro abandonaron la Jefatura.

En uno de ellos, la señora Emilie Dreyer, sus labores, encerrada en una caja hermética que apestaba a sudor.

Guardamos silencio. Cada uno se entretenía en sus cosas. Sentíamos vergüenza. Vergüenza de nuestro uniforme.

Poco después, *Hermanito* se levantó, salió al pasillo, seguido de Porta. Oímos una puerta que se abría. Gritos. *Hermanito* entró como una exhalación.

—Blank ha cogido el tren del infierno. Su cuerpo está allí, colgado de los tirantes.

Gran conmoción. Todos nos apretujábamos para ver.

En el suelo estaba la gorra con la calavera. Blank se había ahorcado de los barrotes de su celda. Tenía el rostro tumefacto y azulado. El cuello era demasiado largo. Los ojos, sobresalientes y sin brillo.

—No tiene buen aspecto —cuchicheó *Barcelona*.

—Le ha hecho una jugarreta a Dirlewanger —dijo el legionario.

—Esto ahorrará trabajo al tribunal —comentó Heide.

—Ahora, ya sólo pueden firmar el acta de defunción —añadió Porta, riendo malévolamente.

Hermanito se sonó con los dedos.

—Nadie le llorará. Tenía muy mala reputación.

—Estoy seguro de que alguien se sentirá aliviado —meditó Stege.

El Viejo se instaló en su escritorio, para preparar el informe.

—Con tal de que esta historia no nos cause quebraderos de cabeza...

—Pensándolo bien, no ha sido muy delicado —comentó Steiner—. Hubiera podido esperar a encontrarse en Fuhlsbüttel.

Tenían el mismo grado. Ambos eran grandes ladrones, pese a la diferencia de uniforme. Jefazos del mercado negro que vendían cualquier cosa. Desde mujeres hasta cartuchos de pistola vacíos. Eran soldados hasta la médula de sus huesos, pero jamás lo admitirían, ni en su fuero interno.

El chófer SS sopesó el cigarrillo liado a mano, lo olfateó.

—Creo que eres un maldito embustero —murmuró—. No huelo nada. Ábrelo para que vea las bolas.

—¡Te digo que hay una en cada cigarrillo, es la pura verdad! —protestó Porta.

Escupió hacia la banderita SS que adornaba el guardabarros delante del «Mercedes» gris.

El SS devolvió inmediatamente la fineza, escupiendo hacia el monumento a los soldados muertos en la otra guerra.

—Tengo varios neumáticos de automóvil —ofreció el SS—, pero queman los dedos.

—También tu trasero quemará si algún día te pescan —le profetizó Porta—. Te enviarán con nosotros.

Y, sin transición, prosiguió:

—Fui chófer como tú, con un coronel. Pero me liquidó.

—¿Por qué? —preguntó el SS.

—Lavé nuestro estandarte y me tragaba su comida. Cuando le enseñé el estandarte bien limpio y planchado, estuvo vociferando cuatro horas seguidas. Aseguró que la mierda que había quitado era la pátina de Austerlitz.

—Tengo una dirección donde las gachís suben semidesnudas a un cuadrilátero y la emprenden a mamporros.

Porta aguzó el oído, mientras sus mejillas se sonrojaban. Se sonó.

—¿Es verdad?

—Sólo con algunos trapos. Zapatos, medias y portaligas. Todo negro, con encajes.

—¿Y es posible ir con esas gachís?

—Sí, si te apetece, puedes coger una docena.

Se sentaron en el estribo del automóvil. Cerraron la operación rápidamente.

PORTA Y EL SS

Un día, detuvieron al teniente Ohlsen. Hacía dos años que estaba en la Compañía, y desde 1938 servía en el Regimiento. Tenía muchos camaradas en el 1.^{er} Regimiento Blindado. Sí, algunos incluso habían sido soldados rasos con él en el 21.º Regimiento Blindado.

Se le acusaba de sostener relaciones con un grupo de oficiales rebeldes. Más tarde, supimos que le había denunciado su propia mujer.

Un oficial y dos policías militares vinieron a buscarle. Llegaron una mañana, subrepticamente, poco antes del ejercicio. Les hubiera gustado marcharse tan furtivamente como habían llegado. La experiencia les había demostrado que era lo mejor. Nada de ruido. Era mejor que esas cosas ocurrieran a la chita callando.

Pero les vimos. Avisamos al coronel Hinka. El oficial adjunto se precipitó para detener a los policías cuando éstos salían del edificio de la Compañía. Se cerraron las puertas. Nadie podía salir del cuartel.

El oficial adjunto sonrió amablemente al jefe de los policías.

—Nuestro comandante desearía hablar con usted, teniente. Acompañeme a su despacho, por favor.

El teniente y los dos policías le siguieron, sin soltar al teniente Ohlsen.

Una fuerte discusión estalló en el despacho del coronel Hinka. Los hilos telefónicos zumbaban. Se estableció contacto con todos los servicios posibles. Primero, con la Kommandantur de Hamburgo. Sin resultado. Con la División de Hannover. Sin resultado. Con la Abwehr ^[25], en Berlín. Sin resultado.

En última instancia, Hinka se puso en comunicación con la Oficina de Personal del Ejército en Berlín, donde consiguió hablar con el general de Infantería, Rudolph Schmudt.

Tanta actividad en un día normal no pasó inadvertida en la Gestapo.

Un largo «Mercedes» gris, con dos SS *Unterscharführer* y un hombrecillo de paisano, completamente vestido de negro, se detuvo ante el Puesto de Mando del Regimiento. El paisano parecía a la vez ridículo y terrible. Se diría un empleadillo que asistiera a un entierro con un traje alquilado. Sombrero hongo, negro; abrigo negro, guantes blancos, algo grandes; bufanda blanca con varias vueltas alrededor del cuello. Y, como remate, un paraguas negro con pomo amarillo. El rostro del individuo

era puntiagudo y pálido. Hacía pensar en una rata friolera.

El capitán de caballería Brockmann, jefe de la Compañía Ligera, no daba crédito a sus ojos cuando se cruzó con este sorprendente personaje en la escalera.

—¿Quién diablos es? —preguntó al suboficial de servicio.

—Lo ignoro, mi capitán. Le he pedido la documentación, pero ha seguido subiendo la escalera, como si le hubiese hablado a un muerto.

—Un muerto —repitió, riendo, el capitán—. Más bien diría yo un loco. Un hombre normal no se vestiría así. —Cogió el teléfono—: Paul, una especie de simio llegará dentro de un momento. Envíamelo escoltado. Se pasea por el edificio como por una tasca pública.

Dicho eso, rió alegremente y se frotó las manos, satisfecho. El capitán Brockmann era considerado como uno de los grandes bromistas del Regimiento, pero sus bromas eran de un género muy particular. Un mes antes había impulsado al suicidio al teniente Köhler.

Brockmann llamó a dos o tres de sus camaradas oficiales. Se preparaban para tributar un caluroso recibimiento al extraño paisano. Se trataba de encontrar el mejor sistema para ocuparse de él.

Brockmann consideraba que lo mejor sería meterle en el calabozo durante cierto tiempo, y acusarle de espionaje. Tal vez se le pudiera hacer desaparecer en una Compañía de reclutas. Siempre podría asegurarse, más tarde, que se trataba de un error. Un *Feldwebel* y dos hombres detuvieron al pequeño paisano en el pasillo y le ordenaron que les acompañara hasta el despacho del oficial de servicio.

El hombre sonrió sardónicamente, inclinó la cabeza y les siguió, sin despegar la boca hasta el puesto de Policía.

El capitán de caballería Brockmann recibió la comitiva a la prusiana, con las manos firmemente apoyadas en las caderas. Guiñó un ojo a sus camaradas, que asistían encantados al espectáculo.

—¿Cómo diablos se atreve a merodear así por el cuartel? —empezó a decir el capitán—. Los paisanos no tienen nada que hacer aquí dentro.

Se balanceaba, elevaba progresivamente el tono de su voz.

—¿Tiene las orejas tapadas o las mandíbulas paralizadas cretino? ¡Ni tan siquiera ha obedecido al requerimiento del oficial de servicio!

Se golpeó las botas con su fusta e hizo tintinear sus espuelas. Siempre llevaba cadenas en las espuelas, que hacían un ruido formidable. Brockmann se mordió el labio inferior. Solía hacerlo cuando meditaba un proyecto.

—Podría hacerle encerrar hasta que se pudriera. A un tipo como usted se le puede ocurrir la idea de volar el cuartel. Tiene un aire peligroso.

Los oficiales pataleaban de risa.

El paisano permanecía serio, sin pestañear, como si aquello no fuera con él.

—¿Tiene permiso para llevar armas? —prosiguió el capitán Brockmann, señalando el paraguas.

—Va en gran uniforme de saboteador —comentó el teniente Berni, encantado.

Estallido general de risa. Todos daban vueltas en torno al paisano y lo examinaban como si se tratara de uno de los mayores tesoros del Museo Nacional.

—Le convendría ser soldado —dijo el teniente Reichelt, que era considerado como el mayor erotómano de todos los oficiales.

Siempre tenía, por lo menos, tres amantes a la vez, y nunca conservaba la misma más de un mes. En la vida civil era negociante en vinos. Nunca había estado en el frente. Se consolaba con champaña o con coñac.

El capitán de Caballería colocó la fusta bajo la barbilla del hombrecillo.

—¿Cómo se las arregló su padre para fabricar un individuo de su especie?

—Parece una salchicha —graznó el comisario en jefe. Schmidt, encantado.

Siempre comparaba a la gente con productos comestibles. Sólo vivía para comer. Había estado al borde de la locura cuando desaparecieron cincuenta y dos cajas de salchichas de Turingia. Amenazó y gritó de tal modo que se le oía desde fuera del cuartel, como si hubiera ocurrido un terremoto en Intendencia. Pero, bruscamente, no se oyó hablar más de las salchichas desaparecidas. Es más, Schmidt aseguró que nunca habían existido, y esto, a pesar de que ocho hombres hubiesen estado dispuestos a jurar que habían sido sustraídas de un almacén secreto, cerrado con llave, en el que nadie tenía derecho a poner los ojos, como no fuera escoltado por el comisario. Aquel almacén no tenía ventanas. Sólo paredes macizas. La puerta metálica tenía cuatro cerraduras y estaba provista de un mecanismo antirrobo que se verificaba cada día.

Pero el comisario consiguió demostrar que había habido un error, puesto que las salchichas no estaban consignadas en ninguna parte. La gente rió para sus adentros. Habían comprendido. A ladrón, ladrón y medio. Pero todo el mundo ignoraba que el ladrón era Porta. Había robado las salchichas y se las había vendido a un carnicero de Lübecker Strasse, que traficaba con todo lo que se robaba en los cuarteles.

—Creo que deberías examinar su documentación militar, Brockmann. Podríamos convertirle en un buen territorial. Estoy seguro de que le gustaría a usted —añadió dirigiéndose al paisano.

Repentinamente, un SS *Unterscharführer* de dos metros de estatura apareció en el umbral. En la manga de su guerrera brillaban las letras SD de plata. La gorra, con la calavera de plata también, estaba echada insolentemente hacia atrás. Levantó el brazo para saludar.

—Heil Hitler, *Standartenführer*! Mensaje del RSHA por la radio del automóvil. El comando de choque número 7 ha realizado detenciones.

El hombrecillo asintió con la cabeza. Sus ojos relampagueaban tras las gafas

oscuras.

—Bien, Müller. Contésteles que los prisioneros deben ser incomunicados. Por completo. —Miró a los oficiales presentes—. Les agradezco este rato de diversión. Volveremos a vernos, señores. ¡Heil Hitler!

Tras las gafas negras, se adivinaban unos ojos llenos de odio.

De repente, los camaradas del capitán Brockmann dejaron de encontrar gracioso al hombrecillo.

—No entiendo nada —murmuró Brockmann—. ¡Diablo, sargento! —dijo, dirigiéndose al suboficial—. Si no quiere ser enviado a un batallón de castigo, procure averiguar quién era ese señor.

—¿Gestapo? —preguntó el comisario en jefe Schmidt, a quien torturaba el recuerdo de las salchichas.

Al mismo tiempo, pensaba en varias latas de jamón, de judías italianas, y en otras minucias. De repente, sintió prisa por marcharse.

Con toda la rapidez que le permitían sus piernas rechonchas, se precipitó hacia su despacho, donde empujó brutalmente a sus subordinados Corriendo por los almacenes de suministros, consiguió removerlo todo en un tiempo inverosímil.

Al cabo de veinte minutos, dos camiones salían del cuartel, cargados hasta los topes de jamón y de habichuelas. Depositaron la mercancía en un escondrijo seguro, bajo la protección del comisario en jefe del Regimiento de Artillería. Esta operación le costó a Schmidt diecinueve cajas de champaña. Todo el beneficio que le dejaban los jamones. Sentía un miedo atroz.

En el cuartel, no todo el mundo se había dejado trastornar por esta visita desacostumbrada. En especial, el centinela situado ante el cuartel general, un *Obergefreiter* que lucía en el pecho la cinta de ocho años de servicio. Charlaba amistosamente con el chófer del «Mercedes» de un asunto cuyos detalles es mejor no repetir.

—¡Decídete, maldita sea! —gruñó el SS—. ¿Cuánto quieres por tus doce «palitos»?

Alrededor del brazo derecho llevaba la cinta blanca con unas letras negras: RSHA.

—Son caros —afirmó el *Obergefreiter*—. ¿Cuánto ofreces tú?

—Mil pavos —propuso el SS.

Y se metió la mano en un bolsillo, para sacar un fajo de billetes, sujeto con una gomita.

—¿Estás chiflado? —preguntó, riendo, el *Obergefreiter*—. ¿Crees que esto es una oficina de beneficencia?

Se enderezó el casco, rectificó la posición del fusil y, hundió ambas manos en el bolsillo del pantalón, de la manera menos reglamentaria posible.

—Nadie te obliga a comprar mis «palitos», ¿sabes? Te los ofrezco porque me pareces capaz de saber sacarles partido.

—Podría tenerlos gratuitamente —dijo el SS.

Y escupió sobre la lápida conmemorativa de los soldados caídos en la Primera Guerra Mundial. Todos los del 76.º Regimiento de Infantería de Hamburgo.

—Oye, no creas que me chupo el dedo —dijo el *Obergefreiter*.

Y se sonó con los dedos.

Un poco de suciedad cayó sobre la cruz gamada de la bandera SS de hierro que había en el guardabarros delantero del vehículo.

El SS fingió no haber visto nada. En respuesta, volvió a escupir hacia el monumento a los muertos.

El *Obergefreiter* se quedó tan tranquilo. Escupió otra vez y tocó la cabeza del águila imperial, exactamente en el mismo lugar que el SS.

—Se diría que no sabes quién soy yo —se ufanó el SS—, ni quién es mi jefe. Es el que ha ido a visitar a tu comandante.

—Tu jefe puede irse al cuerno.

—Me extrañará que lo digas cuando te explique quién es. Tengo el presentimiento de que me regalarás tus «pipas» para que trate de olvidar mi deber.

Adelantó un brazo y mostró el brazal blanco.

—Yo también soy una especie de policía.

—Tú no eres más que un mierdoso —replicó, con insolencia, el *Obergefreiter*—. Y puedes guardarte tus amenazas.

Dio por dos veces la vuelta al «Mercedes», escupiendo a cada paso sobre la bandera SS de hierro.

—Deshínchate, viejo simio. Te conozco bien, muy bien. Si alguna vez se me ocurriera hablar un poco acerca de ti ibas a pasarlo mal, mequetrefe.

El SS se echó a reír. Se sentía perfectamente seguro de su posición. Se asomó por la portezuela.

—Agárrate bien a tu juguete, si no quieres caer de espaldas. Mi jefe es el SD *Standartenführer* Paul Bielert, el *Bello Paul*

Triunfaba. Decía *el Bello Paul* con la misma devoción de un misionero que hablara de Jesús a una pandilla de beodos, en una taberna.

—Te has quedado sin habla, ¿eh? —gritó.

—¡Narices! Tu *Bello Paul* puede irse al cuerno.

—¡Estás chiflado! —gritó el SS, mirando al *Obergefreiter* con fingido asombro—. *El Bello Paul* es el puerco más grande de todo el país. Incluso el SS Heinrich se ensucia en los calzones cuando oye su nombre. Sólo hay un hombre que no ha temido nunca al *Bello Paul*. Es el *Diablo de Praga*, el SS *Gruppenführer* Heydrich.

—Entonces, también tú debes de tenerle miedo.

—Todo el mundo se lo tiene, y tú no serás distinto de los demás cuando le conozcas. Por lo demás, no lo olvides: cuando hables de mi jefe, hay que decir *Standartenführer*.

—Prefiero decir carroña. O urinario.

—Puedes desahogarte, camarada, pero espera a que te denuncie por posesión de drogas. Te morirás de miedo.

Levantó un dedo profetice ante las narices del *Obergefreiter* y susurró confidencialmente:

—Tengo motivos para creer que incluso el propio diablo le teme.

—Oye, ¿estaba borracho tu padre cuando te fabricó, para que sufras este complejo de persecución?

—¡Cállate! Cuando le hayas visto, serás igual que yo Mira a un tipo que pasa, se detiene un momento, enciende un cigarrillo... Sonríe, y dice con tono despreocupado, como si hablara del tiempo: «¡Ejecuta a ese hombre!». Y después, regresa tranquilamente a su despacho y sigue trabajando.

»Hace unos días, nueve hombres estiraron la pata. Nueve SD acusados de chantaje. No habían tenido tiempo de decir ni pío, cuando ya estaban secándose a pleno aire. A mi jefe le encanta ejecutar a la gente. Le resulta tan agradable como a nosotros bebemos una copa.

—Esto no es nada en comparación con un comandante que tuve tiempo atrás —se vanaglorió el *Obergefreiter*—. Se llamaba Lindenau. Le llamábamos *papá Lindenau*. Le asaron en Kiev Pavlo.

Rió sonoramente, como si encontrara muy divertido que hubieran tostado a su comandante en Kiev Pavlo.

—Cuando *papá Lindenau* recibía la orden de atacar, siempre nos dirigía un discursito. No tiene ninguna gracia decir, como tu jefe: «Ejecutad a ese hombre». Cualquiera idiota puede decirlo con tal de que tenga algo de poder. Tu jefe es un chapucero. Había oído hablar de él mucho antes de que tú te sacudieras de las botas el polvo de la División «Totenkopf». Incluso es posible, que nos conociéramos.

—¿Quieres decir que conoces personalmente a *el Bello Paul*?

El *Obergefreiter* rió con aire misterioso, dio unos pasos junto al automóvil, resopló y escupió con fuerza sobre la bandera.

—No escupas en mi bandera.

—¿Quién lo dice?

—¿No me has oído?

—Lo mismo me da.

Para subrayar sus palabras, el *Obergefreiter* volvió a escupir.

El SS prefirió fingir que no lo advertía.

—Decías que conocías a *el Bello Paul*.

—¡Tonterías! Nunca he dicho tal cosa. He dicho que tal vez nos conozcamos. Pero haz tu marranada con las «pipas» y verás si le conozco. Puedo asegurarte que te ofrecerán un billete de ida hasta mi Regimiento, vía Torgau, y entonces aprenderás a conocerme. Sé que seré tu jefe instructor. Porque Dios es grande y bueno. Y muy justo. Aprenderás a maldecir el día en que conociste a Joseph Porta, *Obergefreiter* por la gracia de Dios.

—Estás desbarrando. Me contabas cosas de tu comandante, y nadie ha hablado de denunciarte.

—Tú mismo lo has dicho.

—¡Tonterías! Se dicen tantas cosas... He pensado que tal vez tuvieras un grano. Al fin y al cabo, no podía adivinar que eres un camarada, un elegido de Dios. Vamos, dime el precio de tus «pipas». Me las quedo sin rechistar. Además, te daré la dirección de una casa donde van los burgueses para conocer a mujeres de verdad.

Porta fingió que no oía nada.

—Bueno, estábamos hablando de mi comandante. Cuando nos hablaba con amabilidad, siempre empezaba con estas palabras: «Puercos, tendréis que apretar el trasero. Hemos recibido orden de lanzar un ataque psicológico. Nuestro Regimiento es el único que Iván juzga digno de citar en sus comunicados. No lo olvidéis, y mostráros dignos de él. ¡Granujas y puercos, calad la bayoneta! ¡A paso de carga! ¡Seguidme, elegidos de la muerte!». Mientras corríamos, miraba hacia atrás y gritaba: «¡Cuidado con el cerdo que se retrase medio metro! ¡Me encargaré personalmente de cortarle el pescuezo!». Se lanzaba adelante, en cabeza del Regimiento, con la metralleta baja y el sable brillando al sol. Se oían sus blasfemias a kilómetros de distancia.

—Oye, no querrás hacerme creer que atacabais al arma blanca.

—Siempre atacamos con el cuchillo o la bayoneta —explicó Porta. E hizo un amplio ademán con la mano—. Somos especialistas del cortacoles. Ven a echar una ojeada a nuestro terreno de entrenamiento, allí, detrás de los garajes. Verás los sacos de arena con los que nos entrenamos cada día durante dos horas, en el uso de la bayoneta.

Y Porta acarició su bayoneta, que brillaba malévolamente en el extremo del cañón de la carabina.

—Antes de que tuvieras tiempo de decir «¡ay!», SS, el último de nosotros enviaría tu fusil por los aires.

—Me haces estremecer —dijo el SS.

—*Papá Lindenau* aullaba con más fuerza que todos nosotros, cuando atacábamos.

—¿Qué gritabais? ¿Hurra?

—¿Hurra? ¡Idiota...! —se mofó Porta—. Esto sólo lo grita la Infantería de segundo orden. Y los Cazadores. Y también, naturalmente, tu birria de Compañía.

—¿Llamas a los SS una birria de Compañía?

—¿Tienes las orejas tapadas? ¿O qué te ocurre? ¿No gritáis «¡hurra!» al atacar?

—Sí, desde luego. —El SS vacilaba.

—Nosotros gritamos injurias ante las narices de Iván. *Job Tvja mad, siskajebo monova!* Iván se ensucia en los calzones sólo con oírnos: «¡Adelante, favoritos de la muerte! ¡Apretad, chacales sarnosos!». Corríamos cuanto podíamos, mientras buscábamos el modo de enviar una píldora contra la espalda del maldito coronel. Pero nunca lo conseguíamos. Siempre desconfiaba. Tenía mil ojos repartidos por todo el cuerpo. Incluso en el agujero del culo tenía uno que se iluminaba en el momento en que apoyaba el dedo en el gatillo. Una vez, me encontraba en un agujero, a cinco metros de él. Tenía una bala envuelta en un trapo, una bala cortada especialmente para la ocasión. Pero en el momento en que acababa de meterla en el cargador, en el momento en que levantaba el fusil para enviar a mi querido *papá Lindenau* en brazos de Satanás, le oí chillar: «¡Perro sarnoso! ¿No ves que estás apuntando a tu coronel?». ¡Válgame Dios! ¡Menudo miedo pasé! Solté el juguete tan de prisa como si me hubiera quemado los dedos.

»—*Obergefreiter* Porta...

»—Mi coronel —le contesté—. Se trata de un error. He creído que el comandante era un oficial ruso.

»El muy cerdo se rió y rogó al buen Dios que enviara un diluvio de mierda, de rayos y truenos sobre mi pobre cabeza.

»De regreso al cuartel tuve que hacer ocho horas de ejercicio a las órdenes del propio comandante, para que aprendiera a no equivocarme. Más tarde, llegué a formar parte de su escolta personal.

—¿De veras liquidáis a vuestros oficiales? —preguntó el SS, estremeciéndose.

—A veces. Por ejemplo, la 2.^a Compañía, con su pandilla de hijos de perra, todos tiradores escogidos. Salieron de expedición por el mar de Hielo, cuando estuvimos en Finlandia para enseñar a hacer la guerra a tus camaradas de allí. Cuando regresaron, once días más tarde, ya no tenía oficiales ni *Feldwebels*. Tres tenientes, un *Stabsfeldwebel*, dos *Oberfeldwebels* y cuatro *Feldwebels* habían desaparecido. Un viejo suboficial mandaba la compañía. No tenía nariz. La había perdido en Varsovia. Se la cortó una muchacha, con el sable de un ulano polaco, de un solo golpe como cuando el carnicero corta una raja de salchichón. Un gato rubio se llevó el pedazo. Desde entonces, la 2.^a Compañía ha tenido siempre oficiales amables.

—Esos de la segunda deben de ser tipos duros. ¿Qué tal es una compañía disciplinaria?

El SS se mostraba singularmente interesado. Pensaba para sus adentros: «Es mejor informarse por anticipado. Nunca se sabe lo que nos reserva el porvenir».

Porta se echó a reír, entornó taimadamente sus ojillos de cerdo, se sonó de nuevo

con los dedos y alcanzó una vez más la bandera.

—¡Oh, depende...! Depende, sobre todo, de los oficiales. Si son unos bastardos que quieren que los compañeros dejen la piel en los obstáculos del campo de tiro por los que sólo los más delgados consiguen pasar a rastras, entonces se pasa mal. Con esa clase de oficiales, los suboficiales se convierten a la fuerza en lobos hambrientos. Tal superior, tal subordinado. Una vez tuvimos un *Hauptmann*, Meyer, cuya manía consistía en ordenar: «¡Bajo los tanques, sobre los tanques!». A veces, las máquinas se hundían en la tierra blanda y aplastaban a los que encontraba debajo. El *Hauptmann* Meyer se divertía de lo lindo.

—¿Qué hicisteis con ese tipo?

—Tuvo derecho a varios cigarros de pólvora en el trasero y todo se acabó para él —contestó Porta, conciso—. También un *Hauptfeldwebel* al que llamábamos *Gran Cerdo*. Mientras dormía, le atamos varias granadas alrededor del cuello y pusimos una bomba debajo de la cama. La mecha estaba unida a sus botas. Ya puedes imaginar las consecuencias. En cuanto movió las patas, salió disparado por los aires sin problemas de despegue. *Gran Cerdo* era duro de veras puedes creerme. Una vez, obligó a *Hermanito* a atravesar un río veinte veces seguidas. *Hermanito* acabó por echarse a ladrar: creía que era una foca. Nosotros contemplábamos estúpidamente el espectáculo. Las botas de *Hermanito* desaparecían bajo el agua en una orilla. Después, esperábamos hasta que el casco aparecía en la otra orilla, donde *Hermanito* lanzaba chorros de agua como una ballena que sale a la superficie del mar. *Gran Cerdo* no conseguía ocultar su decepción cada vez que el casco reaparecía.

»—¡Media vuelta! —ordenaba—. ¡Adelante, a rastras!

»Y las botas de *Hermanito* volvían a hacernos un signo de despedida.

»Después, le obligó a hacer una marcha. Él le seguía en motocicleta. Veinticinco kilómetros con el equipo completo a una temperatura de veintidós grados; y, fíjate bien, con el capote y las cartucheras y la mochila llenas de arena húmeda.

—¿Y la máscara de gas? —preguntó el SS.

—Desde luego —replicó Porta, riendo—. ¿Crees que somos unos afeminados? *Hermanito* se divirtió mucho, pero a la noche siguiente *Gran Cerdo* fue a dar un paseo por las estrellas. Desapareció por los aires impulsado por un paquete de granadas. ¡Descanse en paz su alma! ^[26]

—Entre nosotros, también a veces las cosas resultan difíciles —aseguró el SS, mientras se frotaba la calavera de su gorra—. Yo estoy en esta jaula sólo a título provisional. —Se humedeció los labios y prosiguió con orgullo mal disimulado—: Mi verdadera unidad es la División de Caballería SS «Florian Geyer». Pero tuve problemas. Me enviaron provisionalmente a la División T. También allí tuve conflictos. No quisieron saber nada más conmigo. Pegué un mamporro a un *Untersturmführer*. Un bruto de Dachau que nos visitó. Después, casi me hicieron

picadillo. Pasé ocho semanas en la enfermería y luego me enviaron, como convaleciente, a la SD de Hamburgo. Ahora, soy el chófer de *el Bello Paul*. Muy poca cosa para mí. Quiero volver junto a mis camaradas. Era corneta en el 1.^{er} Escuadrón. La nostalgia me obliga a emborracharme cada noche. Pero tengo que ir con cuidado. A la primera oportunidad, me enviarán a Torgau. Nuestro *Hauptscharführer* me lo explica cada mañana. Es el *Hauptscharführer* más cretino del mundo. Fue jefe de barracón en Buchenwald. Se dice que estrangulaba a los detenidos con sus propias manos, y creo que es verdad. Siempre mira el cuello de la gente con una expresión de interés.

El SS asomó el cuerpo por la portezuela del automóvil. Bajó la voz, y cuchicheó en tono confidencial.

—Pero soy un viejo zorro y a mí no me la dan con queso. Les doy sopas con onda a todos. Pero lo que quería contarte es la vida dura que llevábamos en la «Florian Geyer». Nuestro comandante, el *Standartenführer* Rochner, se cargó a tres compañeros porque dijeron lo que pensaban de Adolph. Fue una noche, poco antes de la retreta. Yo estaba limpiando mi trompeta. Casi siempre era yo quien tocaba retreta.

—Yo también toco —dijo Porta. De repente, encontraba muy simpático al SS—. También toco la trompeta. ¿La tocas bien?

—¡Oh, sí, estupendamente! Soy el mejor corneta de todo el Ejército de Adolph. He tocado dos veces en Nuremberg, cuando llegaba Adolph con los pies vueltos hacia dentro.

—¿Es verdad que anda con los pies torcidos?

—¿No lo sabías? Nos ha hecho reír a menudo. Su pie derecho está siempre vuelto hacia dentro.

—¿Cómo haces el toque de retreta?

—Pues, verás: primero, un toque largo, y después, uno muy corto, para dar la impresión de que la trompeta llora una jornada maravillosa. Una trompeta es algo vivo, y hay que tratarla como a un ser vivo al que se ama. De lo contrario, no toca bien. Conocí a un corneta que tocaba diana con una trompeta sucia; no obtenía ningún resultado. La trompeta se negaba a reír y a saludar el nuevo día. Pero la mía sí sabe. Cuando se la vuelve hacia el sol naciente, está radiante. Porque has de saber que mi trompeta no está sucia, y que yo la llamo por su nombre. Está colgada encima de mi cama y le hablo. Un día, te la dejaré probar. No lo hago nunca, pero me doy cuenta de que tú también eres un verdadero corneta.

—Entonces, te dejaré probar mi flauta. Pero hágame de tu comandante.

—Entró en el dormitorio momentos antes de que yo tocara. Llamó a tres individuos y preguntó al primero si había dicho esto respecto al Führer. El tipo lo negó. Es lógico. «¡Cerdo! —gritó el *Standartenführer*—, ¿le mientes a tu comandante?» ¡Pum, pum! Dos disparos de su «Walter» 7,65, dos o tres patadas y

todo terminó. ¡Que el diablo se lo lleve! Con sus espuelas, rayó nuestro bonito pavimento encerado. Esto nos dio mucho trabajo los días siguientes. En las SS es un vicio: siempre hay que tener los suelos immaculados. El comandante se volvió hacia los otros dos. Ambos eran soldados rasos. Uno de ellos se había ceñido el sable porque entraba de guardia. Los dos confesaron en el acto. Cada uno recibió dos balazos en el cráneo. Uno de ellos sólo resultó herido con el primer disparo. Pegaba saltos y la sangre le resbalaba por el rostro. ¿Has visto alguna vez una gallina a la que cortan la cabeza? El comandante disparó contra él sin tocarle. El pobre diablo estaba completamente enloquecido por el miedo. Se lanzó por la ventana y echó a correr por la plaza de armas. Tres hombres saltaron por la ventana, corrieron tras de él y le alcanzaron. Le mantuvieron inmóvil mientras el comandante le hundía un piquete en el rostro. Prueba de encontrar entre los vuestros a un comandante más bestia que el mío.

—Me sería muy fácil. Pero me interesa saber si ese comandante asesino vive aún. Si aún está vivo, señal de que sois una pandilla de cobardes.

—La ha diñado. Los rusos le echaron el guante cuando atravesamos Elbruz. Lo colgaron de un álamo por los pies. En las SS no matamos a nuestros oficiales.

—Porque sois unos mierdosos. Os dejáis torturar y torturáis a los demás. Ejecutad a este hombre, dicen vuestros mandamases. Desde el año 33 os habéis acostumbrado tanto a cargaros a la gente inofensiva que ahora lo hacéis casi sin pensar. Vuestros oficiales no son tan bestias como los nuestros. Incluso tienen menos imaginación. Matar a un hombre está al alcance de cualquier idiota. *Anda o Revienta*, que sirvió doce años en la Legión Extranjera, y *Barcelona Blom*, que estuvo tres años en el Tercio, aseguran que entre nosotros resulta más duro que en el extranjero. No puedes imaginar cómo lo pasamos en el 27.º Blindado. Un botón mal cosido cuesta tres horas de carreras en la arena, con el capote, el equipo de campaña, los macutos llenos de granadas de mano y, desde luego, en el momento del día en que hace más calor. El *Oberfeldwebel* Brandé a quien llamamos *el Tirador*, porque es capaz de tocar a cualquier tipo a cincuenta metros de distancia, no tiene inconveniente en hacerte correr hasta que te caes muerto. Es tan estricto que, durante el ejercicio con la Compañía, en plena marcha, es capaz de localizar a aquellos a quienes faltan clavos en la suela de las botas. Y cada clavo que falta cuesta tres horas en la arena. Hace quince días, *Hermanito* estuvo allí nueve horas. De modo que ahora sabemos que los días de *el Tirador* están contados. El diablo le está preparando un lecho.

—Reconozco que sois una pandilla de duros. Pero ¿hacemos o no hacemos negocio? ¿Qué te parecen tres mil pavos, una caja de leche en polvo danesa robada en la O.T. de Dinamarca y, además, la dirección de esa casa de citas?

Porta hizo como que reflexionaba. Volvió a sonarse, se rascó el trasero y un sobaco, y después se echó el casco hacia la frente.

Se mordió los labios, pensativo.

—Ahora que recuerdo —prosiguió el otro—. También tengo un fajo de fotografías pornográficas. Te las daré de propina. Están estupendas, nunca has visto nada semejante. No creas que se trata de material viejo, sino del género que nos gusta a ti y a mí.

—Enséñame la mercancía —pidió Porta, adelantando una mano.

El SS se estremeció, lleno de desprecio.

—¿Crees que soy un primo? Esto sería como si una ramera no reclamara su dinero hasta después de haber actuado. Seguro que se moría de hambre.

—Entonces, no habrá acuerdo.

Porta se dispuso a marcharse.

—¡Eh, un momento! Sostendré las fotos en el aire, para que puedas mirarlas.

—¿Sabes que te vendo las «pipas» muy baratas? Sólo lo hago porque te encuentro simpático. Eres tan caradura como yo. Algo me dice que pronto estarás con nosotros. Presiento que te están preparando una jaula en Torgau.

—En eso te equivocas, pequeño. Si me sacan de las SS para enviarme a Torgau, no iré a parar a vuestro apolillado Regimiento, sino al disciplinario de la Caballería.

—Ya cambiarás de opinión. Hablas del 37.º de Ulanos. Ya no existe. Nos lo hemos merendado. La 49.^a Kalmykriterdivisión lo ha hecho picadillo en la cuenca del Don. Como máximo, habrán escapado diez con vida. Han renunciado a formar otra vez el Regimiento.

—¿Crees de veras que iré a parar con vosotros si me echan de aquí? ¿Tenéis corneta?

Porta mostró una expresión triunfal.

—No te hace ninguna gracia, ¿eh? Tu seguridad ha desaparecido.

—Nunca se puede estar seguro de nada —contestó el SS, con convicción. Se echó la gorra con la calavera hacia la nuca—. Con *el Bello Paul* uno nunca envejece. Imagina que vaya a parar con vosotros. ¿Tendrás la influencia suficiente para que me nombren corneta? —El SS se metió en el automóvil y sacó una trompeta plateada. Una trompeta con la cinta dorada de la Caballería. Enseñó cuatro trofeos sujetos a la misma—. Los recibí porque era el mejor. Toqué con motivo de un discurso en casa de Adolph. Toqué para el rey Carol. En 1938, fui yo quien toqué para Chamberlain cuando se dejó timar por Adolph. Aparecí en los diarios ingleses, con el nombre y todo. La gente me prestaba más atención que a Chamberlain y a Adolph. Si llego a ser corneta de vuestra Compañía, se hablará de vosotros.

—Ya somos demasiado conocidos —replicó Porta con sequedad—. Pero si un día te presentas en nuestro Regimiento, y sé que lo harás, ya me las arreglaré. Tengo amistades de primer orden. En realidad, soy el jefe de la Compañía. Ven a casa de Bernhard *el Empapado* y enséñales lo que sabes hacer. Bueno, ¿quieres o no quieres

las «pipas»?

—Claro que las quiero, pero el precio me quita un poco las ganas. No encontrarás fotos tan estupendas como las mías. Son las mejores del mercado. Por sí solas valen diez «pipas» —Sacó una y la puso ante las narices de Porta—. Fíjate en ésta.

Porta adoptó un aire impasible. Sólo sus ojillos porcinos brillaban y traicionaban su deseo.

Esto no escapó a la atención del SS, quien sonrió de través y sacó otra fotografía.

—Está bien, ¿eh?

—¡Pse...!

—Estoy seguro de que eres uno de esos hombres capaces de hacer cualquier cosa por la pasta —replicó, riendo, el SS—. Si pudieses, le venderías el Paraíso al mismo diablo.

—No hables tanto. Enséñame tu catálogo de porquerías. Ya una vez me engañaron con esto. Uno que me vendió treinta y cinco fotografías. Cuatro eran pornográficas, pero las otras representaban los cuentos de Grimm. Durante ocho días, no paré de buscar al muy cerdo. Incluso prometí dos botellas de vodka a *Hermanito*, si lo encontraba. Pero parecía que se lo hubiera tragado la tierra.

—¿Qué le hubieses hecho si llegas a encontrarle?

Porta rió malévolamente y sacó un largo cuchillo que llevaba en una bota. Pasó un dedo por el filo. Asomó la punta de la lengua entre los labios.

El SS inclinó la cabeza. Había comprendido.

—No me creerás tan puerco como para timar a un camarada, ¿eh?

Porta le observaba solapadamente.

—No importa dónde ni cuándo. Porque eres igual que yo, y yo engaño a los otros cada vez que puedo. De lo contrario, en la tierra no habría gente lista y gente tonta.

El SS se pasó una mano por los labios y se rascó una oreja con la llave de contacto.

—Si quieres, te dejaré mirar la mercancía. Pero, entretanto, quiero tener una «pipa» en la mano.

—De acuerdo.

Porta cogió las fotografías. Las ojeó con avidez, mientras se relamía los labios.

—¡Válgame Dios, qué gachís! Si uno encontrara una como éstas, ya podría morir feliz. De acuerdo, amigo mío. Me rindo. He encontrado un truco formidable. Cuando esté cansado de mirarlas, las alquilaré. *Hermanito* me pagará el sueldo de todo un año a cambio del derecho de poderlas mirar durante una hora.

Tres grandes fajos de billetes cambiaron de mano.

Porta los comprobó.

El SS olfateó los cigarrillos. Asintió con la cabeza, satisfecho. Eran las mejores «pipas» que había visto en mucho tiempo. Decidió emborrachar a Porta algún día

para saber dónde las conseguía.

—Faltan cien marcos —declaró Porta.

—No es posible —protestó el SS—. Había mil pavos en cada fajo. —Los contó por tres veces. Meneó la cabeza para demostrar que no lo entendía—. Vaya, esto sí que es extraño.

Sacó otro billete de cien marcos, y se lo entregó a Porta.

Éste sujetó cada fajo con una banda de goma.

—Esto es la pasta. Pero me habías hablado también de la dirección de la casa de citas, no lo olvides.

El SS escribió unas líneas en un pedazo de papel.

—Es cerca del Alster, Una casa blanca, con techo negro. Antes vivían en ella unos chinos.

—¿Hay también alguna chinita? Me vendría de gusto. He oído decir que en estas cuestiones son fantásticas.

—Nunca he visto ninguna, pero la casa está llena de mujeres. Sólo tienes que decir que vienes de parte de Kebler. Rudolph Kebler. Soy yo. Aparte de esto, si algún día quieres hablarme, estoy en el cuartel de Longhorn. Vivo allí.

En el mismo momento, lanzó un pequeño silbido y se sentó muy tieso detrás del volante. En un segundo, se había transformado en un disciplinado autómatas.

Porta se echó el fusil al hombro. Con el pulgar a lo largo de la correa, según prescribía el Reglamento. Cuarenta y cinco grados de separación entre ambos pies. El brazo izquierdo pegado a la costura del pantalón. El codo a la altura de la hebilla del cinturón. Siguió con la mirada a los tres hombres que salían de la oficina del comandante. Paul Bielert, de paisano, el SD *Unterscharführer*, con la mano apoyada en la funda de la pistola, y, entre ambos, el teniente Olhsen. El gran «Mercedes» salió del cuartel. Porta reanudó la guardia. Por un instante, se preguntó qué ocurría con el teniente Olhsen. Se dirigió hacia los garajes. Oculto tras unas tablas, cerca del lugar donde se lavaban los vehículos, se puso a estudiar las fotografías pornográficas. Ordenó los tres fajos de billetes. Del bolsillito que tenía en la parte baja de la guerrera, sacó un billete de cien marcos. Rió satisfecho. El truco de hacer desaparecer el billete mientras contaba no había llegado, por lo visto, a oídos de Kleber. Riendo por lo bajo, siguió andando hasta las cajas de municiones, donde le esperaba Heide, que estaba allí de guardia.

—¿Qué diablos haces? —le preguntó—. *Hermanito* ha venido ya dos veces.

—Cállate, tengo otras preocupaciones que la de montar la guardia.

—Por lo menos, podrías tenerme alguna consideración —gruñó Heide, ofendido—. Al fin y al cabo, soy tu superior. Te protejo sin cesar. ¿Sabes que la Gestapo merodea por el cuartel? Buscan a alguien y me parece que es a ti. Todo me dice que terminarás con una cuerda al cuello.

—Atrasas, Julius. Ya se han marchado, llevándose la presa. Pero puesto que hablas de proteger, te aconsejo que sigas haciéndolo. Sería muy molesto para ti que olvidara mi deber de ser discreto. ¿Sabes? Conozco exactamente cómo será tu vida, Julius. Si aún no has muerto cuando hayas perdido la guerra, seguirás en el Ejército, a menos que caigas más bajo y te conviertas en un *poli*. Te veo ya con una estrella roja en la gorra. Has nacido para esta clase de trabajo, Julius.

—¿Por qué diablos no habría de seguir en el Ejército? —preguntó Heide, cándidamente—. Cobraré cada diez días, tendré una buena cama y estaré libre desde el viernes por la noche hasta el domingo por la noche. Dejaré que los reclutas me agradezcan los favores que les haga. Y someteré a un tratamiento especial a los que no quieran pagarme. Y en cuanto se haya olvidado la guerra, lo que no tardará en ocurrir, sacaré brillo a todas mis medallas y cruces. Y entonces verás cómo todas las mujeres caerán rendidas en mis brazos. Seré un héroe con el que todos desearán alternar.

—Lo sabía —exclamó Porta, triunfalmente—. Seguirás en la jaula. Yo prefiero el comercio, la libre competencia. Cuando pases con uno de esos cacharros viejos del Ejército, me verás en un «Mercedes» descapotable, con una gachí cubierta de pieles a mi lado. Un verdadero bombón, con la falda bien ceñida. Mientras tú vociferarás a los reclutas el lunes por la mañana, bajo la lluvia, yo lo pasaré cañón tras un escritorio grande como un camión de diez toneladas, contando mi pasta.

Como por casualidad, Porta sacó las fotografías y las pasó rápidamente ante los ojos de Heide.

—¡Válgame Dios, déjame verlas!

—Encantado —replicó Porta—. Te las dejaré una hora.

—¡Dámelas, aprisa!

Heide se relamió ávidamente los labios, y dos manchas rojizas aparecían en sus mejillas.

Porta se echó a reír. Barajó las fotografías con la lentitud suficiente para que Heide pudiera ver cuan interesantes eran.

—Te dejo que las mires, Julius. Incluso te dejo que vayas a las letrinas con ellas, para que puedas mirarlas tranquilamente.

—¿Por cuánto las vendes?

—No las vendo. Las alquilo. A cien marcos la hora toda la serie, o a cinco marcos la pieza.

—¿Estás loco? ¿Crees que te daré cien marcos para mirar tus fotos de segunda clase?

Heide fingió estar escandalizado.

Se irguió como un verdadero suboficial, pero Porta no se dejó impresionar.

—Nadie le obliga a ello, señor suboficial Julius Heide. Es usted quien me ha

pedido que le dejara echar una mirada a las mismas.

Hizo desaparecer las fotografías pornográficas en el estuche de la máscara antigás, pegó una patada a la cerradura de una caja de municiones y comprobó satisfecho que la misma se había roto.

—Tendrá usted problemas, señor suboficial, si viene el comandante y encuentra la caja abierta.

—¿Te has vuelto loco? ¡Romper la cerradura! Daré parte.

—¡Ah, sí! —exclamó Porta, riendo.

Y se marchó tranquilamente hacia los garajes, donde había escondido una botella de cerveza.

Durante un momento, Heide contempló furioso la cerradura.

Por fin, consiguió sujetarla de modo que no se notara fácilmente que estaba rota. Para él lo importante era que el hecho pasara inadvertido hasta el final de la guardia. Agitó la cabeza, satisfecho, y salió corriendo en pos de Porta.

—Dame esas fotografías. Aquí tienes los cien marcos. Pero supongo que sabrás que esto es usura.

—¿Crees que soy una institución filantrópica?

En cuanto hubo terminado su guardia, Heide se presentó en el puesto de control. Y después, desapareció hacia las letrinas, donde permaneció una hora mirando las fotografías.

—Han venido a buscar al teniente Ohlsen —dijo *Barcelona*, cuando Porta regresó al puesto.

—¡Que se apañe! —replicó Porta—. ¿De qué se le acusa?

—No lo sabe nadie, pero todo el Estado Mayor está alborotado. Hinka grita de tal modo que se le oye desde lejos. El ayudante ha vomitado tres veces, de miedo. Parece que vamos a tener un nuevo jefe de Compañía. Me lo ha dicho el *Feldwebel* Grün.

—*Merde* —suspiró el legionario—. Crimen de Estado. Les he visto cuando se marchaban. Un «Mercedes» SS 333300. La sección IV-2-a, de *el Bello Paul*. Sólo se ocupa de los asuntos importantes.

Porta se encogió de hombros, indiferente.

—¡Estos oficiales están tan ocupados, discutiendo! Se olvidan de prestar atención a lo que dicen, cuando se entusiasman demasiado. Por eso hay tantos que se encuentran sin cerebro, que, por otra parte, nunca han tenido. Creen que están seguros gracias a la quincalla de sus condecoraciones. Y además, tienen su amor propio.

Porta escupió en el suelo.

—¡Tonterías! Apuesto diez contra uno a que no volveremos a ver al teniente Ohlsen.

Hermanito entró impetuosamente. Echó el fusil sobre la mesa.

Lanzó el casco a los pies de *Barcelona*.

Y escupió en la taza de Heide.

Evidentemente, buscaba camorra.

—¿A alguien le apetece un coscorrón? —preguntó, furioso—. Durante la guardia, me he divertido con una gachí, junto a la cerca electrizada. Y después, todo se ha ido al agua porque me han venido ganas de orinar.

Porta sonrió solapadamente y se rascó una oreja con la baqueta de un fusil.

—En otras palabras, cinturón, *Hermanito*. Sé lo que es eso. Aunque no a causa de una cerca electrificada. A propósito, he conseguido unas cuantas fotografías estupendas. Te las alquilaré por una hora. Cien marcos. ¿Qué te parece? Son como a ti te gustan. Mejor que una película.

La noticia hizo que *Hermanito* se olvidara por completo de la gachí y de la cerca.

—De acuerdo. ¿No darás crédito, por casualidad?

Porta se echó a reír.

—Bueno, está bien. Le pediré cien marcos a un tipo que acaba de recibir pasta de su casa. Un buen montón. Si no me los da, le atizaré en los morros.

—Esto es un robo —dijo Stege.

—En absoluto —protestó *Hermanito*—. Es comercio. Le explicaré el truco de limpiar el cañón del fusil con papel higiénico. Un soplo como éste bien vale cien marcos.

—Conforme —dijo Porta—. El dinero no tiene color.

Sacó los tres fajos de billetes y los contó con avidez.

—Tal vez tendría que sacar fotocopias. De esta manera, podría alquilar varias series a la vez.

—¿Es que nunca cambiarás? —preguntó *el Viejo*—. Sólo piensas en el dinero.

—Te diré cuando cambiaré. Tres años después de que Adolph haya hecho las maletas y yo haya devuelto mi uniforme al almacén. Entonces, mi letrero de neón brillará en tojo, verde y amarillo: «Joseph Porta, importación y exportación. Compra todo. Vende todo».

—¿Por qué rojo, verde y amarillo? —preguntó *Barcelona*.

—Rojo por el amor, verde por la esperanza y amarillo por la canallería —explicó Porta—. Después, no vengas a decirme que los clientes no están avisados.

—Tenía diecinueve años cuando asistí por primera vez a una ejecución —explicó el legionario—. Fue en Casablanca, cuando servía en el 1.^{er} Regimiento de la Legión Extranjera. Fusilamos a un tipo que llevaba doce años en el Ejército. Un desertor. Desde entonces, he visto muchas. No se olvida nunca

—Yo sólo tenía dieciocho años —dijo Barcelona—. Fue en Madrid. Serví en la 1.^a Sección del Batallón Thälmann [27]. Ejecutamos a uno detrás del matadero, al hijo de un tipo rico. Le matamos porque su padre era rico. Disparamos muy mal: la falta de entrenamiento. Le estalló la cabeza. Después, vomitamos, apoyados en nuestros fusiles, como si estuviéramos mareados.

El legionario desplegó su alfombrilla de oraciones y se inclino, recitando a media voz *Rogaba a Alá que le absolviera por todas las ejecuciones en las que había intervenido.*

Heide se encogió de hombros.

—Yo nunca pienso en eso. Al fin y al cabo, lo misma da matar a un tipo atado a un poste que a un soldado asustado que huye por el campo.

—¿Os acordáis cuando ejecutamos a la Blitzmädel [28] de la Marina de Guerra? —preguntó Hermanito—. ¡Qué espectáculo! Fue culpa de Stege y de Sven. Querían mostrarse galantes y no hacerla sufrir. La chica se escapó, corrió por pasillo y bajó la escalera. Gustavo el Duro nos prohibió disparar. Tenía que morir en el poste, según prescribe el reglamentó. De lo contrario, habría desorden en la documentación —dijo—. Sólo la dominamos cuando le aticé. Los enfermeros tuvieron que llevarla hasta el poste. El médico no quiso ponerle una inyección.

—Era una asesina —dijo Heide—. Había envenenado su amiga. Vi los papeles en el despacho del Hauptfeldwebel Dorn. Lo que hizo fue una canallada.

—Fue a causa de un tío —añadió Porta.

—La próxima semana estaremos de guardia en Fuhlsbüttel —murmuró Steiner—. Diré que estoy enfermo. Ya estoy de acuerdo con el Feldwebel de la enfermería. Me ha costado dos cartones de cigarrillos. Sé que hay que liquidar allí a cinco.

—Esto no me incumbe —dijo Porta—. A mí me han largado un trabajo que me durará por lo menos una semana. Engrasar las ametralladoras.

—En Fuhlsbüttel recibimos un suplemento de paga —observó Hermanito, siempre práctico—. Necesito pasta. Si no nos cargamos a los cinco tipos, otros lo harán en nuestro lugar. Y cobrarán la prima.

—Me importa un comino lo que debo hacer —comentó Heide—. Se está bien en Fuhlsbüttel como Compañía de guardia.

EL ARRESTO PREVENTIVO

En las oficinas de la Gestapo, situadas en el número 8 de Stadthausbrücke, el teniente Olhsen estaba sentado frente a Paul Bielert, consejero criminal.

El teniente Olhsen tenía un documento en la mano. *El Bello Paul*, pensativo, fumaba un grueso cigarro. Sonriente, seguía el humo con la mirada. Era la 123.^a detención de la semana. En Berlín, el *Gruppenführer* Müller no podría dejar de manifestar su satisfacción. Müller era un crápula. No era como el *Obergruppenführer* Heydrich, al que habían asesinado. Ése sí que era un jefe. Inteligente, sin escrúpulos, arrogante. Con un encanto diabólico. Incluso el SS Heinrich le tenía miedo. ¡Quién sabe si Himmler y el Führer no tenían algo que ver en la muerte de Heydrich! Resultaba todo tan confuso... Era un misterio que olía mal. ¿Por qué no había sobrevivido ninguno de los agresores? La orden del jefe de operaciones, el SD *Gruppenführer* Nebe, decía: *No queremos prisioneros. Liquidadlos a todos, aunque para ello haga falta quemar la maldita iglesia en la que se esconden.* El profesor que habían terminado por encontrar en el barrio viejo de Praga había levantado los brazos sin resistirse, pero lo liquidaron en el despacho de Nebe, antes de haber tenido tiempo de dar una explicación. En los diarios, se dijo que se había suicidado. Incluso los ingleses lo creyeron y dieron la noticia por radio.

Paul Bielert abrió un cajón y acarició afectuosamente su pistola azulada del 7,65. Era la que había usado para matar al profesor, el último superviviente del atentado. Después de la investigación, Nebe fue postergado. Había demostrado demasiado celo y había querido continuar las pesquisas.

El Bello Paul rió suavemente. En seguida olfateó el peligro. Había algo que no encajaba en aquel asunto. Había comprendido y pidió rápidamente un traslado. Después, habían liquidado un pueblo, junto a Praga. Lo hicieron unidades de la policía militar. Corrió el rumor de que habían sido las SS, pero, en realidad, no había más de cinco SS en todo el comando. Eran policías militares de Dresde y de Leipzig.

Paul Bielert se rió al pensar en aquello. Fue el SS *Obergruppenführer* Berger quien se opuso a que utilizaran a las SS para liquidar al pueblo; hubiese perjudicado el reclutamiento de voluntarios de Bohemia y de Eslovaquia. La idea de aniquilar el pueblo procedía de Himmler y de Nebe. Era excelente. Hacer algo terrible que tuviera repercusiones en el mundo entero, para que todos comprendieran cuan estúpida había sido la Resistencia checoslovaca al liquidar a Heydrich. El furor y la desesperación ante todas aquellas ejecuciones y represalias por un solo crimen, debían de volverse

contra la Resistencia. Pero los ingleses habían sido más rápidos. Adivinaron el truco. Tanto el del Batallón de policías como el de las numerosas liquidaciones. Habían repetido incansablemente, hasta que todo el mundo lo tuvo bien metido en la sesera, que los culpables eran las SS y la Gestapo. Los voluntarios de Bohemia y de Eslovaquia habían empezado a desertar. Las oficinas de reclutamiento estaban vacías. La Resistencia aumentaba. La mayoría de sus miembros se habían formado en las SS. Gente peligrosa, que no luchaba por amor a la patria, sino por odio.

Bielert miró al teniente de Tanques. Pronto terminaría con él. Era un buen truco dejar que aquellos ridículos intelectuales leyeran la orden de detención. En seguida se sentían en un terreno resbaladizo y empezaban a desembuchar.

Bielert sonrió y palmoteó el brazo del sillón, con su mano izquierda, mientras contemplaba la ceniza blanca del cigarro brasileño. Sabía que el teniente estaba leyendo por tercera vez la orden de detención. Todos lo hacían. La primera vez no entendían nada. La segunda, empezaban a ver claro, y a la tercera, el terror se apoderaba de ellos. A la cuarta, perdían todo dominio sobre sí mismos.

El teniente Olhsen no constituía ninguna excepción. Leía muy lentamente. No lo entendía. Debía de tratarse de un mal sueño, de una pesadilla, de la que acabaría por despertar.

El Presidente del Tribunal Popular.

El Tribunal Popular

7.J.636/43 (52)43-693

Hamburgo, 3 de abril de 1943

8, Stadthausbrücke

Hamburgo, 2

ORDEN DE DETENCIÓN

El teniente de la reserva, Bernt Viktor Olhsen, nacido el 4 de abril de 1917 en Berlín-Dahlmén, actualmente de servicio en el 27.º Regimiento Blindado, 2.º Batallón, 5.ª compañía, debe ser internado por la policía secreta del Estado. El 27.º Regimiento Blindado está acantonado hasta nueva orden en el cuartel de Infantería de Hamburgo-Altona, 2.º Batallón, y debe servir provisionalmente como Batallón de guardia en Hamburgo.

Debe abrirse una información judicial contra Bernt Viktor Olhsen. Se sospecha que quiere perturbar el orden público mediante la difusión de opiniones

derrotistas y alentar el sabotaje y la insurrección. Motivo de la sospecha en cuestión:

El 22 de enero de 1943, durante la estancia del Regimiento en el frente del Este, Bernt Viktor Olhsen declaró a un camarada oficial:

—Esta maldita guerra está perdida para el Reich milenario. Dentro de poco, los ingleses y los americanos invadido Alemania por Italia y los Balcanes. Y entonces, ese perro de Himmler y todos sus compinches se verán obligados a pasar por los hornos que han inventado.

Además, el acusado enseñó a su subteniente de segunda clase unos folletos de propaganda rusa que incitaban a los soldados alemanes a la desertión.

El delito cometido es la violación de los párrafos 5 y 91. artículo 1.º del Código Penal. El arresto e instrucción preliminar deben ser efectuados por la policía secreta, servicio de Stadthausbrücke, número 8, Hamburgo, 2. La detención obedece al hecho de que es probable que el acusado intente huir. El delito cometido es susceptible de merecer un castigo severo.

La orden de arresto y la detención están sujetas a apelación ante el presidente del Tribunal Popular.

Dr. Mickert.
Presidente de la Corte de Apelación.

El teniente Olhsen dejó caer el documento y miró al consejero criminal Paul Bielert.

—¿Qué debo decir?

Hizo un ademán de resignación.

Paul Bielert, indiferente, se encogió de hombros y chupó el cigarro.

—¿Cómo quiere que sepa lo que quiere decir? No soy yo el acusado de alta traición. En cambio, puedo explicarle lo que pienso hacer en mi calidad de jefe de la investigación.

Se inclinó sobre el escritorio y señaló al teniente Ohlsen con su cigarro.

—En la Gestapo no somos idiotas. Cuando detenemos alguien, cuando le sacamos de la vida normal, es que tenemos pruebas fehacientes. En mi servicio, nunca nos equivocarnos Si niega usted, lo único que consigue es agravar su causa. De todos modos, acabará por decir lo que deseamos.

Sonrió. Sus ojos relampaguearon tras las gafas oscuras.

—No nos importan los medios. Usted mismo ha de decidir si quiere salir de aquí andando o a rastras como un saco de patatas. Pero no se marchará de este despacho sin haber hecho una confesión completa. —Se recostó en la silla y dejó tranquilo al detenido por un momento. Después, prosiguió, sonriendo amablemente. Cambiaba incesantemente de tono—. Pero si confiesa en seguida, de modo que no sea necesario perder demasiado tiempo en tonterías... —Dio un golpecito a un fajo de documentos que tenía delante—, es posible que se libre con dos o tres semanas en Torgau. Desde allí le enviarán como soldado raso a un regimiento disciplinario, o bien irá a parar a un F.G.A. ^[29], aunque no permanecerá allí más de tres meses.

El teniente Ohlsen se pasó una mano por el cabello y miró con atención al oficial de policía.

—El programa me parece seductor, señor consejero criminal y supongo que la mayoría de las personas le creerían. Pero he servido tres años en un regimiento disciplinario, y sé que nadie logra sobrevivir más de dos meses en un F.G.A.

Bielert se encogió de hombros.

—Resulta algo exagerado. Personalmente, conozco a varios que han salido vivos de un F.G.A. Pero, naturalmente, la condición era que esos individuos estuviesen dispuestos a colaborar con nosotros. En mi opinión, no puede usted escoger. Gracias a su torpeza, ha conseguido verse acusado de alta traición. Confiese y terminemos. Ahora, si forma parte de esas almas ingenuas que creen que gritando pueden arreglarlo todo, se equivoca por completo.

Amenazó al teniente con su estilográfica. Sus ojos brillaban malévolos.

—Soy capaz de preparar contra usted una acusación tan grave, que el señor Röttger, de Plötzensee, tendrá derecho a decapitarle. ¿Nunca ha visto cómo utiliza el hacha? Es un experto. Un golpe, y la cabeza rueda por el suelo. Y sobre todo, no crea usted que le amenazo en vano. Personalmente, soy contrario a las fanfarronadas. Lo que decimos en la Gestapo es una realidad. No hacemos nada a medias. Si iniciamos un asunto, lo terminamos cueste lo que cueste. Estamos tan bien informados que incluso sabemos lo que dice la gente mientras duerme. Mis confidentes están en todas partes. En la sacristía de la iglesia. En la sala de juegos de la escuela maternal. No me importa la clase de tipos que trabajen para mí, con tal de que trabajen. Lo mismo echo mano de un general que de prostitutas y chulos. Me encuentro con los unos en los salones y con los otros en los lavabos de las tascas de mala muerte. En el espacio de quince días, examinaré tan a fondo su vida, teniente, que hasta sabré decirle el color de su primer chupete.

El teniente Ohlsen quiso interrumpirle, pero Bielert levantó una mano para hacerle callar.

—Un instante. Ya tendrá ocasión de explicarse. Por ejemplo, sabemos ya que ha hablado con sus hombres de alta traición, de sabotaje y de deserción. Ha ultrajado

usted al Führer, ha aludido a literatura prohibida, en especial al repugnante *Sin novedad en el frente*, del que ha citado varios párrafos. Puede incluir todo esto en el apartado 91. Su esposa hará otras declaraciones. Confiese y habremos terminado dentro de una hora. Desaparecerá usted en los calabozos de la guarnición, donde podrá tranquilizarse rápidamente. Dentro de un mes, aproximadamente, se presentará ante el Consejo de Guerra, que estimará su estupidez en seis u ocho semanas en Torgau, tras de lo cual será degradado y convertido en soldado raso. El asunto quedará zanjado y usted comprenderá que, en lo sucesivo, es conveniente que vigile sus palabras.

—¿Me garantiza usted que no me ocurrirá nada más? He oído decir que habían ejecutado a algunas personas por delitos menos importantes que éste.

—¡Se dicen tantas cosas...! —repuso Paul Bielert—. Pero yo no soy un juez y no puedo garantizarle nada. Aunque tengo bastante experiencia sobre lo que les ocurre a los tipos como usted. Todo juicio dictado debe sernos sometido, y podemos modificar los juicios que no nos satisfacen. Si el juez se ha mostrado exageradamente blando, tenemos lo que llamamos los campos de seguridad, donde condenamos, a la vez, al condenado y al juez. Podemos transformar una condena a muerte en liberación inmediata. —Sonrió—. Todo depende del deseo de colaboración, mi teniente. La colaboración nos interesa siempre. Tal vez le gustase trabajar con nosotros. Me interesa especialmente cierta información sobre su comandante, el coronel Hinka. También tiene en su Regimiento al capitán de Caballería Brockmann, que se las da de hombre ingenioso. Facilítame información sobre esos dos hombres. Sobre todo, me interesa el capitán de Caballería. Me gustaría ver su cabeza en el tajo. Ha vendido artículos alimenticios del Ejército en el mercado negro. No me desagradaría conocer el nombre del comprador. Pero terminemos antes con su asunto. Confiese, cumpla su condena en Torgau y al cabo de tres semanas, iré a buscarle para reexpedirle a su Regimiento, como teniente. Todo de manera que les parezca normal a sus camaradas. Pronto podrá demostrar que lamenta su estúpida conducta. Pero nosotros no obligamos a nadie a colaborar. Usted mismo ha de decidirlo.

El teniente Ohlsen se agitaba en su silla. Miró durante mucho rato al consejero criminal, terriblemente pálido, que ocultaba los ojos tras unas grandes gafas oscuras. Ohlsen tenía la impresión de estar sentado frente al diablo. Las gafas negras convertían a Bielert en un ser anónimo. Solamente la voz era personal. Un torrente de palabras malévolas.

—Señor consejero criminal, rechazo con firmeza sus acusaciones, y por lo que respecta a la colaboración, conozco mi deber de ciudadano del Tercer Reich: comunicar inmediatamente cualquier sospecha de pensamientos o palabras dirigidos contra el Estado.

Bielert se echó a reír.

—No se embale demasiado. No soy tonto. ¿No comprende lo que busco? Usted no me interesa. A quien quiero es a un miembro de su familia. Me contentaré con uno sólo. Podría detener a toda la familia, si quisiera, pero no lo haré. Sólo precisamos un miembro de cada familia del país. Es una necesidad.

El teniente Ohlsen se puso rígido.

—No acabo de entenderle, señor Bielert. No veo qué relación tiene mi caso con mi familia.

Bielert hojeó unos papeles que tenía delante. Arrojó la colilla de su cigarro por la ventana abierta.

—¿Qué me diría si empezáramos por disponer una orden de detención contra su padre? El 2 de abril de 1941, a las 11,19 horas, discutía de política con dos amigos. En el transcurso de la conversación dijo que había dejado de creer en una victoria nazi, que consideraba al Estado como un gigante con pies de barro. Estas palabras no parecen muy graves, mi teniente, pero cuando las hayamos arreglado un poco, quedará usted sorprendido. No será sólo el apartado 91. Su hermano Hugo que sirve en el 31.º Regimiento Blindado, en Bamberg, ha expresado una opinión a la que podríamos calificar de extraña, sobre las estadísticas del Tercer Reich. También podría enviar una invitación a su madre o a su hermana. Fijémonos por un momento en su hermana. —Se recostó en la silla y ojeó unos documentos—. Es enfermera en un hospital militar del Ejército del Aire, en Italia. Durante su servicio en un barco hospital, en Nápoles, el 14 de septiembre de 1941, afirmó que maldecía la locura que Hitler había implantado. Sólo él era responsable de los sufrimientos de los heridos. Apartado 91, señor teniente. Como ve, lo sabemos todo. Ni un ciudadano, ni un prisionero puedo hacer o decir algo sin que lo sepamos. Escuchamos de día y de noche. Nuestros ojos penetran hasta en los ataúdes de los cementerios.

Dejó caer ruidosamente una mano sobre el montón de documentos.

—Tengo aquí un caso contra un alto funcionario del Ministerio de Propaganda. El muy imbécil se ha desahogado en presencia de su amante. Cuando le haya hablado de sus escapadas a Hamburgo, estará dispuesto a colaborar. Me gustaría muchísimo poner un poco de orden en el Ministerio del doctor Goebbels. Dos de mis hombres han salido hacia Berlín para entregar a ese burócrata del Ministerio de Propaganda una invitación para que venga a conversar conmigo.

Bielert se rió de buena gana, enderezó su corbata de color gris pálido, se quitó un poco de ceniza que tenía en el traje negro.

—Es ridículo. La gente se queja siempre de que nunca sale. Pero cuando les envío una invitación para sostener una conversación íntima, no les gusta en absoluto. Y, sin embargo, tenemos la mesa dispuesta las veinticuatro horas del día. Todos son bien venidos. Y sabemos escuchar. Esto es muy apreciable en sociedad.

—Tiene usted un curioso sentido del humor —no pudo dejar de comentar el

teniente Olhsen.

Paul Bielert le miró con sus ojos, fríos como el hielo en una noche de invierno.

—El humor no me interesa. Soy el jefe de la sección ejecutiva de la policía secreta. No nos gustan las bromas. Cumplimos nuestro deber. Nuestra vida es el servicio. La seguridad del país descansa en nosotros. Liquidamos a cualquier persona que no sepa vivir en nuestra sociedad. Firme la declaración y dejaré tranquilo al resto de su impertinente familia. Era la idea de Reinhard Heydrich. Espere a que hayamos ganado la guerra y verá cómo toda la población de Europa saludan a los oficiales SS con una profunda reverencia. Hace unos meses, estuve en el Japón, donde vi a holandeses e ingleses inclinarse humildemente ante un teniente de Infantería.

Se arrellanó en el butacón acolchado y apoyó la cabeza en sus manos afiladas. En el brazo del sillón estaba esculpido el emblema de las SS, la calavera.

El teniente, Olhsen se estremeció. Sólo faltaban unos cuervos para que pareciera el trono del diablo o el de una bruja. Miró por la ventana. La sirena de un barco silbaba en el Elba. Dos palomas se arrullaban amorosamente en la cornisa, y la bandera roja con la cruz gamada ondeaba sobre el puesto. Un emblema que había nacido con sangre.

Dos gaviotas gritaban, disputándose un pedazo de carne. A Olhsen habían dejado de gustarle las gaviotas el día en que, después de ser torpedeado en el Mediterráneo, había visto cómo reventaban los ojos del comandante, que estaba medio muerto. Los cuervos y los buitres, e incluso las ratas y las hienas, esperaban a que la víctima hubiese muerto. Pero las gaviotas no tenían paciencia. Picoteaban los ojos, los extraían en cuanto la víctima ya no podía defenderse. Las gaviotas representaban a sus ojos, la Gestapo de los pájaros.

Miró a *el Bello Paul*, con su cuidado traje negro, y, de repente, comprendió que la Gestapo de los pájaros era caritativa en comparación con la de los hombres.

Cogió la declaración y la firmó, apático. Ya todo le era igual. ¡Había dicho tantas cosas sobre el Führer...! Cosas peores que las que estaban anotadas en aquel papel. El que le había denunciado no tenía una memoria infalible. ¡Si por lo menos pudiera averiguar quién era el soplón y enviar un mensaje al legionario y a Porta...! Se regocijó al pensar en lo que le ocurriría a aquel tipo. Ni siquiera un general de Brigada podría escapar. Porta se había cargado a muchos tipos. Siempre llevaba un bolsillo lleno de cartuchos con entalladuras. Era con uno de éstos que mató al capitán Meyer y a Brandt, miembro de la Gestapo, destinado un día a la Compañía, bajo el disfraz de cabo. Pero el legionario había descubierto la insignia ovalada de la Policía. Al regresar del próximo reconocimiento, el cabo Brandt fue declarado desaparecido. Cuando la patrulla hubo roto filas, Porta dijo lo suficientemente fuerte para que todo el mundo le oyera: «Dios es bueno. Me ha dado un ojo seguro y un dedo acostumbrado a apretar el gatillo. Coloca frente a mí unos blancos interesantes. Sabe

dónde se oculta el diablo».

Después, se había vuelto hacia *Hermanito*, y había añadido:

—Será mejor que vayamos a ver al capellán, a confesarnos. Ahora, el viejo jefe de Batallón, Stuber, pasaría a ser, sin duda, jefe de la 51.^a. Le faltaba estatura para mandar a aquellos muchachos; ni sospechaba lo que eran. Pero estaba obligado a aceptar un mando en el frente. Necesitaba el suplemento de paga para satisfacer a su esposa, llena de ambiciones. Quería muebles bonitos, alfombras caras. No podía ser menos que la mujer del comandante. Quería una criada como la mujer del comandante de la guarnición. Y le gustaba mucho recibir.

El jefe del Batallón, Stuber, había suplicado al coronel Hinka que le concediese un mando en el frente. El coronel había contestado con evasivas. Sabía que Stuber no era apto para el servicio en el frente. Pero, por último, exasperado, lo había prometido. Y ahora la 51.^a Compañía era libre. La compañía más dura de todo el Ejército alemán. La llamaban «la Compañía del diablo». Todo el Cuerpo de oficiales conocía a los tiradores escogidos de la Compañía: Porta, el legionario, *Barcelona* y *Hermanito*. También conocía a los lanzadores de granadas, Steiner, Julius Heide y Sven, que alcanzaban el blanco a ochenta metros de distancia. A aquellos hombres les era muy fácil liquidar a un indeseable. Había ocurrido ya muchas veces, sin que nadie hubiese podido demostrarlo. Asesinato, decían algunos. Defensa propia, aseguraban otros. El legionario había dicho una vez:

—Participamos en una guerra en la que sólo luchamos por nuestra propia vida. Matamos y maltratamos a hombres de otras naciones contra los que no tenemos nada, camaradas como los nuestros. El enemigo está entre los nuestros.

Nadie había contestado. Lo que había dicho era tan cierto, tan absurdo...

El consejero criminal Paul Bielert cogió el documento firmado, ofreció uno de sus cigarros brasileños al teniente Ohlsen, y dijo secamente:

—Bueno, ya está hecho.

El teniente Ohlsen no contestó. Ya no había gran cosa que decir. Hubiese podido retrasar el asunto, negar; pero el resultado final hubiese sido el mismo. Para la Gestapo, lo único que contaba era la confesión y el juicio.

Diez minutos más tarde, dos SD *Unterscharführer* entraron en el despacho. Uno de ellos apoyó pesadamente una mano en el hombro del teniente Ohlsen, y dijo con voz alegre:

—Vamos a dar un paseíto en automóvil, mi teniente, y os gustaría que nos acompañara.

Se reían. Aquel SD *Unterscharführer* siempre decía: «No hay que ser brutal si se puede ser amable». Tiempo atrás cuando su Sección había sido designada como pelotón de ejecución, había dicho a una mujer doctora mientras le anudaba una venda sobre los ojos:

—Sólo le pongo una cortina delante de los faros, querida señora, porque no todo es agradable de ver. Imagine que jugamos a la gallina ciega.

Todo el pelotón se retorció de risa. Desde aquel día, llamaban a las ejecuciones «la gallina ciega».

El *Unterscharführer* Bock era así. Ahora estaba sentado junto al chófer, y explicaba, como un guía, todo lo que veía. Pasaban por la Mönckebergstrasse, atravesaban la plaza Adolph Hitler. A causa de los bombardeos se veían obligados a dar un rodeo y pasar por el Alster, donde cruzaron ante el hotel «Vier Jahreszeiten». Allí, Bock sintió la necesidad de decir:

—Todos esos hijos de papá se lo están pasando bomba, en espera de que perdamos la guerra; pero pronto iremos a desenmascararlos.

Después atravesaron Gansemarkat, cogieron por la Zeughausallee y bordearon la Reeperbahn. Estaba lleno de gente alegre que iba de una tasca a la otra.

—Si no tuviéramos tanta prisa —dijo Bock— habríamos podido soplarnos una botella de cerveza.

En la Kleine Maria Strasse había una larga cola.

—Acabamos de instalar veinte putas nuevas —explicó Bock—. Parece que esta pandilla de toros quiere probarlas. Y aún hay quien dice que en el Tercer Reich no hay servicios organizados. Mi teniente, ¿ha reflexionado alguna vez en lo que representa exactamente el nacionalsocialismo?

Como el teniente Ohlsen no respondiera a esta pregunta de máxima actualidad, el otro prosiguió:

—La mejor forma de comunismo.

—¿Cómo se las arregla para llegar a esta conclusión? —preguntó el teniente Ohlsen, sorprendido.

Bock se rió, halagado.

—Somos nacionalcomunistas que quieren convertir a todas las demás naciones en países alemanes, a condición, desde luego, de que sus habitantes tengan la nariz recta. En Rusia, evidentemente, también son comunistas, pero no se interesan en convertir en rusos a los demás. Te pegan un coscorrón y después te dicen: «Ahora eres bolchevique, y lo que yo pienso lo pensarás tú también». Nosotros dejamos tranquilos a los hombres con sotana, no les obligamos a llevar la cruz gamada. En Rusia, les ahorcan. En el fondo, hay ciertas cosas que me gustan en los tipos de Moscú. Nosotros somos demasiado blandos. Esa pandilla del Papa amenaza con vencernos. Son más fuertes de lo que pensamos, y si no vigilamos, aún lo serán más. A la gente le gusta el confesionario y todas esas zarandajas. Personalmente, sabré mantenerme apartado.

—¿Tantas cosas tiene sobre la conciencia? —preguntó el teniente Ohlsen con suavidad.

Bock miraba hacia la Königin Allee; la gran iglesia estaba en ruinas.

—No me asusta nada. Solamente he obedecido, y seguiré haciéndolo. Y me importa un bledo quién me da las órdenes.

—Hablas demasiado —gruñó el chófer—. Lo que has dicho sobre el comunismo no está bien.

—¿Acaso no es cierto? —protestó Bock.

—No lo sé. Solamente soy un *Unterscharführer*, y esto me basta.

Se detuvieron ante el edificio del Estado Mayor, y entraron lentamente, en primera, después de atravesar la cancela. La puerta chirrió. Hacía mucho tiempo que no la habían engrasado.

—¿De dónde y adonde? —preguntó el centinela, asomando la cabeza por la portezuela.

—Gestapo IV-2-a, Stadthausbrücke, 8 —ladró el chófer—. Transporte a la cárcel de la guarnición.

—La orden de ruta —pidió el centinela.

Verificó las tres personas, examinó un momento al teniente Ohlsen. «Estás listo —pensó—. Es tu último paseo sobre almohadones blandos. La próxima vez, irás en carreta, con doce hombres». Se colocó ante el vehículo, para controlar la matrícula. Saludó resueltamente al oficial prisionero.

El gran «Mercedes» siguió adelante por el cuartel. Un letrero indicaba la velocidad: tope máximo, 20 kilómetros por hora.

El teniente Ohlsen se fijó en un grupo de oficiales con guerreras blancas que ascendían por la ancha escalinata que llevaba al casino. Conocía el casino de los oficiales del cuartel de Caballería, el mejor de toda la región militar.

El automóvil avanzaba lentamente por la gran plaza de armas, donde millares de reclutas, dragones y ulanos habían levantado ingentes cantidades de polvo desde que el emperador había inaugurado el cuartel, en 1896. Borearon las cuadras, que servían de garajes y almacenes. Hacía tiempo que los fogosos caballos habían desaparecido.

Después, se detuvieron bruscamente ante la cárcel de la guarnición.

—Ya hemos llegado —dijo Bock, riendo satisfecho—. Un baño refrescante y una cama calentita esperan en cada habitación individual. Aquí la divisa es: todo para el cliente. Todas las puertas están cerradas para que no se cuele ningún fantasma.

—¡Cuántas tonterías dices! —gruñó el chófer.

—Pero yo no soy ladrón —replicó Bock, riendo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el chófer, entornando sus astutos ojillos.

—Prueba de adivinarlo por tres veces —repuso Bock, con una expresiva sonrisa.

El chófer murmuró unas frases incomprensibles.

Dentro de la cárcel, sonó una campana. Se oyó el ruido de unas botas claveteadas.

Unas llaves tintinearono siniestramente.

Un *Obergefreiter* de Caballería abrió la portezuela de hierro.

—Entrega de un detenido preventivo del 27.º Regimiento Blindado, por la Gestapo IV-2-a, Hamburgo —ladró el *Unterscharführer* Bock.

El *Obergefreiter* movió la cabeza sin decir palabra y firmó el recibo del teniente Ohlsen, como si se tratara de un objeto cualquiera.

—¿Es un candidato al hacha? —preguntó cuando devolvió los recibos firmados.

—Nunca se sabe —replicó Bock, riendo.

Tres brazos se levantaron para saludar. Después, Bock y el *Obergefreiter* se estrecharon la mano mientras decían «¡mierda!».

El teniente Ohlsen quedaba completamente aparte. Estaba vivo y, sin embargo, había muerto ya.

—¡De frente, marchen! —ordenó el cabo primero—. Segundo a la izquierda. ¡Al paso! Uno, dos, uno, dos. ¿Nunca ha hecho la instrucción? Dos a la izquierda, adelante. ¡Alto! ¡Derecha!

Abrió una puerta y ordenó al teniente Ohlsen que entrara en una oficina, donde un *Stabsfeldwebel* de Artillería estaba instalado tras un escritorio de madera de pino. Era un tipo musculoso, calvo, de aspecto malévol. En su pecho colgaban las Cruces de Hierro de primera y de segunda clase.

El *Stabsfeldwebel* se lo tomó con calma. Examinó con lentitud los papeles del teniente Ohlsen. Como un gorila cansado, se puso en pie frente a él. Entornaba sus ojillos amarillentos. Las cejas, de color castaño claro, le hacían parecerse a un cerdo. En el cuartel le llamaban *el Verraco*.

Enarcó una ceja, se lamió los labios, eliminó un pedacito de carne de entre los dientes y se balanceó para hacer crujir sus altas botas de Artillería.

—Criminal de Estado —dijo—. Criminal de Estado. —Mostraba un tono despectivo—. No ha birlado nada. Lamentable, muy lamentable. Los verdaderos criminales son preferibles a vosotros, los del apartado 91. Se puede confiar en los verdes, pero no en vosotros, los rojos. Incluso prefiero a los amarillos. Se pasan el día pegados a la Biblia, es cierto, pero acaban por capitular. No son idiotas como vosotros, los rojos. Vosotros lucháis contra molinos de viento. Tratad de meteros esto en vuestras cabezotas. Escuche bien, prisionero: vacíe los bolsillos y no se olvide de los escondrijos secretos. Abra el agujero del culo y ponga todas sus cosas aquí, sobre mi mesa. De derecha a izquierda, y en línea recta, señor. Utilice el borde de la mesa como regla. Dos dedos entre cada objeto. El encendedor y las cerillas, a la derecha. El dinero, en el extremo izquierdo. Y a toda prisa, que estamos en guerra y no tenemos tiempo que perder con los criminales de Estado.

El teniente Ohlsen contemplaba todos sus bienes sobre la mesa del *Stabsfeldwebel*: encendedor, estilográfica, reloj, pipa, agenda y todo lo que un hombre suele llevar en

los bolsillos. Completamente a la izquierda, 32 marcos y 67 pfennigs. Lamentaba no haber enviado este dinero a su hijo, en el campo.

Todos los objetos fueron anotados concienzudamente en el inventario. Ataron una etiqueta a cada artículo, lo que para ciertos objetos, como la lima de las uñas y el encendedor, ofrecía bastantes dificultades.

—¿A quién se le ocurre ir por el mundo con esas cosas? —rezongó *el Verraco*, mientras trataba de atarlas.

Por último, vio la estrella roja sobre la cartera del teniente Ohlsen. La escarapela de un comisario ruso: un recuerdo de Kharkov.

—No puede conservar esas cosas —decidió *el Verraco*.

Y arrancó la estrella roja, la echó al suelo y la pisoteó.

Incluso las pesadas espuelas de sus botas parecían tintinear llenas de ardor mientras procedía a la destrucción.

—Se lucha contra ellos y sé les aniquila.

Al *Artilleriestabsfelwebel* Stahlschmidt le gustaba su trabajo. Sabía que le llamaban *el Verraco*, pero nadie se había atrevido a decírselo cara a cara. ¡Qué Dios y el diablo protegieran a quien lo hiciese! Llevaba casi quince años en la cárcel de la guarnición de Altona. Varias cintitas de colores colgaban de su pecho: la Medalla al Mérito y recompensas por servicios prestados en la prisión. Durante la Primera Guerra Mundial había sido herido ligeramente en la batalla del Soma. Un granadero británico le había clavado un pedacito de bayoneta en el muslo izquierdo. El grito que lanzó *el Verraco* se había oído a kilómetros de distancia. Durante la convalecencia había conseguido obtener el cargo de ayudante de la prisión de campaña de la 31.^a División de Infantería, en Mons. Más tarde, se las había arreglado para permanecer en el servicio de las prisiones militares. Después de haber servido varios meses como soldado a las órdenes del *Freikorpsgeneral* Von Lüttwitz, en 1920 había pasado a ser ayudante en la prisión civil de Hannover. Esta vida civil sólo había durado nueve meses. Luego, había entrado en la Reichswehr. Se había encontrado como pez en el agua en medio de aquel ejército de cien mil hombres, donde se llevaron a cabo las maquinaciones susceptibles de dar paso a Hitler. Sin aquel ejército, a los nazis les hubiera sido imposible crear la Wehrmacht.

La Reichswehr ha hecho todo lo posible para demostrar su inocencia. Nunca lo consiguió. Nombraron a *el Verraco* jefe de la cárcel de la guarnición de Celle, una cárcel pequeña y simpática. Allí asesinó a su primer prisionero. Fue algo torpe y, el asunto estuvo a punto de terminar mal. La manera como había conseguido salvar la piel seguía siendo un enigma. Un teniente se había interesado de manera especial en aquel caso. Pero, hecho curioso, aquel mismo teniente murió accidentalmente en el camino que conducía al cuartel de Bergen, frente al lugar donde, años más tarde, se instaló un campo de concentración.

Tres años después, *el Verraco* había sido ascendido a *Oberfeldwebel* y se había instalado en la cárcel de la guarnición Hamburgo-Altona. La Wehrmacht de Hitler le había sacado de allí. Representaba para ella una preciosa herencia, extremadamente útil, de la arrogante Reichswehr, que podía enorgullecerse de otros personajes, tales como los mariscales Paulus y Keitel, sin olvidar al SS *Obergruppenführer* Berger, comandante de la Sección SS de trabajadores civiles, compuesta de prisioneros Kz [30]. *El Verraco* se había convertido en *Hauptfeldwebel* y se sentía todopoderoso.

En 1940, la Wehrmacht le había ascendido a *Stabsfeldwebel*, el grado mas alto a que podía llegar. *El Verraco* permanecía sentado al fondo de su cárcel, como una araña que acecha a sus presas. Apenas salía. Algunos aseguraban que temía encontrarse con antiguos prisioneros. Otros, que si veía el sol se moría. Sentía un odio feroz hacia todos los oficiales. Ese odio provenía de que un día del mes de agosto de 1940, al asomar de su escondrijo, había tropezado con un teniente de diecinueve años que no había quedado satisfecho de su saludo. El joven había hecho pasar al *Stabsfeldwebel* de cincuenta y dos años por todos los obstáculos del terreno de entrenamientos, hasta perder ocho kilos y medio.

El Verraco había jurado vengarse con todos los oficiales eme cayeran en sus garras, y cumplía su promesa.

Ahora, el teniente Ohlsen permanecía erguido ante *el Verraco*, a su merced. Todas sus pertenencias habían sido registradas y colocadas dentro de la bolsita blanca que se colgaría de un clavo, en la parte exterior de la puerta de su celda.

Se pasó a la indumentaria. Era el momento que *el Verraco* prefería. Hizo chasquear la lengua, gruñó de satisfacción, se secó las manos húmedas en sus pantalones de montar. Con los ojillos entornados observaba fijamente al teniente Ohlsen y decidió que era un flojo que no se atrevería a protestar. Mas, por otra parte, nunca se sabía. Había que tener habilidad para provocar los incidentes. Lo esencial era conseguir que el prisionero empezara a gritar; después, era sencillo hacerle perder la calma hasta el punto de que empezara a golpear. Entonces, *el Verraco* podía pasar a la contraofensiva. El *Obergefreiter* Stever era un testigo complaciente. Permanecía en pie ante la puerta, como una roca humana capaz de impedir cualquier tentativa de fuga. *El Verraco* se golpeó las botas con una fusta larga y delgada; estaba pensativo. Tiempo atrás se las había visto con un coronel idiota del 123.º Regimiento de Infantería, acusado de sabotaje en el mando, que se había vuelto completamente histérico al tener que separarse de sus cosas. Aullaba y gritaba, amenazaba y blasfemaba, como le corresponde a un coronel.

El Verraco se le había reído en las narices, y había dicho:

—Usted es coronel y comandante de Regimiento. Está lleno de medallas y de quincallería. Tiene un nombre distinguido, procede de la antigua nobleza. Lo sabemos. Pero también es un pedazo de mierda que está fuera de la ley. Si vive lo

suficiente, mi coronel, será ejecutado, fusilado por doce tiradores escogidos, y esto, aunque su sangre sea tan azul como el Mediterráneo. Pero tengo el presentimiento de que no vivirá hasta entonces. Estoy seguro de que le recogerán como un montón de basura en uno de nuestros calabozos, para arrojarlo después el estercolero, desde donde le esparcirán como abono en un campo de patatas. Si algún día supiera qué parte del campo ha abonado usted, compraría las patatas y me las comería.

Entonces, el coronel estalló.

El *Obergefreiter* Stever lo empujó por la espalda de modo que el coronel cayó sobre *el Verraco*, quien inmediatamente le largó un puñetazo en el estómago, al tiempo que gritaba:

—¡Maldita sea! ¿Se atreve a atacar a un funcionario en servicio?

El coronel brincó por los aires como una granada de 75 milímetros. Consiguió huir al pasillo, galopando con la camisa flotante sobre sus delgadas piernas. No pudo pasar de la reja, a la que se encaramó. Colgaba de ella como un mono, junto al techo, y pedía socorro. Invocaba alternativamente a la Policía y al buen Dios, pero nadie acudió. En cambio, llegaron *el Verraco* y Stever. Le hicieron bajar y lo arreglaron tan bien que consiguieron preferible cerrarle definitivamente la boca. Le mataron de un pistoletazo y lo dispusieron todo para que pareciera un suicidio. Sin embargo, el coronel había suplicado que se le perdonara la vida.

El Buitre (el suboficial Greinert) lo sujetaba mientras el *Obergefreiter* Stever le obligaba a coger la pistola y a apretar el gatillo. El coronel no había dejado de llorar. Daba su palabra de honor de que no diría nada sobre lo ocurrido si le dejaban con vida. Les ofrecía dinero, mucho dinero. *El Verraco* aún se reía al recordarlo.

¡Poco había faltado para que les ofreciera, además, su mujer y sus hijas!

Después de haberle matado, enviaron un parte al comisario auditor del X Ejército. A Stever estuvo a punto de atragantársele la cerveza, cuando leyó el informe de *el Verraco*:

INFORME

La Cárcel de Guarnición X/76 ID/233.

Hamburgo-Altona.

28 de agosto de 1941.

Al Comandante General del X Ejército. Hamburgo-Altona.

El detenido, coronel Herbert von Hakenau, se ha apoderado hoy, durante el

paseo cotidiano, de la pistola del Obergefreiter de servicio, Egon Stever. Obergefreiter del 3.º Regimiento de Caballería. Pese a una intervención inmediata, el detenido ha conseguido apuntar la pistola contra su sien derecha y pegarse un balazo morid. El cuerpo ha sido retirado inmediatamente y depositado en su celda, iras de lo cual se ha llamado al médico.

M. STAHLSCHMIDT.
Haupt-un Stabsfeldwebel.

Habían enviado a buscar un médico para obtener un certificado de defunción. Acudió un médico aspirante, un idiota que no entendía nada. Empujó con la bota izquierda el delgado cuerpo del coronel y le pidió a Stever que le tomara el pulso.

—Está muerto, mi teniente —anunció Stever.

—Eso parece —contestó el aspirante, mientras cogía la estilográfica que *el Verraco* le alargaba.

Con gran alivio de todo el mundo, firmó el certificado de defunción. Como causa de la muerte indicaba suicidio por disparo en la sien derecha. Cráneo roto. Muerte inmediata.

Enterraron al coronel en el cementerio de los criminales. La Gestapo cuidó de ello. Se dio un número a su tumba. Se escribió la palabra «secreto» en todos sus documentos, y se les hizo desaparecer en el gran expediente llamado «gekados». Nadie sería ya capaz de localizar su tumba.

El Verraco descartó estos divertidos pensamientos, se volvió hacia el teniente Ohlsen, y ordenó:

—Quítese la ropa, prisionero. Póngala en dos sillas: la exterior, a la derecha; la interior, a la izquierda. Las botas entre las dos sillas. Orden, por favor.

Acechó un momento al teniente Ohlsen. Con gran decepción por su parte, éste no reaccionó. Aquel teniente de Tanques era un imbécil. No serviría como diversión. Asunto rutinario. Mortalmente aburrido. Permanecería en su celda, sería interrogado, se ceñiría al reglamento. Los tipos del tribunal vendrían a verle y ensuciarían diez páginas con sus tonterías. Una pérdida de tiempo. Lo mismo ocurriría con la sentencia. Con o sin proceso. Con mucha probabilidad, la pena de muerte. Vendrían a buscarle una mañana, hacia las siete. Doce hombres de la guardia. Tipos apuestos, con botas bien lustradas y equipos relucientes. Bromearían para disimular su nerviosismo. Todos querían dárseles de duros, pero se ensuciaban en los calzones de puro miedo. Le cargarían en la carreta de Bremen. Al llegar allí, le sujetarían a un poste, le colgarían un cartón blanco en el pecho. Y un nuevo prisionero ocuparía inmediatamente su calabozo.

El teniente Ohlsen se desvistió con la paciencia de un ángel. *El Verraco* pensó que sería mejor que dijera algo para hacerle ir más de prisa.

—No crea que está en su casa, donde puede emplear varias horas en desnudarse. ¡Vamos, un poco más de rapidez!

Ni siquiera esto consiguió excitar al teniente. *El Verraco* mostró sus dientes amarillos en una sonrisa maligna y pensó para sí: «Espera que te presente al comandante, y ya verás si estás en forma». Nadie había salido nunca del despacho del comandante sin haber recibido varios porrazos. Miró al prisionero desnudo que tenía delante y, sonriendo, realizó otra tentativa de provocación.

—Prisionero, es usted un montón de mierda. Si pudiera verse en un espejo, se tendría asco. Sin uniforme ni medallas es un cero a la izquierda. Un mico con las rodillas huesudas y los pies vueltos hacia dentro. El más miserable de los reclutas es un valeroso guerrero comparado con usted.

Después de guiñarle un ojo al *Obergefreiter* Stever, dio varias vueltas alrededor del teniente Ohlsen. Parecía un tanque moviéndose sobre el pavimento. *El Verraco* estaba orgulloso de su manera de andar.

—Prisionero, diez flexiones de las piernas, los brazos extendidos. Hemos de asegurarnos de que no ha ocultado nada en algún escondrijo indecente. Las palmas de las manos en el suelo, las rodillas extendidas, inclínase hacia delante. Stever, compruebe el agujero del culo.

El *Obergefreiter* Stever se echó a reír y fingió que lo hacía; después, dio un puntapié al teniente Ohlsen. El oficial cayó hacia delante, pero sin ni siquiera rozarle, con gran pesar de *el Verraco*. Si hubiera ocurrido esto, *el Verraco* hubiese podido darle un buen puntapié en la cara, so pretexto de que el prisionero le había atacado.

Aproximadamente un mes antes, Stever pegó tal patada a un *Feldwebel* que, al caer, derribó también a *el Verraco*. Le habían roto tres costillas entre los dos. A continuación, se lo habían entregado a *el Buitre*, quien, después de dejarlo en el suelo del calabozo, había saltado sobre su vientre desde encima de la mesa. El *Feldwebel* había gritado durante un cuarto de hora largo. Había gritado tanto que despertó a toda la prisión. En aquel momento, había dos locos en el calabozo número 7. Eran dos *Gefreiter* del 9.º Regimiento de Artillería. No se sabía con exactitud cómo se habían vuelto locos. Se decía que dos suboficiales habían rebasado un poco los límites de las sanciones disciplinarias. A los dos suboficiales les cambiaron simplemente de Regimiento. Pusieron al maltrecho *Feldwebel* en el mismo calabozo que los dos locos, entregaron una tabla de la cama a cada uno de ellos y les ordenaron que le pegaran. Los locos se habían echado a reír y habían empezado a golpear al pobre diablo. También él acabó volviéndose loco. Tiempo después, tuvo derecho a una inyección, en calidad de enfermo incurable. También los dos *Gefreiter* de Artillería, pero aquello no concernía a la cárcel. Era la Sección del doctor Werner Heyde.

El Verraco sonrió, satisfecho. Sabía lo que hacía. En la cárcel, era él quien lo decidía todo. El comandante acudía de vez en cuando a realizar una inspección, pero aquello carecía de importancia. El comandante Rottenhausen callaría. Una investigación a fondo sólo serviría para crearle problemas, con la consecuencia inmediata de su envío al frente del Este. Un nombre en su sano juicio no corta la rama en que está sentado.

—Debe colocar los tirantes y el cinturón en la bolsa —gruñó, indicando el saquito blanco—. Aquí no queremos suicidios. Le encantaría burlar al Tribunal Militar, ¿eh? Dejar sin trabajo a todos nuestros jueces y procuradores militares. ¡Ah, no, prisionero! Procuramos que nuestros clientes no se pierdan nada. Instrucción previa, espera y juicio y, para terminar, lo mejor: las penitenciarías de Torgau o de Glatz. Espero que vaya a Glatz. Allí está el coronel Remlinger. Sabe cómo tratar a un tipo como usted. Allí hay una disciplina que haría palidecer incluso al viejo Fritz ^[31]. Miden con un centímetro si hay la distancia reglamentaria entre las puntas de los pies, cuando están firmes, cada milímetro de diferencia cuesta veinte bastonazos en la espalda. Allí quebrantan a los héroes más duros. Allí hacen bajar las escaleras, desde el cuarto piso, apoyados sólo con las manos. He oído decir que tres prisioneros libertados, uno de los cuales estaba paralítico cuando fue a Glatz, han encontrado trabajo como acróbatas en un circo de fama mundial. Pero, al fin y al cabo, ni siquiera es seguro que vaya usted allí, mi teniente. Tal vez le decapiten. ¿Quién sabe? Quizás *el Bello Paul* desee verle bajo el gran cuchillo. Resulta desagradable. Yo prefiero el poste en los terrenos de Luneburgo.

El Verraco se acarició la nuca pensativamente.

—Sólo lo vi una vez y tuve bastante. Pero, apresúrese, prisionero, vístase a toda prisa. Aquí no toleramos a los perezosos. Recuérdele, teniente. Parece usted a punto de dormirse. ¿Piensa, tal vez, que el *Obergefreiter* Stever le explicará un cuento de Andersen? ¿*El patito feo*, por ejemplo?

Stever contuvo una risotada.

El teniente Ohlsen se vistió a toda prisa. Ahora que le habían quitado el cinturón, se veía obligado a sostener el pantalón con las manos.

—Aquí debe abrocharse el cuello —ordenó *el Verraco*—. La corbata está prohibida. No hacemos las cosas a medias.

El teniente Ohlsen dobló silenciosamente las anchas solapas sobre su pecho, abrochó la de encima en el botón de la hombrera y sujetó el cuello de la guerrera.

El Verraco asintió con la cabeza.

—Ya verá, acabaremos por conseguir algo de usted. Muchos oficiales han vuelto a ser verdaderos soldados gracias a nosotros. ¡Levante los brazos! ¡Salte con los pies! ¡Uno, dos, tres!

El teniente Ohlsen saltaba, impasible, y parecía completamente indiferente.

El Verraco se turbó. «Debe de estar loco», pensó. Nunca había visto a un oficial que soportara todo aquello. La mayor parte de ellos estallaban en el momento del registro. Los más curtidos resistían hasta los saltos. También Stever estaba sorprendido. No lo comprendía. Aquel teniente debía de ser de madera.

—Boca abajo —ordenó *el Verraco*—. Treinta vueltas sobre el ombligo.

El teniente Ohlsen obedeció. El teniente Ohlsen dio treinta vueltas sobre sí mismo.

El Verraco le pisó los dedos. Ohlsen gimió, pero no mucho, ni siquiera cuando le arrancaron una uña. Le dieron un fusil, una pesada arma belga, y en el pasillo, Stever y *el Buitre* le hicieron maniobrar bajo la vigilancia de *el Verraco*.

—De rodillas, preparado —ordenó Stever.

El Buitre dio la vuelta alrededor del prisionero arrodillado para comprobar si su posición era correcta; pero quedaron decepcionados. El teniente Ohlsen sabía hacer el ejercicio.

—¡En pie! —ordenó Stever.

Apenas el teniente Ohlsen se había levantado, con el fusil en posición, la culata pegada al hombro, el codo en ángulo recto, cuando Stever volvió a gritar:

—¡De bruces! —Y casi en el acto—: ¡De rodillas! ¡Apunten! ¡Alineamiento a la derecha! ¡De bruces! ¡Firmes! ¡Descansen! ¡Firmes! ¡Media vuelta! ¡Saltos sin moverse del sitio! ¡Hop! ¡Hop!

Finalmente, *el Buitre* consiguió atrapar al teniente Ohlsen.

—¡Esta sí que es buena! ¡Un oficial que no sabe manejar las armas! ¡Y pretende enseñar a los reclutas! ¡A la derecha y firmes, montón de mierda!

El teniente Ohlsen se tambaleó, pero tan poco que hacía falta un elemento de la calaña de *el Buitre* para notarlo.

—¡Se mueve! —aulló *el Buitre*—. ¡Se mueve en posición de firmes!

El Verraco y Stever se retiraron discretamente a un rincón. No habían visto nada. No sabían nada.

El Buitre se acaloró.

—¡Maldita sea! El miserable tiembla como un perro mojado... ¡en posición de firmes! ¡Una cosa así me saca de quicio! Un oficial que no sabe obedecer. Montón de basura, ¿es que nunca has leído lo que hay escrito en la puerta de la escuela de reclutas? «Obedece primero, ordena después». ¡Mantente erguido, simio! Cuando ordeno «¡firmes!», te conviertes en una estatua, en una piedra, en un poste, en una montaña.

El teniente Ohlsen vaciló por segunda vez. *El Buitre* entornó los ojos, se reajustó la funda de la pistola, tiró de su guerrera, se caló bien la gorra. La gorra de artillero, con los cordones de color sangre.

—¡Maldita sea! —jadeó—. Un sencillo suboficial debe enseñar la disciplina a un

oficial.

Mordiéndose los labios, apuntó la figura del teniente Ohlsen. Después, su puño avanzó rápidamente para alcanzar con un ruido sordo el rostro del prisionero.

El teniente Ohlsen retrocedió unos pasos, pero en seguida recuperó el equilibrio. Volvió a pegar el fusil a su pierna. Se mantenía erguido, derecho como un poste, pese a la sangre que le manaba por la nariz.

El Buitre chilló, despectivamente:

—¿El señor teniente se ha partido el pico? Son cosas que ocurren durante los ejercicios militares. ¡Descansen, viejo chivo! ¡Firmes, pato salvaje!

El Buitre era un diccionario zoológico ambulante. Conocía los más extraños animales fabulosos. Dio lentamente la vuelta al prisionero, que se mantenía erguido, examinó si el extremo de la culata estaba exactamente en la vertical del dedo del pie izquierdo, si el pulgar estaba apoyado en el último anillo.

—¡Vista a la derecha, cretino! ¡Vista al frente!

El Buitre pasó, después, a la guerra de nervios, tal como se practica en todos los Ejércitos del mundo. No hay soldado que no la haya sufrido. Pero *el Buitre* proseguía mucho más allá de los límites admisibles.

Empezó a situarse a unos centímetros del teniente Ohlsen y por mirarlo cara a cara. Después de haberse divertido así unos instantes, se le acercó e intentó hacerle bajar los ojos con su mirada. Al no conseguirlo, empezó a dar vueltas alrededor de Ohlsen. Lentamente y sin hacer ruido. Como un gato que juega con el ratón. Algunos resistían cinco minutos. Los soldados muy adiestrados, diez. Muy pocos, un cuarto de hora.

El teniente Ohlsen aguantó trece minutos Parpadeaba. Le temblaban las rodillas. Se le engarabitaron los dedos.

Era lo que esperaba el experto verdugo. Se había situado detrás del teniente Ohlsen y esperaba, inmóvil. De repente alargó una mano y tocó el fusil, que cayó, produciendo un ruido terrible al chocar contra el suelo.

Fingiendo indignación, *el Buitre* empezó a gritar:

—¡Es lo que faltaba por ver! Este simio se ha vuelto completamente loco. ¡Tirar su fusil al suelo...! Un buen «Máuser» alemán, modelo 08,15. ¡De bruces, rata sarnosa! ¡Adelante a rastras, hombre serpiente! Coge el fusil y lámelo, pero sigue arrastrándote, perro, o te parto los hocicos y te hundo el fusil en el vientre. ¡Arrástrate y lame, aborto del infierno, arrástrate y lame!

Cada vez que el desdichado pasaba ante *el Verraco* y Stever, éstos le pisaban y lo llenaban de improperios. Palabras degradantes, horribles.

A Ohlsen le sangraban las manos. La nariz. Y de su boca manaba un delgado hilo de sangre.

Le dieron unas patadas. Se relevaban para pegarle. Le miraban y se reían.

Después, se enfadaban porque, con su sangre ensuciaba el pulido suelo. Chillaron todos a la vez. Sus ojos relampagueaban bajo la visera de la gorra.

Por último, Ohlsen se derrumbó. Como un globo que se deshinchaba. Ni siquiera los golpes consiguieron nada. Ni siquiera cuando *el Verraco* le manipuló entre las piernas, lo que ocurrió mientras Ohlsen lamía el suelo.

—La sangre es preciosa —había dicho *el Verraco*—. No hay que perderla. Metedle en el número 9 —rezongó por fin.

Y se fue con paso sonoro y firme.

Aquél había sido un buen día. El teniente de Tanques era el cuarto a quien sometían al tratamiento de llegada. Se frotaba las manos de placer. Si algún día pudiera echarle la mano al teniente de Artillería Hans Graf von Breckendorf... Aquel crío infame que le había hecho recorrer el campo de maniobras, a él, el *Haupt-un Stabsfeldwebel* Stahlschmidt, como si fuera un simple recluta. Sentía vértigos al pensar en lo que haría sufrir a aquel reyuezuelo del cañón. Aunque viviera cien años, no lo olvidaría nunca.

Era un sábado por la tarde de un cálido día del mes de julio. *El Verraco* se dirigía a la cantina para tomar una cerveza fresca. La boca se le hacía agua al pensar en ella. Se había desabrochado el cuello y se había echado la gorra hacia atrás.

El teniente de Artillería Graf von Breckendorf, que había sido nombrado teniente la víspera de cumplir diecinueve años, le había detenido ante la cantina. Paseaba montado en un caballo tordo cuando descubrió a *el Verraco*. Galopó hacia el *Stabsfeldwebel* que nada sospechaba, y se detuvo tan cerca de él que la espuma del caballo le manchó el uniforme. Con su larga fusta, señaló el cuello desabrochado, y dijo con tono hiriente:

—Como *Stabsfeldwebel* debiera saber que está prohibido andar con esa indumentaria. —Al mismo tiempo, había dado un golpecito con la fusta en la nariz de *el Verraco*—. Pero tal vez haya olvidado el reglamento debido al tiempo que lleva oculto en nuestra prisión. También ha engordado demasiado, *Stabsfeldwebel*. Necesita ejercicio. ¡Al campo de maniobras! ¡Paso ligero!

El Verraco había corrido junto al caballo, que avanzaba al trote. Desde aquel día, había detestado el olor del cuero impregnado de sudor.

El joven teniente le había hecho franquear todos los obstáculos del campo de maniobras.

El uniforme de *el Verraco* estaba hecho trizas después del paso por las alambradas. Cuando el teniente se hubo cansado del campo de maniobras, había proseguido el ejercicio en el picadero, donde *el Verraco* había sido obligado a avanzar a saltos. Pero esto aún no era bastante para el teniente Von Breckendorf. Había ordenado a *el Verraco* que se presentara al cabo de diez minutos con equipo de campaña y máscara de gas, y después le había obligado a dar treinta y seis vueltas a

la pista del picadero, corriendo junto al caballo. Todo el tiempo *el Verraco* había sentido la punta de la bota del teniente junto a su hombro. Estaba a punto de desmayarse, cuando, por fin, se pudo retirar.

El teniente había dicho, sonriendo:

—Volveremos a vernos, *Stabsfeldwebel*.

El Verraco lo esperaba con todo su corazón. Cada mañana, examinaba febrilmente la documentación de la noche, para ver si había un prisionero llamado Hans Graf von Breckendorf. Apenas podía soportar la decepción cuando no lo encontraba. Formulaba votos para que su deseo se realizara. Ignoraba que Von Breckendorf había muerto, hacía más de un año, en Sebastopol, al frente de su batería.

Ocurrió una mañana, temprano. La batería recibió la orden de cambiar de posición. Debía seguir el avance de la Infantería. El teniente Von Breckendorf montaba aún el mismo caballo tordo. Sacó el sable de la funda, lo agitó sobre su cabeza y, en pie sobre los estribos, gritó a sus hombres, corpulentos y forzudos campesinos de las llanuras sajonas:

—¡Batería, adelante, al galope!

Los conductores fustigaban los caballos, mientras que los artilleros se aferraban al avantrén.

El teniente estaba radiante. Le encantaba aquello. Ya sólo le faltaba aplastar a unos cuantos rusos. Con preferencia, rusos desarmados.

Cayó exactamente como su padre, que había sido capitán de Caballería en el 2.º Regimiento de Húsares y había muerto en septiembre de 1918, en el curso de una acción de Caballería, en Signy-l'Abbaye. También él montaba un caballo tordo, a la cabeza de su escuadrón. Todos los varones de la familia Von Breckendorf eran oficiales de Caballería. Naturalmente, húsares en tiempos del emperador. Pero, desdichadamente, el teniente Ulrich Graf von Breckendorf había sido adscrito a la Artillería, en el 22.º Regimiento. Allí consiguió una fama halagadora gracias a sus hazañas ecuestres. Pero la tradición militar quería que muriese a lomos de un caballo tordo. Aún vivió dos horas y media después de haber sido herido, y comprobó, sorprendido, que morir era infinitamente desagradable. Dejaba un hijo de tres años, a quien se educaba según las tradiciones familiares. Le estaba prohibido llorar a su padre. Cada domingo le llevaban a la iglesia, vestido con el uniforme azul de los húsares, y era saludado respetuosamente por todos los habitantes del poblado, que consideraban a la familia del conde como la representante de Dios en el pueblo. Llamaban al niño «señor conde». El pobre pequeño sudaba como un cerdo asado bajo el casquete de pelo y el uniforme bordeado de pieles, el uniforme de gala de los húsares.

Durante los días que siguieron, el personal de la prisión estuvo muy ocupado. Tanto, que algunos nuevos prisioneros escaparon a la ceremonia de la matriculación. Se había iniciado un asunto de gran envergadura. Se había decidido asustar a los oficiales. Algunos de ellos se estaban mostrando demasiado liberales en sus relaciones con la población de los territorios ocupados. Un *Hauptmann* del 16.º Regimiento de Infantería, de Holdenburgo, fue detenido porque decía, a quien quería oírle, que encontraba a Wiston Churchill mucho más simpático que según quién. En la puerta de su celda habla un letrero con la mención: Apartado 91 b.

En el casino, un teniente de la 10.^a Escuela de Caballería de Soltau había levantado el brazo para saludar. Por desgracia para él, en el mismo momento se le ocurrió separar los dedos para formar la V inglesa. Cinco días después, estaba en la oficina de *el Bello Paul*, acusado de infracción del apartado 91. La Policía secreta había remitido un informe de cuatro líneas sobre la cuestión de la V a la Gestapo. Ésta convirtió rápidamente las cuatro líneas en cuarenta páginas bien llenas. Arriba, a la derecha, habían puesto un sello con el «gekados» en rojo. El acusado desapareció sin dejar rastro, como polvo barrido por el viento.

La mayoría de los acusados confesaban al cabo de una hora y después facilitaban los nombres de los camaradas, inocentes o no.

También para el teniente Ohlsen llegaron largas y desagradables horas de interrogatorios «psicológicos» en el despacho sobriamente amueblado de *el Bello Paul*. El único adorno era un jarrón con claveles rojos. Cada mañana, *el Bello Paul* cogía un clavel y se lo ponía en el ojal.

El teniente Ohlsen estaba tendido en el suelo del calabozo número 9. Refrescaba su frente ardorosa apoyándose en el frío cemento. Añoraba las trincheras. Era un dechado de comodidades en comparación con lo que estaba pasando. No entendía por qué ningún miembro de la Compañía se ponía en contacto con él. Tal vez le creyesen ya muerto. Cabía la posibilidad de que la Gestapo hubiera anunciado su ejecución.

Estaba totalmente incomunicado. Sólo veía a los demás prisioneros durante el paseo, pero le era imposible hablarles: *el Verraco* y *el Buitre* les vigilaban. Stever y otros dos guardianes estaban sentados en lo alto del muro y fingían dormir, pero no se les escapaba nada.

El paseo cotidiano era un infierno: los prisioneros debían correr durante media hora por el patio. Había que correr con las piernas rígidas y las manos detrás de la nuca. Resultaba cómico para quienes lo veían. Pero bastaba con probarlo durante cinco minutos para dejar de reír. Cada vez que los talones golpeaban el suelo, el dolor llegaba hasta la nuca. Aquella forma de paseo era una invención personal de *el Verraco*. En su limitado terreno, *el Verraco* era un genio.

Cuando los SD fueron a buscar al teniente Ohlsen para interrogarle, se divirtieron como unos locos al ver su rostro magullado.

—¿Se ha caído por la escalera? —le habían preguntado, riendo.

El Verraco aseguró, entre la hilaridad general, que el teniente se había caído de la cama. Había tenido una origina pesadilla.

—Tus clientes se caen a menudo mientras duermen —había observado un SD *Unterscharführer*—. ¿No crees que deberías ponerles chichoneras?

La broma era tan buena que hubo que regarla inmediatamente en el despacho de *el Verraco*. Poco después, toda la prisión les oía cantar.

En un rincón, junto a la cama del teniente Ohlsen, alguien había escrito esta estrofa en la pared:

*Hijo querido, ¡oh, mi felicidad!,
he de dejarte huérfano.
Pero aunque yo te abandone,
el mundo entero por padre tendrás.*

ERICH BERNERT.
(Coronel)

15-4-40.

Ohlsen la releía sin cesar. Pensaba en su hijo Gerd, a quien su madre y la familia de ésta habían llevado al campo de educación nacionalsocialista, cerca de Oranienburgo. Allí, los jefes de las Juventudes Hitlerianas explicarían a Gerd qué miserable tenía por padre. Un enemigo del pueblo. Un individuo que había traicionado a su patria. Su familia política, los distinguidos Länder, se regocijarían en su justicia farisaica. Su suegra se sentiría como pez en el agua. Le clasificaría entre los desequilibrados sexuales y los asesinos. A Ohlsen casi le parecía oírla cómo explicaba a sus amigos, mientras tomaban el té, qué desgracia había caído sobre la familia... Al mismo tiempo, en el fondo de sí misma, le estaría agradecida por facilitarle semejantes temas de conversación.

El teniente Ohlsen había caído en el olvido.

Una profunda desesperación se había apoderado de él durante las largas horas pasadas en la celda.

Y luego, un día, *el Viejo* y el legionario fueron a visitarle. A partir de aquel momento, recuperó el valor. Era como si se hubiese entreabierto una puerta hacia el mundo exterior. Evidentemente, no podían liberarle ni podían hacer algo para mejorar su destino. Pero le vengarían. Resultaba más fácil resistir cuando se sabía que el que te maltrataba se encontraría algún día en presencia de un brazo vengador.

El pequeño legionario había fotografiado con la mirada *el Verraco*, a Stever y a *el Buitre*.

Stever, que estaba presente en la visita, se sintió extrañamente turbado. Intentó participar en la conversación, pero el legionario le mantuvo a distancia. Luego, bruscamente, Stever ofreció cigarrillos, pese a que estaba prohibido fumar. Rehusaron, pero habían fumado los cigarrillos del legionario.

Al término de la visita, el legionario salió el último y, ya en el umbral, se volvió hacia Stever y le dijo:

—Tú eres Stever, ¿verdad? Y el gordo del despacho, el que lleva las tres estrellas en las hombreras, es Stahlschmidt. Y tu camarada, el suboficial que tiene la nariz torcida es ése al que llaman *el Buitre*, ¿verdad?

Stever había asentido con la cabeza, algo desconcertado.

—Bueno, no lo olvidaré —contestó el legionario—. Algún día nos encontraremos los cuatro. Tal vez alrededor de un vaso de cerveza. ¿Has oído hablar del té amargo del general chino Thes Sof Feng?

—No, nunca —murmuró Stever—. ¿De qué se trata?

—Siempre tomaba el té con sus enemigos. Pero té del general era dulce.

Después, el legionario había canturreado:

—*Ven, ven, oh, muerte, ven.*

Más tarde, Stever había entrado en la celda del teniente Ohlsen. Primero, había hablado de la lluvia y del sol. Luego, se había sentado antirreglamentariamente en el borde de la cama, y había declarado:

—Ese pequeño suboficial con el rostro desfigurado y la mirada de serpiente que decía tantas burradas es el tipo más asqueroso que he visto nunca. ¿Cómo es posible que un oficial como tú alterne con semejante bruto? Estoy helado hasta la médula de los huesos. Tiene aspecto de loco.

El teniente Ohlsen se encogió de hombros.

—Nadie alterna con él. Su única amiga es la muerte.

—¿La muerte? No lo entiendo. ¿Es un asesino?

—En un sentido, sí y en otro, no. Es, a la vez, verdugo y juez. Su jefe esquelético, el hombre de la guadaña, le susurra al oído a quién debe enviar al reino de los muertos, y cuando está decidido, silba la tonadilla de su amo.

—¿La invitación a la muerte? —murmuró Stever, mientras se secaba la frente húmeda con el dorso de la mano—. No quiero volver a ver a ese tipo. —Dio unos pasos por la celda—. He conocido a muchos tipos extraños en el RSHA. Tipos que te erizaban el cabello. Pero ese que ha venido a verte es peor que todos los demás. Se sienten escalofríos con sólo mirarlo. —Stever se volvió a sentar en la cama. Luego, súbitamente, no pudo contenerse más y preguntó—: ¿Crees que tiene algo contra mí?

—Lo ignoro —repuso el teniente Ohlsen, cansado—. Nunca se sabe si tiene o no algo contra alguien. Sólo se sabe cuando ocurre y entonces, suele ser demasiado tarde. Tal vez haya observado Stever, que anda sin hacer el menor ruido. Es el único

soldado de todo el Ejército alemán que lleva gruesas suelas de goma. Tiene cuatro pares de botas así. Creo que son americanas. Si tiene algo contra usted, Stever, no tardará en advertirlo.

—Pero, nunca le he hecho nada, que yo sepa. Nunca le había visto, ni quiero volver a verle.

Al final, Stever casi gritaba. Tuvo miedo de sí mismo, y se tapó la boca con una mano, movió la cabeza, se quitó la gorra, se frotó el rostro y tocó los galones que llevaba en la manga.

—No soy más que un pequeño *Obergefreiter* que se limita a obedecer.

Se inclinó confidencialmente hacia el teniente Ohlsen, que estaba de pie junto a la pared, debajo de la ventana, según prescribía el reglamento.

—Voy a decirle algo. Aquí, el hombre peligroso es *el Verraco*, ese miserable. Es *Stabsfeldwebel*. Si el amigo del hombre de la guadaña quiere divertirse con alguno de nosotros por tu causa, sé bueno y explícale a ese diablo que se equivoca si persigue a un camarada. Es al *Haupt-un Stabsfeldwebel* Stahlschmidt a quien debe echarle el guante. Marius Alois Joseph Stahlschmidt. Con franqueza, ese pequeñajo no me gusta. Solicitaré el traslado en seguida. No quiero seguir aquí.

»Noto que ya no puedo más. Todos los que han salido de aquí volverán algún día. Y entonces, prefiero encontrarme a mil kilómetros de distancia. Explícale que yo no estoy aquí por los mismos motivos que *el Verraco* y *el Buitre*. A mí me trasladaron.

Sacó su cartilla militar y la enseñó al teniente Ohlsen para que pudiera comprobarlo.

—Mira. Pertenezco al 12.º Regimiento de Caballería, que está en París. Aquellos cretinos me echaron y me enviaron aquí. Nunca solicité el traslado. Incluso he pedido varias veces que me envíen a otra unidad, pero *el Verraco* no quiere separarse de mí. Él me aprecia, pero yo a él, no. Dile a ese tipo lleno de cicatrices, que de buena gana le ayudaré a echar el guante a *el Verraco* y a *el Buitre*, y que si necesita una coartada cuando se los haya cargado, ¡maldita sea!, juraré por todos los diablos en favor suyo.

—¿No cree usted en Dios, Stever?

—No, en realidad, no.

—¿Nunca ha rezado, Stever?

—Sólo una o dos veces, cuando he estado muy apurado. Ahora me ocuparé de ti, teniente, y te buscaré algo para leer. Pero, cuidado: que no lo encuentre *el Verraco*. No hay que temer a *el Buitre*. No tiene nada que hacer en mis calabozos. Y aquí tienes cigarrillos. Cógelos, muchacho. Somos camaradas, ¿no?

Stever escondió un paquete entero debajo del colchón.

—Fúmatelos junto a la boca de ventilación, teniente. Así no se notará el humo. — Iba a salir de la celda, pero cuando se disponía a cerrar la puerta, se volvió y dijo—: Esta noche, recibiremos nuestra ración de chocolate. Te daré la mía. La dejaré encima

del depósito para que puedas cogerla cuando vayas al retrete. Pero, por favor, explícale a tu compañero que soy un buen sujeto. Piensa en los riesgos que corro por tu causa. Desde que te vi, te encontré simpático. ¿No observaste cómo te guiñé un ojo cuando llegaste? Y, sobre todo, no creas que tengo miedo. No le temo a nada en el mundo. Todos los que me conocen podrían explicártelo. Gané mis dos Cruces de Hierro en Polonia, y aquello fue duro. Fui el único de la Compañía que las recibió. Explícaselo a tu amigo. Yo también soy del frente. En Westa Plata, liquidé toda una Sección. Eso me valió la E.K. [32]. En Varsovia, destruí cuatro refugios antiaéreos con ayuda de lanzallamas. No escapó ni un polaco. Todos quedaron asados antes de haber tenido tiempo de abrir la boca. Por eso me concedieron la E.K.I. Ya ves, pues, que no soy ningún miedoso. Te aseguro que estuve a punto de llorar de decepción por no haber estado en Stalingrado. Pero tu amigo me hace temblar. ¿Utiliza un cuchillo? Quiero decir, ¿un puñal?

El teniente Ohlsen asintió con la cabeza.

Stever se estremeció y cerró de golpe la puerta del calabozo. Fue al lavabo, metió la cabeza bajo el chorro del agua fría y dejó que ésta manara durante cinco minutos. No se encontraba muy bien.

El teniente Ohlsen respiraba con fuerza. Limpió la cama en la que se había sentado Stever. Después, se sentó a su vez, con la cabeza entre las manos. Se sentía mejor. Tenía aliados.

Cuando el *Obergefreiter* Stever hubo terminado de refrescarse, se dirigió tan aprisa como se lo permitían sus piernas, hacia el despacho de *el Verraco*. Estuvo a punto de olvidarse de llamar a la puerta. Las palabras brotaban de su boca a borbotones.

—¿Ha visto los visitantes del número 9, *Stabsfeld*? ¿Se ha fijado en el pequeño? Era el diablo en persona.

El Verraco examinó a Stever. Sus astutos ojillos se entornaron hasta convertirse en dos rendijas.

—No te pongas nervioso, Stever. Sólo eran dos soldados. El pequeño debía de estar borracho. Tarareaba algo extraño, sobre la muerte, cuando se han marchado. Y si no estaba borracho, quizá haya recibido un cascote de granada. Iba encorvado bajo el peso de sus condecoraciones. Es una especie de idiota del frente que cree poder exhibir entre nosotros su escaparate de quincallería.

Stever se sentó en una silla y se enjugó la frente.

—¡Menuda jeta! Avergonzaría hasta a un caníbal. ¿Se ha fijado en la larga cicatriz que le cruza el rostro y que cambia constantemente de color? ¿Y los ojos? Nunca los olvidaré. ¿Y las manos? Eran unas manos hechas para estrangular.

El Verraco cogió el permiso de visita que estaba ante él, encima de la mesa, y murmuró a media voz:

—*Feldwebel* Willie Beier y suboficial Alfred Kalb.

—¡Ese es! —gritó Stever—. Alfred Kalb. Me acordaré.

Examinaron el permiso de visita. De repente, *el Verraco* dio un respingo.

—¡Por todos los diablos del cielo y de la tierra! ¡Fíjese en esta firma!

—¿Qué tiene? —preguntó Stever, sorprendido.

—Le consideraba una persona inteligente, *Obergefreiter* Stever. De lo contrario, hace mucho tiempo que le habría enviado a un batallón del frente. Sólo trato con personas inteligentes. Las otras me embrutecen. ¿Cree que habría llegado adonde estoy si no hubiera utilizado el cerebro? ¡Mire bien esta firma, Stever, diantre!

Stever la estudió con atención y tuvo que confesarse que no veía nada extraño en ella. Pero se abstuvo de manifestarlo. Contestó prudentemente, para dejarse una puerta abierta:

—Sí, ahora que lo dice, mi *Stabsfeldwebel*, en esta firma hay algo anormal.

—¡Es evidente! —gritó *el Verraco*—. Por fin lo ha captado. Se ha levantado el telón de acero. Pero ha necesitado tiempo, Stever. Tiene que acostarse más temprano, *Obergefreiter*.

Sacó una botella de whisky de un cajón del escritorio y llenó dos vasos.

—Tiene razón, Stever. Esta firma está falsificada. Por suerte, lo ha descubierto usted.

Stever estuvo a punto de protestar. Examinó de nuevo la firma y no comprendió por qué había de ser falsa.

—Fíjese, Stever —prosiguió *el Verraco*—. Hemos visto un buen número de permisos de visita en esta jaula, pero ¿puede decirme cuándo hemos visto uno firmado por el SD *Standartenführer* Paul Bielert, en persona? No con una estampilla, sino con una verdadera firma, con estilográfica y tinta. Esto es sencillamente imposible. Sería una prueba de degradación humana. Un hombre normal utiliza una estampilla siempre que puede. Usted mismo puede haber utilizado la mía.

—Jamás lo he hecho, *Stabsfeld* —protestó Stever, indignado.

El Verraco rió pérfidamente.

—Tal vez lo haya hecho sin darse cuenta, Stever. Esas cosas no aparecen hasta la gran revisión, y entonces, si ha utilizado mi estampilla sin yo saberlo, está listo, Stever.

—¿Por qué había de hacerlo, *Stabsfeld*?

—Por muchísimos motivos, Stever. —*El Verraco* se recostó en su sillón, para ponerse más cómodo y gozar con la excitación de Stever—. Tal vez la falta de dinero. Quizá la requisa de un producto para venderlo en el mercado negro. Una estampilla como ésta sirve para muchas cosas, Stever. Lo sabe usted tan bien como yo. Forma parte de las personas inteligentes y éstas son unos truhanes más o menos importantes.

—Pero usted forma parte de las personas inteligentes, *Stabsfeldwebel*.

El Verraco se disparó.

—¡Mucho cuidado con lo que dice, Stever! No olvide que no es más que *Obergefreiter*. Sólo acaba de ser clasificado entre las personas inteligentes. Pero al diablo todo eso. Examinemos con mayor cuidado este permiso falso. Algo me dice que pronto tendremos aquí a esos dos tipos.

—Entonces, que Dios me perdone mis pecados —exclamó Stever—. Si de veras esto ocurre iré a la iglesia por lo menos una vez al mes, y presenciaré la misa mayor durante dos horas. Y juro que cada Navidad llevaré flores a la imagen de la Virgen. No olvide que las flores son caras en esa época del año. ¡Ver a ese pequeño diablo encadenado aquí, con nosotros! Le arrancaré los ojos. ¡Por todos los diablos que lo haré!

El Verraco se frotó las manos, y preguntó, riendo:

—¿Como *el Buitre* con el comandante de Estado Mayor?

—¡Exactamente! —gritó Stever, entusiasmado—. Con el pulgar. Un trapo en la boca, y la cosa ocurrirá sin ningún ruido.

—¿Se cree capaz de hacerlo, Stever?

Stever se sonó.

—Con ese Alfred Kalb, sí. ¡Oh! Ya me siento mejor, *Stabsfeld*. Me parece verle entrar escoltado por dos tipos de la Gestapo.

El Verraco asintió con la cabeza, muy seguro de sí mismo.

Se sentía fuerte. Solicitó hablar con el primer secretario del comisario auditor, el *Feldwebel* Rinken.

—Eh, Rinken, ¿eres tú? —empezó a decir con insolencia—. ¿Por qué diablos no te presentas para que pueda saber quién diablos hay al otro extremo de la línea? Aquí *Stahlschmidt*, el *Haupt-und Stabsfeldwebel* *Stahlschmidt*, de la cárcel de la guarnición. Acaban de visitarnos dos granujas. ¿Tienes un lápiz rojo, piojo? ¿Qué a quién llamo piojo? A ti, desde luego. ¿A quién, si no? Nunca formarás parte de las personas inteligentes, Rinken. Te has tragado demasiadas ordenanzas. Bueno, empieza a anotar los nombres, pero date prisa. ¡Diantre! No tengo mucho tiempo que perder con esos asuntos. Ya sabes lo ocupados que estamos, con todo el trabajo que nos traspasáis. Os lo tenemos que hacer todo. Sólo falta que un día vengas a pedirme que os envíe a mis hombres para que os limpien el trasero. ¿Que soy insolente? Contigo lo seré siempre que me plazca. No olvides que soy *Stabsfeldwebel*. Apunta, Rinken. *Feldwebel* Willie Beier. Suboficial Alfred Kalb. Es sobre todo este último el que me interesa. Es un diablo que ha sufrido un shock nervioso y que ahora constituye una amenaza pública. ¿Qué clase de amenaza? Esto a ti no te importa; cuídate de tus cosas y haz lo que te digo. Los dos pertenecen al Batallón de Guardia Blindados 27/1/5. Han forzado la entrada para visitar a un prisionero incomunicado, con ayuda de un permiso falso.

El Verraco calló un momento.

—Ocupate tú mismo del resto, Rinken. Yo voy a preparar un calabozo para Kalb. Dile a la Policía que me lo traiga encadenado.

El Feldwebel Rinken rió suavemente en el otro extremo de la línea.

—Oye, Stahlschmidt, ¿te has caído de cabeza? ¿Hay algo que te comprime? ¿Has ido al retrete esta mañana? A mí no me importa en absoluto tu asunto. Según el *Heeresarmeevorschrift* ^[33] 979 del 27 de abril de 1940, apartado 12, artículo 8, debes dar parte cuando una cosa así ocurre en tu sector. Por tu bien, espero que sólo se trate de una pesadilla. ¿Permiso falso de visita? ¿Contacto ilegal con un prisionero incomunicado? ¡Maldición! Supongo que habrás detenido a los dos tipos antes de que hayan salido de la cárcel.

Stever, que escuchaba por el otro auricular, lo soltó como si se hubiera quemado.

El Verraco, nervioso, tragó saliva.

—¿Te has vuelto loco, Rinken? —consiguió balbucear por fin—. Sólo te estoy diciendo que me parece que el permiso de visita es falso.

—Sí, esto lo dices ahora, Stahlschmidt. Hace un rato me has explicado que esos dos granujas habían forzado la entrada del calabozo de un prisionero incomunicado, con ayuda de un permiso de visita falso, y tengo testigos de esta horrible afirmación. Tenemos escuchas, Stahlschmidt.

—No te excites, Rinken. Me importan un bledo tus testigos. Nunca he afirmado que ese permiso fuera falso. Sólo he dicho que lo creía.

Rinken se echó a reír.

—¡Estás de broma, Stahlschmidt! Pero, escúchame bien. Esta historia ha ocurrido en tu territorio, en tu sector. Y nos has repetido infinidad de veces que eras el único responsable de las decisiones que tomabas en tu cárcel. Supongo, pues, que, si no te has vuelto completamente loco, hará ya mucho rato que tengas a esos dos tipos entre rejas. Ahora que he oído hablar del asunto, iré a ver al comisario auditor de guardia, el teniente coronel Segen, para anunciarle que tienes a dos tipos. Después, vendremos a buscarles para proceder al interrogatorio.

El Verraco se enfureció terriblemente. Pegó una patada a un casco que había en el suelo, imaginándose que era Rinken.

—¡Cállate, Rinken! No harás nada en absoluto. —Rió forzadamente.— Era una broma, Rinken. Sólo he querido engañarte.

Se produjo un breve silencio.

—No lo creo, Stahlschmidt. ¿Y quién ha firmado el permiso?

—*El Bello Paul*.

Se le había escapado el nombre. Sintió deseos de morderse la lengua. Ahora, había metido la pata hasta el cuello. Imposible retroceder.

Rinken se echó a reír.

—No eres muy listo, Stahlschmidt. Estoy impaciente por ver ese permiso de visita, y aún más, a tus dos prisioneros. Pero ahora voy al despacho del teniente coronel para comunicarle la sorpresa. Lo demás, es asunto tuyo, Stahlschmidt. Por cierto, ¿sabes que están formando un batallón de castigo en el Regimiento de Infantería? Andan como locos buscando suboficiales cualificados.

—¡Cállate, Rinken, maldita sea! —empezó a decir *el Verraco* con humildad—. Deja tranquilo a tu teniente coronel. Nosotros, los suboficiales, hemos de apoyarnos mutuamente. De lo contrario, sería el fin del mundo. Ignoro en absoluto si ese permiso de visita es falso. Es sólo una idea que se me ha ocurrido, y no he detenido a nadie. Los dos tipos se han marchado.

—¿Que se han marchado? —repitió Rinken, sorprendido, ocultando con dificultad una satánica satisfacción—. ¿Es que la gente entra y sale de esa cárcel como si se tratara de una taberna? Alguien les habrá ayudado a salir. ¿Quién les abre la puerta, Stahlschmidt? Tengo la impresión de que en tu cárcel ocurren cosas muy extrañas.

—Sabes muy bien, Rinken, quién es el que deja salir a la gente de aquí. Yo, y sólo yo. No seas cretino. Más vale que me aconsejes. Siempre has sido muy espabilado, Rinken. Te he considerado siempre como un amigo.

—Por cierto, ahora que te tengo al otro extremo de la línea —prosiguió Rinken, con frialdad—, espero que no hayas olvidado los cien marcos que me debes, más un interés del ochenta por ciento.

—Sabes muy bien que estoy seco, Rinken, Mis asuntos no marchan estos días. He comprado dos uniformes negros y he tenido que pagar cuatro veces su precio por un par de botas de oficial. Como *Stabsfeldwebel* no puedo andar por ahí hecho un andrajoso. Por otra parte, los cien marcos eran sin interés.

—No sé en qué pueden interesarme tus uniformes, Stahlschmidt. Me pediste prestados cien marcos con un interés del ochenta por ciento, y ahora lo niegas. Como quieras. Ahora mismo voy a ver al teniente coronel.

Se oyó un clic. Rinken había colgado.

El Verraco, aturdido, contempló unos instantes el teléfono.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Stever, quien, para no comprometerse con el teléfono, se había retirado a un rincón.

—¡Cállate! —aulló *el Verraco*.

Y pegó un puntapié a una papelera, cuyo contenido se esparció por el suelo. *El Verraco* dio dos o tres vueltas al despacho, escupió con furia sobre la foto de Himmler, que colgaba de la pared, y empezó a lanzarle invectivas.

—¡Todo esto es culpa tuya, cretino! ¿Por qué diablos no te quedaste en Baviera?

Cogió el teléfono y volvió a llamar al *Feldwebel* Rinken.

—Paul —empezó a decir con voz melosa—, aquí, Alois. Oye, discúlpame por esa

historia del préstamo. Sé muy bien que era con un interés del ochenta por ciento. Pero, ya sabes, uno protesta siempre, por costumbre. Es algo superior a mis fuerzas.

—Está bien —repuso Rinken con bastante frialdad—. Espero, pues, que me los devuelvas, incluidos intereses, antes de mañana al mediodía.

—Te juro, Paul, que tendrás hasta el último céntimo. Los meteré en un sobre cerrado y se lo daré a Stever. —Fingió que no veía a Stever, quien protestaba violentamente con la cabeza—. Dame alguna solución, Paul.

—Puedes hacer dos cosas, Stahlschmidt. Telefonar a tu comandante y explicarle el caso. Si es lo bastante estúpido, te avalará y quedarás tranquilo; pero si tiene un solo gramo de cerebro se burlará de ti y se lavará las manos. Y entonces te verás metido en un buen atolladero. También podrías hacer otra cosa. No hables con tu comandante y telefonea directamente a la Gestapo. Pero entonces te aconsejo que tengas mucho cuidado y medites bien cada palabra. Es mejor que hagas un ensayo general antes de llamar. Si el permiso de visita es bueno, *el Bello Paul* se te echará encima y pronto terminarás tus días de jefe de prisión. Pero si es falso, querrán ver inmediatamente a los dos tipos. Hasta un recién nacido podría decirte lo que ocurrirá cuando se enteren de que les has dejado marchar. Ni por un millón querría estar en tu sitio en estos momentos.

El Verraco chupaba un lápiz y reflexionaba. Casi se oía el funcionamiento de su cerebro. Luego, sus taimados ojillos se iluminaron. Habló con entusiasmo.

—Paul, se me acaba de ocurrir una idea formidable. ¿Quieres olvidar nuestra conversación? ¿Quieres pensar que sólo ha sido un sueño? Y te invito a que esta noche vengas a beber unas copas en mi despacho. Ya sabes que no me gusta salir de la cárcel. También invitaré a uno o dos buenos amigos. El *feldwebel* Gehl nos encontrará una colección de gachís.

—¿Olvidar? —preguntó Rinken, sorprendido—. Es muy difícil, Stahlschmidt. Ocupo un puesto de mucha responsabilidad, pero agradable, y no deseo que me destinen al Batallón de castigo. Pero, por otra parte, tu idea no es mala del todo. Prefiero no saber nada de tu permiso de visita. Por lo tanto, he olvidado nuestra pequeña conversación matinal. Sólo recuerdo que me has invitado para esta noche. ¿A qué hora debo ir?

—Hacía las ocho, mi querido Paul —gritó *el Verraco*, contento y aliviado—. Eres un verdadero amigo, Paul. El honor del Cuerpo de suboficiales. Siempre lo he dicho. Ahora, haré desaparecer ese maldito permiso. Yo no sé nada. Me voy a beber una copa y olvidar este lío.

—Sería estupendo, Stahlschmidt... Pero no puede ser. Ya conoces el reglamento. Antes de veinticuatro horas tienes que enviar todos los permisos de visita debidamente visados, y como en ése hay una firma bastante especial, te reprocharán que no hayas telefonado para confirmarlo. En la oficina del comisario auditor no

sabemos nada de nada.

—Telefonaré al comandante —contestó *el Verraco*—. No me será difícil dársela con queso a ese pedazo de bruto.

—Inténtalo —propuso Rinken—. Nosotros no tenemos nada que ver con este asunto. Yo, en tu lugar, preferiría siempre el comandante a los hombres de *el Bello Paul*. ¡Mierda!, *Stahlschmidt*. Tal vez la francachela de esta noche se convierta en una fiesta de despedida y mañana estés ya camino del frente. Puede que todo vaya muy de prisa. El escribiente sólo tiene que llenar cuatro líneas. Una vez, lo cronometrará. Exactamente dos minutos y cuarenta y un segundos.

—Tienes una extraña manera de bromear —rezongó *el Verraco*—. De todos modos, nunca se les ocurriría ponerme aquí con los que he tenido prisioneros.

—Oh, bien mirado, siempre resulta agradable encontrar a antiguos amigos y hablar de los viejos tiempos —le consoló Rinken, a manera de despedida.

Por un momento, *el Verraco* contempló el teléfono. Se encontraba extraño, como si tuviera vértigo. Era como un hombre que se encuentra en pleno desierto sin agua ni brújula. «¡Quizás esté enfermo! —pensó—. Hay tantas enfermedades raras en tiempos de guerra...». Se tomó el pulso. Miró a Stever.

—Tal vez convendría que me presentara en la enfermería. No me siento muy bien, Stever. Podría ocuparse usted de mi trabajo mientras yo estoy allí.

Stever palideció.

—No creo que resultara, Herr *Stabsfeldwebel*. *El Buitre* sería el más indicado para sustituirle. Es más antiguo en el servicio.

—*El Buitre* es un cretino —decidió *el Verraco*.

Después, tomó una súbita resolución, descolgó el teléfono y solicitó hablar con el comandante Rotenhausen, jefe de la prisión. Se irguió inconscientemente en su sillón en cuanto oyó la voz quisquillosa de su superior.

—¡Mi comandante! —gritó. Y endureció su voz—. El *Haupt-und Stabsfeldwebel* *Stahlschmidt* anuncia que el *Feldwebel* Willie Beier y el suboficial Alfred Kalb, del 27.º Regimiento Blindado, actualmente en el Batallón de guardia, en Hamburgo, se han presentado en la cárcel de la guarnición con un permiso de visita falso. Incomprensiblemente no se ha descubierto la falsificación hasta que los dos hombres ya se habían marchado.

Hubo un largo silencio. Después, el comandante preguntó secamente:

—¿A quién han visitado?

—Al teniente de la reserva Bernt Ohlsen —bramó *el Verraco*.

—¡Idiota! ¿A quién pertenece ese prisionero, quiero decir?

El Verraco parpadeó, respiró con fuerza. Sentía que el comandante se le escurría de entre los dedos. «¡Maldito! —pensó—. ¡Maldito cretino! Espera a ser mi prisionero, un día». Se encogió en su sillón y cuchicheó con voz apenas audible:

—Gestapo IV/2a, mi comandante.

—¿Qué firma lleva el permiso de visita?

El Verraco respiraba ruidosamente. Nada podía salvarle ya.

—SD *Standartenführer* Paul Bielert —declaró a media voz.

El Verraco contempló, una vez más, el teléfono silencioso. Cogió el permiso, lo miró al trasluz. Era un papel vulgar y barato. Lo palpó como un comerciante que valora un pedazo de seda especial. Miró a Stever, cuyo rostro bronceado había palidecido.

—Stever —dijo confidencialmente—, estamos en un buen aprieto, ¿qué diablos podemos hacer? Ese gallina de Rinken se lava las manos, pero no pierde nada por esperar. Está lleno de pretensiones porque cada día ayuda a su maldito comisario a ponerse el capote. Pero ese mierdoso ha olvidado que antes de ser llamado a filas era repartidor de leche. Volverá a sus botellas, lo juro. Y me las arreglaré para que sea él quien deje la leche ante mi puerta. Todos los días me quejaré de él. Y el comandante, ¿qué es? ¡Una basura! También él aprenderá a conocerme. Haga funcionar el cerebro, Stever. ¿Qué podemos hacer?

Stever, a quien la perspectiva de verse mezclado en aquel asunto no regocijaba en lo más mínimo, contestó prudentemente:

—Herr *Stabsfeldwebel*, estoy seguro de que encontrará usted, por sí mismo, algún medio de salir del atolladero.

El Verraco meneó la cabeza. Miró fijamente a Stever. «Te imaginas que eres listo, amigo mío —pensó—, pero no te engañes a mi respecto. Si me rompo el cuello en este asunto, tú te romperás el lomo. Si he de marchar a un batallón de castigo, tú me acompañarás. Nos iremos cogidos de la mano».

Se levantó bruscamente, volcando su sillón, y empezó a caminar de un lado al otro del despacho, pensativo. Distráidamente, cogió una cerilla del cenicero y la escondió debajo de la alfombra, de modo que asomara un pedacito. Así tendría un pretexto para castigar al encargado de la limpieza, un capitán de Caballería que iba a ser trasladado a Torgau. El idiota nunca descubriría la cerilla. Para eso hacía falta ser, a la vez, suboficial e inteligente.

Al cabo de un cuarto de hora, levantó el sillón y se dejó caer en él, pesadamente. Removió los papeles que tenía en su escritorio.

—¡Vaya montón de mierda! —gritó.

Cogió la lista de números telefónicos y empezó a pasar un índice por encima de los nombres.

Stever, que le miraba desde un rincón, pensó que debía ayudarle.

—Es el 10001, *Stabsfeld*.

—Lo sé de sobra —replicó *el Verraco* al tiempo que, furioso, tiraba la lista por el suelo.

En el despacho reinó un pesado silencio.

Stever puso agua en los radiadores mientras *el Verraco* le observaba, interesado.

—El aire se reseca demasiado, Stever, cuando no hay agua en esos cuencos. ¿Dónde están los calzones que los prisioneros de derecho común debían remendar? ¿Están listos?

—No —contestó Stever—. He reprendido al *Gefreiter* Weil. Pero él y los dos que tiene consigo no sirven para nada. Son demasiado blandos con los de «derecho común».

El Verraco asintió con la cabeza, fatigado.

—Creo que ya es tiempo de enviarles a la Compañía disciplinaria. ¡Maldita sea! No necesitarán un año para arreglar estos calzones.

En aquel momento, las sirenas comenzaron a ulular. *El Verraco* y Stever recobraron los ánimos.

—Ahí llegan los canadienses —comentó Stever.

—Bajemos al refugio —propuso *el Verraco*—. Llevémonos el whisky. Tal vez hagan volar la Gestapo.

—Y al comandante —añadió Stever, encantado.

—Y a Rinken, ese mierdoso —añadió riendo *el Verraco*—. A él y a todos los comisarios. Si eso ocurre, palabra que envió una carta de agradecimiento a los canadienses.

Se oyó un aullido largo y continuo, y ambos hombres corrieron a toda velocidad hacia el sótano.

El ataque duró veinte minutos, pero el objetivo era la parte sur del puerto.

Una vez más, *el Verraco* y Stever volvieron a encontrarse en el despacho. Entonces, *el Verraco* tomó una difícil decisión. «Hay que terminar», pensó mientras marcaba el número odiado, 10001. Pero estaba tan nervioso que le temblaban los dedos, por lo que marcó un número equivocado. Se puso a aullar como un loco cuando, por segunda vez, obtuvo comunicación con la remonta.

—¡Vuestros caballos pueden irse al cuerno! Alejad vuestras zarpas del teléfono cuando no sea para vosotros. Ya os enseñaré el pie que calzo, creedme. Vaya cretinos —manifestó a Stever—. Me importan un bledo sus caballos.

A la tercera, consiguió marcar el número bueno. Quedó visiblemente aterrado cuando una voz helada le contestó:

—Policía secreta del Estado, sección Stadthausbrücke.

El Verraco tragó saliva. Con mucha dificultad, consiguió balbucear un informe.

—Un momento, *Stabsfeldwebel* —gritó la voz.

El Verraco veía casi la calavera plateada en la gorra. En el teléfono, sonó un ruido terrible. «Sus aparatos no son buenos —pensó *El Verraco*—. ¡Si yo estuviese al frente de esa jaula...! Allí carecen de personas inteligentes». Casi pegó un salto en su silla

cuando escuchó una nueva voz.

—Servicio ejecutivo IV/2a.

El Verraco empezó a explicar el caso del falso permiso de visita. Tenía la frente empapada de sudor. Se le pegaba la camisa a la piel. Se rascaba un brazo.

—¿Quién ha firmado el permiso? —preguntó la voz arisca e impersonal.

—El señor SD *Standartenführer* Paul Bielert —graznó humildemente *el Verraco*, inclinándose ante el teléfono.

—Puede dejar eso de señor —le informó el de la Gestapo desde el otro extremo de la línea—. Aquí, hace ya mucho tiempo que hemos suprimido esas estupideces plutocráticas.

El Verraco estuvo a punto de pedir perdón. Se limitó a un breve: «Bien» e hizo chocar los tacones por dos veces.

—Voy a pasarle el *Standartenführer* —gruñó la voz.

Volvió a escucharse un ruido extraño en el teléfono. *El Verraco* sudaba abundantemente. Se sentía enfermo de veras. Sobre todo, sentía deseos de arrancar el teléfono y arrojarlo al patio.

Una voz agradable se dejó oír. Una voz que recordaba la de un sacerdote.

—Aquí, Paul Bielert. ¿Qué puedo hacer por usted?

Las palabras brotaron de la boca de *el Verraco*. No conseguía dominarse. Explicaba el asunto sin orden ni concierto. Tan pronto creía que el permiso era falso, como estaba seguro de que lo era. Denunció al comandante. Denunció a Rinken. Denunció a todo el cuerpo de comisarios del X Ejército. Explicó que todos sus hombres eran unos puercos; la prisión, un agujero maldito; el cuartel, un viejo barracón. Por último, tuvo que detenerse para respirar.

Entonces, Paul Bielert preguntó suavemente:

—¿Nunca le han dicho que es usted un idiota, *Stabsfeldwebel*?

El Verraco se retorció en su sillón; no sabía lo que debía responder. Jamás le habían hecho semejante pregunta durante sus veintiocho años de servicio. Pero antes de que hubiese tenido tiempo de encontrar una respuesta, el *Standartenführer* prosiguió hablando con la misma voz dulce y agradable.

—Creo que no está usted a la altura, *Stabsfeldwebel*. Si ese permiso es falso, es probable que los nombres de ese *Feldwebel* y de ese suboficial lo sean también. Pero supongo que habrá hecho registrar inmediatamente al prisionero en cuestión. Y el calabozo también.

—El dragón *Obergefreiter* Stever, mi ayudante, ha hecho lo necesario, *Standartenführer*.

—¿Y qué ha encontrado?

—Nada, *Standartenführer*.

El Verraco se levantó, se rascó el trasero y rió diabólicamente, mientras miraba a

Stever, que permanecía boquiabierto en un rincón, sorprendido por el cariz que tomaban los acontecimientos.

—Debe de haber sido un registro muy superficial el que ha hecho el *Obergefreiter* Stever. Escúcheme bien, *Stabsfeldwebel*.

El Verraco se irguió automáticamente y contestó:

—Sí, *Standartenführer*.

Recalcando cada sílaba, Bielert prosiguió:

—Le hago responsable de todo lo relativo a este asunto. Si el prisionero se suicida mediante un veneno introducido fraudulentamente, será usted ahorcado.

A *el Varraco* le temblaban las rodillas. El miedo se apoderó de él y estuvo a punto de ahogarle. Por primera vez en su vida, deseó estar en el frente.

—El permiso de visita en cuestión —prosiguió Bielert con su voz monótona— debe ser entregado en mi oficina, en mis propias manos, en el plazo máximo de una hora. Olvídese de los trámites. Por cierto, ¿cuántas personas están al corriente de este asunto?

El Verraco mordió el hilo telefónico. Se le anudaron las tripas. Dio los nombres de todos aquellos a quienes había hablado del asunto, por orden cronológico.

—Es usted el rey de los cretinos —replicó Bielert—. Me sorprende que no haya puesto también un anuncio en los periódicos. ¿No ha firmado nunca una declaración sobre el secreto profesional?

El Verraco contemplaba, acoquinado, el receptor silencioso. Tenía la sensación de que su alma había salido volando y que sólo le quedaba el cuerpo. La idea de desertar pasó por su mente. ¡De modo que el permiso era falso! Dejo escapar unos sonidos extraños que llenaron de sorpresa a Stever, quien nunca había visto a *el Verraco* en semejante estado. Ahora, el jaleo estaba bien organizado. A Dios gracias, él no era más que *Obergefreiter*.

El Verraco caminaba de un lado al otro del despacho. Lanzaba miradas de odio a la foto de Himmler. De todo tenía la culpa aquel idiota de Baviera. Nunca había llegado nada bueno por aquel lado. ¡Jamás volvería a beber cerveza de Munich! ¿Tendría veneno en su poder, aquel maldito prisionero? Tal vez lo estuviera ingiriendo en aquel momento. Se detuvo bruscamente y le gritó, con rabia, a Stever.

—¡Maldita sea! ¿Por qué se queda ahí sin hacer nada, *Obergefreiter*? Registre el núm. 9 inmediatamente. ¡Arránquele los pelos! Tráigame en seguida todo lo que tiene en su poder. Incluso sus piojos han de estar en mi escritorio dentro de cinco minutos.

Stever pegó un salto y salió del despacho. *El Buitre* preguntó, sorprendido, si se había declarado un incendio en alguna parte.

—Pronto lo sabrás —respondió, enigmático, Stever—. Busca a toda prisa a dos de tus hombres y acompañadnos. Hay que pasar por el cedazo al número 9, y llevar a *el Verraco* todo lo que tenga.

Entraron con estrépito en la celda del teniente Ohlsen. Le arrancaron la ropa, desgarraron el colchón, rompieron prácticamente todo lo que había en el calabozo, comprobaron concienzudamente los barrotes de la ventana; sondearon el piso, las paredes, el techo; le dieron vueltas y más vueltas al orinal.

Steuer consiguió hacer desaparecer los famosos cigarrillos que había dado al teniente Ohlsen. Los cuatro hombres gritaban y aullaban a la vez. Metieron sus sucios dedos en la nariz y en la boca del teniente Ohlsen, examinaron minuciosamente su cuerpo. Pero no descubrieron una muela postiza, hueca, en la que había escondida una píldora amarilla. Una píldora con veneno suficiente para matar a diez personas. Un veneno que el legionario había traído de Indochina.

Mientras Steuer procedía al registro, *el Verraco* andaba de un lado a otro de su despacho, reflexionando sin cesar sobre el permiso de visita. Contemplaba con ternura sus libros de Leyes colocados en una estantería. Libros que había comprado durante su servicio. Gracias a aquellos gruesos tomos se sentía casi un hombre de Leyes. A sus amantes, les explicaba siempre que era inspector de prisiones. En la tasca «*El trapo rojo*», adonde le gustaba acudir, le llamaba señor inspector. Y le encantaba que lo hicieran. Se había aprendido de memoria cierto número de párrafos, que sacaba a relucir en cuanto se presentaba la ocasión. Los clientes de «*El trapo rojo*» recurrían a él como consejero jurídico. Varios de ellos quedaron tristemente decepcionados al seguir sus consejos. Ignoraban que cada vez que *el Verraco* se encontraba en presencia de una disposición que desconocía, inventaba rápidamente un apartado relativo al asunto en cuestión.

Sonó el teléfono. *El Verraco* lo contempló, nervioso, y vaciló mucho rato antes de contestar. En el espacio de una hora había llegado a detestar aquel aparato. Todos sus males procedían de allí. Por fin, descolgó, y dijo en voz muy baja:

—La cárcel de la guarnición.

Era inaudito que se presentara anónimamente. Por lo general, vociferaba: «*Haupt- und Stabsfeldwebel* Stahlschmidt». Pero aquel maldito permiso de visita lo había estropeado todo.

—Pareces muy triste. —Era la voz de Rinken, desde el otro extremo de la línea—. ¿Cómo va todo? ¿Has hablado con la Gestapo?

—¡Oh, cállate! —rezongó *el Verraco*—. Creo que voy a solicitar el traslado. Aquí sólo se tienen conflictos, como agradecimiento a un trabajo concienzudo.

—Pues esto tiene fácil solución, Stahlschmidt. En el Batallón de castigo siguen necesitando otros tres suboficiales. Les encantará acogerte. ¿Quieres que les telefonee?

—Ocúpate de tus asuntos —rezongó *el Verraco*—. Primero, dame un consejo. No sé cómo salir de este avispero. *El Bello Paul* no acaba de gustarme. Es un verdadero diablo. Ahora quiere que le entregue personalmente el permiso.

—¿Te da miedo ir al número 8 de Stadthausbrücke? No comprendo por qué, ya que tienes la conciencia tranquila.

—No te hagas el inocente, Rinken. Nadie tiene la conciencia tranquila hasta ese punto. Incluso los guardianes SD de Fuhlsbüttel y Neuengamme se ensucian en los calzones cuando han de acercarse a Stadthausbrücke.

—Todo saldrá bien —dijo Rinken alegremente—. Incluso hay algunos que han vuelto de un batallón de castigo.

El Verraco no podía estar enterado de la visita del legionario a «*El Huracán*», en casa de tía Dora, la víspera del día en que ésta desapareció. Oficialmente, se había marchado a Westphalia, a casa de una amiga enferma, viuda de un *Gauletier*. Como de costumbre, se habían sentado a la mesa ovalada, en el rincón holandés. Habían corrido la cortina casi del todo. Ante ellos había un cuenco lleno de castañas asadas. Escupían la piel en el suelo, mientras charlaban en voz baja.

La tía Dora olisqueó su pernod.

—¡Ah, vaya! De modo que Paul ha atrapado a vuestro teniente. Debía de estar algo chiflado, en vista de lo que ha contado a diestro y siniestro.

El pequeño legionario se encogió de hombros y examinó con atención su bebida favorita, «el pequeño cabo». Se la bebía siempre en un vaso de agua, encontraba ridículos los vasos de licor. Había que llenarlos con demasiada frecuencia.

—Sí, tienes razón, amiga mía. A nosotros dos, esto no nos ocurrirá nunca. Sabemos cómo tratar a las ratas hambrientas. Pero hace mucho tiempo que conozco a ese imbécil. Tengo que hacer algo por él.

Tía Dora se echó a reír y escupió, asqueada, una castaña podrida.

—Esta puerca de cocinera merecería una azotaina. Ayer, empezó a pintarse mientras estaba preparando la comida. En la actualidad es un infierno tener que tratar con el personal. He hecho cuanto he podido para reunir lo mejor que se encuentra. Mi contable, por ejemplo, es un abogado que cumplió tres años de prisión por fraude, y conoce todas las combinaciones. Pero es un miserable. Todas mis chicas son ramera de pacotilla. Las protejo de la Policía y, aunque no te lo creas, me timan igual. Por ejemplo, fíjate en Lisa, la de la barra. Ya ha presentado cuatro veces la baja por enfermedad, y telefonea ella misma con voz extenuada. Envié a Gilbert, el sucesor de Ewald, para que investigara más a fondo.

Tía Dora contemplaba el techo, resignada. De repente, pegó un puñetazo en la mesa que hizo bailar los vasos.

—Esa zorra se lo pasa bomba todo el día junto al Elba, en compañía de un fulano. A ella le importa un bledo mi barra, pero nada pierde con esperar.

—Sí, Dora, es difícil. Pero ¿por qué no tomas personal extranjero?

—Ah, no, gracias. En mi casa, no. La Gestapo recluta demasiados confidentes entre los extranjeros, y antes de haber tenido tiempo de decir «mu» me arrastrarán por

el cuello hasta Stadthausbrücke. Pero, volvamos a su teniente. ¿De qué le acusan? Quiero decir, ¿qué apartado le han aplicado?

—El 91 b, amiga mía —contestó el legionario, mientras cogía una castaña.

Se enjuagó la boca con el resto del contenido del vaso. La larga cicatriz que le atravesaba el rostro brillaba con un color sanguinolento.

—Me temo que perderá la brújula —prosiguió el legionario—. La Gestapo es como un perro hambriento que no suelta su hueso con facilidad. Porta me ha presentado a un tipo de la oficina del comisario auditor, un fulano que se vanagloria de su título de doctor, un canalla cuyo punto débil ha conseguido descubrir. Está más manso que un cordero y nos ha dejado examinar los documentos. Copias de los papeles de la Gestapo. Todo está muy bien arreglado. El teniente Ohlsen ha servido de escarmiento. Ya sabes, se lee la acusación ante las tropas, en el momento de ejecutarlo. Es algo que hace palidecer a los más valientes.

—¿Qué es el valor, Alfred? Nada más que viento. Algo de que se vanaglorian ciertas personas, cuando están bien seguras. La gente valerosa no existe. La Gestapo no necesita más de diez minutos para destrozar a alguien, cuando se lo toma en serio. Contra la Gestapo sólo hay un medio de defensa. Y es saber algo comprometedor sobre ella. Sólo se tiene a aquél a quien se puede comprometer. Todo el mundo hincha desmesuradamente su propia falta.

El legionario meneó pensativamente la cabeza, inspiró una bocanada de humo de su cigarrillo, la echó por la nariz, y se inclinó sobre la mesa.

—Es cierto, Dora. Practico esta filosofía desde los diez años. Tenía un profesor, un granuja, que iba siempre tras de mí. Yo era chiquitín, el más pequeño de la clase, y no sabía utilizar bien los puños. No aprendí a hacerlo hasta que ingresé en la Legión. Pero descubrí que quería a la mujer del comisario de Policía. Desde entonces, fue siempre muy amable conmigo. Y la mujer, también.

—¿Diez años? —dijo riendo tía Dora—. Estabas muy adelantado para tu edad. Yo estuve en el limbo hasta los diecisiete.

El legionario sonrió levemente.

—Bueno, y después, compraste este establecimiento. Pero ¿no puedes conseguirme un permiso de visita? Tú sabes cosas de *el Bello Paul*, ¿verdad? Pero ¿tal vez no las suficientes para lograr que liberen al teniente Ohlsen?

—Creo que podría arreglármelas para el permiso de visita, Alfred. Pero que le pongan en libertad es mucho más difícil. Hasta un perro manso muerde si le quitas un hueso. Tú mismo lo has dicho hace un rato. *El Bello Paul* es una serpiente venenosa medio domesticada. Uno consigue hacer realizar las cosas más extraordinarias a esa clase de bichos, en tanto tienen miedo de ti, pero si se rebasan los límites y exiges cosas demasiado difíciles, se olvidan del miedo y te muerden. El teniente Ohlsen es un estúpido. No es lo bastante importante para que yo sienta deseos de arreglarlo todo

por él. Si se tratara de ti, Alfred, sería distinto. Resulta peligroso tocar a los detenidos de *el Bello Paul*.

—Lo sé —murmuró el legionario—. Colecciona prisioneros orno otros coleccionan sellos.

—Prisioneros y ejecuciones —añadió la tía Dora, mientras cogía una castaña, que mojó pensativamente en la mantequilla derretida—. Es muy peligroso. Creo que voy a esconderme. Daré la llave del café a Britta, y no volveré hasta que pueda dar la bienvenida a los Tommies.

El legionario se rió y se frotó la cicatriz.

—¿Te buscan, Dora? ¿No será que has ido demasiado lejos?

—No estoy muy segura —contestó tía Dora con los ojos entornados y rascándose el cuero cabelludo con un tenedor—. Pero oigo una voz lejana que me dice: «Recógete las faldas, Dora, y sal corriendo». Desde hace diez días, hemos recibido demasiadas visitas de extraños tipos con el ala del sombrero caída.

—¿De esos que tosen después de un pernod? —preguntó el legionario.

—Exactamente. Tipos que huelen a cerveza desde cien metros. Vienen aquí para acostumbrarse al pernod. Pero no lo consiguen. Esto les traiciona.

—El pernod es bueno para eso —asintió el legionario—. Desenmascara la hipocresía. ¿Te acuerdas del SD a quien rebanamos el pescuezo?

Tía Dora se rascó el pecho.

—Cállate, Alfred. Se me pone la carne de gallina al recordarlo. Ensuciasteis el garaje. Ewald tuvo que levantar todo el pavimento para que desaparecieran las manchas de sangre.

Una sirena empezó a aullar.

—Alarma —gruñó tía Dora—. Vámonos al sótano con una o dos botellas.

El personal llegó corriendo. Abrieron una trampa que había debajo de la mesa, y por una escalera estrecha descendieron al sótano. Alguien bajó unas botellas. Todos se acomodaron. Sólo Gilbert, el portero, se quedó arriba. Pese a los severos castigos previstos, se producían robos durante las alarmas.

—Bueno, los aristócratas de la bomba se vuelven a sus casas a tomar el té.

La alarma había durado una hora. Subieron a la superficie. Tía Dora se estiraba el vestido y se rascaba un muslo.

—*Merde!* —exclamó el legionario—. Consuélate. Pasan tanto miedo como nosotros en el sótano.

—Alfred, voy a telefonar a *el Bello Paul*. Si mañana consigues salir del cuartel, ven a verme. Trataré de obtener un permiso de visita. Si no lo consigo, Paul y yo volveremos a vernos en el agujero, cogidos de la mano.

El legionario se levantó, se puso la gorra, se estiró su corta guerrera de húsar.

—Ni tú ni Paul iréis al agujero. Estaré aquí a las once de la mañana.

Salió a la calle.

Una mujer le sonrió alentadoramente y le pidió un cigarrillo, pero el legionario la rechazó con brusquedad.

—Largo de aquí, granuja.

Ella le gritó una procacidad. El legionario se volvió a medias. La mujer huyó precipitadamente hacia la Hansa Platz. Durante dos días no se atrevió a salir de su casa.

Al cabo de dos horas, tía Dora se encontró con el consejero criminal Paul Bielert en la esquina de Neuer Pferdemarkt y Neuerkamp Feldstrasse, junto al matadero. Atravesaron Neuer Pferdemarkt y entraron en el hotel «Jöhnke», donde se sentaron en una mesa aislada.

Tía Dora fue directamente al grano.

—Necesito en seguida un permiso de visita. Tengo prisa. El personal se alborota. Tengo muchas preocupaciones.

Bielert sonrió de labios afuera.

—Si quieres, te encontraré extranjeras.

—Muchas gracias —contestó riendo tía Dora—. Mantén a tus granujas lejos de mi casa. Pero necesito ese permiso.

Paul Bielert pensativo, colocó un cigarrillo en su boquilla de plata.

—Eres muy exigente, Dora. Un permiso de visita es difícil de obtener. Es una mercancía muy solicitada.

—Déjate de palabrerías. Pídeme un vaso de ron, pero que esté bien caliente.

—Empleas un lenguaje vulgar, Dora. No te sienta bien.

—Me importa un bledo como me sienta. Tengo mi negocio que me ocupa todo el tiempo. Pero estamos apartándonos de mi permiso de visita. ¡Mierda! Este ron no está caliente.

—Primero he de saber para quién es el permiso.

Tía Dora le alargó un pedazo de papel.

—Aquí están los nombres.

—¿El teniente Bernt Ohlsen? —preguntó Bielert con lentitud, mientras estudiaba el pedazo de papel—. Un criminal de Estado. ¿Y quieres que le permita recibir visitas? Sólo siento desprecio por esos individuos. Hay que eliminar a esos representantes de la plutocracia. Si tuviera las manos libres ¡Destruiría a familias enteras!

Tenía el rostro deformado por un odio enfermizo.

Tía Dora le observaba, indiferente. En el otro extremo de la sala; unos clientes se alejaron, inquietos. Habían presentido quién era aquel hombre. De pronto, tuvieron prisa, echaron el dinero sobre la mesa y abandonaron el restaurante.

—Tengo una lista de nombres tan larga —prosiguió— que el *Gruppenführer*

Müller se quedaría boquiabierto. No se trata únicamente de la guerra. Vivimos una revolución y yo me considero uno de sus jefes. Tengo un trabajo desagradable. Pero me gusta.

—Tienes razón —asintió tía Dora, que le observaba por el rabillo del ojo—. No hay que ser blando con los traidores y los desertores. A mí los remordimientos me atormentan, a veces. Con frecuencia, siento deseos de devolver todo lo que tengo en mis diversos escondrijos. Objetos que he olvidado desde hace mucho tiempo y que luego, de repente, me encuentro con unas fotografías y unos documentos en la mano, y sé que mi deber estriba en enviarlos a Berlín. El otro día, vi a Müller. Se presentó inesperadamente en el café. Hacía años que no nos veíamos. Nos satisfizo tanto el encuentro que nos emborrachamos.

—¿Qué Müller? —preguntó Paul Bielert, con expresión inquieta.

—El adjunto de Heydrich, tu difunto jefe. El *Brigadeführer* Heinrich Müller. Regamos el acontecimiento. No nos habíamos visto desde que había ascendido a *Untersturmführer*.

—¡No sabía que conocieses a Heinrich Müller! —murmuró Bielert, sin conseguir ocultar su sorpresa—. Sin embargo, nunca has estado en Berlín. Esto lo sé con seguridad.

—No me digas que has hecho espiar a tu vieja amiga, Paul.

—¿Quién habla de espionaje? Sólo pienso en tu seguridad —dijo sonriente, suave como un gato—. En estos tiempos agitados pueden ocurrir tantas cosas...

—Eres muy amable, Paul —contestó ella, sarcástica—. Pero cuando hablas de seguridad, ¿no piensas más en la tuya que en la mía? Sería una lástima para ti que me ocurriera algo.

Bielert se encogió de hombros, encendió otro cigarrillo y bebió otro sorbito de coñac.

—¿De qué habéis hablado Müller y tú?

—De criminales de Estado —suspiró tía Dora—. Estuvimos tan acordes en todo que resultaba conmovedor. Dijo que sabía que yo conocía a muchos antiguos comunistas. Estaba especialmente interesado en los que habían dejado el hábito rojo para ponerse el pardo oscuro. Tipos que sirven en la Gestapo. Estuve a punto de confesarle unos cuantos secretillos, pero como sabes, mi bondadoso corazón me hace olvidar a menudo mi deber hacia el Führer y la patria. —Se levantó despreocupadamente la falda y sacó una carta que llevaba oculta en la bragas. Unas bragas de lana gruesa, color azul pálido, con elástica—. ¡Mira qué encontré el otro día al ordenar un cajón! Una carta muy interesante sobre la célula 31. Y figúrate que, en varias ocasiones habla de un tal Paul Bielert como jefe de esa célula 31. Podrían pensar que eres tú.

Tía Dora alargó la carta a *el Bello Paul*.

Éste la leyó, impasible.

—¡Vaya! En efecto, es muy interesante. —Dobló el papel y se lo guardó en un bolsillo—. Me permites, ¿verdad?

Tía Dora sonrió almibaradamente.

—Como te parezca. Tengo otras por el estilo. Quizás un día abra un museo.

Bielert abrió mucho los ojos.

—¿Cómo has conseguido echarle el guante a esta correspondencia de antes del año 33?

Tía Dora tenía la mirada perdida en el vacío.

—Paul, mientras tú aún ordeñabas vacas en el correccional, y pensabas en la revancha, yo permanecí tranquila en espera de que el viento soplara del lado opuesto. Me decía: Es mejor asegurarse por anticipado, de modo que cuando saliste de la sombra y enviaste a tus mensajeros de la célula 31, éstos se detuvieron en mi casa para echar un trago. Mis chicas se encargaron de vaciarles los bolsillos. El resto no es difícil de comprender, ¿verdad, Paul? —Sonrió alentadoramente—. Pero ¿por qué remover todo esto? En el fondo, sólo te pido un permiso de visita.

—Ven a buscarlo a mi despacho.

—Ah, no, gracias, Paul. Me parece que el aire que allí se respira no es bueno para mi corazón. Envíame el permiso con uno de tus hombres.

—Me estoy preguntando si no sería una buena idea enviar a varios de mis muchachos a registrar tu establecimiento. Después, podrían llevarte a mis oficinas. Allí haríamos todo lo posible por ti. Estoy seguro de que al cabo de unos días, podrías contarnos cosas muy interesantes. Después, podríamos dar un paseíto en automóvil, y prepararíamos una simpática tentativa de evasión. Tengo un *Unterscharführer* con tan buena puntería que toca a un fugitivo incluso con los ojos vendados.

—Evidentemente, es una idea —confesó Dora, asintiendo con la cabeza para demostrar que había comprendido—. Sin duda la has tenido ya más de una vez, pero creo que eres lo bastante inteligente para saber que encierra ciertos riesgos. En el mismo instante en que me encontrara en una de tus celdas, tú estarías en otra.

—¡Cuidado, Dora! Un día acabarás por traicionarte, y entonces caerá el martillo. Tendrás tu permiso de visita a las tres. Grei te lo traerá.

—Muy bien. Grei y yo nos entendemos. Está muy satisfecho de ser *Oberscharführer* y prefiere el uniforme gris al traje rayado. De hecho, debiste conocer a Hans Grei antes del 33. Cuando cantaba la *Internacional*, se le oía desde toda la ciudad. Ahora prefiere el *Horst Wessel*. Sólo los idiotas intentan nadar contra la corriente.

Paul Bielert se levantó.

—Ten cuidado, Dora. Tienes muchos enemigos.

—Tú también, Paul. Nosotros dos nos entendemos.

El SD *Standartenführer* Paul Bielert rebullía en su ceñido abrigo negro. Se limpió las gafas oscuras. Después, desapareció entre la lluvia. Un lobo. Un lobo peligroso con ropa de enterrador.

Se detuvo en el matadero. Con lentitud, entró en la gran nave y contempló a los carniceros que despanzuraban hábilmente las vacas. Olfateó el olor de la sangre.

Alguien le habló. Bielert no contestó y siguió indiferente su camino.

Se presentó un celoso inspector.

—¡Eh, usted! —gritó—. ¿Cree que esto es un espectáculo de variedades? Está prohibida la entrada. Márchese inmediatamente, por favor.

Bielert prosiguió, impasible, su paseo.

El inspector le cogió de un brazo.

Bielert sacó del bolsillo su plaquita ovalada y la colocó ante las narices del inspector.

Este le soltó inmediatamente, como si se hubiera quemado. Hizo una reverencia servil.

—¿Puedo servirle en algo?

—¡Lárguese! —siseó Paul Bielert.

Stever era un buen soldado. Ya hacía cinco años que había ingresado en el Ejército. Se podía ser buen soldado aunque sólo se hubiera servido cinco meses. El tiempo nada tenía que ver en ello. El Verraco hacía cerca de treinta años que servía, pero no era un buen soldado. También hacía tiempo que el comandante director de la prisión llevaba el uniforme. Pero no era un soldado, no lo sería jamás. No es que le faltara voluntad, es que no era «apto», sencillamente.

Tanto el Verraco como el comandante eran malos y estaban sedientos de poder. Eran buenos guardianes, instrumentos muy útiles en el Estado nazi.

Al Obergefreiter Stever, de los dragones, no le importaba el poder. No era ni muy malo, ni muy bueno. Estaba satisfecho. Tenía dos uniformes de paseo, dos uniformes de servicio y tres trajes ligeros de dril. Todos los uniformes de Stever estaban hechos a la medida. Se los había confeccionado un sastre que vivía en «Grosser Burstha», y cuyo hijo había estado prisionero con Stever. Desde entonces, el sastre Bille hacía siempre los uniformes de Stever.

El Obergefreiter Stever clasificaba a los seres humanos en cuatro categorías: los soldados activos y los paisanos; las mujeres casadas y las solteras. Él prefería las casadas. Desde los quince años, había descubierto que la mayor parte de las mujeres casadas estaban sexualmente subalimentadas. Desde entonces, Stever había tenido numerosas e interesantes aventuras eróticas.

—Con las mujeres existe una lucha que no carece de riesgos. También puede atacarte los nervios. Hay que ser amable con ellas —le explicó al Obergefreiter Braun, que raramente realizaba una conquista, pese a que era mucho más guapo que Stever.

—Empieza por decirles palabras amables, como esas que les hacen llorar en las novelas, acarícialas un poco, hazles cosquillas en el cuello; un dedo a lo largo de la espalda tampoco está mal. Hay que esperar a que respondan a tu amor. No es muy difícil. Nunca te muestres demasiado ardiente, aunque estés hirviendo por dentro. Las mujeres detestan a los libertinos. Las mujeres casadas son las mejores con gran ventaja.

Cuando Stever salía de la cárcel para ir a ver a sus mujeres casadas, nadie hubiese creído que aquel soldado elegante y de sonrisa satisfecha era el mismo que, con una indiferencia total, maltrataba a los soldados presos. Desde luego, sólo lo hacía obedeciendo órdenes, y hubiera quedado muy sorprendido si alguien se lo hubiese reprochado. Nunca había matado a nadie. El dragón Obergefreiter Stever, guardián de la cárcel de la guarnición de Hamburgo, lo consideraba una cuestión de honor.

DISCIPLINA PENITENCIARIA

El comandante Rotenhausen venía una vez al mes para conocer a los nuevos detenidos. Al mismo tiempo, se despedía de los condenados. No de los condenados a muerte. Éstos no le interesaban. Sólo de los que debían partir hacia las prisiones militares de Torgau, Glatz y Gamersheim.

Prefería acudir ya muy tarde. Nunca antes de las diez de la noche. Más bien hacia las once, cuando los prisioneros estaban dormidos. Siempre se producía una confusión total cuando se sacaba de la cama a los prisioneros, aún dormidos, para presentarlos al comandante, ligeramente ebrio.

Habían transcurrido cuatro días desde el asunto del permiso de visita. Era casi medianoche. El comandante llegaba directamente del casino. Elegante, de buen humor... Su esclavina gris pálido forrada de seda blanca flotaba al viento. Sus botas lustradas crujían. Llevaba un pantalón gris pálido con galones demasiado anchos. Sus hombreras, las hombreras trenzadas de los oficiales de Estado Mayor, eran de oro macizo. Tres años antes, el comandante Rotenhausen había hecho un matrimonio de interés.

El comandante era el oficial más elegante y mejor vestido de todo el X Ejército. Su gorra, que era de Caballería, era de seda con bordes plateados. Era evidente que los bordes amarillos de la Caballería habían sido cambiados por los blancos de la Infantería. Ocupaba un puesto que muchos le envidiaban. Primero, era presidente del casino del Estado Mayor del X Ejército que estaba a disposición de los oficiales del 76.º Regimiento de Infantería. Poco a poco, también se había permitido el acceso al mismo a los oficiales del 56.º Regimiento, aunque no gratuitamente. Era lógico. El señor Rotenhausen cobraba cada mes unos derechos no reglamentarios que, oficialmente, figuraban como contribución a las mejoras del casino. El casino de Altona del comandante Rotenhausen tenía fama en toda la región militar.

Sin embargo, una vez, las cosas estuvieron a punto de estropearse. Un coronel muy joven que había perdido un brazo al sur de Minsk, empezó a expurgar la comandancia general. Estaba allí temporalmente, entre el hospital militar y el frente. Los miembros del casino se sentían incómodos cuando comparecía aquel chiquillo. No tendría más de treinta años. Poseía todas las condecoraciones existentes, además de la Medalla de Oro de los heridos. Su uniforme era totalmente reglamentario. Solo la túnica había sido hecha a la medida. Todo lo demás: capota, pantalón, gorra, botas

e incluso el cinturón y la pistolera procedían del almacén. Ni siquiera llevaba el «Walther», la pistola de los oficiales, aquella bonita pistola que todo oficial de guarnición poseía por poco que se respetara. Aquel joven coronel llevaba el «P-38», y, según el reglamento, exactamente a cuatro dedos a la izquierda de la hebilla del cinturón. Pero lo que hacía sentir un recelo aún mayor a los miembros del casino era el cordón del silbato que se vislumbraba bajo la tapeta del bolsillo superior derecho. Se podía comprobar. Tres centímetros y medio. Ni más ni menos.

El coronel era cazador alpino. Esto fue suficiente para poner en guardia a toda la guarnición. El *edelweiss* brillaba orgulloso en su manga izquierda. En el cuello y en las hombreras, tenía un color verde venenoso.

Media hora después de su llegada, el coronel reunió a todos los miembros del casino, desde los soldados rasos hasta los tenientes coroneles. Con tono seco les explicó que provisionalmente, se había hecho cargo del mando del Estado Mayor. Al mismo tiempo, sustituía al comandante de la guarnición. Miro a cada uno derecho a los ojos. Era como si les arrancara el cerebro para sopesarlo.

—Soy el coronel Greif, del 9.º Regimiento alpino —se presentó, sin estrechar la mano a nadie—. Siempre he sostenido buenas relaciones con mis hombres. Sólo hay una cosa en la tierra que desprecio: Los emboscados. —Se balanceaba y daba golpecitos a la funda de su pistola—. ¿Saben ustedes, señores, que las unidades del frente necesitan hombres? En mi regimiento hay soldados que no han tenido un solo permiso en tres años.

Preguntó a cada uno cuánto tiempo llevaba en la guarnición. Manifestó, en voz alta, su sorpresa al comprobar el pequeño número de ellos que había estado en el frente.

Al día siguiente, empezó a formar compañías para el frente. Al tercer día, todos los uniformes de fantasía fueron relegados a un rincón oscuro. Había tantas gorras de Caballería que se hubiese podido proveer a todo un regimiento. De repente, todo el mundo empezó a llevar uniformes mal ajustados, procedentes del almacén. Los mandos llevaban el cordón del silbato, y la pistola reglamentaria estaba, efectivamente, a cuatro dedos a la izquierda del cinturón. Ni uno solo llevaba la gorra torcida. Los monóculos también desaparecieron. Incluso el comandante del 76.º Regimiento de Infantería, el coronel, Brandt, se había visto obligado a abandonar el suyo. Tenía que cuadrarse ante el joven coronel, que hubiese podido ser su hijo, para oír cómo le decía que estaba en una guarnición militar en tiempo de guerra y no en un baile de carnaval, en el que cada uno podía disfrazarse como le pareciera. El que tuviera la vista mala, que fuera al oculista a encargarse unas gafas.

Se le maldecía en voz baja, por supuesto. Incluso se pensaba en organizar un accidente. Un teniente tuvo la luminosa idea de enviar una denuncia anónima a la Gestapo. Luego, un día, todos recibieron una terrible sorpresa, y después, se

alegraron de no haberla cursado.

El coronel recibió la visita de Heydrich en persona. Entonces todos comprendieron. ¡El adjunto de *él Diablo*! Todo el mundo empezaba a sentir deseos de abandonar Hamburgo. Un comandante amigo de Heydrich podía llegar muy lejos. Incluso la gata del cuartel no se sentía ya segura. Abandonó su sitio junto a la chimenea para retirarse al sótano de la 21.^a compañía, donde se ocultó tras un montón de máscaras antigás, en los dominios del *Feldwebel* Lüth, que era considerado un analfabeto en el aspecto político.

Una madrugada, a las tres, despertaron al comandante Rotenhausen. Había asistido a una francachela en la ciudad y aún estaba bastante ebrio, pero se serenó en un tiempo increíble cuando comprendió lo que le decía el suboficial de guardia. Debía hacerse cargo inmediatamente del mando de una compañía que al día siguiente partía hacia el frente.

Pero el comandante tuvo suerte. Dios le protegía. Dos horas antes de la marcha de la Compañía del comandante, el coronel Greif recibió un telegrama en el que se le comunicaba su traslado. Pasaba a ser comandante de grupo de combate en la 19.^a División de Infantería que estaba combatiendo al sudoeste de Stalingrado. Tres cuartos de hora más tarde, el coronel emprendió el viaje en un aparato de transporte «Ju 32». Nunca más debía volver a Alemania. Murió de frío junto a un montón de nieve, frente a la fábrica de tractores «Estrella Roja», de Stalingrado. Cuando los rusos le descubrieron, el 3 de febrero de 1943, le dieron la vuelta con sus bayonetas para ver si aún estaba vivo. Pero el coronel Greif estaba frío y muerto.

El comandante Rotenhausen fue sustituido inmediatamente en la Compañía que marchaba al frente por un teniente de Cazadores Blindados. Durante cuatro días y cuatro noches, los oficiales de la guarnición festejaron la marcha del coronel Greif. Su sustituto era un general de brigada agradablemente imbécil. Cuando los oficiales acudían de visita con sus esposas, el general de brigada se entregaba al besamanos: es decir, babeaba sobre la mano de las damas al mismo tiempo que profería ruidos extraños, semejantes a los relinchos de un caballo enfermo. Se presentaba: «General de brigada Von der Oost, de Infantería». Lanzaba una risita ronca, resoplaba con fuerza y tiraba del cuello de su guerrera como si le estrangulara. Después, cacareaba:

—Querida señora, querida señorita, no sé quién es usted. Yo soy el comandante de la guarnición. ¿Sabe por qué soy oficial de Infantería?

Naturalmente, la dama a quien hacía la pregunta no conseguía adivinarlo. El general de brigada se reía muy satisfecho.

—Desde luego —proseguía—, porque no soy oficial de Artillería. Nunca me ha gustado la artillería. Hace tanto ruido que me produce dolor de cabeza.

Llegaba tembloroso al casino, y decía con su voz de viejo:

—Señores, hoy estoy contento. ¿Saben ustedes por qué?

Los oficiales presentes conocían la respuesta por anticipado; pero, naturalmente, fingían ignorar por qué el general de brigada estaba contento.

Se echaba a reír, y decía, encantado:

—Porque no estoy triste.

Cuando todo el mundo había reído amablemente esta broma, proseguía:

—Y ayer estuve muy triste. Porque no estuve contento.

Era un comandante ideal. Firmaba cualquier papel que le pusieran delante, sin echar ni una mirada al texto, ya se tratara de la incautación ilegal de unos paquetes de margarina o de una orden de ejecución. Algunos aseguraban, con evidente mala fe, que ni siquiera sabía leer. Cada vez que firmaba algún documento, tartamudeaba:

—Bueno, ya está hecho, señores. ¡Cuánto trabajo tenemos! Aquí nada se entretiene. Todos tenemos que trabajar para la victoria.

—Ayer ejecutaron a tres soldados de Infantería, en Fuhlsbüttel —observaba el adjunto, con indiferencia.

—Cada guerra exige sus sacrificios —explicaba el general de brigada—. De lo contrario, no habría guerra.

Siempre se dormía durante el *Kriegspiel*, ya desde el principio. Por lo general, se despertaba bruscamente durante el ejercicio, e intentaba gritar.

—¡Es importante, señores! Hay que destruir las Divisiones Blindadas extranjeras, pues, de lo contrario, llegarán a Alemania y provocarán embotellamientos. Lo esencial en una batalla así es conseguir que el enemigo se quede sin municiones. ¿Qué es un tanque sin proyectiles? Como un ferrocarril sin tren.

Los oficiales asentían con la cabeza y movían concienzudamente las piezas en la arena. Pero nunca se conseguía encontrar un medio susceptible de que desapareciera el aprovisionamiento de municiones del enemigo. Por lo tanto, se empezaba cada simulacro de batalla declarando:

—El enemigo está escaso de municiones, mi general.

Entonces, el viejo se frotaba las manos:

—Hemos ganado. Ya sólo nos queda bombardear sus fábricas de municiones. Después, firmaremos la paz.

Un día, la gata, que de nuevo se había atrevido a volver al Cuartel General, organizó un enredo tremendo en la mesa de ejercicios. Había decidido parir sus pequeños en medio la cota 25. Los tanques de juguete y las piezas de Artillería estaban mezclados como si les hubiera caído una bomba encima. La gata había escogido un mal momento, ya que se había invitado a los vecinos a que asistieran al ejercicio.

Furioso, el general de brigada exigió que la gata fuera sometida a un Consejo de Guerra. Había que seguir el juego. Dos *Feldwebels* agarraron a la gata y la sujetaron durante el juicio. Fue condenada a la pena de muerte por sabotear la instrucción de

los oficiales. Pero, al día siguiente, la indultaron. No obstante, tuvo que permanecer atada a la chimenea. El ordenanza del general fue designado su guardián.

Un día anunció que la gata había desaparecido. En realidad, él mismo la había regalado a un panadero del barrio de San Jorge. El general de brigada, que la echaba mucho en falta dio la orden de comprar un nuevo gato.

La paz y la seguridad reinaban en toda la guarnición. El poder del comandante Rotenhausen aumentaba de día en día. Porque el general de brigada adoraba el coñac francés, y era el comandante quien se lo proporcionaba. La visita del coronel Greif estaba casi olvidada.

De modo que el comandante anduvo con pasos seguros hacia la cárcel de la guarnición. Llevaba una larga fusta bajo el brazo. Sin embargo, nunca montaba a caballo: los animales le asustaban. La fusta estaba destinada a los hombres. A los prisioneros de la guarnición.

Saludó altivamente a *el Verraco*, a quien se había avisado telefónicamente de la visita. Habían ido a buscar al *Obergefreiter* Stever a Reeperband, donde estaba absorto en la contemplación de una película erótica que pasaban en un cabaret clandestino de Grosse Freiheit. Apenas había tenido tiempo de abrocharse la guerrera, cuando entró el comandante.

El Verraco se cuadró, y dijo a gritos:

—Destacamento de la cárcel de la guarnición, ¡firmes!

Stever, jefe de Sección, comprobó el alineamiento.

—*Gefreiter* Schmdit, avance un poco. *Schütze* Paul, encoja la barriga. *Obergefreiter* Weber, adelante el pie izquierdo.

Stever volvió a situarse en el extremo derecho.

—¡Firmes, vista a la izquierda! —aulló *el Verraco*. Avanzando con paso rígido hacia el comandante, hizo chocar secamente los tacones, saludó y gritó—: Mi comandante, el *Hauptund Stabsfeldwebel* Stahlschmidt se pone a sus órdenes con el destacamento de guardia de la prisión: quince suboficiales, veinticinco soldados, tres bajas en la enfermería, un suboficial con permiso, un *Gefreiter* desertor, dos soldados arrestados en el 12.º Regimiento de Caballería, en Elmstedt. La cárcel de la guarnición Hamburgo-Altona aloja quinientos prisioneros. No hay enfermos. Todo está en regla. Nada especial que señalar. La cárcel ha sido limpiada y ventilada.

El comandante comprobó la formación, pasó con lentitud ante la fila de soldados bien alimentados, asintió, satisfecho con la cabeza, rectificó la posición de la pistolera de un *Gefreiter* y preguntó a un *Obergefreiter* soltero cómo estaba su esposa. Sin esperar la respuesta, se colocó frente a la formación. Saludó llevándose dos dedos a la visera, y le dijo a *el Verraco*:

—Estoy satisfecho, *Stabsfeldwebel*. Pero ya sabe usted que tengo prisa. Vayamos, pues, al grano.

Se dirigieron a la oficina donde el comandante lo encontró todo impecable. En la mesa, los objetos estaban ordenados según prescribía el reglamento. Quien lo deseara podía medir cosa que hizo el comandante. Con una regla de metal, comprobó que había exactamente diez milímetros desde el borde de la mesa hasta el montón de expedientes. Con un compás midió las cintas rojas de las carpetas y las chaquetas de dril que había en el lavabo. En los retretes, solicitó ver el tornillo de desagüe del sifón. Lo sostuvo en la mano y comprobó, ligeramente decepcionado, que estaba limpio y reluciente.

Después, pasó al depósito; pero también estaba limpio. Ni el menor rastro de pintura saltada ni de óxido. Con la ayuda de un cortaplumas, intentó sacar un poco de suciedad del borde del retrete. Su decepción era evidente. Todo estaba limpio.

El Verraco rió triunfalmente a espaldas del comandante y le guiñó un ojo a Stever, como diciendo: «Este viejo es un ingenuo. Hay que ser mucho más listo para pescarnos».

Después, regresaron a la oficina. *El Verraco* pensaba para sí: «¡Y pensar que un idiota semejante ha llegado a oficial...! Si yo hubiese estado en su sitio, hace ya rato que hubiese encontrado un pretexto para gritar. El muy cretino ni siquiera conoce el truco de la cerilla escondida que uno encuentra después».

El comandante solicitó ver las listas de prisioneros. *El Verraco* hizo chocar por tres veces los tacones y entregó las listas al comandante. Éste se puso el monóculo, que a cada momento se le estaba cayendo.

—*Stabsfeld*, ¿cuántos nuevos? ¿Cuántos que trasladar? —preguntó, sonriente.

—Siete nuevos, mi comandante —gritó *el Verraco*—. Un teniente coronel, un capitán de Caballería, dos tenientes, un *Feldwebel*, dos soldados rasos. Catorce que trasladar, todos Torgau: un general de brigada, un coronel, dos comandantes, un capitán de Caballería, un *Haupt-mann*, dos tenientes, un *Feldwebel*, tres suboficiales, un marinero, un soldado raso. En la prisión hay, además, cuatro condenados a muerte que esperan ser fusilados. El indulto ha sido denegado. El servicio del cementerio ha sido informado. Los ataúdes están encargados en la carpintería del Batallón.

—Bien, *Stabsfeld*. Me alegro sinceramente de encontrarlo todo en orden. Conoce usted el trabajo. Es un suboficial en quien se puede confiar. Aquí no hay dejadez como en la prisión de Lübeck. ¡Aquí, todo funciona, *Stabsfeld*! Todo está bien engrasado. Pero ¡ojo con los accidentes! Me refiero a los accidentes mortales. No me importa que esos tipos se rompan una o dos piernas, pero cuando mueren, hay demasiados problemas. En el *Stadthausbrücke* está el consejero criminal Bielert, un tipo desagradable que empieza a interesarse mucho por nuestra prisión. Esto no me gusta. Se le encuentra en todas partes. El otro día, compareció en el casino a las dos de la madrugada. Nunca se hubiera tolerado una cosa así en tiempos del emperador; se le hubiera expulsado de un modo fulminante. Un teniente que no le conocía le

confundió con un cura. ¡Menudo cura! —Suspiró el comandante—. Al día siguiente, nos vimos obligados a enviar a un teniente al frente. Todo se arregló por teléfono. Ese Bielert fue uno de los preferidos de Heydrich. Tenga cuidado, *Stabsfeld*. No le dé ocasión de olfatear algo anormal. Porque, entonces, no tardaríamos en encontrarnos los dos en los bosques de Minsk. Cuando meta en cintura a los prisioneros, puede pegarles sin temor, *Stabsfeld*. Hay muchos lugares del cuerpo en los que se puede golpear sin que se note después. Y, entonces, no existe ningún riesgo. Ya se lo enseñaré luego, cuando empecemos las presentaciones. Ahora que me acuerdo: sin duda tendrá usted a uno o dos hombres a quienes no aprecie demasiado, a los que podemos enviar al frente. Sólo por principio. Si hacemos esto de vez en cuando, tal vez tengamos contento a todo el mundo. Bueno, empecemos. Tenemos prisa.

En el pasillo estaban reunidos todos los que debían ser presentados. Primero, los nuevos. Un teniente de cincuenta y un años, que había sido arrestado por negarse a obedecer; resistió exactamente tres minutos y cuatro segundos. Después, salió vacilante, sostenido por dos *Gefreiters*. No se veía ni una huella de sangre.

Stever se rió triunfalmente y pegó una palmada en el vientre del oficial.

—Estás hecho una mujerzuela. Sólo tres minutos. Hubieses que ver un *Feldwebel* que tuvimos aquí. Resistía durante dos horas. El comandante se vio obligado a parar porque estaba cansado.

Se llevaron al teniente desvanecido, con un gran desgarrón en la frente.

El teniente Ohlsen estaba en el pasillo, con los que esperaban a ser presentados. Estaban de cara a la pared. Las puntas de los pies y la nariz, pegadas al muro pintado de verde; las manos, unidas detrás de la nuca.

Dos guardianes armados recorrían el pasillo. Llevaban sus metralletas en posición, a punto de disparar. Alguna vez, un prisionero había perdido el dominio de sí mismo y había intentado saltar al cuello del comandante. Ninguno de ellos podía explicar los motivos de su fracaso: habían salido muertos de la oficina, y habían sido arrojados a la celda de castigo, en el subsuelo, con una etiqueta atada al pie.

—¡El detenido Bernt Ohlsen, teniente de la reserva! —vociferó Stever—. Preséntese, y a toda mecha. El comandante tiene prisa.

El teniente Ohlsen pegó un salto, hizo chocar los tacones en cuanto hubo traspuesto la puerta y mantuvo la mirada fija frente a sí. «Ahora, hay que tener cuidado —pensó—. Un solo movimiento en falso, y se desencadenará». Pegó los dedos a la costura del pantalón, adelantó los codos y se mantuvo erguido como un huso.

El comandante se hallaba instalado tras el escritorio. Frente a él estaba la larga fusta. *El Verraco* permanecía en pie detrás de él, con una cachiporra de caucho manchada de sangre en la mano.

Stever se situó detrás del teniente Ohlsen.

—¡Heil Hitler! —dijo el comandante.

—¡Heil Hitler!, mi comandante —gritó el teniente Ohlsen.

El comandante sonrió, ojeó los papeles del teniente.

—Su caso se presenta mal. Creo que puedo predecirle exactamente lo que le ocurrirá. Será condenado a muerte. Si tiene mala suerte, será decapitado. Y en mi opinión, la tendrá. Si es afortunado, le fusilarán. La decapitación es deshonrosa y antiestética. Nunca he podido soportar el espectáculo de las cabezas que caen en el cesto. Y, además, hay demasiada sangre. ¿Tiene que formular alguna queja? ¿Tiene que solicitar algo?

—No, mi comandante.

El comandante levantó lentamente la cabeza; miró con fijeza al teniente Ohlsen.

—Prisionero, su cabeza no está bien erguida.

El Verraco levantó la mano derecha.

Stever propinó un golpe con la culata de su metralleta.

—Prisionero, cuando se le ordena firmes, ha de mantenerse erguido —dijo el comandante con una amable sonrisa.

Un dolor lacerante atravesó el cuerpo del teniente Ohlsen. Le costó un gran esfuerzo mantenerse en pie.

—Prisionero, se ha movido usted —declaró con sequedad el comandante.

El Verraco levantó la mano izquierda. Stever golpeó dos veces. Pero esta vez con el cañón de la metralleta. Golpeó con todas sus fuerzas, a la altura de los riñones.

El teniente Ohlsen tuvo la impresión de que agujas enrojecidas le atravesaban la espalda. Cayó de rodillas. Las lágrimas le brotaron de los ojos.

El comandante movió la cabeza apesadumbrado.

—Prisionero, esto es desobediencia. ¿Rehúsa mantenerse en pie? ¿Se arrodilla como una mujer?

El comandante hizo un ademán a *el Verraco*, quien levantó dos veces la mano izquierda.

Stever golpeaba con la culata. Golpeaba con el cañón. Pegaba puntapiés al teniente tendido en el suelo. Dio cuatro golpes apuntando con precisión al ombligo. El teniente Ohlsen gritaba. Un hilillo de sangre le brotaba de la boca. No mucho. Sólo unas gotitas.

El comandante golpeó la mesa con su fusta.

—¡*Obergefreiter*! ¡Levante a ese prisionero!

Stever golpeó con el cañón, cuyo punto de mira produjo una amplia herida en la mejilla izquierda del prisionero.

El teniente Ohlsen gemía de un modo desgarrador. Pensaba en Gerd, su hijito. Murmuraba algo incomprensible. Los otros creían que protestaba, pero, en realidad, le hablaba a su hijo.

El Verraco levantó una vez más la mano, Stever hundió el cañón de su metralleta en la columna vertebral del teniente Ohlsen.

El prisionero fue transportado a su celda, sin sentido.

Después, se pasó a los que deberían partir hacia Torgau. Cada uno de ellos debía firmar una declaración en la que afirmaba haber sido tratado correctamente y que no tenía ninguna queja que formular. Cada declaración estaba avalada por otros dos prisioneros, que actuaban de testigos.

Un general de brigada rehusó firmar.

—Mi comandante —dijo, frío y tranquilo—, como máximo, permaneceré dos años en Torgau. Pero si redacto un informe sobre usted y sus hombres, serán condenados a veinticinco años. En esta cárcel se han cometido, por lo menos, dos homicidios con premeditación. Cuando haya terminado mi sentencia en Torgau, pasaré seis semanas en un campo de reeducación. Después, me devolverán mi grado y, probablemente tendré un mando de una División disciplinaria de Infantería. Y le doy mi palabra de honor de que removeré cielo y tierra para tenerle en mi División. Donde puedo prometerle que será tratado correctamente, según lo determina el Reglamento de los regimientos disciplinarios.

En la oficina se produjo un silencio de muerte. Stever miró a *El Varraco*, pero éste no levantó la mano. Nunca había ocurrido nada semejante. Un prisionero que amenazaba. Un prisionero que acusaba.

El comandante se recostó tranquilamente en su butaca, encendió un cigarro, cogió la fusta y la dobló pensativamente. Miró al general de brigada, que permanecía cuadrado ante él.

—Prisionero, ¿imagina de veras que un hombre de su edad resistirá seis semanas en un batallón disciplinario? Al cabo de tres días, nos añorará. —Dejó su pistola en el borde del escritorio, frente al general—. Escuche, voy a hacerle un ofrecimiento. Coja esta pistola y suicídese.

Agitó su fusta ante el rostro del general de brigada.

El Verraco contenía el aliento, y pensaba: «Válgame Dios, si llega a pegarle y ese tipo se presenta en Torgau con huellas de fustazos en el rostro, estamos listos. Jamás podremos justificarnos».

El comandante rió malévolamente.

—Desea usted que le pegue, ¿no? Así podría explicar al coronel Vogel, en Torgau, lo que ocurre aquí. Pero no somos tan estúpidos. No tardará en saberlo. Aquí respetamos el reglamento. No necesitamos en absoluto utilizar la violencia cuando queremos meter en cintura a un prisionero rebelde.

Se volvió hacia Stever.

—*Obergefreiter*, dentro de diez minutos el detenido deberá estar preparado en el patio, con uniforme de campaña, cincuenta kilos de arena húmeda en la mochila y las

botas más viejas y rígidas que pueda encontrar. Meta una piedrecita redonda en cada bota. Empezaremos con dos horas de paso ligero.

El Verraco se echó a reír. Stever le imitó. El comandante sonrió.

El rostro del general de brigada permaneció impassible. La orden del comandante era correcta, totalmente correcta según el reglamento militar prusiano. Con aquel reglamento se podía matar a un hombre. Todo consistía en saber si el corazón resistiría.

—Prisionero, ¡media vuelta! —ordenó Stever—. ¡Adelante a la carrera!

El comandante se puso la esclavina, se ajustó el ancho cinturón amarillo, restituyó a su sitio la funda de la pistola e inclinó la gorra hacia un lado, sobre el ojo derecho. Aquello le daba un aire audaz. Cogió la fusta, se golpeó ligeramente una pierna y dijo, volviéndose hacia *el Verraco*:

—Venga, *Stabsfeld*. Voy a enseñarle qué hay que hacer cuando quieren evitarse las complicaciones.

El Verraco asintió con la cabeza y se puso el capote. Estuvo a punto de colocar su gorra del mismo modo que el comandante, pero se contuvo y la colocó correctamente, derecha, con la visera sobre la frente. Tenía un aspecto estúpido, pero más valía aquello que un disgusto serio. De un comandante tan distinguido, podía esperarse cualquier cosa.

Las hombreras de oro macizo del comandante brillaban. Sujetó la cadena de oro de su esclavina. Se echó los dobleces blancos sobre los hombros. Parecía un oficial de opereta dispuesto a asistir a un baile de máscaras.

El general de brigada corrió con estrépito por el corredor, estimulado por los gritos de mando de Stever.

Ya en el patio, Rotenhausen tomó el mando. Comprobó la indumentaria, se cercioró de que todo era correcto. Cambió una de las piedrecitas por otra más pequeña. Después, se situó en lo alto de la escalera. Stever se apostó en el fondo del patio, con la metralleta a punto de disparar. Hasta un viejo general podía perder el dominio de sus nervios. *El Verraco* permanecía en pie, a la izquierda del comandante.

—Fíjese bien, *Stabsfeld* —dijo el comandante, sonriente—. Si le ocurre algo durante el ejercicio, no podrán reprocharnos nada.

Rió suavemente.

—Si alguien soporta esta prueba dos veces al día durante una semana, puede vanagloriarse de ser el soldado de Infantería más duro del mundo. —El comandante se ajustó el cinturón, separó las piernas a la prusiana, se balanceó ligeramente, y ordenó con tono hosco—: ¡Derecha! ¡Firmes! ¡Izquierda! ¡Paso ligero, sin moverse! ¡Adelante a paso ligero! ¡Más de prisa, prisionero, más de prisa! ¡Levante los pies, levántelos! ¡Muévase, viejo, por favor! ¡Al suelo! ¡Veinte vueltas al patio a rastras!

El general de brigada sudaba. Sus ojos se desorbitaban bajo el casco. Sabía que el

menor desfallecimiento sería considerad como una desobediencia y daría a sus enemigos ocasión de utilizar las armas de fuego. El general de brigada había servido cuarenta y tres años en el Ejército prusiano. A los quince había entrado en la escuela de aspirantes de Gross Lichterfelde. Lo conocía todo y sabía hasta dónde podía llegar. El desvanecimiento era lo único que podía eximir a alguien de ejecutar una orden.

—¡Prisionero, alto! ¡De cuclillas! ¡Avance a saltos!

Cada salto en la arena blanda del patio era un suplicio. Las piedrecitas de las botas empezaban también a producir efecto.

El Verraco se divertía abiertamente. El comandante reía muy satisfecho.

—Vamos, prisionero. Un poco de ánimo. El ejercicio es bueno para la salud. Hay que saltar más alto y más lejos. ¡Más de prisa! ¡Sostenga el fusil con los brazos extendidos! —Las órdenes se sucedían rápidamente—. ¡Al suelo! ¡Adelante a rastras! ¡Salte con los pies juntos! ¡Adelante, paso ligero! ¡Saltos individuales! ¡Media vuelta! ¡Adelante, paso ligero! ¡Armen bayoneta! ¡Ataque de Caballería por la derecha! ¡Defensa con la bayoneta!

Al cabo de veinte minutos, el general se desmayó por primera vez. Stever sólo necesitó dos minutos y medio para reanimarle.

Cuando el comandante se hubo fumado tres cigarros, el general empezó a gritar. Al principio, sólo se oía un gemido, un débil murmullo. Una hora después del primer grito, toda la prisión estaba despierta. En las celdas, los hombres escuchaban, asustados. Los que llevaban allí cierto tiempo sabían lo que ocurría. Entrenamiento especial de Infantería en el patio.

El viejo gritaba ahora casi sin cesar. Cada grito terminaba con un estertor ahogado.

Stever hundía su metralleta en el vientre del prisionero, un centímetro y medio por encima del ombligo, cada vez en el mismo lugar. Aquello no dejaba huellas. En el peor de los casos, se perforaba el estómago. Pero aquello podía ocurrir también durante un ejercicio riguroso. ¿Y en qué Ejército está prohibido el ejercicio?

El comandante ya no reía. Sus ojos brillaban. Sus labios formaban una delgada línea.

—¡Prisionero! —aulló—. ¡En pie! ¡*Obergefreiter*, ayúdele!

Stever golpeaba como un autómatas.

El general de brigada consiguió ponerse en pie. Vacilaba como un hombre ebrio. Se arrastraba por el patio.

El comandante gritó:

—¡Alto! ¡Cinco minutos de descanso! ¡Siéntese! ¿Tiene algo que decir antes de reanudar el ejercicio?

El viejo miró hacia el cielo. Sus ojos estaban vidriosos. Parecía un muerto en una envoltura viva. Consiguió decir, con voz apenas audible:

—No, mi comandante.

Stever, que permanecía en pie tras el prisionero, con la metralleta al hombro, pensó: «Pronto caerá. Dentro de media hora, como máximo, estaremos ya en cama, después de desembarazarnos de ese tipo. Tiene que estar loco para haberse atrevido a amenazar al comandante. Mañana por la mañana será eliminado de la lista de Torgau».

—Prisionero, preparado —gruñó el comandante.

El general dio otras dos vueltas al patio. Después cayó de bruces, como un tronco. Stever le golpeó con la culata de su arma.

—¡Levántese! —ordenó el comandante.

El prisionero se puso en pie, vacilante.

Stever estaba frente a él, con la metralleta en la mano, a punto de disparar.

«Hay que liquidarlo —pensaba—. ¿Por qué no se morirá este imbécil? Es lo mejor que podía ocurrirle. Tendría que comprenderlo. Si aún aguanta mucho rato, esta noche no podré dormir. Sólo faltan tres horas para el toque de diana. Voy a pegarle un buen golpe, a ver si termino».

El prisionero se mantenía erguido, con las manos pegadas a las costuras del pantalón. Su casco estaba torcido. Las lágrimas le brotaron de los ojos. El blanco cabello se le pegaba a la frente. Las correas de la mochila le cortaban los hombros como cuchillos. Era como si cada hueso estuviera descoyuntado. Se lamió los labios y notó gusto a sangre.

—Mi comandante, le anuncio que no tengo ninguna queja que formular. —Se produjo un breve silencio. El general respiró profundamente—. Siempre he sido tratado con corrección. Solicito firmar la declaración.

—Concedido —dijo el comandante—. Es lo que esperaba desde el principio.

Todo el mundo firmó. El comandante se balanceó, encendió un nuevo cigarro, lanzó una bocanada de humo y miró, con atención, la ceniza blanca.

—Espero que se dé cuenta de que el ejercicio no perseguía la finalidad de obtener su firma a la fuerza. Hacemos esto de vez en cuando, sólo para que los prisioneros se mantengan en forma y puedan resistir mejor el campo disciplinario ¿Tiene usted sed, prisionero?

—Sí, mi comandante.

—La sed no perjudica a nadie. En Rusia tendrá ocasión, a menudo, de hacer largas marchas sin poder beber.

El viejo tuvo que correr durante otra media hora. Caía sin cesar, pero Stever era un guardián concienzudo que cada vez volvía a ponerle en pie.

En los diez últimos minutos, el general vomitaba sangre.

Por fin, el comandante ordenó:

—¡A la celda, paso ligero!

Al llegar al pasillo, el general cayó. Stever necesitó varios minutos para reanimarlo. El viejo se puso en pie, lentamente.

El comandante le observaba con atención.

—Prisionero, desnúdese. Preparado para el baño.

Le metieron bajo una ducha fría. Y le tuvieron allí diez minutos. Después, le arrastraron hasta el despacho, donde le sostuvieron la mano para hacerle firmar. El comandante agitó el papel para que se secara la tinta, y preguntó amablemente:

—¿Por qué no en seguida?

Era como si el general no le hubiese oído. Miraba fijamente ante sí con ojos casi moribundos.

—Prisionero, ¿no me oye? —gritó el comandante.

En aquel momento ocurrió algo horrible. El general se ensució en el suelo, frente al comandante, y salpicó su pantalón gris claro. Furioso, dio un salto hacia atrás.

El Verraco se enfureció mucho. Olvidó por completo la presencia de su superior.

—¡Cerdo viejo! ¡Mearse en mi despacho! *Obergefreiter* Stever, adminístrele una buena corrección.

Stever agitaba perezosamente la cachiporra, mientras reía con malignidad. ¡Aquella sí que era buena! Utilizar la oficina de *el Verraco* como urinario. Golpeó al general en el vientre y en muchos lugares distintos, pero teniendo cuidado de no pegar en los sitios donde pudieran quedar huellas. Cogiéndole por el cabello, le obligó a tenderse y le restregó la cara contra el charco.

El comandante movió la cabeza:

—Es lamentable que pueda ocurriría una cosa así a un antiguo oficial como usted. Haga de él lo que quiera, *Stabsfeld*. Este tipo ya no me interesa, pero recuerde lo que le he dicho: ni una huella.

El Verraco hizo chocar los tacones, y gritó, lleno de celo:

—¡A la orden, mi comandante!

Éste cogió el registro de inspección y lo firmó, después de haber escrito con letra grande y de fácil lectura:

Realizada inspección de la cárcel de la guarnición. Todo comprobado.

Interrogados los detenidos sobre si hay alguna queja. Nada que señalar.

P. ROTEN HAUSEN.

Comandante de la prisión.

El comandante se llevó dos dedos a la visera de la gorra y abandonó la ofical muy satisfecho de sí mismo. Se marchó a casa de su amante, la esposa de un teniente que vivía en Blankenese. Mientras que, a solas con ella, saboreaba un guisado de

ciervo succulentamente preparado, el detenido Von Peter, general de brigada, falleció en la prisión.

El *Obergefreiter* Stever dio aún unos cuantos golpes al cadáver. Después, se detuvo, sin aliento.

El Verraco se inclinó, curioso, sobre el cuerpo.

—¡Tal vez ahora nos deje tranquilos! ¡Vaya cretino! ¡Mearse en mi oficina! ¡Y pensar que un tipo así ha podido llegar a oficial...! ¿A usted qué le parece, Stever? ¿Se le ocurriría nunca orinarse en mi oficina?

—¡Nunca, *Stabsfeldwebel*!

—Así lo espero, por su bien —contestó *el Verraco* secamente.

Y señaló los restos del general.

—Lléveselo de aquí. No quiero fiambres en mi oficina. Y menos mal que no le hemos dado demasiada comida. Si no, aún hubiera hecho una porquería mayor. Mande al teniente oficial del 9 que limpie esto. Es un trabajo que corresponde a un oficial.

—¿Cómo hay que comunicar su muerte? —preguntó Stever.

—¿Tiene alguna huella? —rezongó *el Verraco*, mientras se rascaba el pecho.

Stever examinó minuciosamente el cadáver. Aparte unos cuantos cardenales, no se veía ninguna huella.

—Realiza bien su trabajo, a fe mía, *Obergefreiter* —le felicitó *el Verraco*—. Terminará su carrera como guardián en jefe. ¿Le gustaría remplazarme aquí cuando me nombren suboficial en jefe en la cárcel de la guarnición de Potsdam?

Se rascó un muslo. Sus largas botas de Artillería chirriaban. Hizo unas cuantas genuflexiones, con los brazos extendidos.

—Porque llegaré a serlo.

Satisfecho, empezó a pasear por la oficina. Frotó la KVI ^[34] que brillaba en su manga.

—¿Qué le parecería, Stever? También usted se podría coser una cintila como ésta en la manga. No hace ninguna falta ir a ver a los rusos para obtenerla.

—Es mi mayor deseo, *Stabsfeld*. Pero no me seduce la idea de tirarme dos años en la escuela de suboficiales de Caballería, en Hannover.

—¿Es que no tiene imaginación, Stever? Las personas inteligentes no necesitan ir a la escuela. Basta convertirse en un intelectual como yo. Nunca estuve en ninguna escuela. Ni siquiera en el pelotón de los *Hauptfeldwebel*.

—¿De veras es posible?

Stever se había quedado boquiabierto.

El Verraco lanzó una fuerte risotada y se irguió con orgullo.

—Todo es posible, *Obergefreiter*. Apréndase de memoria cincuenta citas sacadas de la basura de Goethe y de Schiller. Mencione a boleo algunos títulos de obras de

antiguos escritores, y será un intelectual, tanto si sabe leer como si no. En la vida hay que saber espabilarse, Stever. Grité con fuerza y los demás callarán. Pero no lo intente conmigo. No le daría resultado. Fíjese cómo arreglo este asunto del general. Es mejor que se vaya acostumbrando, a fin de que pueda tomar el mando cuando me marche a Potsdam. Haremos lo que nos plazca con ese comandante de la esclavina. Cuando nos canse, nos bastará con enviar un informe anónimo a *el Bello Paul* para librarnos de él. Ninguno de esos oficiales tiene cerebro. Fíjese cuántos hay encerrados en nuestra jaula. Carecen de nuestra astucia, Stever.

Stever asintió pensativamente. En parte, estaba de acuerdo con *el Verraco*.

—*Obergefreiter*, vaya a buscar al *Gefreiter Hölzer* —prosiguió *el Verraco*—, y haga una cuerda con las mantas de este viejo cretino. Coloque el taburete debajo de la ventana. Y haga un nudo alrededor del cuello del cadáver. Pero, cuidado: el nudo detrás, no cometa la misma estupidez que mi colega de Innsbruck, que puso el nudo delante. El muy idiota se ganó una cuerda para él. En fin, arregle un suicidio reglamentario. Entretanto, despertaré al médico para que firme un acta de defunción que nos exima de toda responsabilidad. Despierte a dos suboficiales y a dos soldados del personal: han de servirnos de testigos.

Antes de poner manos a la obra, tomaron un vaso del coñac que *el Verraco* tenía guardado. Después, Stever y Hölzer llevaron el cadáver a la celda e hicieron lo que *el Verraco* había ordenado. Desde la puerta contemplaron al general ahorcado. Stever se frotó las manos.

—¡Hermoso cadáver! ¿Sabes, Hölzer? Cuando veo a uno balanceándose, no puedo contener la risa. Y pensar que los hay que creen que ahora se pasea por el cielo... Mírale ahí, ahorcado. ¿Te lo imaginas como un ángel, sentado encima de una nube? ¡Ah, no, francamente, yo no!

—No me gusta que hables así —murmuró Holzer—. Además, no me gusta pensar en Dios. Cuando veo un cura por la calle, tomo otro camino. Tengo la intuición de que algún día nos tocará el turno a nosotros. Hay demasiados tipos que no han salido vivos de nuestras celdas. Ahora, hay en Hamburgo un Regimiento disciplinario blindado. El otro día, estuve en «*El Huracán*», en la Hansa Platz. Me encontré con tres tipos del Regimiento. Para divertirse, me rodearon el cuello con una cuerda y me hundieron una pistola en el vientre. En pleno estómago, te lo aseguro. Y después se echaron a reír, y dijeron: «Hoy no ha sido más que un ensayo».

Stever se llevó una mano al cuello y dejó de sonreír.

—¿Era uno de ellos un pequeñajo con una enorme cicatriz en el rostro? ¿Fumaba continuamente cigarrillos?

—Sí, exactamente. ¿Le conoces? —preguntó Holzer, estupefacto.

—Sí, vino de visita a la prisión. ¿Cantaba algo, Holzer?

—Sí, algo sobre la muerte que iba a llegar. Estuve a punto de denunciarles a la

Gestapo. Siempre se encuentra algo que decir. Pero, por fortuna, no lo hice: hubiese sido yo quien hubiera dado con mis huesos en la cárcel. La dueña de aquel bar está siempre rodeada de esbirros de Paul, y no es difícil adivinar lo que les dice. ¡Diablo! Se ha metido en el bolsillo al Müller de la Gestapo de Berlín. La Gestapo no se atreve a tocarla. Stever, te lo aseguro, tengo un miedo terrible. Anoche le dije algo sin reflexionar, inocentemente. ¿Sabes quién me puso de patitas en la calle? Dos SD que trabajan para Dora. Y con tanta suavidad que estuve a punto de romperme el cuello al aterrizar.

—Estás completamente chiflado, Hölzer —murmuró Stever—. ¿Qué te ocurre? ¿No te juergueas lo bastante?

—¡Oh, sí! Todas las noches desde hace tres semanas. He probado todas las furcias de Reeperband. Tanto las profesionales como las aficionadas, y estoy tan derrengado que casi no puedo sostenerme en pie. Pero adonde quiera que vaya veo a los hombres del 27.º Regimiento. Cada vez que puedo, me emborracho hasta perder el sentido. Stever, no me gusta esto. Quiero marcharme. No quiero continuar aquí.

—¿Estás mal de la cabeza, Hölzer? No tienes nada que temer. Aquí, en la prisión, no pueden tocarte. Pero si vas al Este, donde montones de psicópatas andan sueltos con granadas y otros inventos diabólicos en el bolsillo, entonces estás listo. No sobrevivirás ni tres días. Pero aquí estás seguro. Sólo que hay que tener piedad. No consideres a los prisioneros como camaradas. Son unos piojos a los que hay que aplastar. No querrás llorar con todos los que atamos al poste de ejecución... Haz lo que se te dice y no te ocupes de los demás.

—Sé que tienes razón. Lo he intentado todo, pero no sirve de nada. Me paso el día con retortijones en la barriga, de tanto miedo que tengo. Mañana hemos de cargarnos a otro, al del calabozo 20. Cada vez que entro en su celda, se pone a lloriquear. Cuando su costilla vino a verle el otro día en visita de despedida, gimieron interminablemente. Me pidieron que les ayudara. Como si fuera posible hacerlo. ¡Diantre! Para eso hay que dirigirse a Adolph o a Heinrich. Como ves, es inútil que beba, que me llene de alcohol. Resulta igualmente espantoso Al sexto vaso empiezo a no ver claro. Entonces, bebo de la botella. Paso las noches bebiendo y fornicando, pero por la mañana vuelvo a estar aquí, con la boca pastosa, el ajeteo y todo lo demás. La noche es corta y el día muy largo.

—Hay algo que no funciona bien en tu sesera —replicó Stever—. En el fondo, ¿qué te ocurre aquí? Nada extraordinario. Como promedio, liquidamos a cinco o seis tipos por semana. A veces más, a veces menos. Y hay semanas en las que no fusilamos a nadie. Pero en el frente liquidan a todo un batallón en menos de una hora. ¿Crees que esto preocupa a los jefes de batería? ¿Crees que al comandante de un tanque se le crisan los nervios porque ha aplastado a toda una sección con sus orugas? Date una vuelta por el hospital militar de San Jorge y verás cosas buenas. Y

aquéllos son todos inocentes. Su único crimen consiste en haber nacido alemanes y hombres, lo que les obliga a ponerse el uniforme verde y a defender la patria. Pero los que tenemos aquí, y a quienes cortamos la cabeza, han hecho algo, y están encarcelados por su culpa.

—Steвер, no me gusta ver al hombre del hacha. Apenas tiene tiempo de secar la sangre cuando cae la cabeza siguiente. Y los condenados, al fin y al cabo, no son tan criminales como eso.

—Ahí es donde te equivocas, Hölzer. Si violas la ley, eres un criminal, y eso aunque no hayas hecho más que ignorar un semáforo rojo. En este país, está prohibido decir lo que se piensa. Al que lo hace, le cuesta la cabeza.

Steвер agitó un dedo ante las narices de Hölzer, mientras se recostaba en el cuerpo del general ahorcado.

—¿Es que tú y yo decimos tal vez lo que pensamos?

Hölzer se rascó debajo del casco. Después, respondió con firmeza:

—¡No, diantre! ¡No estamos tan locos!

—Ya lo ves —dijo, riendo Steвер—. Somos unos buenos ciudadanos. No cambiaremos de color hasta que cambie la bandera. Personalmente, lo mismo me da tener que levantar la pata derecha y gritar: «¡Viva el Moro Muza!», en lugar de: «¡Heil Hitler!».

—No quiero quedarme aquí, Steвер. Quiero marcharme. Cuando vuelvan del frente se cargarán a *el Verraco*, y entonces los tipos como tú y como yo recibiremos también. Si eres sensato, Steвер, vente conmigo. Pronto sonará la hora. La derrota no tardará en mostrarse. Ya es tiempo de esconder las camisas pardas.

—Quédate, Hölzer. No cometas estupideces. Es mejor que ayudemos a dos o tres prisioneros aquí, en los calabozos. Birlaremos unos papeles y, si es posible, un sello. Prepararemos una evasión y luego, cuando se arme el jaleo gordo, seremos dos héroes y todo lo demás quedará olvidado. De nada te servirá ir a detener las balas de los rusos. Date un paseo mañana por la mañana. Llégate al cuartel del 76.º Regimiento. Van a enviar una Compañía al frente. Acompáñales a la estación. Hazles gestos de despedida y grita: «¡Heil Hitler!» hasta que te quedes ronco. Estoy dispuesto a pagarte una botella por cada rostro alemán que veas. Pero no verás ninguno. Te parecerá que todos van a un entierro. Sé que tienes una gachí estupenda de veras, perfumada y todo. ¿Crees que encontrarás a igual en las trincheras? Escucha el consejo de un hombre sensato. Quédate aquí. Dale coba a *el Verraco*. Asiente a todo le diga. Haz lo que te ordene. Diviértete y bebe tanto puedas. ¿Tienes tú la culpa de que esta cárcel sea como es? No, señor. ¿Te invitaron el día que redactaron sus leyes? ¿Acaso no te han amenazado con la muerte si no venías? ¿Te harías confeccionar por tu sastre un traje tan birria como el que llevas, si tuvieras que pagarlo de tu bolsillo?

—¡Mierda, Stever! No puedo ver el gris ni el verde. Tampoco el caqui me satisface. Lo que me gusta es el azul marino, con rayitas blancas, con un pantalón tan estrecho que necesites un calzador para ponértelo. Válgame Dios, Stever, *Obergefreiter* de Caballería, eso sí que sería estupendo. ¿Cuándo cambiaremos de piel?

Stever se echó a reír.

—Haz como yo. Acostúmbrate desde ahora a decir: «*Yes, Sir. No, Sir*».

Contemplaron pensativamente al general ahorcado.

—Ése ha cambiado ya de piel —murmuró Stever—. Si el capellán no miente, ahora está en una nube, riéndose de nosotros. Sin reglamento ni preocupaciones. En el fondo, me da lástima. Hubiera podido ser nuestro abuelo. ¡Dios, si he llegado a atizarle! Era uno de los tipos más duros que he visto. No puedes tener idea de la gente que a la que he golpeado, Hölzer. Soy un experto en eso, y siempre harán falta tipos como yo. En la vida, lo importante es ser especialista en algo. Fíjate, hace media hora *el Verraco* me ha propuesto un montón de cosas. He dicho que sí a todas sus cretinadas, pero no tengo ni la más ligera intención de seguir la vía que me ha indicado. Tengo un camarada de Regimiento que había pertenecido a las SS. Cuando nos enteramos en el escuadrón, yo servía entonces en el 1.^{er} Regimiento de Caballería, en Stettin. Te aseguro que le hicimos la vida difícil. Cada noche le atizábamos. Tiene una gran cicatriz en el labio inferior, que procede de entonces. Le dimos unas buenas duchas bajo todos los grifos de agua fría. Dio parte, pero el coronel, lo mismo que el capitán, se quedó tan tranquilo. ¿Y sabes qué, Holzer? Hoy es SS *Hauptsturmführer* y trabaja a las órdenes de *el Bello Paul*. ¿Sabes cuál es su especialidad, Holzer?

—No —murmuró Holzer, vacilante, mientras por el rabillo del ojo contemplaba al general que yacía bajo la ventana—. ¿Cómo diablos quieres que sepa cuál es la especialidad de tu camarada de Regimiento? De lo único que me alegro es de no conocerle. Cuando cambie la cosa, sólo esto será motivo suficiente para que te busquen las cosquillas.

—Tienes toda la razón, Hölzer. No eres tan tonto como eso. Pero por el momento, hablemos de mi camarada Regimiento, y cuando todo cambie le detendremos y nos presentaremos con él como rehén. Nunca adivinarás cuál es su especialidad. Mi camarada de Regimiento consigue que todo el mundo diga exactamente lo que quieren sus jefes. Pero solo recurren a él cuando se encuentran con un tipo especialmente tozudo. Tiene sus dominios en el fondo de un subterráneo. Allí vive.

—¡Cállate, Stever! —protestó Holzer—. No quiero saber nada más de eso. —Luego, dominado por la curiosidad, siguió hablando—: Por otra parte, sí me interesa saber cómo se las arregla tu camarada.

Stever se echó a reír.

—Es de lo más sencillo. Con electricidad de doscientos veinte voltios. Unos delgados hilos eléctricos y agua. De vez en cuando, un brazo roto. Cuando han sufrido el tratamiento de mi camarada durante una media hora, siempre tienen prisa por confesar. Él es un tío listo que lo tiene todo preparado para poder apearse del tren en un abrir y cerrar de ojos y cambiar de camisa. En cuanto a nosotros dos, Hölzer, sólo se trata de hacer lo que se nos ordena. En resumen: donde hay patrón no manda marinero. —Steuer lanzó una risotada y añadió secamente—: No tenemos ninguna responsabilidad.

Esta interesante conversación fue interrumpida por el médico aspirante, que llegó en tromba, con su blusa blanca flotando a sus espaldas.

Steuer dio el parte. El médico aspirante miró al ahorcado, se encogió de hombros, sacó unos papeles de su cartera, se sentó ante la burda mesa... Llenaron y sellaron rápidamente el acta de defunción. Al entregársela a Steuer, el médico no pudo dejar de manifestar:

—Si todos los fallecimientos fuesen tan claros, la cosa resultaría fácil. Retire a este tipo. *Obergefreiter*, y enciérrelo.

Tras de lo cual desapareció como una nube blanca arrastrada por el viento.

Steuer y Hölzer levantaron el taburete caído y empezaron a bajar al general.

—Confiesa que es estúpido —rezongó Hölzer—. Primero, lo ahorcamos y sudamos como animales para hacerle un buen nudo, y ahora, vuelta a sudar para descolgarle. Estoy hasta la coronilla.

—¡Maldita sea, deja de decir estupideces! —rezongó Steuer—. En el fondo, aquí no se está tan mal. Podemos quedarnos detrás de las rejas de hierro y reírnos de los cretinos que hacen el ejercicio. ¿Te acuerdas aún de manejar las armas? Yo he olvidado hasta la fecha de mi último ejercicio.

Rezongando y echando pestes, consiguieron llevar al general hasta el subsuelo. El cadáver se les cayó por la escalera y se acusaron recíprocamente de haberle soltado. Lo arrastraron por los pies a lo largo del pasillo del sótano. Se oyó un ruido sordo cuando la cabeza golpeó contra el marco de la puerta de la celda de castigo.

—¡Maldita sea! No somos más que unos enterradores —gruñó Holzer, exasperado—. No quiero quedarme más Steuer, hoy mismo dimito.

—¡Por todos los diablos, cállate de una vez! —gritó Steuer—, si no quieres que te pegue un par de bofetones Si alguna vez acudes a *el Verraco* para decirle que quieres marcharte, empezará a imaginar cosas. Ya has visto a alguno que ha muerto de un disparo accidental, ¿no?

—¡Mierda! —murmuró Holzer—. ¡Maldita sea! ¡Qué hartos estoy!

El Obergefreiter Stever se inclinó sobre la barra del «Matou». Señaló con un dedo al dueño, Emil Corazón de Piedra.

—Tú no entiendes nada, Corazón de Piedra. La mayoría se dejan cortar el cuello sin decir ni pío. Lo peor es cuando les atan y cuando caen.

—No quiero oír hablar de tu máquina mortífera —gruñó Emil—. Mi trabajo consiste en vender alcohol, y lo demás no me interesa.

—En este momento, tenemos preparado a un teniente de Tanques. Un buen chico. Lo acepta todo sin rechistar. También él va a emprender el gran viaje. Un buen sujeto. No lloriquea.

—No me gustas, Stever. Eres un tipo repugnante —dijo Emil, quien fingió abstraerse en la limpieza del vaso que tenía en las manos.

Stever vació su copa y la hizo llenar de nuevo.

—¿Por qué soy un tipo repugnante, Corazón de Piedra?

—Porque has asimilado las prisiones y la guerra. Ya no eres un hombre. Te gusta hacer daño.

—¿Estás chiflado, Emil? Claro que no me gusta. Ni yo mismo me gusto.

—Ya lo ves —dijo triunfalmente Corazón de Piedra, mientras dejaba el vaso en una estantería, encima del espejo—. Incluso tú confiesas que eres un tipo asqueroso. Nadie te quiere. El día menos pensado, te balancearás en el extremo de una cuerda. A los tipos como tú, se les ahorca.

Stever sacudió la cabeza, se volvió hacia una mujer que esperaba a los clientes en un rincón. Aún era demasiado temprano. La gente no acudía al «Matou» hasta después de las diez.

—Erika, ¿es cierto que soy repugnante?

—Eres una basura. Una cloaca. Emil tiene razón. Un día te ahorcarán. Hueles a calabozo y a cadalso.

Stever meneó la cabeza.

—No entendéis nada. Los tipos que nos traen me dan lástima. Sí, válgame Dios. Pero ¿por qué habría de ir a la guerra cuando puedo estar seguro en mi cubil? En una oficina han decidido que el Obergefreiter de dragones Stever ha de ser carcelero; y nunca hay que rebelarse contra el destino. Si un día vienen a ponerme un papel en la mano y a decirme: Obergefreiter Stever, vete a mirar a los rusos, me marcharé sin rechistas, porque no tendré más remedio. Ahora, estoy en mi prisión, y no por mi culpa. ¿Acaso soy yo quien dicta las leyes? ¿Y tengo yo la culpa de que haya guerra? Hago lo que los jefazos me ordenan. Ni más ni menos. Y el día que termine la guerra y que dé la vuelta la tortilla, lo que ocurrirá, entonces, descolgaré mi uniforme de paseo, el del pantalón gris claro y los galones amarillos, e iré al

«Huracán 11», a casa de tía Dora, para celebrar la paz y los nuevos tiempos. Y después, dejaré salir de la jaula a todos los cautivos, y me dispondré a recibir los nuevos. Y tú, Emil —Stever señaló a Corazón de Piedra con un dedo acusador—, tú que has fiado alcohol a todos los adoradores de la gallina, marcharás al paso de la oca con todos tus semejantes, en dirección a chirona. Entonces, os tocará a vosotros recibir puntapiés en el culo. Esto es lo que los sabios llaman Némesis.

Echó dos marcos sobre el mostrador y se marchó, sonriendo.

EJECUCIÓN

Al día siguiente, el teniente Ohlsen fue convocado por *el Verraco*, quien le presentó, muy risueño, el acta de acusación. Tenía que firmarla en tres lugares distintos. Le llevaron de nuevo a su celda, y dispuso de una hora para leer el documento.

El teniente Ohlsen lo desplegó solemnemente:

Policía Secreta de Estado
Servicio Hamburgo
Stadthausbrück, 8

ACTA DE ACUSACIÓN

Kommandantur de la Wehrmacht Hamburgo
División Altona
Diario núm. 14 b.

Al general Von der Oost, comandante de la guarnición, 76.º Regimiento de Infantería, Altona.

Consejo de guerra 391/X. AK contra el teniente de la reserva Bernt Viktor Ohlsen, del 27.º Regimiento de Tanques, nacido en Berlín/Dahlem el 12 de mayo de 1919, casado, un hijo. Condenado anteriormente, el 19 de diciembre de

1940, a cinco años de reclusión por falta cometida durante el servicio en el 13.º Regimiento de Ensayo de Tanques, París. Después de ocho semanas de detención en la fortaleza de Glatz, transferido a un Regimiento disciplinario blindado. Actualmente, en arresto preventivo por orden de la Gestapo IV. 2.ª, Hamburgo. Detenido en la guarnición de Altona, bajo la responsabilidad del comandante del 76.º Regimiento de Infantería. Hasta la fecha, sin abogado.

Acuso a Bernt Ohlsen de alta traición mediante:

1.º Reiterada incitación con palabras veladas al asesinato del Führer, Adolph Hitler.

2.º Propagación de bromas injuriosas con respecto a personalidades del Gobierno del Tercer Reich, elegidas por el pueblo alemán de acuerdo con las leyes vigentes. Dichas «bromas» van unidas a este acta en una carpeta azul, señalada con la L, y numeradas de 1 a 10, cada una con el sello de «GEKADOS».

3.º Al difundir rumores falsos, el acusado ha ayudado a los enemigos del Tercer Reich a minar la moral del pueblo alemán.

Por tales motivos, solicito que el acusado sea condenado a muerte de acuerdo con el artículo 5.º de la «Ley sobre la Protección del Pueblo y del Estado», del 28 de febrero de 1933, y el artículo 80, apartado 2.º, el artículo 83, apartado 2.º y 3.º, así como el artículo 91 b, apartado 73.

La incitación al asesinato del Führer, según el artículo 5.º de la Ley del 28 de julio de 1933, está penada con la ejecución por decapitación.

Pruebas de convicción:

1.º Confesión del acusado.

2.º Testimonio voluntario de tres testigos:

- 1) La mujer de la limpieza del cuartel, señora K.
- 2) El teniente P., del Departamento Militar Político.
- 3) El *Gefreiter* H., del Servicio Político de Seguridad Militar.

Los testigos no comparecerán ante el tribunal. Sus testimonios están incluidos en este acta, bajo la rubrica «secreto de Estado». Estos testimonios serán destruidos inmediatamente después del juicio, de acuerdo con el artículo 14 de la «Ley

sobre la Seguridad del Estado».

Todo el caso será considerado GEKADOS y enviado al RSHA, Prinz Albrecht Strasse, 8, Berlín.

Sumario realizado por el SD *Standartenführer Kriminalrat* Paul Bielert.

F. WEIERSBERG,
Auditor del Cuerpo
General de Caballería
SS Gruppenführer
Procurador General

El teniente Ohlsen miró hacia la ventana gris y entejada. Aquel acta de acusación debía de ser una broma. Sólo la Gestapo era capaz de una cosa semejante. En Torgau, ocurría a menudo que se llevaran a diez prisioneros para ser ejecutados. Después de ocho ejecuciones, se indultaba a los dos últimos. La psicosis de terror que habían experimentado durante la ejecución de sus ocho compañeros les predisponía a colaborar con la Gestapo. Toda la Gestapo se basaba en millares de confidentes, en personas de apariencia inofensiva, pero extremadamente peligrosas a causa de la situación en que las habían colocado la Gestapo.

El teniente Ohlsen lo sabía muy bien. Pero lo que ignoraba es que el mismo día, una carta de la Kommandantur de la Wehrmacht de Hamburgo había sido enviada a la Kommandantur de la plaza de Altona:

Wehrmachtkommandantur Hamburgo
Jurisdicción del Komando de Altona
X.AK 76.º Reg. Inf.

GEKADOS URGENTE

Orden transmitida por el auditor del 10.º Cuerpo, zona de defensa 9.

Esta nota ha de ser destruida inmediatamente después de su lectura por dos oficiales. Se acusará recibo verbalmente por teléfono al auditor del Cuerpo.

Ref.: Ejecución a consecuencia de sentencia de muerte.

El Tribunal especial presidido por el general en jefe de la zona de defensa 9 pronunciará, probablemente mañana, la sentencia de muerte de cuatro

soldados:

Oberleutnant de Infantería Karl Heinz Berger, del 12.º Regimiento de Granaderos.

Teniente de Tanques, Bernt Viktor Ohlsen, del 27.º Regimiento Blindado.

Oberfeldwebel Franz Gernerstadt, del 19.º Regimiento de Artillería.

Gefreiter Paul Baum, del 3.º Regimiento de Cazadores Alpinos.

Dos de los soldados arriba mencionados serán condenados a muerte por fusilamiento. El 76.º Regimiento de Infantería e Instrucción debe cuidar de la constitución de dos pelotones de ejecución, bajo el mando de un oficial. Los dos pelotones de ejecución deben estar formados por dos Feldwebel y doce hombres. Además, en cada pelotón figurarán dos hombres que tendrán la misión de atar a los condenados al poste de ejecución.

El médico de reserva de la enfermería de reserva 19, doctor W. Edgar, asistirá personalmente a las ejecuciones.

Los otros dos acusados serán condenados a la decapitación. El regimiento cuidará de llamar al verdugo Röttger, de Berlín. El alojamiento del verdugo y de sus dos ayudantes irá a cargo del Regimiento. La decapitación tendrá lugar en el patio B de la cárcel de la guarnición.

El capellán Blom puede asistir a las ejecuciones, si así lo desean los condenados.

Se requisarán cuatro ataúdes en el 76.º Regimiento de Infantería.

Los certificados de defunción serán firmados por el médico en jefe, inmediatamente después de las ejecuciones, y entregados por un ordenanza a la Administración del cementerio. Se enterrará a los cadáveres en el cementerio especial, departamento 12/31.

A. ZIMMERMANN
Oberstleutnant.

A sangre fría se habían previsto todos los requisitos para la ejecución y entierro de cuatro hombres, incluso antes que se viera el juicio y se pronunciara la sentencia.

El humanitarismo era algo desconocido en el Tercer Reich. Todo se basaba en instrucciones y reglamentos. La menor infracción de una ley provocaba una condena, sin la menor consideración hacia el ser humano. Las palabras «circunstancias atenuantes» no existían.

La sala 7 del edificio del Consejo de Guerra estaba llena a rebosar. El espacio

reservado al público se hallaba ocupado totalmente por soldados. No habían acudido por su propia voluntad, sino obedeciendo órdenes. El espectáculo de aquellos procesos militares debía ser aleccionador.

En aquel momento, un *Gefreiter* de cazadores alpinos, pálido y tímido, esperaba la sentencia. El Tribunal se había retirado a deliberar.

El fiscal ordenaba sus papeles. Se preparaba para el caso siguiente. El *Gefreiter* de Cazadores alpinos ya no le interesaba.

El defensor jugaba con su lápiz, un lápiz amarillo. Pensaba en Elizabeth Peters; había prometido hacerle para cenar lomo de cerdo y col frita. Al defensor le encantaba la col frita. Desde luego, también le encantaba Elizabeth, pero una cena sin col no era una verdadera cena.

La secretaria contemplaba al *Gefreiter* de Cazadores alpinos y pensaba: «Un campesino triste, con granos y barros. Nunca podría acostarme con él».

El joven cazador alpino tenía la mirada fija en el suelo. Se retorció los dedos. Empezó a contar la tablas de madera que tenía bajo los pies: condenado a muerte, no condenado. Llegó hasta «condenado a muerte»; pero, entonces, palpó otras tres tablas debajo del banco, lo que, representaba «no condenado». Miró subrepticamente hacia la puerta blanca que había en el rincón. De allí saldrían los tres orondos jueces y su destino quedaría decidido, sin tener en cuenta lo que indicaban las tablas.

La vista del caso contra el soldado de dieciocho años sólo había durado diez minutos. El presidente del Tribunal había hecho algunas preguntas. El acusador había hablado la mayor parte del tiempo. El defensor se había mostrado menos locuaz. Se había limitado a decir:

—Solicito la indulgencia del tribunal, pese a comprender la difícil situación en que se encuentra mi defendido. Hay que mantener la disciplina, prescindiendo de los sentimientos humanitarios.

La historia del joven cazador alpino era clara, por lo menos, desde el punto de vista de la jurisdicción militar.

El joven soldado, intranquilo, no podía permanecer quieto Tenía miedo.

El *Oberfeldwebel* con cara de perro dogo que estaba a su lado, le lanzó una mirada reprobadora. El muchacho se retorció las manos y experimentó un deseo irresistible de gritar, de berrear como un ciervo furioso, en una noche de octubre junto a la pared húmeda del bosque. ¿Por qué no podían ponerse de acuerdo los tres jefes tras la puerta blanca? Pero, si no estaban de acuerdo, existía una probabilidad. Por eso eran tres. Para que todo fuese justo y equitativo.

Pero en la sala 7 nadie podía adivinar lo que hacían los tres hombres de las hombreras trenzadas en la pequeña habitación, y, sin embargo, sus actos eran completamente normales. Humanos y comprensibles. Sencillamente, saboreaban el kirsh del *Oberkriegsgerichtsrat* Jeckstadt.

El *Kriegsgerichtsrat* Burgholz levantó su vaso y empezó a discursar sobre el vino.

Después de apurar dos o tres vasos, decidieron volver a la sala 7. Evidentemente, el caso en sí mismo no representaba nada. Media página en el diario de la audiencia. Un sello. Varias firmas. Nada más.

La puerta blanca se abrió.

El joven se puso pálido. Los espectadores se levantaron rápidamente, sin necesidad de que se lo ordenaran, y permanecieron firmes.

El presidente y sus dos asesores se sentaron tras el escritorio en forma de herradura. Los tres apestaban asquerosamente a alcohol.

—El *Gefreiter* Paul Baum, del 3.^{er} Regimiento de Cazadores alpinos, dieciocho años, soltero —leyó el presidente con voz sorda y monótona—, es condenado a ser fusilado por deserción voluntaria.

El adolescente vaciló, más blanco que un papel.

El enorme *Feldwebel* le sostuvo.

El presidente prosiguió, impasible:

—Contra esta sentencia no cabe apelación. No puede recomendarse el indulto, el cual queda rechazado anticipadamente. La vista ha terminado.

El *Oberkriegsgerichtsrat* terminó la lectura, dobló los papeles, se enjugó ligeramente la frente con un pañuelo perfumado y miró, impasible, al muchacho que tenía delante. Después, sacó otro expediente, acarició el cartón rosado, miró *Oberfeldwebel* que llevaba sobre el pecho su insignia de gendarme en forma creciente: el caso siguiente. El Estado contra el teniente de la reserva Bernt Ohlsen. Caso número 19.661/M.43H.

Todo iba sobre ruedas. Ningún entorpecimiento. Perfecto orden alemán.

El *Obergefreiter* Stever abrió la puerta del calabozo y le dijo al teniente Ohlsen, con una risitada de aliento:

—Vamos, te toca a ti. Te echan de menos.

—¿Voy al tribunal? —preguntó suavemente Ohlsen.

Y sintió un vacío en la boca del estómago.

—¿Creías que ibas a un burdel? Vas a la sala número 7, la de Jackstadt, un bicharraco que se las cargará en cuanto las cosas cambien. Es un puerco, un puerco cebado y gordo.

Bajaron la escalera y emprendieron la marcha por el largo pasillo.

Cerca de la puerta del Tribunal Militar, dos gendarmes se hicieron cargo del teniente Ohlsen. Firmaron el acuse de recibo en el libro negro adornado con el águila dorada.

—Hals-und Beinbruch —dijo, riendo, Stever.

Los gendarmes murmuraron unas palabras incomprensibles y pusieron las esposas

al teniente Ohlsen. Dos carceleros por detenido. Era el reglamento.

El ruido de las botas claveteadas resonó en el largo túnel. Poco antes de llegar al tribunal, se cruzaron con el *Gefreiter* condenado. Gritaba y forcejeaba. Sólo era un chiquillo. Dieciocho años.

—A ver si te calmas de una vez —dijo uno de los gendarmes con voz amenazadora.

—No te servirá de nada. Todo terminará pronto. A mí ya ni me causa efecto. Cada día veo lo mismo. Y a todas nos ocurrirá tarde o temprano. Tal vez Jesús te espere y estarás mucho mejor allá arriba que aquí en la Tierra.

—¡No quiero! —chilló el muchacho forcejeando con sus esposas—. Virgen María, madre de Dios, ayúdame. ¡No quiero morir!

Le brillaban los ojos. Vio al teniente Ohlsen como a través de una neblina.

—¡Mi teniente, ayúdame! Quieren fusilarme. Dicen que debo morir. Sólo me marché dos días de mi Regimiento. Quiero ir a un Regimiento disciplinario. Haré cualquier cosa. Estoy dispuesto a pilotar un «Stuka». ¡Heil Hitler! ¡Heil Hitler! Haré lo que sea, pero dejadme vivir.

Intentó liberarse. Luchó desesperadamente. Consiguió derribar a un gendarme. Los tres rodaron por el suelo.

—¡Soy un buen nacionalsocialista! ¡Quiero vivir! ¡Quiero vivir! ¡He pertenecido a las juventudes hitlerianas! ¡Heil Hitler! ¡Quiero vivir!

El grito se extinguió. La última palabra que pudo pronunciar fue «mamá». Esa palabra que ha hecho vibrar tantos cadalsos y prisioneros en la historia del hombre. Después perdió el sentido. Los cazadores de hombres del Ejército habían realizado su trabajo. Arrastraron tras de ellos el cuerpo desarticulado, tirando de él por las caderas. Uno de ellos gruñó entre dientes:

—Este novato nos ha podido. Merece una reprimenda ¡Tanta comedia porque le espera una bala!

El teniente Ohlsen se detuvo un momento y contempló al muchacho inconsciente.

—¡Adelante! —gruñó uno de sus guardianes, tirando de la cadena—. ¡Vamos, en marcha!

—¡Pobre pequeño! —murmuró el teniente Ohlsen—. No es más que un chiquillo.

—Lo bastante mayor para desertar —gruñó el gendarme, que llevaba la insignia de los cazadores de hombres—. Lo bastante mayor para comprender lo que esto cuesta. Si le indultaran, todos echarían a correr.

—¿Tiene usted hijos, *Oberfeldwebel*? —preguntó el teniente Ohlsen.

—Cuatro. Tres, en las juventudes hitlerianas y uno en el frente. Regimiento SS «Das Reich».

—Confiemos en que algún día no liquiden de esta manera a su hijo, el que está en el «Das Reich».

—Esto no ocurrirá, mi teniente —replicó riendo el gendarme, seguro de sí mismo—. Mi hijo es SS *Untersturmführer*. No será ejecutado.

El teniente Ohlsen se encogió de hombros.

—Esto depende, sobre todo, de lo que pueda suceder.

—¿A qué se refiere usted? —preguntó el otro guardián, aguzando el oído.

—A nada —murmuró el teniente Ohlsen—. Me dan lástima estos pobres chiquillos.

—No piense en los demás —contestó el que tenía cuatro hijos—. Más vale que guarde su piedad para usted mismo.

Dio una palmada a su pistolera, volvió a ponerse el casco y acarició su brillante insignia de cazador de hombres.

—Bueno, y ahora, ¡cállese!

El teniente Ohlsen entró en la sala con una expresión completamente tranquila. Se presentó ante los jueces como se le había enseñado en la 3.^a Escuela Militar de Dresden.

El presidente inclinó la cabeza con benevolencia, y murmuró:

—Siéntese.

Ojeó apresuradamente sus papeles e hizo un ademán al acusador. La máquina judicial podía ponerse en marcha. El engranaje empezó a girar, reglamentariamente.

—Teniente —empezó a decir el doctor Beckmann—, supongo que no tendrá intención de declararse culpable de lo que figura en el acto de acusación del RSHA, ¿no es verdad?

El teniente Ohlsen contempló el suelo. El suelo reluciente. Miró, lentamente, a los tres jueces, que permanecían sentados con los ojos llenos de sueño. El presidente lo dominaba todo desde su elevado sillón rojo. Seguía con interés los movimientos de una mosca en la lámpara. Un tábano. No era una mosca ordinaria, sino una de esas que chupan la sangre de los animales domésticos y de los hombres. Gris y de feo aspecto, pero una hermosa mosca, desde el punto de vista del coleccionista de insectos.

El teniente Ohlsen miró al fiscal.

—Herr *Oberkriegsgerichtsrat*, he firmado mi confesión ante la policía secreta, y, por lo tanto, creo que su pregunta es superflua.

Los labios delgados y sin color del doctor Beckmann se crisparon en una sarcástica sonrisa. Acarició los documentos que tenía delante.

—Puede confiar en mí en cuanto a la utilidad de una pregunta. De momento, dejaremos de lado lo que se le reprocha en el acta de acusación.

El diminuto abogado se volvió hacia los jueces y prosiguió con voz sonora:

—En nombre del Führer y del pueblo alemán, añadido a las acusaciones contra el teniente Bernt Ohlsen las de deserción y de cobardía durante el combate.

Sorprendidos, los tres jueces levantaron la cabeza. El presidente dejó de interesarse por la mosca.

Las venas de las sienes del teniente Ohlsen estuvieron a Punto de estallar. Se levantó de un salto.

—¿Deserción? ¿Cobardía en el combate? ¡Es mentira!

El doctor Beckmann sonrió condescendentemente, mientras agitaba un papel. Era el prototipo del pequeño burgués que siempre lleva el color del partido que manda.

—Su respuesta no me sorprende.

Es lo que esperaba, doctor Beckmann saboreaba las palabras. Era la clase de asunto que le gustaba. Ataques sorprendentes, desconcertantes.

—En mi vida he pensado en la deserción, Herr *Oberkriegsgerichtsrat*.

El doctor Beckmann asintió con la cabeza. Se sentía tan firme como el peñón de Gibraltar.

—Ahora lo veremos. Precisamente estamos aquí para demostrar estas acusaciones, o para desmentirlas. Si consigue usted probar que mis acusaciones son falsas, podrá salir libre de esta sala.

—¿Libre? —murmuró el teniente Ohlsen.

Miró hacia la puerta que había detrás de los bancos del público y pensó: «Nadie es libre en el Tercer Reich. Todo el mundo es prisionero. Desde el recién nacido hasta el viejo en su lecho de muerte».

—En caso contrario —gruñó malévolamente el doctor Beckmann, inclinándose amenazador sobre su mesa—, ya sal lo que le espera.

El teniente Ohlsen sabía lo que le esperaba.

El presidente asintió con la cabeza.

El doctor Beckmann se volvió hacia los jueces.

—Con el permiso de este tribunal, prescindiremos del acta de acusación original, para formular nuevos cargos contra el acusado, sin instrucción preliminar. Hasta esta mañana no he recibido estos documentos, procedentes del servicio especial de la policía secreta. Estos documentos son claros, y un breve interrogatorio del acusado convencerá al tribunal de la inutilidad de una instrucción previa.

El presidente volvió a asentir.

—Permiso concedido. El tribunal prescinde de una instrucción previa.

—Teniente, el 2 de febrero de 1942 estaba usted al mando de la 5.^a Compañía del 2.º Regimiento de Tanques. ¿Es cierto?

—Sí.

El doctor Beckmann sonrió, seguro del resultado.

—¿Quiere explicar al tribunal dónde combatía usted?

—No lo recuerdo con exactitud. —El teniente Ohlsen reflexionó. Contempló la gran fotografía de Hitler, que colgaba detrás del juez. El Führer en uniforme de gala

verde, diseñado por él mismo, que debía ser una imagen de su sencillez—. Supongo que era cerca del recodo del Dniéper, pero no podría asegurarlo con exactitud. He combatido en tantos sitios...

El doctor Beckmann golpeó triunfalmente su mesa.

—El recodo del Dniéper. Exacto. Su División había sido situada en la zona del Wjasma Rshew. Había recibido usted la orden de que su Compañía ocupara una posición cerca de Olenin, al oeste de Rshew. ¿Lo recuerda?

—Sí. Nuestra División estaba a punto de ser cercada. Las Divisiones 19.^a y 26.^a de Caballería rusas nos habían desbordado por el Sur. Por el Norte, atacaba la 822.^a División Especial Blindada Rusa.

—Gracias, gracias —terció el doctor Beckmann—. No nos interesa saber lo que hacían los rusos. Su División Blindada existe aún. Y, por lo tanto, todas sus explicaciones no son más que habladurías. —Dirigió una mirada hacia los bancos del público, llenos a rebosar de oficiales en potencia—: Una División Blindada alemana no puede ser cercada por los soviéticos, que son una raza inferior. Esto no puede ocurrir.

Se escucharon murmullos en el auditorio.

—¡Silencio! —rugió el presidente, golpeando su pupitre.

—¿Recuerda usted bien la región de Olenin, teniente?

—Sí —contestó son sequedad el teniente Ohlsen.

—Usted había recibido orden verbal de un comandante, el coronel Von Lindenau, de ocupar las posiciones cerca de Olenin, porque en dicha región se había producido una brecha. La brecha estaba exactamente a lo largo de la vía férrea, a dos kilómetros de Olenin.

—¿Qué vía férrea? —preguntó uno de los jueces.

No era que aquello le interesara ni que tuviese la menor importancia, pero consideró que debía hacer una pregunta.

—¿Qué vía férrea? —repitió el doctor Beckmann, sorprendido. Rebuscó entre sus papeles, furioso, y murmuró de nuevo—: ¿Qué vía férrea?

El teniente Ohlsen contemplaba tranquilamente su búsqueda.

—Era la línea Rshew-Nelidowo.

—¡Responda cuando se le interrogue! —gritó el doctor Beckmann, irritado—. Aquí lo sabemos todo perfectamente. El señor juez me ha preguntado a mí, no a usted. Se volvió hacia los jueces y se inclinó servilmente. —Se trata de la vía férrea Rshew-Nelidowo. Una línea secundaria.

El teniente Ohlsen consideró que debía rectificar al doctor Beckmann. Se levantó.

—Me permito hacerle observar que no se trata de una línea secundaria, sino de la línea de vía doble Moscú-Riga.

Un ligero rubor coloreó el rostro del doctor Beckmann, Excitado, vociferó:

—¡Conteste cuando se le interrogue! ¡Ya se lo he advertido una vez!

—El juez ha hecho una pregunta —se defendió el teniente Ohlsen.

—El señor juez me ha hecho una pregunta a mí y no a usted —gritó el doctor Beckmann—. Y a nuestros ojos es una línea secundaria.

—Entonces es una gran línea secundaria, de unos mil kilómetros de longitud —contestó vagamente el teniente Ohlsen.

—Esto no nos interesa —replicó el doctor Beckmann, dando un golpe sobre sus documentos—. Cuando digo que es una línea secundaria, lo es. Estamos en Alemania, y no en los pantanos soviéticos. Aquí tenemos conceptos distintos. Pero prescindamos de este maldito ferrocarril. Así, pues, usted había recibido orden de su comandante de ocupar una posición al este de Olenin, y la orden decía que nada, nada en absoluto, ni Dios, ni el diablo, ni el Ejército rojo en masa, debía hacerle abandonar aquella posición. Debía usted permanecer cerca de Olenin y asegurar sus líneas por ambos lados y por la vanguardia. ¿Se trataba de eso? —gritó, señalando al teniente Ohlsen con un cuidado dedo acusador.

El teniente Ohlsen murmuró algo incomprensible.

—¿Sí o no? —gritó el *Oberkriegsgerichtsrat* doctor Beckmann.

—Sí.

El doctor Beckmann estaba radiante.

—Por lo tanto, estamos de acuerdo respecto a la orden que le dio su coronel, y podemos proseguir para que el tribunal pueda darse cuenta de su tremenda cobardía. Su compañía luchaba como Infantería. Usted no mandaba una Compañía ordinaria, sino una muy reforzada. Puede usted corregirme si esto no es exacto. De acuerdo con la orden escrita, se le concedió adicionalmente una Sección de Cazadores de Tanques armada con cañones anticarros de 75 milímetros y una Sección de Zapadores Lanzallamas con material pesado. Pero usted mismo no puede explicar al tribunal cuáles eran los efectivos de su Compañía al ocupar aquella posición cerca de Olenin.

—Sí —repuso el teniente Ohlsen, mientras se ponía en pie—. Mi Compañía constaba de doscientos cincuenta hombres, de veinticuatro cazadores de carros y de veinte lanzallamas.

—Una Compañía de aproximadamente trescientos hombres —prosiguió el doctor Beckmann—. Creo que muy bien se la puede considerar reforzada. Pero, háganos de su armamento.

El teniente Ohlsen inspiró profundamente. Comprendía ya lo que deseaba el cazador de hombres. Miró al presidente, que jugueteaba con su lápiz y se aburría. Dibujaba monstruos prehistóricos en su secante.

—Mí Compañía estaba armada con dos cañones antitanques de 75 milímetros, dos lanzallamas de ochenta milímetros, tres lanzagranadas de cincuenta milímetros, de origen ruso, dos ametralladoras pesadas, seis ametralladoras ligeras, cuatro

lanzallamas pesados y cuatro ligeros. Todos los jefes de grupo y de sección tenían pistolas ametralladoras. Además, teníamos las armas ordinarias de las Zapadores, como minas y cosas por el estilo.

El doctor Beckmann asintió con la cabeza.

—Su memoria es notable. Este era exactamente el armamento de su compañía reforzada. Sólo me queda añadir que su provisión de pistolas automáticas era excepcional. Tenía usted ciento veinte piezas, y pese a este enorme armamento, dio usted pruebas de cobardía.

—Esto no es cierto —murmuró el teniente Ohlsen con tono apenas audible.

El doctor Beckmann sonrió.

—El único que miente aquí es usted. ¿Quién dio a la Compañía la orden de retirarse? ¿Uno de sus suboficiales? ¿Uno de sus hombres? No, usted, el jefe de la Compañía.

—Mi Compañía estaba ya aniquilada —gritó, con desesperación, el teniente Ohlsen.

—¿Aniquilada? —replicó el doctor Beckmann—. Tiene usted un extraño concepto de lo que es el aniquilamiento. Incluso un niño sabe que significa que todo está destruido. Pero su presencia aquí demuestra lo contrario. Fijémonos de nuevo en la orden que recibió usted: la posición debía ser mantenida a toda costa.

—¿Puedo solicitar al señor presidente permiso para explicar lo que ocurrió en aquella posición?

El *Oberkriegsgerichtsrat* doctor Jeckstadt tenía hambre. Todos aquellos legalismos le aburrían. Había demasiados casos. ¡Y todos tan triviales...! Eran asuntos que hubiesen debido solucionarse por vía administrativa. Consultó su reloj de oro. Era la una. Tampoco aquel día llegaría a su casa antes de las tres. Además, aquella noche tenía bridge. ¡Al diablo con aquel teniente! Y Beckmann, el muy estúpido, también hubiera podido expresarse más brevemente. De sobra sabía cómo terminaría el caso. Entonces, ¿a qué tanta comedia?

—Explíquese —rezongó—. Pero sea breve.

—Después de cuatro días y cuatro noches de combates ininterrumpidos con Secciones rusas de Cazadores y Caballería —empezó el teniente Ohlsen—, mi Compañía reforzada de unos trescientos hombres, quedó reducida a diecisiete. Todas mis armas pesadas fueron destruidas. Casi no quedaban municiones. Sólo funcionaban dos ametralladoras ligeras. Todos los cartuchos que quedaban debían ser reservados para esas ametralladoras. Hubiésemos sido aplastados. Luchábamos en una proporción de uno contra quinientos. Delante y detrás de nosotros había fuego intenso de granadas. En todo el territorio, fuego graneado de armas automáticas. Toda prosecución del combate debía ser considerada como obra de un loco.

—Su hipótesis es interesante —interrumpió el doctor Beckmann—. Estudiémosla

con calma. El orden del día del Führer Adolph Hitler para las tropas de las zonas de Djasma era luchar hasta el último hombre y el último cartucho para impedir el avance de los soviéticos. Y usted, un sencillito teniente, ¿llama a eso la obra de un loco? ¿Usted que, con engaños, se introdujo en la Escuela Militar para llenar de oprobio a la oficialidad alemana? —Su voz se convirtió en un grito furioso—. ¿Se atreve usted a insinuar que nuestro Führer, que goza de la protección de Dios, está loco? En otras palabras, ¿que es un imbécil, un alienado?

El teniente Ohlsen contempló con calma al fiscal que gritaba, que se excitaba hasta un grado insospechado, con fanatismo. Así le habían conocido los jóvenes estudiantes, antes de la guerra, cuando enseñaba en la Universidad de Bonn. Se quitó las gafas con montura de oro, y las limpió.

—Herr *Oberkriegsgerichtsrat* —dijo tranquilamente el teniente Ohlsen—, al hablar de la obra de un loco, no pensaba en el Führer, sino en mí mismo. Hubiese sido una locura proseguir la lucha. Nuestra situación había cambiado por completo desde el momento en que había recibido la orden de ocupar aquella posición. Las columnas de tanques rusos estaban muy a retaguardia nuestra.

—¡Esto no nos interesa! —gritó el doctor Beckmann—. No queremos oír hablar de las columnas de tanques ruso. Usted tenía orden de combatir hasta el último hombre. Y no lo hizo ¿Por qué no estableció contacto con su Regimiento?

—No encontramos el Regimiento hasta tres días después haber abandonado nuestra posición.

—Gracias —interrumpió el presidente—. Creo que ya hemos escuchado lo suficiente. El acusado confiesa haber dado la orden de abandonar las posiciones cerca de Olenin. El Führer ha dicho claramente: «El soldado alemán permanece allí donde está». La acusación de cobardía y de desertión está clara. —Miró al teniente Ohlsen con aire inquisidor y golpeó la mesa con su lápiz—. ¿Tiene algo que añadir?

—Herr *Oberkriegsgerichtsrat*, por mi documentación verá que he obtenido varias condecoraciones por actos de valor. Esto debe constituir una prueba de que no soy cobarde. En aquella posición cerca de Olenin, no me preocupé de mí mismo, pero alrededor, en la nieve, había doscientos setenta camaradas muertos. Varios se habían suicidado por temor a caer heridos en manos de los rusos. Sólo diecinueve vivían aún, y todos ellos estaban heridos. Nuestros suministros se habían agotado. Comimos nieve para engañar el hambre. La mitad de los hombres debía apoyarse en un camarada para andar. Un tercio sufría congelaciones graves a causa del intenso frío. Ya mismo estaba herido en tres lugares distintos. En consideración a mis hombres supervivientes, di la orden de repliegue. Destruimos todas las armas abandonadas. Nada utilizable cayó en manos de los rusos. Hicimos volar la vía férrea en varios lugares. Plantamos campos de minas para retrasar el avance del enemigo.

—Es un verdadero cuento —dijo el doctor Beckmann con sonrisa sarcástica—.

Pero esto no justifica su crimen: sabotaje del mando, desertión y cobardía.

El teniente Ohlsen miró desesperadamente a su alrededor. Era como si pidiera auxilio a las paredes de aquel local, frío y sin piedad. Entonces, abandonó la partida. Se dejó caer pesadamente en el banquillo. Le faltaba valor para proseguir. Comprendía perfectamente que todo había terminado. En el último banco de los auditores acababa de descubrir a un hombrecillo delgado, vestido de negro, con un clavel rojo en el ojal. *El Bello Paul*, el *Kriminalrat* Paul Bielert, había acudido para asegurarse de que el tribunal realizaba correctamente su trabajo.

El presidente, el doctor Jeckstadt, también se había fijado en aquel hombrecillo vestido como si tuviera que asistir a un entierro. Tras las gafas oscuras, los helados ojos azules barrían el local como los haces de un radar. Estaba sentado y fumaba, indiferente a todos los letreros en los que se prohibía fumar. El doctor Jeckstadt estuvo a punto de echarse a gritar. Aquel fumador insolente le llenaba de rabia. Pero uno de sus asesores le indicó quién era aquel sujeto. Por lo tanto, decidió callarse.

El acusador había descubierto también a Paul Bielert. Un nerviosismo evidente se apoderó de él. La aparición del jefe del IV-2a, era siempre presagio de conflictos. ¿Habrían descubierto algo? Aquel Bielert era peligroso. Nunca se sabía dónde asestaría el golpe siguiente.

Hacía cuatro años, había habido aquella historia de la incautación. Pero no podían descubrir nada al respecto. Hacía mucho tiempo que los otros tres habían muerto, y la señora Rosen había sido ahorcada. El doctor Beckmann se estremeció. ¡Menuda lata haberse visto complicado en aquella maldita historia! Paul Bielert no era más que un insignificante *Kriminalsekretär*. Nunca se hubiera podido suponer que aquel siniestro personaje llegaría tan arriba. El descubrimiento de que era amigo de Heydrich causó gran impresión.

Inconscientemente, el doctor Beckmann se tocó la garganta. Como hipnotizado, observó el clavel rojo que adornaba la solapa de Paul Bielert. Su mirada ascendió hasta los penetrantes ojos del jefe de la Gestapo. De repente, sintió frío. ¿Qué hacía allí aquel diabólico personaje? No podía tratarse de aquella vieja cuestión, relegada al olvido desde hacía ya, mucho tiempo.

Hizo un esfuerzo supremo para recobrar la serenidad. Estaba en una sala de justicia prusiana y no en una cloaca de la Gestapo; y él, Beckmann, era doctor en Derecho, abogado general, antiguo profesor de Universidad. No temía a la Gestapo. Y, además, ¿por qué había de temerla? Se estremeció de nuevo. ¡GESTAPO! Aquel hombre sentado allí arriba no era más que un bandido sin educación, un producto del arroyo, un piojoso *Kriminalrat*. Desde el punto de vista jerárquico, estaba muy por debajo del *Oberkriegsgerichtsrat* Hans Beckmann, doctor en Derecho.

Decidió coger el toro por los cuernos. Con sonrisa arrogante, dirigió su mirada hacia Paul Bielert. Vio un rostro pálido, los ojos grises y helados, la boca pequeña.

Lentamente, su sonrisa desapareció. Volvió la espalda a Paul Bielert, pero siguió sintiendo en su espalda los ojos del *Kriminalrat*. Experimentó un gran deseo de precipitarse fuera de la sala, de saltar a una barca y de remar como un loco hacia Inglaterra; el único lugar donde casi estaría fuera del alcance de las garras de Paul Bielert.

De pronto, se dio cuenta de que el tribunal esperaba sus conclusiones antes de retirarse a deliberar. Dio un grito, como desesperado, para subrayar su irreprochable patriotismo.

—Solicito al tribunal que el acusado sea decapitado acuerdo con el artículo 197 b y el artículo 91 b penal Militar.

El doctor Beckmann se dejó caer pesadamente en un sillón. Leyó con minuciosidad varios documentos, aunque no sabía lo que buscaba.

El presidente meneó la cabeza. El tribunal se retiró a deliberar a la habitación azul, en la que siempre había flores frescas sobre la mesa. Un funcionario del tribunal había llevado un jarro de vino tinto.

El doctor Jeckstadt apartó a un lado el jarro y pidió cerveza. Cada uno encargó un litro en la cantina de oficiales. Cerveza fresca, espumosa, bebieron a grandes sorbos, se limpiaron la espuma de los labios y lanzaron una exclamación satisfecha. Después, pidieron salchichas. Se las trajeron. Pequeñas salchichas grises y anchas, que los tres introdujeron en el mismo tarro de mostaza.

—Opino que debemos aceptar la demanda de la acusación —dijo el doctor Jeckstadt con la boca llena de salchicha y de cerveza.

—Yo iba a decir lo mismo —murmuró el *Kriegsgerichtsrat* Plenge entre dos sorbos de cerveza—. Excelente cerveza —prosiguió—. No hay en todo el mundo una cerveza mejor que la alemana.

—Este es otro de los motivos por los que hacemos la guerra —explicó el doctor Jeckstadt—. El mundo entero aprenderá a beber la buena cerveza alemana.

El más joven de los jueces, el *Kriegsgerichtsrat* Ring, trató, débilmente, de aplacar a sus dos colegas.

—Creo que deberíamos condenarle a ser fusilado, de acuerdo con el artículo 19c. La decapitación no es estética. Siempre duermo mal después de haber presenciado una, y el acusado nunca había dado motivos de queja hasta ahora. Ahorrémosle la decapitación, a causa de sus condecoraciones.

—Esa chatarra no cuenta —replicó el presidente con hosquedad—. El acusado es un individuo turbio. Ha fomentado la alta traición, y ha rebajado la reputación del Führer a los ojos de la opinión pública al propalar bromas injuriosas.

—Por cierto, ¿de qué bromas se trataba? —preguntó con curiosidad el *Kriegsgerichtsrat* Plenge, mientras jugueteaba con la empuñadura de su jarra.

El doctor Jeckstadt miró prudentemente hacía la puerta que comunicaba con la

sala de audiencias. Con prudencia, como si se tratara de un poderoso explosivo, alargó los documentos a sus asesores.

Ring fue el primero en reírse. Después, Plenge. La risa es contagiosa. Se rieron los tres. Se doblaron sobre la mesa, sacudidos por las carcajadas. Ring se golpeaba los muslos. Plenge volcó su cerveza. De repente, recuperaron la serenidad. Sus risotadas cesaron bruscamente, y el doctor Jeckstadt exclamó, escandalizado:

—Señores, nos ha hecho mucha gracia que el señor Plenge derribara su cerveza. Una risa sana es buena. —Tocó el documento explosivo—. Pero bajo ningún pretexto podemos tolerar esa clase de bromas insultantes. Es la propaganda de un enemigo al que tenemos el deber de combatir. Aceptamos las conclusiones del fiscal, solicitando la sanción más severa. Hay que hacer un escarmiento. Tenemos el deber de mostrarnos duros. La tolerancia embrutece al pueblo.

Con grandes letras y muchos arabescos, escribió: «Decapitación». Debajo, trazó su elegante firma. Alargó el documento por encima de la mesa.

—Queridos colegas, sírvanse firmar a la derecha de mi rubrica.

Sin reflexionar ni un momento, el doctor Plenge firmó. El doctor Ring vaciló un instante. Firmó muy lentamente, como si lamentara hacerlo.

El doctor Jeckstadt se prometió hacer trasladar a Ring a un tribuna! de excepción, en algún punto del Este, tan pronto como se presentara una oportunidad. Allí aprendería aquel lechuguino cómo funcionaba la máquina judicial. De lo contrario pronto serviría para adornar la rama de un árbol.

Los tres jueces bebieron más cerveza. También consumieron dos o tres salchichas de Turingia. El *Kriegsgerichtsrat* Plenge eructó débilmente. Prefirió fingir que no había ocurrido nada.

El doctor Jeckstadt llamó al ujier y le dictó el veredicto con la requerida solemnidad.

Los tres jueces entraron al paso de la oca en la sala 7, seguidos por el ujier, que trotaba.

Los soldados que ocupaban los bancos se levantaron de un salto. Sólo Paul Bielert permaneció sentado tranquilamente, sin dejar de fumar. Sus ojillos contemplaron, despectivamente, a los jueces que llevaban sus ceremoniosos tocados.

El *Oberkriegsgerichtsrat* doctor Jeckstadt miró, de reojo, al pálido jefe de la Gestapo. «¡Cretino insolente...! —pensó—. Permanecer sentado cuando nosotros, los jueces, entramos; pero esos gerifaltes de la Gestapo no tardarán en caer. Los rusos y los americanos parecen más fuertes de lo que se había creído. Pronto llegarán nuevos tiempos, y los tipos del partido y de la Gestapo se encontrarán sentados ahí». Aquella idea le hizo sonreír. Sería maravilloso condenarlos a muerte. Evidentemente, nunca se podrá reprochar nada a los jueces. Siempre han juzgado de acuerdo con los artículos aprobados por el Parlamento. Gracias a Dios, él era juez. Siempre estaría por encima

de todo aquello. Volvió a mirar a Paul Bielert, movió la cabeza, pensativo. «Estás ahí y te sientes todopoderoso, imaginando que lo sabes todo».

De repente, observó que los labios de Paul Bielert se entreabrían en una sonrisa sarcástica. ¿Sabría algo, al fin y al cabo? Entonces, el hombre del hacha tendría trabajo. Experimentó una apremiante necesidad de actividad. Un torrente de palabras surgió de sus labios.

—En nombre del Führer, Adolph Hitler, y del pueblo alemán, pronuncio el veredicto del caso contra el teniente de la reserva Bernt Viktor Ohlsen, del 27.º Regimiento de Tanques.

Respiró profundamente. Experimentaba una extraña sensación de miedo en la boca del estómago, como si estuviera pronunciando su propia sentencia.

—Después de haber deliberado, el tribunal reconoce que el teniente de la reserva Bernt Viktor Ohlsen, durante la guerra total que el pueblo alemán libra por su vida y su existencia, ha propalado los rumores más infames sobre el Führer, ha escarnecido el nacionalsocialismo, ha minado la moral de sus subordinados. Expuso su División a los más graves peligros cuando, pese a las órdenes recibidas, abandonó su posición cerca de Olenin. Queda deshonorado para siempre y será castigado con la muerte. La sentencia será ejecutada por un verdugo, con un hacha. Su fortuna será incautada. Todos los gastos de este proceso van a su cargo. Su nombre será eliminado de los registros. Su cadáver, enterrado anónimamente. ¡Heil Hitler!

Volvió la mirada hacia el teniente Ohlsen, que estaba en posición de firmes.

—¿Tiene algo que añadir?

Tuvo que repetir la pregunta tres veces, sin obtener respuesta. Se encogió de hombros, despreocupadamente, y terminó con el acostumbrado:

—No se puede apelar contra esta decisión. El indulto no será recomendado. La sentencia se ejecutará antes de diez veces veinticuatro horas. La ejecución no podrá tener lugar antes de tres horas. Es decir, a las dieciocho horas y cuatro minutos. ¡Heil Hitler!

Hizo un ademán al *Feldwebel* que permanecía detrás del teniente Ohlsen.

—Llévense al condenado. —Cogió un nuevo montón de documentos y trompeteó —: ¡El caso siguiente!

Los dos guardianes devolvieron al teniente Ohlsen a la cárcel. En el subterráneo se cruzaron con el siguiente, a quien llevaban a la sala 7.

Su juicio sólo duró veintitrés minutos. El doctor Jeckstadt pronunció así su cuarta sentencia de muerte del día. Después se quitó la toga de juez, se puso el capote gris claro del uniforme y se marchó a su casa, a comer su sopa de tomate y su bacalao hervido. Un jueves completamente normal, con un tiempo típico de Hamburgo: una llovizna fina y penetrante.

El *Obergefreiter* Stever recibió al teniente Ohlsen. La puerta del subterráneo se

cerró ruidosamente. Fueron corridos dos enormes cerrojos.

—¿Afeitado? —preguntó, riendo, Stever—. Eres el tercero de hoy, y el que te sigue no saldrá mejor librado. Pero cuatro no es nada. Hace dos meses tuvimos dieciséis aspirantes al cielo en un solo día. Y nueve en su mismo caso. Pero Jeckstadt liquidó la cosa en hora y media. Así consiguió una Cruz al Mérito. ¡Diantre! No son tan generosos con quien realiza todo el trabajo en este agujero. Pero no te preocupes, teniente. Tarde o temprano, todos haremos este viaje. Dos cosas son seguras: se viene al mundo solo, y se marcha solo. Lo único que cambia es la manera de hacerlo. Los hay que estiran la pata en la cama. Otros encuentran su billete en las alambradas de la tierra de nadie. También hay los estúpidos, que prefieren hacerlo por sí mismos. Pero no te preocupes, teniente. Si hay que creer al pastor, y ¿por qué no hacerlo?, Jesús está junto a la puerta para recibir a toda la pandilla, con o sin cabeza sobre los hombros.

—¿Cree en Dios? —preguntó el teniente Ohlsen, con la mirada fija ante sí.

—¿Por qué piensas en eso?

—Acaba de decir que Dios nos espera a todos.

—¡Oh, sí, tal vez sea cierto! No puedo decir que sí ni que no. Nunca he pensado en eso, pero el pastor siempre les dice a los individuos, antes de que la diñen: «Roguemos y Jesús te recibirá». Y él debe de saberlo. Es un viejo guardián del cielo con línea directa con el Paraíso. Le llamamos *Hum-Müller*, porque siempre está diciendo «¡Hum!». Su rostro brilla cuando uno se arrodilla en el suelo a su lado. Parece como si cobrara alguna recompensa cada vez que hace rezar a alguien. Quiero decir, que consigue un sitio mejor en el cielo.

—Rezaré con el pastor —dijo el teniente Ohlsen.

—Es formidable —comentó Stever, riendo—, y resulta divertidísimo vigilar por la mirilla. Yo he de hacerlo. Lo exige el reglamento —explicó mientras boxeaba con su sombra. Golpeaba a un imaginario contrincante. Sus botas claveteadas resonaban al compás de sus piernas—. Miro para intervenir si al condenado le acomete el «mal de la jaula» y empieza a golpear al guardián de Jesús. ¿Qué eres tú? ¿Católico?

—Protestante.

—¡Estupendo! Entonces, vendrá el viejo. Cuando se trata de un católico, resulta menos divertido.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó el teniente Ohlsen.

—Te lo explicaré. Los capellanes protestantes son unos fanticos. Todo es comedia. Con los curas ocurre una cosa muy diferente. Uno se cuadra y no se atreve a armar jaleo. Incluso *el Verraco*, ese criminal, les tiene miedo. Esos padres no llevan condecoraciones. Sólo un crucifijo y una pechera. Te miran y uno se encoge. Tienes la impresión de que la Santa Virgen está a su lado. Se te ocurren extraños pensamientos y te preguntas, en serio, si no convendría frecuentar la iglesia de vez en

cuando. *El Verraco*, por ejemplo, se pone imposible cuando hay católicos en la jaula. Nunca mira el calabozo cuando nuestro padre católico acompaña a alguien que debe hacer el último viaje. Cuando el padre se marcha, siempre dice: «Que Dios os bendiga». Como si al buen Dios se le pudiera ocurrir bendecir a *el Verraco*. Además, los protestantes lo solucionan todo más de prisa. Una oración relámpago, un poco de lectura del libro negro y un pequeño salmo para terminar. Pero si te quieres divertir con el viejo, *el Verraco* estará contento. Le encanta verlo.

—Pero para mí es una cosa seria —replicó el teniente Ohlsen.

Steuer se detuvo a mitad de una finta contra el enemigo imaginario, frente al calabozo 19.

—¡Ah, mierda! También lo he oído decir. ¿Eres un santo?

—Depende... —contestó el teniente Ohlsen, encogiéndose de hombros.

—No es tan extraño —dijo Steuer, reanudando su boxeo contra las sombras.

Lanzó un traidor golpe bajo, dobló las rodillas y envió un directo con la izquierda, que alcanzó violentamente una mandíbula imaginaria.

—Te comprendo, camarada teniente: no quieres correr riesgos. Muy listo. — Interrumpió un momento su desenfrenado boxeo y levantó un dedo sentenciosamente —: Siempre lo digo, hay que reservarse una puerta de salida. He visto salir a muchos de aquí, pero nunca he visto a uno que regresara. Así, pues, no puede saberse con seguridad si hay o no un consejo de revisión en la antecámara de san Pedro. De modo que, si no se ha creído en Dios está uno listo. Nadie habla de ser fanático. No hace mucho, encontré una Biblia en el subterráneo. Faltan bastantes páginas que el antiguo propietario utilizó para liar cigarrillos. Nadie ha dicho nunca que había que leerla toda. Pero yo tengo cuidado. Una o dos veces al mes, le echo una ojeada. Nadie podrá reprocharme el no haber tenido nunca una Biblia en las manos, y os doy mi palabra, a Jesús y a ti, de que nunca he insultado a un cura. Ni siquiera al que estaba aquí y a quien pescaron. Era un cura de una parroquia cerca de Lübeck, con una jeta así de grande. Si hubiese estado un poco más cerca de Hitler que de Dios, habría salvado la piel y no habría dado con sus huesos aquí. Si por lo menos estuviese seguro de que Dios existe... No puedes imaginarte lo que haría por ti, teniente, si cuando estés en el otro lado quieres hacerme una ligera señal. Si llegas con la cabeza bajo el brazo, seguramente te recibirán bien. Sobre todo, si te arrodillas seriamente con el pastor y rezas.

—Pero, entonces, ¿por qué no lo haces tú también?

Steuer reanudó su boxeo, y contestó en medio de un ataque furioso:

—Lo he intentado varias veces. Incluso me postré de rodillas ante el pastor y él me dio un sorbito y un pedazo de pan. Pero, en medio de todo esto, me dije: «*Obergefreiter* Steuer, esto es trampa». Estoy seguro de que si Dios existe, debe de poner muy mala cara al leer mis pensamientos. Tendría que ensayarme en ahuyentar

esta especie de duda, en vista de que la historia del infierno no resulta muy atractiva y, claro es, uno remueve cielo y tierra para ser destinado adonde mejor se está. No me sorprendería que tuvieses razón, y si es así, puedes enviar al cuerno a todos los que te rebanan el cuello. El buen Dios te recompondrá en cuanto llegues arriba.

»¡Te felicito por tu previsión! En todas esas historias con Dios, más vale estar en regla. Yo nunca he disparado contra un crucifijo, y eso que muchos sí lo han hecho. Tampoco he birlado nunca nada en una iglesia. Una vez, incluso, lleve una monja en mi moto. Se había roto una pierna. Fue cuando hicimos la guerra en Francia. Cosas así han de estar escritas en el lado bueno del libro de cuentas del buen Dios, supongo yo. A menudo me digo: «Cuidado, Stever, todos estamos en el primer peldaño de la escalera». A menudo ocurre que protestantes que esperan su turno ponen al bendito pastor a la puerta de su celda. Hace un tiempo tuvimos a un zapador. Le pegó tal mamporro al pastor que éste tardó dos horas en recobrar el sentido. No era el viejo, sino otro, joven. Más tarde, *el Verraco* y yo fuimos a ver a aquel cretino. Porque, después de todo, no se le puede atizar a un pastor. Chillarle sí, de acuerdo; pero atizarle, no, ¡mierda! Le pegué unos porrazos tremendos a aquel cretino de zapador. Después lo atamos al radiador y lo pusimos en marcha. Fue idea mía. Me sentía como si fuese el azote de Dios. El zapador acabó loco. Desde aquel día, todo le hacía reír. En una ocasión, *el Verraco* le pegó un puntapié en las partes. Hasta eso le hizo reír, y cuando le echaron la cuerda al cuello, por poco se desternilla. El SS que le empujó desde la plataforma se volvió muy extraño y acabó por abandonar su puesto. Ahora está en el 38.º, esperando una bala. ¿Te das cuenta? Todo ocurrió porque aquel cretino de zapador le atizó un sopapo al pastor.

Antes de cerrar la puerta del calabozo, Stever añadió para consolarle:

—No temas, hoy no ocurrirá nada. Aún no han montado el tajo. El operador en jefe todavía no ha llegado. Primero, tiene que verte para calcular el golpe que ha de dar con el hacha. Es algo que ha de pensarse cuidadosamente. El pastor pasará por aquí, y el comandante te visitará. Todo esto requiere tiempo. Ahora, te darán mantas y un colchón. Tienes derecho a ellos como candidato al cielo. También recibirás mejor comida. Ahora que me acuerdo teniente, y antes de que me marche, ¿te molestará que le diga a *el Verraco* que quieres arrodillarte y rezar con el *Hombre de Jesús*? Le encanta y en este agujero no abundan las diversiones. Hazte cargo. Y además, *el Verraco* le tiene un miedo atroz a *el Bello Paul*. Creyó que la autorización de visita de tus era falsa, y armó un jaleo de los gordos.

—No hay inconveniente —contestó el teniente Ohlsen, cansado.

—¡Magnífico! —exclamó Stever, riendo—. De todos modos, lo hubiese hecho igual, pero es estupendo que estés acuerdo.

El teniente Ohlsen empezó a andar ininterrumpidamente. Cinco pasos en un sentido y cinco en el otro. Hora tras hora. Oyó la campana del reloj del cuartel. Contó

las campanadas. Seis, resonantes. Al cabo de cuatro minutos podría empezar a esperar al verdugo. Moralmente, estaba ya aniquilado. Podrían rematarle cuando quisieran.

Oyó las campanadas del reloj durante toda la noche. ¡Qué larga puede ser una noche, si se espera la eternidad mientras que fuera suena un reloj! La media, la hora, la media, la hora... Escuchaba los pasos del centinela ante la cárcel. Contempló la bombilla eléctrica que lucía las veinticuatro horas del día.

A la mañana siguiente, dio un paseo. Todo seguía igual. Todo se reanudaba. El mismo ritmo. Una y otra vez. Una Compañía de reclutas pasó cantando. Unas voces juveniles. ¡Joven...! ¿Lo había sido alguna vez? Lo había olvidado en los últimos cinco días. Oyó el chirrido de un tranvía al pasar por un desvío.

Caminaba en círculo, con otros catorce detenidos. Todos llevaban la insignia roja en el pecho. La insignia que significaba «condenado a muerte». Los que llevaban una raya blanca, serían fusilados, y los había que llevaban un círculo verde sobre el rojo, debían ser ahorcados. Los de la raya negro en el centro: estaban condenados a la decapitación. Sólo había dos que tuvieran el círculo negro: él y un *Oberleutnant*.

Stever estaba junto al umbral y silbaba una tonadilla, con aire despreocupado. Destrozaba una melodía de baile que había oído en «*Zillertal*». Con el dedo, llevaba el compás sobre la culata de su fusil ametrallador:

Du hast Glück bel den Frauen, bel ami...

Después, cambió de ritmo y empezó a tararear:

*Liebe Kameraden, heute sind wir rot,
morgen sind wir tot.*

Los prisioneros trotaban en fila india. A tres pasos de distancia entre sí. Las manos unidas en la nuca. Les estaba tajantemente prohibida cualquier clase de comunicación entre ellos.

De repente, Stever empezó a desplegar una gran actividad. Se irguió, apretó el fusil ametrallador contra el hombro y gritó, con voz ronca:

—¡Moveos, pandilla de sacos mojados! Un poco más de energía. —Golpeó, con su bastón, al primer prisionero que paso a su alcance—. ¡Aprisa, aprisa, pandilla de gaudules!

Los prisioneros empezaron a correr. Dos o tres se aproximaron en exceso.

—¡Guardad las distancias, malditos! —gritó Stever—. Esto no es una reunión íntima. —Golpeó las cabezas de dos prisioneros con la empuñadura de plomo de su bastón—. ¡Tres metros de distancia si no queréis que os parta los huesos!

Los prisioneros corrían a toda velocidad, pero conservaban su distancia. Nadie quería recibir en la nuca el golpe del pesado puño de plomo.

—¡Con ritmo, señores, con ritmo! Aún queda mucho camino que recorrer. Siento que mi deber es prepararlos para el regreso. ¡Quién sabe! Tal vez seáis indultados y enviados a un Regimiento disciplinario.

Los prisioneros levantaron la cabeza para escuchar. La esperanza iluminó sus ojos mortecinos. ¿Habría oído decir algo Stever? ¿Indultados? ¿Regimiento disciplinario? El infierno del Regimiento disciplinario era un paraíso para aquellos condenados. La falta de soldados era tan grande que tal vez no pudieran permitirse más ejecuciones. Se hubieran podido formar dos o tres Divisiones con los soldados ajusticiados.

—¡Qué más quisierais vosotros! ¡Aterrizar en un Regimentó disciplinario...! Pero no os hagáis ilusiones. No participaréis en la fiesta de la victoria. Puedo aseguraros que están comprando vuestros últimos óleos en la droguería de la Davidstrasse. Ni siquiera tienen ganas de desperdiciar en nosotros el óleo bendito. —Se volvió hacia el centinela que había en lo alto de la pared—. ¿No es cierto, Braum?

—La pura verdad —gruñó el *Gefreiter* Braum.

—¡No tendréis más aceite que el de los fusiles! —añadió Stever con una risotada. Compareció *el Verraco* y se situó junto a Stever.

—¡Apretad el paso! —rugió. Hizo voltear su bastón de mando, que alcanzó a uno de los prisioneros en la nuca—. ¡Angelito! —gritó—. Tú el que has abierto el hocico, tráeme el bastón.

El prisionero, un *Oberstleutnant* con una raya blanca en su insignia roja, salió de la fila, recogió el bastón y corrió hacia *el Verraco*.

Éste le dio otros cuantos golpes en la nuca.

—Eres una basura —dijo.

Stever se echó a reír.

—¡Vamos, vamos, pandilla de angelitos! —gritó—. ¡Más de prisa! Dais vueltas como un burdel jubilado.

El Verraco movió la cabeza con resignación.

—No, no, *Obergefreiter*, no es así. Fíjese bien en mí y aprenderá algo.

Se adelantó hasta el centro del patio, hizo girar su largo bastón de mando por encima de la cabeza, abrió y cerró la boca como si ensayara su mecanismo. Después, un mugido salió de su garganta:

—¡Prisioneros, derecha, de dos en dos!

Los prisioneros obedecieron.

El Verraco dobló las rodillas, mientras observaba si alguien se atrevía a moverse. Se sentía a gusto. Era algo maravilloso para un prusiano. No existía mejor grado que el de *Stabsfeldwebel*. No lo cambiaría ni por el de general. Había asistido a ejecuciones de militares de todas las graduaciones. Excepto de la de *Stabsfeldwebels*.

Jamás había oído decir que hubiesen ejecutado a ninguno. De repente, se acordó de las autorizaciones de visita y un escalofrío le recorrió la espalda. Bueno, aquel asunto estaría olvidado ya. *El Bello Paul* tendría cosas más importantes en qué ocuparse. Sacudió la cabeza para ahuyentar aquellas ideas desagradables, y utilizó toda su energía para enseñarle a Stever cómo actuaba un *Stabsfeldwebel*.

—Comando de prisioneros, columna de marcha, ¡de frente, marchen! ¡Atención, vista a la izquierda!

Stever rió. El centinela, en lo alto de la pared, rió. *El Verraco* se esponjó orgullosamente. No había nada que él no fuera capaz de hacer. Ordenó un paso de desfile. Ni siquiera un temblor de tierra debía alterar el orden de esa marcha.

Uno de los prisioneros se desmayó. *El Verraco* no se dignó hacerle caso. Dejó que los catorce hombres pisotearan al prisionero tendido. Repitió la broma cuatro veces. Después, pasó el mando al *Obergefreiter* Stever.

Ya en la puerta, se volvió a medias.

—*Obergefreiter*, si ese tipo no ha despertado antes de que finalice el paseo, péguele una buena tunda.

Stever hizo chocar por tres veces sus tacones.

—A la orden, Herr *Stabsfeldwebel*.

Con gran desilusión por parte de Stever, el prisionero se despertó antes del final del paseo. Vomitaba sangre.

—¡Gallina mojada...! —dijo Stever, burlón.

Al mismo tiempo pensaba:

«Esto es una mierda. Puede armar jaleo. Esta vez, *el Verraco* se ha pasado de rosca».

Se trataba de un prisionero de la Gestapo, y el incidente podía dar pie a investigaciones desagradables, si el prisionero moría antes de la ejecución. *El Bello Paul* era muy meticuloso en aquellas cuestiones. Stever había oído contar que Paul había enviado al frente a todo el personal de la cárcel de la guarnición de Lübeck, por una fruslería semejante, y *el Verraco* había cometido ya una estupidez con aquella maldita autorización de visita. Se rascó pensativamente la cabeza. Tal vez fuera una buena idea visitar a *el Bello Paul* y explicarle las maniobras de *el Verraco*. Era difícil adivinar el resultado que se obtendría. Alguna vez había ocurrido que un *Obergefreiter* alcanzara alturas insospechadas entre los prusianos. En aquella sociedad, todo era posible.

Stever se sintió muy animado con este pensamiento. Tanto, que para consolarle pegó una palmada en el hombro de un prisionero y le dio un cigarrillo a escondidas. Haría cuanto fuera preciso para no conocer más de cerca el frente del Este. Los grandes viajes no le atraían. Él era de los que permanecen «atados a su campanario».

Al domingo siguiente, el teniente Ohlsen oyó ruido de martillazos en el patio.

Dos o tres horas más tarde, el *Obergefreiter* Stever entró en su calabozo. Con su bastón, golpeó concienzudamente las rejas de las ventanas.

—Prefiero comprobar que no estás limándolas. Para nosotros sería una broma pesada sí, a ultima hora te las piraras.

—¿Lo ha conseguido alguien? —preguntó el teniente Ohlsen.

—Aún no, pero puede ocurrir algún día. A mí, mientras no ocurra en mi sección, lo mismo me da. Ni siquiera te impediría que saltaras si estuvieses en otro pasillo. Sólo una vez me encontré con uno que lo intentó. Había jugado al fútbol en el equipo del Ejército antes de terminar aquí. Atravesó el campo en zigzag, pero de poco le sirvió. Le metí dos píldoras de mi 0,8 en la columna vertebral. Quedó paralizado, y eso que al muy idiota sólo le quedaban seis semanas de jaula. Había obtenido permiso para ir a cortar leña con uno o dos más. Nadie hubiera podido imaginar que quería fugarse. Sin embargo, era mejor cortar leña con nosotros que arrastrarse en un Batallón de castigo. Pero, de repente sintió deseos de tomar las de Villadiego. Y mientras yo estaba explicando una historia verde...

—¿Por qué lo hizo? —preguntó el teniente Ohlsen.

—Por añoranza —respondió Stever, con la convicción de un sabio—. Llega como un rayo en un cielo azul. Desde entonces, pienso que todo el mundo quiere saltar. Ni siquiera estoy seguro de mí mismo. A menudo, he de decirme: «Stever, nada de tonterías...».

—Sin embargo, usted no tiene ningún motivo para querer marcharse —dijo el teniente Ohlsen.

—¡Quién sabe! Es una idea que se le puede ocurrir a cualquier hombre que lleve uniforme. La verdad es que, en el Ejército, se pasan demasiadas horas de aburrimiento. Cuando uno no sabe qué hacer, se le ocurren ideas muy extrañas. Nadie quiere largarse cuando el trabajo es duro. Siempre piensas en apearte del tren cuando el viaje es más monótono, y este agujero es la monotonía personificada.

—Pues, entonces, busque otra cosa —le aconsejó el teniente Ohlsen.

—¿Crees que tengo un grillo en la azotea? Sé lo que me espera si intento salir de esta jaula. Me presento en el Regimiento y al cabo de dos días estoy camino del frente. Y en un abrir y cerrar los ojos, me encuentro en una trinchera, en el Este. No me interesa arriesgar la piel por Adolph. Me importa un bledo que cuando acabe la guerra no me traten como un héroe. Y quiero regresar a casa sin haber visto jamás a un solo Iván armado. Tal vez llegue a jefe, aquí. Soy el más antiguo, después de *el Verraco*. Sé muchas cosas sobre las prisiones. Lo sé todo. Enséñame a alguien que sea capaz de abrir más de prisa que yo la puerta de una prisión. Con mis botas claveteadas de Infantería, soy tan silencioso como un gato que se hubiese puesto almohadillas de terciopelo bajo las patas. Con mi bastón, puedo romper una pierna a cualquier prisionero. Manejo mi 0,8 mejor que un vaquero de Texas. Le pongo las

esposas al más pintado en un santiamén. Por las mañanas, antes de abrir un ojo, ya sé si hay algo escondido en uno de mis calabozos. Es lo que se llama instinto. — Encendió un cigarrillo y se lo alargó al teniente Ohlsen—. Mantenlo escondido en la mano para que no te lo vean. El *Obergefreiter* Stever es un buen hombre que no teme arriesgarse por alguien que se dispone a emprender el gran viaje. —Señaló el patio con su pulgar, por encima de la espalda—. ¿Oyes cómo golpean? Apuesto lo que quieras a que no adivinas lo que hacen.

Miró al teniente Ohlsen, quien fatigado, se había recostado en una pared.

—¿Sabes lo que hacen? —repitió Stever, riendo. Y, sin esperar la respuesta del teniente, hizo un ademán significativo alrededor de su cuello—. Están montando la carnicería para ti y otros diez. Hacen el trabajo unos tipos de la Compañía del Regimiento de Zapadores. También hemos recibido las cajas de expedición. No están mal, aunque sin pintar, También han llegado las cestas para vuestras cabezas. Saldréis todos a la vez, para ahorrar tiempo. Siempre se hace así. El operador en jefe viene de Berlín y es una lástima que realice viajes inútiles. Las ruedas giran hacia la victoria.

La sangre desapareció del rostro del teniente Ohlsen.

—¿Están montando el cadalso? Entonces, todo terminara pronto.

—No, no, no es seguro. Nunca se puede confiar en eso. Una vez, tuvimos preparado durante dos meses el banco de la carnicería. La SD y el Consejo de Guerra no se ponían de acuerdo. El Consejo de Guerra quería indultar al acusado, y la SD, no. El asunto llegó hasta el general—*Feldmarschall* Keitel. Pero, entonces, *el Bello Paul* cogió un berrinche de miedo e incluso metió en el jaleo al SD Heydrich. Keitel se asustó mucho y el general perdió la cabeza. Por cierto que estaba en tu calabozo. Lo reservamos siempre para los que tienen un puesto seguro en el expreso.

—Pero, entonces, ¿saben ustedes lo que va a ocurrir incluso antes de que se celebre el juicio?

—Lo que voy a decirte es «Gekados». Algo que no deberías saber. Apostaría cualquier cosa a que ya no asistirás a la mesa del domingo próximo. Cuando un tipo llega a nosotros con VG y SG en sus papeles, ya se sabe lo que le ocurrirá al cabo de una hora. Es una marquita que hay abajo, a la izquierda, en el documento de detención. Por ejemplo, una pequeña K quiere decir Kz. El juez tiene un duplicado y sería muy peligroso para él no juzgar como desea la Gestapo. Nuestros tribunales no conocen la palabra «absuelto». La Gestapo nunca se equivoca. Si meten a un tipo en arresto preventivo, es culpable.

»En caso de ocupación enemiga, nadie podría encontrar nuestras órdenes. Todo nuestro «Gekados» desaparece convertido en humo. Nuestros adversarios no se enterarán de nada. Si me echan el guante, cosa que podría ocurrir, sé de memoria lo que les diré. He hecho varios ensayos generales con *el Buitre*. No soy más que *Obergefreiter*. No sé nada. Me he limitado a cumplir órdenes. Y ya verás, teniente,

me admitirán como *Obergefreiter* entre ellos, entre los enemigos. Yo pertenezco al tipo razonable. Me importa un bledo saber quien debo pegarle una patada en el trasero. Mientras me paguen cada diez días para que pueda correrme una buena juerga, soy daltoniano y no advierto si los diversos colores políticos me van o no. Esta noche, salgo con una gachí. Su hombre está en Rusia.

»Date una vuelta por una calle elegante teniente. ¿Qué verás? ¿Tiendas en las que se vende azúcar, coles, sacos de patatas? Nada de eso. Bragas de todos los colores y medias elegantes. Tú aprietas de lo lindo en tu tanque. Te cuelgan del pecho una hermosa Cruz de Hierro. Tendrías mujeres, y en cantidad. A esa Cruz de Hierro habría que llamarla un imán de mujeres. Hay dos cosas que cuentan: la pasta, mucha pasta; o bien condecoraciones difíciles de obtener. Condecoraciones tan importantes que causen miedo a los cazadores de hombres. Daría mucho por tener una Cruz de Caballero, teniente. Cítame un solo rey que sea guapo. No podrás. Y, sin embargo, tiene cuanto desea. ¿Porque es rey? El secreto reside en la quincalla que lleva en el pecho. Todos corren tras eso. Es un imán. Vale más que una tarjeta de entrada para un burdel. Bueno, me largo.

Cerró la puerta de golpe, y se alejó por el pasillo.

El lunes por la mañana, el comandante Von Rotenhausen leyó la sentencia. Se agitó nerviosamente durante la lectura, como si tuviera necesidad de ir al retrete y le costara trabajo contenerse. Le acompañaban Stever y *el Buitre*, con el fusil ametrallador sobre el hombro. El comandante Rotenhausen no quería correr riesgos.

Poco antes de mediodía, un ojo atisbo durante mucho rato y con insistencia a través de la mirilla. Un ojo oscuro, parpadeante... Por espacio de unos diez minutos, el ojo permaneció pegado a la mirilla. Era la mirada hambrienta de un vampiro.

Una hora más tarde. Stever hizo su ronda.

—El carnicero en jefe te ha visto. Sus tres hachas acaban de llegar ¿Quieres verlas? Son impresionantes, relucientes y cortantes. A su lado, una navaja carece de filo. Están en la celda de paso, en unas magníficas fundas de cuero amarillo, con el águila dorada en la empuñadura. *El Buitre* ha intentado levantarla. Le gustaría cortarle la cabeza a alguien. Yo no pido nada. Estos asuntos traen desgracia. ¿Cómo dice el libro de Dios? «Quien golpee la cabeza a otro recibirá los mismos golpes». Y no veo motivos para poner en duda lo que es sagrado.

—El pastor aún no ha venido —murmuró el teniente Ohlsen—. No puede ocurrir nada antes de que me visite.

—No temas. Ya vendrá. Con los prusianos, el orden está asegurado. No somos tan inhumanos como para enviar a alguien al cielo sin haberle preparado antes el camino. Pero aún no se ha presentado. Siempre telefonea antes, y después hay que esperar unas dos horas. Por el momento, presta servicio en una Compañía de Comunicaciones. Durante la guerra, los pastores y los cirujanos tienen siempre

mucho trabajo. En tiempos de paz, no son tan importantes.

Por la noche, se oyó un grito. Un grito largo y profundo que despertó a toda la guarnición. Los centinelas blasfemaron y gritaron.

No tardó en llegar *el Verraco*. Se oyó ruido de voces. El grito cesó y la horrible tranquilidad esperada volvió a reinar en la cárcel.

El pastor compareció el martes, a las diez y media de la mañana. Era un hombrecillo abatido, con grandes ojos azules y boca temblorosa. Su nariz goteaba sin cesar, y se la secaba con la manga de su sotana. Trajo un altar plegable que montó con ayuda del teniente Ohlsen. De un maletín estropeado sacó una figurita de Jesús, hecha de cartón pintado. La corona de espinas se había roto, pero el pastor reparó el desperfecto con un poco de saliva. Había también dos ramos de flores artificiales, envueltas en papel de seda. Se había olvidado su Biblia, y tuvo que pedir prestada la del teniente Ohlsen, que estaba en la celda.

Cuando todo estuvo colocado, presentaba un aspecto amable. *El Verraco* pegó el rostro a la mirilla. En voz baja, iba comunicándole a Stever cuanto ocurría en el interior.

—Ahora le da las galletas y la bebida —informó *el Verraco*—. No entiendo cómo lo autorizan. En el reglamento 4 la prisión, página 216, apartado 3.º, está escrito que el consumo de bebidas alcohólicas queda prohibido, y ahí se están atizando un buen trago. ¡Lo que hay que ver! Oye, Stever, ya empieza. El viejo le bendice. Levanta las zarpas tan hacia arriba que casi toca el techo.

Oyeron, tenuemente, cómo el pastor murmuraba algo, *El Verraco* se echó a reír.

—¡Diantre! No me sorprendería que un ángel atravesara las paredes. —Pegó una palma en su voluminosa pistolera—. Si ocurriera, vive Dios que sabría recibirle. Yo, el *Haupt-und Stabsfeldwebel* Stahlschmidt, no toleraré ningún atentado a mi prisión. El ángel de Dios aprendería a conocerme.

—Es comprensible, Herr *Stabsfeldwebel* —creyó oportuno decir Stever.

El Verraco se excitó hasta lo indecible.

—Dios, ángel o lo que sea, si sigue un camino que no sea reglamentario, si no lleva un permiso firmado por el juez, tendrá que vérselas conmigo. En mis dominios reinan la disciplina y el orden. Esto no tiene nada que ver con el caos del paraíso. *Obergefreiter*, ahora se arrodillan. ¡Válgame Dios, esto sí que es un espectáculo!

Durante tres segundos, cedió a Stever su puesto en la mirilla. Éste suspiraba de placer. Era una maravillosa administración del sacramento, de las que no se ven todos los días.

El Verraco le empujó lentamente, y recuperó su localidad de primera fila.

—Bueno, ya ha terminado. Ahora están sentados en la cama cogidos de la mano. El viejo lloriquea. Extraños héroes...

—¿Por qué llora el guerrero del cielo? —preguntó Stever—. No es a él a quien

van a afeitar.

El Verraco se encogió de hombros. No sabía muy bien lo que debía contestar; pero después de reflexionar un poco llegó a la evidente conclusión de que había que demostrar pena cuando se era pastor y se consolaba a alguien que iba a ser ejecutado.

El Verraco dio unos pasos por el corredor. Después, señaló con el pulgar la puerta cerrada de la celda.

—Esto nunca nos ocurrirá a nosotros dos, puedes estar tranquilo —aseguró.

Stever guardó silencio. La idea de ponerse en contacto con la Gestapo seguía dándole vueltas al cerebro. Miró pensativamente el cuello de *el Verraco* y estuvo de acuerdo consigo mismo en que, verdaderamente, haría falta un buen golpe para separar aquella cabeza de aquel cuello de toro. Jamás había visto un cuello tan grueso. ¡Resultaba increíble que la prisión pudiera convertir a alguien en un ser tan repugnante y gordo!

—¿Qué mira con esos ojos? —preguntó *el Verraco*.

—El cuello de Herr *Stabsfeldwebel* —repuso Stever.

El Verraco se tocó el cuello.

—¿Mi cuello? —murmuró, pensativo—. ¿Qué le ocurre a mi cuello?

—Es grueso, Herr *Stabsfeldwebel*.

—En efecto, Stever. Es un cuello de suboficial. No resulta fácil cortarlo.

—El hacha está muy afilada, Herr *Stabsfeld*.

—¡Diantre! ¿Qué le ocurre a usted, Stever? ¿Tiene miedo? ¡Menudas ideítas se le ocurren! ¿No convendría que fuera a ver al psiquiatra? —Estuvo a punto de hacerse un nudo en la lengua al pronunciar la «p»—. Pensaba que algún día sería usted *Unteroffizier*, pero con esos pensamientos enfermizos, no es posible. ¿No estará borracho, Stever? En tal caso, le perdono. Debiera saber que jamás se ejecuta a un *Stabsfeldwebel*. Constituyen la columna vertebral de la sociedad, ¡diantre! Si los *Stabsfeldwebel* nos declaráramos en huelga, menudo lío se organizaría. Todo se derrumbaría como un castillo de naipes: Adolph, Hermann, Heinrich, Joseph, podrían echarse al suelo y golpearse la cabeza contra el pavimento. No lo olvide nunca. —*El Verraco* pegó una fuerte patada con el pie derecho, y miró a Stever—. ¿Entendido, *Obergefreiter*?

—Entendido, Herr *Stabsfeldwebel* —respondió Stever, al tiempo que pensaba: «Todavía no lo sabes todo, maldito cerdo. Seré más que *Unteroffizier*. No tardará en llegar el día en que sea yo quien mande, mientras tú saltas para perder la grasa».

El Verraco regresó ruidosamente a su cubil, muy satisfecho de sí mismo.

Durante el paseo de la tarde, Stever y Braum registraron los calabozos. Braum se ocupó de los del lado derecho del pasillo, y Stever de los de la izquierda. Hicieron varios descubrimientos.

En el calabozo 21, el de un coronel condenado a muerte, Braum encontró una

rebanada de pan negro oculta bajo el colchón. En la celda 34, Stever confiscó una colilla de dos centímetros. En la de al lado, un pedazo de lápiz. Lo colocaron todo en un gran sobre azul. Stever estaba encantado. Era su trabajo preferido. Una especie de juego del escondite. Luego, los prisioneros serían castigados de acuerdo con el rito especial de *el Verraco*.

Stever terminaba de registrar el último calabozo cuando un silbido anunció la vuelta de los presos.

El teniente Ohlsen se detuvo un momento, sorprendido ante la puerta de su calabozo, y contempló el espantoso desorden que había ocasionado Stever. Después, se precipitó hacia el colchón y buscó febrilmente. Sollozaba.

La puerta se abrió sin ruido y Stever entró. Sostenía entre dos dedos una pequeña píldora amarilla.

—¿No estarás buscando esto, por casualidad? —preguntó sonriendo con los dientes apretados.

El teniente Ohlsen avanzó unos pasos. El bastón de Stever silbó en el aire y le alcanzó en una rodilla. Ohlsen profirió un grito de dolor.

—Un prisionero ha de cuadrarse cuando un guardián entre su celda —le recordó Stever, siempre sonriente—. Si no lo hace, tenemos derecho a utilizar el bastón. Para eso lo llevamos. He de reconocer que lo habías calculado bien. Tragarte esta porquería un momento antes de la operación. ¿Cómo tienes tupé para hacer una cosa así? ¡Con las molestias que nos tomamos, y querer engañarnos! Pero te has equivocado en lo que a mí respecta, teniente. Hacía mucho que sospechaba que tenías algún truco. Estabas demasiado tranquilo. Tengo mucha experiencia en esas cosas. ¿Te das cuenta de los problemas que hubiera tenido si llegas a tragarte esta píldora? Hay quien cree que Stever no ve nada, pero tengo un radar hasta en trasero. Evito las complicaciones. Me sé de memoria el reglamento. Me sé de memoria todos los HDV. Para eso me enseñaron a leer en la escuela. Podrían utilizarme como HDV viviente en las bibliotecas. Siempre pido una orden escrita cuando ocurre algo que se aparta de lo corriente. Si un día vienen a decirme; «Stever, ha cometido usted un asesinato», me reiré en sus narices, y les enseñaré la orden escrita, y les diré: «Os equivocáis. A quien debéis ahorcar es a quien ha firmado este papel. Yo no soy más que un esclavo que se ciñe al reglamento. Y este reglamento no lo he hecho yo». Ahora, tengo tu píldora, teniente, y me veo obligado a guardarla; de lo contrario, me espera el Consejo de Guerra. Quieren ver sangre, sea como sea, pero te aseguro que no será la mía. De modo que haremos como si nunca hubieses tenido la píldora. Causaría demasiadas complicaciones. Se la daré al gato gris. Anoche, cuando quise acariciarle, me arañó. Siento curiosidad por saber cómo funciona.

El teniente Ohlsen lloraba. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. La píldora era su último triunfo. Le había dado valor. Sólo la idea de que sería él mismo quien

decidiría el momento. Ahora, lamentaba amargamente no habérsela tomado mucho antes. Era un error creer en la posibilidad de ser indultado en el último momento.

—Démela —balbució—. Démela, Stever.

—De ningún modo —rehusó Stever, moviendo la cabeza—. Has de seguir el reglamento. Pero puedo proporcionarte un consuelo: todo va muy de prisa. En cuanto estás en el tajo, todo irá tan rápido que no te darás cuenta de nada. —Rebuscó en sus bolsillos y sacó una carta—. Mira, aquí hay algo para ti. Pero no olvides que ya puedes estarme agradecido.

—Una carta no puede ser peligrosa —dijo el teniente Ohlsen, desalentado.

—¿No? Pues el comandante y *el Verraco* opinan lo contrario. La tinta puede estar envenenada. En Munich, hubo un asunto así. Fue aquel caso de los estudiantes. Uno de los tipos estuvo a punto de estirar la pata. «Veneno», dijo el matasanos. Se estrujaron el cerebro para averiguar cómo lo había conseguido. Y luego, uno de los sabios de la Kripo pensó en las cartas que el prisionero había recibido. Enviaron toda la mierda al laboratorio, y descubrieron veneno en la tinta. Entonces, empezaron a funcionar los engranajes. Y detuvieron al que había escrito las cartas. Fue a parar al cadalso, con los demás. Desde entonces, cuando en la puerta de la celda hay un círculo rojo, las cartas están prohibidas. Pero el *Obergefreiter* Stever tiene buen corazón. Todos somos seres humanos. Lee la carta en mi presencia. Pero te lo advierto: si te la llevas a la boca, te pego un mamporro.

El teniente Ohlsen leyó con rapidez las pocas líneas de la carta.

Procedía de *el Viejo*.

Stever recuperó la carta y empezó a leerla tranquilamente.

—El Alfred de que habla tu camarada, ¿es el de la cicatriz?

El teniente Ohlsen asintió con la cabeza.

—No puedo ver a ese tipo. Ni siquiera querría tenerle aquí. Algo me dice que tiene algún agravio contra mí, y, sin embargo, yo me limito a cumplir lo que se me ordena. Podrías hacerme un favor, teniente: escribe unas palabras de recomendación detrás de esta carta. Por ejemplo: «El *Obergefreiter* Stever es un buen sujeto que me ha cuidado bien. Hace lo que se le ordena». Y podrías terminar, añadiendo, por ejemplo: «P. S. Es un amigo de los prisioneros». Firma, nombre y graduación. Esto le da un tono oficial.

Stever colocó la carta ante el teniente Ohlsen y le entregó un bolígrafo.

—Demuestre primero que es amigo de los prisioneros, Stever, y escribiré.

—De acuerdo —replicó Stever, sonriendo—. ¿Qué deseas?

—La píldora.

—Estás chiflado, teniente. Si la diñas, me ponen junto a la pared.

—Usted es quien decide, Stever. Pero nunca podrá escapar de aquellos tipos. Yo, en su lugar, me pondría un cuello de acero.

Stever se estremeció.

—No me atrevo a darte la píldora, teniente. Pero que no sería mala idea largarse de aquí.

Fueron a buscar al teniente Ohlsen inmediatamente después de la cena. Recorrieron el pasillo y salieron al patio. El pastor les precedía, rezando una oración. Entraron en un tercer patio, rodeado de edificios penitenciarios. Allí se estaba al abrigo de las miradas extrañas. El cadalso era de madera burda.

Vestidos con levitas, sombreros de seda y guantes blancos, el verdugo y sus dos ayudantes esperaban en la plataforma.

El otro condenado a morir decapitado había llegado un poco antes que el teniente Ohlsen. Al pie del entarimado, estaban alineados los miembros del Consejo de Guerra y los oficiales. Un miembro del Consejo de Guerra leyó la sentencia. Nadie podía entender su murmullo. Era un hombre que sabía dominarse. Había aprendido este arte durante cinco años. Tiempo atrás, había sido un hombre culto.

El comandante de la prisión comprobó la identidad de los condenados.

El primer ayudante del verdugo se adelantó y degradó a los dos hombres, cortándoles las hombreras.

El teniente Ohlsen era el último. Su compañero de dolor ascendió la escalera. El pastor rezó por la salvación de su alma. Los dos ayudantes ataron al condenado. La tabla adquirió una posición horizontal.

El verdugo levantó el hacha. La hoja, en forma semicircular, brilló bajo el sol poniente. Con voz sonora, gritó:

—¡Por el Führer, el Reich y la existencia del pueblo alemán!

El hacha bajó y atravesó el tendido cuello del hombre con un ruido sordo. Un breve estertor que parecía salir del cuerpo sin cabeza resonó contra los muros de la prisión. La cabeza cortada cayó en el cesto. El cuerpo se estremecía aun. Dos chorros de sangre manaban del cuello.

Los dos ayudantes del verdugo echaron hábilmente el cuerpo en uno de los ataúdes de madera de pino y colocaron la cabeza entre las piernas.

El *Oberkriegsgerichtsrat*, doctor Teckstadt, encendió lentamente un cigarrillo y se volvió hacia su colega, el doctor Beckmann:

—Dígame lo que se quiera de las decapitaciones, hay que reconocer que son eficaces rápidas y sencillas.

—A mí no me hacen gracia —dijo un *Rittmeister*, que casualmente oyó lo que se había dicho.

—Estar atado a esa tabla debe de causar una extraña sensación —dijo el doctor Beckmann.

—¿Por qué preocuparse por eso? —preguntó sonriendo el doctor Jeckstadt—. Es

algo que nunca nos ocurrirá. Nosotros somos juristas, sólo cumplimos con nuestro deber. Es justo castigar a los individuos que no quieren someterse. Todo descansa en los juristas. Sin nosotros, el mundo sería un caos.

—Tiene usted razón, querido colega —asintió el doctor Beckmann—. Las ejecuciones son necesarias, y las alemanas resultan las más humanitarias.

Antes de que el teniente Ohlsen pudiera darse perfecta cuenta de lo que le ocurría, estaba atado a la tabla. Sintió que se inclinaba hacia delante. Después, ya no sintió nada.

El verdugo se volvió hacia el grupo que hablaba en voz baja al pie del cadalso, y gritó con voz vigorosa:

—Ejecuciones realizadas de acuerdo con las sentencias de los jueces. ¡Heil Hitler!

Dos horas más tarde, el *Kriminalrat* Paul Bielert tenía en sus manos este documento:

Tribunal de División 56/X. Lugar del suplicio:
Guarnición Hamburgo. Prisión de la guarnición.
Prisión de la guarnición Altona.

EJECUCIÓN DE LA SENTENCIA DE MUERTE

dictada contra:

Teniente de la reserva Bernt Viktor Ohlsen.

Presentes:

Como presidente de la ejecución: *Oberkriegsgerichtsrat* doctor Jackstadt. Como jefe de la oficina de castigo: SS *Sturmabführer* Von Verkler.

A las 19,05 horas, han sacado al condenado de su celda, y le han atado las manos a la espalda. Dos soldados de la guardia le han conducido hasta el cadalso.

El verdugo Röttger estaba preparado con sus dos ayudantes.

También estaba presente:

El comandante de la prisión de la guarnición, comandante Von Rotenhausen. Después de haber comprobado la identidad del reo, el presidente ha dado la orden de ejecución al verdugo. El condenado, que estaba tranquilo, se ha dejado

colocar en el tajo sin ofrecer resistencia. Tras de lo cual, el verdugo ha llevado a cabo la decapitación con un hacha de mano, y ha comunicado que se había cumplido la sentencia.

El Bello Paul sonrió y estampó su sello en el documento macabro. Para él, el caso había terminado. Había vuelto a vencer. Otra sentencia de muerte que enriquecería su informe mensual al RSHA de Berlín.

En el estómago de Porta, catorce cervezas, nueve vodkas y siete absentas se disputaban el derecho de permanencia. Porta avanzó hacia la orquesta, vaciló y cayó varias veces. Se dirigió hacia el piano con muchas dificultades. Cayó tres veces al suelo y se levantó con ayuda de un músico. Con un gorgoteo, vomitó en el interior del piano.

—¡Cerdo! —gritó el pianista—. ¡Estáis ensuciando mi piano!

—¡Cállate, cretino! —replicó Porta, entre dos hipos, mientras vaciaba una jarra de cerveza en el piano—. La bebida barata no es buena —explicó—, pero ahora el juguete tiene buena cerveza fresca. —Se sentó en el taburete y sus dedos empezaron a acariciar las teclas. Constituía un hermoso cuadro de soldado borracho—. Cantad, pandilla de traseros rosados —gritó.

Bernard el Empapado se subió de un salto a una mesa y golpeó el techo con dos botellas de champaña:

*Vor des Kaserne
vor dem grossen Tot
stand eine Laterne,
und steht sie noch davor,
so woll'n wir uns da wiedersehn
bei der Laterne woll'n wir stehn
wie eins, Lili Marleen.*

Hermanito no cantaba. Permanecía sentado en un rincón, con una mujer a la que sostenía mientras desnudaba. Era como un marmitón desplumando un pollo. La mujer gritaba con una mezcla de miedo y de regocijo.

—Alá rehúsa escucharla —dijo el pequeño legionario.

El pianista seguía rezongando. Porta le abrazó, sonriendo cariñosamente.

—¿Estás enfadado, viejo aporreador de notas?

Al instante, el atónito pianista fue enviado a tierra y rodó como un barril hacia la cocina, donde le detuvieron las piernas de dos camareros. Heide y Barcelona le levantaron, le llevaron en vilo hasta la calle, le lanzaron como si fuera un saco y lo lanzaron sobre los otros sacos de cerveza

En el mismo momento, una pequeña procesión compuesta por seis soleados SD, un pastor, un medico, varios funcionarios del tribunal y del Servicio de Seguridad, que rodeaban a una vieja, entro en el pasadizo de la prisión de Fuhlsbüttel, situada detrás del aeropuerto. No caminaban con pasos decididos. Era como si quisieran ganar tiempo antes de llegar a la puerta verde que había en el extremo del corredor.

Al cabo de un cuarto de hora, la pequeña procesión volvía a salir. Pero la vieja ya no les acompañaba.

EL ANIVERSARIO DE BERNARD *EL* *EMPAPADO*

Un ruido enorme salía del garito «*Las tres liebres*», en la Davidstrasse. Se le podía oír hasta en el dispensario de Berhardt Nocht Strasse. Era una feria del más puro estilo. En la puerta de la calle colgaban guirnaldas de papel. Las bombillas centelleaban.

El dueño, Bernard *el Empapado*, celebraba su cumpleaños en la sala más reservada. Sólo había invitado a los amigos íntimos de la casa.

Hermanito llegó a primera hora de la tarde. Fue uno de los más madrugadores. Encontró a *el Empapado* en la cocina, encaramado en una escalera doble, desde donde dirigía los preparativos de la fiesta de la noche.

—He oído decir que era tu cumpleaños —dijo *Hermanito*.

—En efecto —gruñó *el Empapado*.

—Bueno, pues, entonces, muchas felicidades —masculló *Hermanito*, echándose el gorro hacia la nuca.

—Gracias —contestó Bernard.

Y dio instrucciones a una camarera, en relación con unas cajas de cerveza.

—¿No haces nada para celebrarlo? —preguntó *Hermanito*, hurgándose en la oreja con un dedo.

—Cada año lo hago.

Bernard *el Empapado* se sonó ruidosamente con los dedos. Parte de los mocos cayó sobre la carne que había en un barreño.

—Es para el guisado —replicó—. No importa si hay un poco más. La semana pasada, una de las camareras derramó dentro el marro del café, pero nadie lo notó. Sólo cobro a 1,20 el plato. Lo hago por humanitarismo. Pierdo dinero.

—De vez en cuando hay que hacerlo —dijo *Hermanito*, mirando de reojo las botellas alineadas junto a la pared—. ¡Menuda cantidad de botellas! ¿Quién va a bebérselas?

—Mis buenos amigos —replicó Bernard, escupiendo por la ventana.

Hermanito no estaba seguro de cuál era la respuesta adecuada. Sintió deseos de gritar, pero pensó que, desde el punto de vista táctico, haría mal en enfadarse con Bernard en un día como aquél.

—Nos marchamos pronto —dijo poco después. Y se secó los labios—. Volvemos a la guerra. Nuestro Batallón está casi completo. También tenemos nuevos tanques. Eso no lo podemos decir a nadie, pero a ti no importa. Cuéntaselo sólo a quien sea preciso.

—De acuerdo —respondió Bernard brevemente.

Le costaba sujetar una guirnalda. La escalera vaciló de manera inquietante. Demasiada cerveza ya por la mañana.

—En el fondo, siempre te he apreciado —prosiguió *Hermanito*—. ¿Cuántos años hace que te tienes en pie?

—Cuarenta y dos. Puedes coger una botella de cerveza y beber a mi salud.

Hermanito alargó la mano y cogió una botella. Se disponía a descorcharla con los dientes, pero Bernard le detuvo.

—Habrás traído un regalo, ¿no? —preguntó alargando una mano.

—¡Ah, mierda! —exclamó *Hermanito*—. Lo había olvidado.

Sacó del bolsillo un paquetito envuelto en papel de seda roja.

Bernard, interesado, abrió el paquete. Ante sus ojos apareció algo tan útil como un sacacorchos.

—¡No tenéis la más pequeña originalidad, pandilla de cretinos! —gritó con rabia—. Es el décimo que me regalan hoy.

Hermanito sacó la cápsula de un mordisco y bebió un largo sorbo.

—Raras veces se encuentra lo que se quiere para un cumpleaños —dijo con expresión triste.

Acudieron otros a felicitar al dueño. Todos se dirigieron hacia el local preparado para la fiesta.

Poco a poco, *Hermanito* se había ido emborrachando. Procuraba participar en todos los brindis.

En medio del tumulto, apareció el sombrero amarillo de Porta.

—Salud, *Empapado*. Felicidades en tu cuarenta y dos aniversario. ¿Has recibido mi regalo?

Bernard no recordaba haber recibido un regalo de Porta.

—¿No te ha entregado *Hermanito* un sacacorchos de hierro en forma de mujer?

—Sí, esa mierda sí la he recibido —gruñó Bernard, malhumorado.

—Bueno, en tal caso, todo marcha. En realidad, era un regalo común de *Hermanito* y mío. Trae el bebercio, estoy más seco que el desierto.

Bernard dio unas palmadas.

—Sentémonos a la mesa, chicos. Ya estamos todos.

Hubo gritos, empujones... Pero, por último, todo el mundo encontró asiento.

Diez camareras, vestidas tan sólo con ropa interior negra, a la francesa, y unos delantales del tamaño de un sello de Correos, trajeron la comida. Porta se mostró en seguida muy emprendedor.

Helga depositó ante él un gran plato de col.

Porta relinchaba como un caballo cuando huele la cerveza.

Durante la comida, el ambiente se caldeó prodigiosamente. Se decidió dedicarle una canción a Bernard. Una canción larga y obscena.

Se chilló tanto que los vasos acabaron por tintinear peligrosamente en el bufet. También se lanzó a Bernard por los aires.

Porta se encaramó a la mesa e hizo volar su sombrero amarillo. Heide golpeó con fuerza dos botellas.

—¡Chitón! ¡Joseph Porta quiere hablar!

Por fin, se hizo oír.

—Bernard *el Empapado* —empezó Porta—. Ahora tienes cuarenta y dos años y eres conocido en Hamburgo. Los periódicos han hablado de ti. Te publicaron un bonito anuncio cuando cumpliste los sesenta días. Quiero, pues, desearte que todo vaya bien, que tu tren de aterrizaje no se deteriore con los años, que las mujerzuelas sigan frecuentando tus locales y atraigan a los libertinos de la burguesía. Esto representa parné, Bernard. Eres un cretino en muchos aspectos; pero, de todos modos, se te aprecia. Ya sabes que los amigos han de ser sinceros. Pero te doy las gracias en mi nombre y en el de mis compañeros. Y ahora, una canción. —Marcó el ritmo con el pie—: Uno, dos, tres:

*Ib schwarzen Keller zu Askalott
da kneipt ein Mann drei Tag,
bis dass er ivie ein Besenstiel
am Marmortische lag.*

Empujaron a Porta hasta el pie de la mesa.

Fragmentos de rosas y de claveles volaron en todas direcciones.

Julius Heide hablaba. Hablaba de héroes y de águilas orgullosas.

Su historia no interesó al auditorio, que rápidamente le envió a paseo.

Barcelona aprovechó la ocasión para presentar sus respetos a Bernard *el Empapado*. La mitad del líquido se derramó en su pecho. *Barcelona* hipó.

—¿Cómo se llamaba tu última chica? —preguntó Porta.

Barcelona hipó de nuevo y señaló a Porta con un dedo. *El Viejo* tuvo que sostenerle para que no se cayera.

—*Obergefreiter* Joseph Porta, por enésima vez he de recordarte que tienes que

hablarme con respeto. Porque soy *Feldwbel*, la espina dorsal del Ejército.

—Tú no eres más que un trasero borracho —respondió Porta.

Se arrimó al bar y empezó a beber champaña directamente de la botella.

—Yo soy un amante de las Artes —manifestó *Barcelona*, en medio del tumulto —, y mi amigo Bernard también. —Besó en la frente al viejo Bernard para subrayar su amistad, y estuvo a punto de caerse de la mesa. Recuperó su equilibrio, y prosiguió —: ¡Las Bellas Artes! ¿Quién, en toda esta banda de cernícalos, ha ido alguna vez a un museo y ha gozado con la belleza?

—¡Yo! —gritó *Hermanito*, entre el tumulto un dedo en el aire.

Barcelona calló, completamente atónito.

—Palabra de honor —dijo *Hermanito*, levantan un dedo—. Tuve, que hacerme cuatro veces el Museo Militar en plan de centinela. Hace mucho tiempo, cuando era recluta en el 5.º Regimiento Blindado, en Berlín.

—¡Idiota! —replicó *Barcelona*—. Esto no tiene ver con el interés que Bernard y yo sentimos por las Bellas Artes. ¿Quién de vosotros ha contemplado alguna hermosa estatua de mujer hecha de mármol? ¿Quién de vosotros a Thorvaldsen? ¿Creéis acaso que es un macarrón de Reeperbahn? ¡Es mi dios! —vociferó—. Un tipo estupendo que ha muerto.

A continuación, utilizó varias veces la palabra «héroe» y derivó hacia «cretinos» y «traseros sucios», pasando por «libertad» y «bosques en primavera, perfumados».

Entonces, todo empezó a dar vueltas a su alrededor. Grito algo sobre el canto de las liebres y los cagajones de pájaros, golpeó teatralmente su hilera de condecoración multicolores, insistiendo en el hecho de que no les concedía ninguna importancia, y luego, señalando alternativamente dedo su frente y su corazón, gritó:

—Aquí, camaradas, santos y a toda prueba, hermanos de armas hoy reunidos en el tugurio de *el Empapado*, esto cuenta...

No pudo seguir, porque le barrieron de la mesa.

Bernard se encaramó entonces a la mesa, ayudado por Porta y el legionario. De manera inexplicable, consiguió conservar el equilibrio.

—Espero que ninguno de vosotros tenga sed, amigos míos, porque en tal caso os atiborraría hasta que el líquido os saliera por el trasero y los ojaes.

Bebió unos sorbos de la botella que el legionario con amistosa comprensión.

—Espero que mi café haya sido para vosotros una casa, un verdadero hogar. Os haré una confidencia: ser cabaretero no es sólo un trabajo para ganarse el sustento. Es una misión. Sobre mi puerta de Dionisios, un dios. Es la prueba de que nosotros, los cabareteros, estamos entre los que los dioses han escogido. Amigos, ¿adónde vais cuando estáis tristes? ¿Al cuartel? ¡Maldita sea, no! ¿A casa de vuestra mujercita, con sus bigudíes en el pelo? En tal caso, seríais idiotas. Venís a casa de Bernard *el Empapado*. ¿Y cómo salís de aquí? ¿Deprimidos? De ningún modo: liberados de toda

preocupación.

—Y la pasta ¿qué? —pregunto una voz desde el fondo.

Bernard prefirió hacerse el sordo.

—En mi casa, los soldados, suboficiales y demás son siempre bien venidos. —Su voz se hizo amenazadora, agitó un puño por encima de su cabeza—. Pero los oficiales y la canalla de ese género son indeseables. A mis ojos son asociables, pues todo el mundo tiene derecho a decir lo que le gusta o le disgusta.

Su voz fue apagada por los vítores. Bernard levantó ambas manos por encima de la cabeza, como un boxeador victorioso. Volvió a beber.

—Somos hamburgueses —prosiguió, emocionado.

—*Hummel, hummel* —aulló el coro.

—*Mors, mors* —finalizó Bernard, lanzando el clásico saludo hamburgués—. Y no lo olvidemos nunca. Hay mequetrefes que se imaginan que existe un mundo fuera de Hamburgo. Es falso. A ver, ¿en qué otro sitio hay un «Zillertal»? ¿Dónde hay chicas mejores? ¿Dónde hay ojos más viciosos que en la Mönckebergstrasse? Sólo existe un «Huracán», y está en la Hansa Platz, en Hamburgo. Quien ha respirado el aire de Hamburgo acaba siempre por volver. Hamburgo es el último bastión de Europa.

Calló de repente y se quedó mirando a una camarera.

—Silvia, marrana huesuda, ¿qué miras de esta manera? Cierra la boca y sirve cerveza. Ahora, he perdido el hilo de mi discurso. ¡Maldita sea! ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí, ya sé! En mis tiempos, cuando estaba en la Reichswehr, en el 3.^{er} Regimiento de Dragones. Allí sí que había dragones. ¡Maldita sea! Entonces se sabía beber cerveza. Cuando estábamos acuartelados en algún sitio, todas las gachís daban a luz nueve meses más tarde. En aquella época, sí que se vivía. Cuando alguien celebraba el cumpleaños, nunca recibía como regalo diez sacacorchos. —Su mirada se clavó en Porta—. Y no había cerdos que se repartían el precio de uno.

Levantó ambos brazos, hizo un ademán al pianista, y vociferó:

—Preparados para la canción de Hamburgo, chicos.

*Das Herz van Sankt Pauli
das ist meine Heimat,
in Hamburg, da bin ich zu Haut.*

La canción fue interrumpida por Steiner, que señalaba al primero que había caído borracho sin sentido, naturalmente un *Feldwebel* de Comunicaciones. Un grito de alegría se elevó hasta el cielo. Seis hombres cogieron al individuo, que estaba en el lavabo, lo llevaron a la calle y lo arrojaron bajo un portalón, con acompañamiento de salmos en sordina.

Porta se descoyuntó la mandíbula de tanto reír, pero *Hermanito* se la volvió a poner en su sitio de un buen puñetazo.

En el curso de la hora siguiente, otros siete borrachos emprendieron el camino del portalón.

El aniversario de *el Empapado* se ahogaba en el humo, el ruido y el olor de la cerveza.

Por todas partes, sobre las mesas, en el suelo, había hombres agotados, aniquilados por el alcohol.

Agarrados del brazo, los seis del 27.º avanzaban dando tumbos por la calle.

—¡Tengo sed! —gritó Porta.

La pared de la Herbertstrasse devolvió su grito.

Ayudamos a un viejo a pegar un cartel en la columna próxima al «Metro». Un cartel color rojo sangre.

Con la voz insegura de los borrachos, Steiner leyó:

—Aviso...

Porta cayó y volvió a incorporarse con dificultad.

—Steiner, muchacho, ¿a quién se le ocurre publicar a una hora tan temprana?

El viejo cayó de espaldas por la escalera del «Metro» y quedó atrapado por el torniquete. Hubo que coger una barra de hierro para liberarle.

Steiner y *Barcelona*, apoyados el uno al otro, leían juntos en voz alta. Steiner tartamudeaba en las palabras difíciles, *Barcelona* le corregía cortésmente.

—Camaradas, permaneced tranquilos. Es un aviso secreto de la Gestapo —proclamó *Barcelona* en la calle.

—Por haber propalado falsos rumores... —deletreo Steiner.

—... en detrimento de la patria —prosiguió *Barcelona*.

Steiner cayó contra el cartel, pero consiguió apoyarse con ambas manos en el mismo.

—Dios es testigo, tengo sed —gimió.

—¡Diantre!, es alguien a quien han ahorcado —gritó *Barcelona*—. Está escrito en negro sobre fondo rojo.

—Esto es lo que puede llamarse papel de gala —dijo Porta.

Y vomitó en la barandilla del «Metro».

—¿A quién han ahorcado? —preguntó *el Viejo*, sentándose en un escalón.

Barcelona examinó el cartel.

—«Por traidor a su Führer, al pueblo y a su patria hoy a las 17,15 horas, será ejecutado Emilie Dreyer, de acuerdo con la sentencia del tribunal popular».

Proseguimos cogidos del brazo, bordeando los fortines, hacia el Palacio de Justicia.

Barcelona y el legionario cantaban al tiempo que hipaban:

*Dragoner sind halb Mensch, halb Vieh.
Auf Pfer gesetzte Infanterie.*

—¿Habíamos visto a ésa que han ahorcado?, —murmuró Heide, cuando llegábamos al cuartel.

—Es posible —suspiro el legionario—, pero ahora no volveremos a verla. No iremos adonde esta.

—En estos tiempos, se muere mucha gente —comentó filosóficamente *el Viejo*—, y nosotros nos marcharemos pronto al frente. El Batallón ya está listo.

—¡Soy un héroe! —afirmó *Hermanito* con toda la fuerza de sus pulmones.

Porta se dejó caer en el césped, ante el edificio del Estado Mayor.

No sin dificultad, consiguió sentarse de nuevo.

—Gritemos por los mierdosos que tienen miedo —propuso—. Sé que el coronel Hinka tiene una mujer en su catre. La conozco, pero la muy granuja apunta muy alto y no quiere saber nada con los *Obergefreiters*.

La voz de Porta resonó como un órgano:

*Im schwarzen Keller zu Askalon
da kneipt ein Mann drei Tag.
bis dass er wie ein Besenstiel
am Marmortische lag.*

—¡Por todos los profetas! —blasfemó el legionario, lanzando su equipo a un rincón—. ¡Nombrarme maestro a mi edad!

Le habían nombrado instructor de combate individual de los quintos que llegaban regularmente de las cárceles, de los cuarteles y de los campos. Se hacía cargo de ellos en cuanto habían recibido la cinta zbV.

—¿Por qué has aceptado, si no te gusta? —preguntó Hermanito, mientras mordía un pedazo de tocino que había robado al furriel de la 8.^a Compañía.

El pequeño legionario se encogió de hombros, encendió uno de sus perpetuos cigarrillos, echó el humo por la nariz y apoyó pensativamente el extremo encendido sobre una abeja medio muerta que se arrastraba por la mesa.

—Y tú, ¿por qué te has hecho soldado?

—Es fácil responder —replicó Hermanito con la boca llena de tocino—. Podía escoger entre ser esclavo de un campesino hipócrita, o entrar en las fuerzas armadas. A los dieciséis años, me alisté en la Caballería. No me aceptaron. Dijeron que era demasiado corpulento. Me enviaron a la Infantería, después de darme varios puñetazos en los hocicos, de propina. Allí, destruí a todos los oficiales con mis marchas. Sólo colocando sin cesar un pie delante del otro. En pocas horas quedaban listos. Se imaginaban que podrían vencer a un chaval del orfanato. Me obligaban a comer tierra del campo de maniobras. Luego, durante ocho días, cagaba como un gusano. Pero, de todos modos, era mejor que trabajar para un maldito campesino. Y ahora, estoy aquí.

El legionario asintió.

—Naturalmente, cantarada. No conozco ni el orfanato ni el reformatorio, sino sólo el hambre y el paro forzoso. Bueno, escapé del avispero alemán una noche lluviosa de 1932. Fui a París, donde esperaba encontrar el sol. Pero resultaba tan triste como Berlín. Me hice adoptar por una puta que encontré en el Boulevard Saint-Michel, esperando el autobús que iba a Luxemburgo. Me enseñó a hablar el francés. Me convertí en su matón. De repente, tuve a la poli tras de mí. De toda las puertas malditas, escogí la peor, la que conduce a la oficina de alistamiento de la Legión Extranjera. Me recibió un sargento, que me enseñó un papel, mientras reía ruidosamente. Fuera, me esperaban los polis.

—¿Qué prefieres? —me preguntó el sargento—. ¿La libertad con nosotros o una estancia prolongada en el fuerte de Saint-Martin-de-Rá?

En aquel momento, uno de los polis asomó la cabeza por la puerta, y aquello decidió el resto de mi vida. Alá había escogido. Cuatro semanas más tarde, estaba comiendo arena cerca de Casablanca. Olvidé a Jeannette y encontré a otra llamaba Aischa. El mismo temperamento. Ésta vivía en el barrio negro.

El legionario se echó en su litera, junto a la ventara y le gritó a un recluta:

—¡Vamos, vamos, cerdo! Límpiame el equipo a toda marcha. ¡Y procura que cuando hayas terminado brille todo como la plata!

Tiró una bota al aterrado recluta, un viejo de sesenta y tres años que había de morir como un héroe a orillas del Dnieper, al norte de Kiev.

SALIDA HACIA EL FRENTE

Al día siguiente, durante el ejercicio de tiro de la Compañía ocurrió un hecho lamentable. El *Feldwebel* Brandt fue muerto en el refugio del puesto de observación. Cuatro balas le dieron exactamente en mitad de la frente. Arrestaron al oficial de vigilancia durante algunas horas, pero después, le dejaron en libertad.

Mientras cargaban al muerto en un camión, entre cajas vacías de municiones y material de limpieza, *Hermanito* le dijo a Porta con satisfacción:

—¡Parece mentira lo que pesa un cadáver! Sería lógico que fuera más ligero, después de haberse quedado sin alma.

Subieron al camión. Porta sacó una baraja. Se instalaron a ambos lados del cadáver, y lo utilizaron como mesa. Porta sacó una botella de «schnapps» del bolsillo y se la ofreció a *Hermanito*.

—Julius y yo hemos disparado en el mismo instante —dijo *Hermanito*, sin sonrojarse—. Le hemos dado de lleno. —Bebió y se seco los labios—. Gracias a Dios que nos hemos librado de este cretino.

Porta rió entre dientes.

—¿Te has fijado cómo han palidecido las demás ratas de la guarnición? Saben que nos lo hemos cargado a conciencia, pero no pueden demostrarlo. ¿Cuánto te apuestas a que esta noche podremos beber toda la cerveza que queramos, sin tener que sacar la pasta?

Escupieron sobre el cadáver.

—¿Crees que ahora estará en el infierno? —preguntó *Hermanito*.

—No cabe duda —replicó Porta—. ¿Crees que el buen Dios querrá saber nada con él?

—¿Crees tú que el buen Dios querrá saber algo con nosotros, Porta?

—Cállate y juega. No hables de esto.

—Sus sesos han quedado esparcidos por el suelo.

—No debía de tener muchos —opinó Porta.

—Estaba casado —prosiguió *Hermanito*—. Visitaré a su mujer y me acostaré con ella. Así no habrá perdido nada.

—¡Qué buen corazón tienes!

Vaciaron la botella y la tiraron por la parte posterior del camión.

Porta echó un naipe sobre el vientre del cadáver y anunció, triunfalmente:

—Arrastro.

Llegaron tarde al cuartel, y opinaron que era mejor dejar que el cadáver pasara la noche en el camión.

Dos días más tarde, cuando el Regimiento acababa de recibir la orden de prepararse para la marcha, un pequeño destacamento de tropas de refresco desfiló por el patio del cuartel. Todos nos habíamos acomodado a las ventanas del edificio de la 5.^a Compañía.

De repente, *el Viejo* se sobresaltó.

—¡Vaya, Alfred! ¿Has visto quién está ahí, el segundo de la tercera fila?

El pequeño legionario rió en voz alta.

—Alá es sabio. Alá es justo. El *Stabsfeldwebel* Stahlschmidt. Sea bien venido.

El Verraco levantó la mirada. Reconoció al legionario y a *el Viejo*, palideció y pegó un codazo a *el Buitre*, que estaba a su lado.

—Verdaderamente, estamos a la puerta del infierno. Que tenga cuidado Stever, si le encuentro alguna vez cuando hayamos perdido la guerra.

—Stahlschmidt, sé de qué hablas, sé lo que piensas. Pero métete esto en la cabeza: ya no te conozco.

Porta lanzó un aullido.

—¡Heil SS! ¡Ya estás entre nosotros! ¡Y sólo cinco minutos antes de la salida del tren!

En el centro de la columna, un soldado mortalmente pálido levantó la mirada.

En el cuello verde de su chaqueta se distinguía aún la marca de los escudos negros de las SS. Unos hilos oscilaban movidos por el viento. Llevaba una trompeta plateada en el hombro, unida al cordón amarillo de la Caballería.

Era el ex chófer del SD *Standartenführer* Paul Bielert.

El *Hauptfeldwebel* Edel recibió a los novatos de la manera acostumbrada:

—Pálidos gandules, sed bien venidos entre nosotros. Las pasaréis moradas antes de llegar al frente del Este. Soy muy bueno y comprensivo con los que quiero; pero a vosotros no os quiero. Para mañana y pasado mañana, servicios de letrinas para todos. Y prefiero aclarar en seguida que quiero que los cubos brillen como la plata.

El coronel Hinka se acercó lentamente. Su capote gris de cuero brillaba a causa de la humedad. Bajo la visera mostraba una ancha sonrisa juvenil. Movié la cabeza.

Edel dio media vuelta, hizo chocar los tacones, saludó, y gritó al estilo de un

suboficial experimentado:

—Mi comandante, el *Hauptfeldwebel* Edel, de la 5.^a compañía, a sus órdenes con veinte hombres de refresco.

Hinka rió suavemente, miró de reojo hacia las ventanas en encontrábamos.

—¡Gracias, *Hauptfeldwebel*! Caliente un poco a esos muchachos, para que se sientan como en su casa. Creo que daremos el mando al suboficial Alfred Kalb.

—Bien, mi comandante —repuso Edel, siempre obsequioso.

El pequeño legionario estaba ya a la puerta, vestido para el ejercicio. Dirigió un saludo impecable al coronel Hinka, quien respondió al mismo.

—Suboficial, habría que calentar a estos muchachos para que se sientan a gusto en nuestra casa. Pero saludémosles primero.

Lentamente, les pasó revista, seguido del legionario y del *Hauptfeldwebel*. Se detuvo frente a *el Verraco*.

—¿Nombre?

—A sus órdenes, mi coronel, el *Stabsfeldwebel*...

Hinka, que había echado una ojeada a su documentación, le interrumpió:

—¡Viene usted de la cárcel de la guarnición! ¡Numerosos servicio en ella y nunca ha estado en el frente, pero pronto irá! Somos de Regimiento de choque y siempre estamos donde el jaleo es mayor. —Meneó la cabeza—. ¿Le han destituido por malos tratos a los prisioneros?

—Se trata de un error, mi coronel —protestó *el Verraco*, con voz débil.

—Desde luego, *Stabsfeldwebel* —replicó Hinka, riendo—. Siempre que nos mandan a alguien es por error.

El legionario miró fijamente a *el Verraco*, se abrochó un botón del bolsillo de su cazadora y sonrió fríamente.

Prosiguieron. Hinka se detuvo frente a *el Buitre*.

—Otro más de la cárcel de la guarnición. Han hecho una limpieza a fondo.

Prosiguieron su paseo ante los hombres alineados. Cuando el legionario pasó por delante de *el Buitre*, gruñó:

—Bueno, sal de la fila. Ve a presentarte al *Obergefreiter* Porta. Servicio de letrinas.

Hinka se detuvo ante el ex SS y señaló su trompeta.

—¿La toca usted?

—Sí, mi coronel. El *Unterscharführer* Rudolph Cléber, antiguo corneta en el Regimiento de Caballería SS «Florian Geyer».

—Corneta —repitió Hinka—. ¿Por qué estás aquí?

—Mercado negro y robo, coronel.

—¿Qué has robado?

—Patatas y azúcar, coronel.

—Observo que has olvidado decir mi coronel, soldado. Así se dice en el Ejército. Suboficial Kalb, enséñele buen modales a este tipo.

—Sí, mi coronel. ¡A tierra, soldado! ¡Veinte veces seguidas! —siseó entre dientes.

Y, sin comprobar si la orden era obedecida, dio exactamente dieciséis pasos en pos del comandante del Regimiento.

Examinaron a los hombres uno tras de otro.

El coronel Hinka comprobó secamente el motivo de su venida al 27.º. El examen de algunos fue muy rápido. El de otros resultó más extenso. El coronel saludó distraídamente y desapareció, seguido por el *Hauptfeldwebel* Edel.

El pequeño legionario ladeó la gorra sobre el ojo izquierdo soñaba con que era el quepis blanco francés. A pesar del reglamento, colocó un cigarrillo en un rincón de la boca, a la francesa.

—¡Escuchadme bien, novatos! —ladró, sin que se moviera el cigarrillo, cosa que sólo un francés era capaz de hacer—. Os, aconsejo que me escuchéis con atención, bastardos. He sido soldado en la Legión Extranjera. Después, tres años en un Batallón especial, y luego, la prisión militar de Torgau. Soldados atended bien.

Hizo chocar sus tacones, se ladeó aún más la gorra, encendió otro cigarrillo...

—¡Firmes! ¡Derecha! ¡En columna, de frente! ¡Media vuelta a la izquierda!

Se dirigieron al campo de ejercicios, detrás de los garajes donde nadie podía verles. Marchaban marcando el paso de la oca.

El Viejo rió suavemente al verles desaparecer.

—*Anda o Revienta* se siente a gusto. Es una venganza personal.

El pequeño legionario les hizo correr sobre las piedras, de un lado para otro.

El coronel Hinka, cansado, recostado en el flanco rugoso de un tanque «Tigre», observaba el desarrollo del ejercicio disciplinario, ordenado en una mezcla de francés y alemán. Esto no acababa de gustarle. No era completamente reglamentario. Era el resultado de muchos años de rígida educación, ocho entre los franceses, seis con los prusianos, lo que se materializaba sobre las piedras del cuartel.

—¡Destacamento, en marcha! ¡A la carrera! —gruñó el pequeño legionario. Les hizo arrastrarse por el barro hasta que casi se ahogaron. Les hizo trasponer el foso. Se rió al contar las cabezas que asomaban. Vociferó—: ¡Mil diablos, esto es un deber! No me reprochéis, camaradas. Os haré más resistentes que el peñón de Gibraltar! ¡De bruces! ¡Comeos el barro, ya respiraréis después!

Hinka rió, Edel rió.

Aquello era la Legión. La receta para conseguir los mejores soldados del mundo.

—Bien, camaradas, más de prisa, a la carrera —rugió el legionario, encaramado en una caja vacía. Les hizo correr en todas direcciones, por encima de las piedras. Los hombres se hundían en el barro como proyectiles.

—¡*Saperlotte*, a ver si os movéis, pandilla de gandules!

De repente, sintió miedo de destrozarse la garganta y cogió su silbato. Primero, les explicó el significado de los pitidos. Primer pitido, a la carrera. Segundo pitido, cuerpo a tierra. Tercer pitido, saltar con los pies juntos.

El legionario silbó durante dos horas. Los hombres empezaron a debilitarse. Él blasfemó en francés.

El coronel Hinka se reía. Edel se reía, considerando que su deber era imitar al coronel. Éste indicó al legionario que se detuviera. No quería muertos en el Regimiento durante los ejercicios especiales.

El legionario terminó con una hora de marcha a paso de desfile, alrededor del cuartel, en la arena blanda.

Repartieron a los veinte hombres entre los dormitorios del cuartel. *El Verraco* vino a parar con nosotros. Le dieron un armario, donde guardó sus cosas. Su rostro estaba empapado de sudor. Se mostraba silencioso y sombrío.

—Te has quedado sin llaves —comentó alguien.

El Verraco prefirió no contestar.

El legionario entró y se le acercó.

—No te confundas respecto a lo que ha ocurrido hoy. Lo he hecho especialmente para ti, no para los demás. Tú has visto morir a nuestro jefe, pero antes le has maltratado.

—No he sido yo —se defendió *el Verraco*.

El legionario sonrió siniestramente.

—Stahlschmidt, escúchame bien. Nos importa un bledo saber lo que hayas podido hacer. Aún no hemos podido echarle el guante a tu acólito. Os ha liquidado a ti y a *el Buitre*. Ha sido más listo que vosotros. Aquí vamos a convertirte en un héroe, en un maldito héroe. Cuando me hables tienes que llamarme mi suboficial. ¿Entendido?

—Bien, mi suboficial —jadeó *el Verraco*, mientras hacía chocar sus tacones lo mejor que supo.

El legionario dio media vuelta y se marchó.

El Verraco siguió ordenando sus cosas, desplazó las botas de *Hermanito*.

—Has tocado mis botas —gruñó éste, que se había sentado en lo alto de su litera para comerse un salchichón.

—Tus botas me las paso por donde yo sé —replicó *el Verraco*, provocativo.

Hermanito se encogió de hombros y siguió comiendo a salchichón. Cuando lo hubo terminado, se limpió la boca en el dorso de la mano, sacó lentamente una pierna de la litera y saltó con habilidad al suelo. Con un gruñido sordo, se dirigió y hacia *el Verraco* y le tocó un hombro. En el mismo segundo en que *el Verraco* volvió la cabeza, el puño de *Hermanito* voló por el aire y chocó sordamente en su barbilla. Sobre *el Verraco* cayó una lluvia de golpes, hasta que estuvo en el suelo, retorciéndose como una anguila. *Hermanito* le volvió boca abajo y saltó dos o tres

veces sobre su trasero. Después, regresó a su litera, sacó dos cervezas de debajo del colchón, las descorchó con los dientes y bebió al mismo tiempo de ambas botellas, acrobacia que era el único que sabía realizar. Arrojó las botellas vacías contra *el Verraco*, quien recuperaba lentamente el sentido y rezongó:

—Rata de prisión, tú lo has querido. Tus deseos se han cumplido.

El Verraco ni siquiera chistó. Se dejó caer en el suelo, encorvado y jadeante. Para él empezaba una nueva era. Desde entonces, le tocaría a él recibir los golpes.

Porta y el SS salieron juntos del cuartel. Se les vio juntos en numerosas tascas, donde sostuvieron conversaciones en voz baja con prostitutas y matones. Cogieron taxis. Tenían prisa.

Muy avanzada la noche, recorrieron paseando el sendero de Landungsbrücke, hasta la Escuela de Navegación, detrás del Hospital Militar. En lo más alto de la colina había un banco, en el que se sentaron. Contemplaron pensativamente el fuerte y escucharon el sordo ruido de los remachadores del arsenal, mientras contemplaban las chispas de los sopletes que formaban surtidores de fuegos artificiales.

—Si tocas tan bien como dices, deja que te oigamos —exigió Porta—. Si quieres que nuestro coronel te aprecie, hay que saber tocar como los ángeles.

El antiguo SS Rudolph Kleber asintió con la cabeza y sacó una trompeta de plata del estuche que tenía junto al banco. Del bolsillo extrajo la boquilla, envuelta con varias capas de papel de seda, sopló para probarla y después, con un recogimiento casi religioso, la atornilló a la trompeta. Era una boquilla muy cara. Se llevó el instrumento a la boca, mirando de reojo a Porta, quien observaba las chispas de los arcos voltaicos.

—Era corneta en el Regimiento F6 —explicó Kleber—. Ya sabes, los que tienen los caballos ruanos. Toqué en Nuremberg, en el gran desfile.

—¡No hables tanto, recluta, y toca! No creo que seas tan buen como dices.

Kleber inspiró profundamente. Las primeras notas resonaron sobre el Landungsbrücke. Era una fanfarria de Caballería.

Porta no se dejó impresionar.

Después, tocó una fanfarria de Infantería.

Tampoco esto impresionó mucho a Porta.

El SS le miró.

—¿Qué quieres oír, Joseph Porta? Dime lo que prefieras.

—¿Qué sabes tocar? —preguntó Porta, con indiferencia, mientras pegaba un fuerte puntapié a un tapón que había en el suelo.

El SS contempló el oscuro río.

—¿Qué te parecería un *blues*? Un *blues* prohibido, como los que gustan en Ultramar.

Porta asintió.

—Sí, pero procura no estropearlo. Son tantos los que afirman que saben tocar un *blues*.

Kleber se llevó la trompeta a los labios y sopló con toda su alma. Sabía lo que arriesgaba. Las notas ascendieron hacia las oscuras copas de los árboles. Era como si todo Hamburgo despertara de su sueño para escuchar. Kleber se levantó del banco, llevando el ritmo con el pie derecho; esbozó un paso de baile, con la trompeta levantada hacia el cielo. La luna asomó por detrás de las nubes y se reflejó en la brillante trompeta.

—No esta mal —dijo Porta—. Continúa.

Compareció un agente de policía. Su casco brillaba. Kleber se adelantó, con una mano extendida hacia el agente, siguió tocando sin dejar que le interrumpieran.

—*Memphis Blues*, una vieja melodía —murmuró el policía, llevando el compás.

Se quitó el casco, se pasó una mano por el pelo y se sentó junto a Porta.

Comparecieron dos beldades nocturnas.

Kleber tocaba como si le fuera la vida en ello. Lanzó una mirada a Porta.

—No está mal —dijo éste.

Silbó una melodía.

—¿Conoces ésta?

El SS se llevó la trompeta a los labios y empezó a tocar *Deep River*.

Era como si todos los insectos empezaran a cantar en la noche estival. Los pájaros agitaban sus alas en los arbustos y levantaban sus picos hacia la luna vestida de terciopelo.

El policía y las mujeres bailaban cogidos del brazo. Se percibía el ritmo de los prisioneros encadenados en los campos de trabajo. La Infantería en marcha. Las monturas de la Caballería. Los reflejos en los sables en el sol poniente. El rugido de millares de tanques que calentaban sus motores. El roncar de los camiones. El gracioso ballet de unas frágiles danzarinas.

Sin aliento, el SS se detuvo.

—¿Qué te parece, *Obergefreiter* Porta?

Éste sonrió.

—No está mal. Pero podría estar mejor.

—Maldita sea, ¿qué es todo esto? —preguntó el policía, volviendo a cubrirse con el casco.

—¿Crees que soy lo bastante bueno para convertirme en corneta de vuestra Compañía? —preguntó Kleber sin mirar al policía.

Este y las mujeres se miraron. Guardaron silencio. Habían comprendido. Allí ocurría algo que escapaba a su comprensión. Se trataba de escoger a alguien capaz de embellecer la muerte de los parias de este bajo mundo. De repente, tuvieron la intuición de otro mundo distinto al de ellos, en el que los hombres se convertían en

niños antes de recibir el beso glacial de la muerte.

—También sé tocar *La muerte del músico* y *Viva la muerte* —aseguró el SS, entusiasmado.

Porta le hizo un ademán.

—¡Adelante!

Luego, la trompeta empezó a llorar, a sollozar. Su inmenso pesar hablaba de la muerte, de la muerte del músico. Del músico que tocaba hasta romper las cuerdas de su violín.

El SS se inclinó y sopló hacia el suelo, como si quisiera caldear la tumba fría del músico muerto. Con lentitud, fue echándose hacia atrás, doblando por completo la nuca, y envió sus notas hacia las nubes errabundas.

—Viva la muerte, viva la muerte ^[35]: El músico ha muerto.

—De acuerdo —decidió Porta, palmeteoando la espalda del otro—. Serás nuestro corneta.

—Gracias —murmuró el SS—. La trompeta es mi vida.

Se levantaron y se marcharon sin hacer caso del policía y de las mujeres. Rodearon el «Instituto B. Nocht». Recorrieron el largo camino hasta el cuartel. De vez en cuando, se detenían y tarareaban una melodía.

—¿Conoces ésta?

Desfilaban los grandes nombres del jazz.

—Esta me gusta mucho.

Porta se detuvo en la colina situada frente a la iglesia bombardeada de Königin Allee, cogió la flauta que guarda en el interior de una bota y tocó *Rapsodia en Azul*.

Kleber le secundó con su trompeta. Un guardia que les molestó con un rugido a la prusiana, fue enviado a rodar por Porta, sin necesidad de interrumpir la melodía ni un segundo.

Ocho días más tarde, el 27.º Regimiento recibió la orden de marcha.

En el cuartel reinaba una actividad febril. Aún no se nos había designado jefe. Se decía que lo tendríamos más tarde, que se uniría a nosotros durante el transporte hacia el frente.

El coronel Hinka acudió en persona para acompañarnos. El mismo había sido jefe de la 5.ª Compañía. Conocía bien a todos los veteranos. Recibió el parte final del *Hauptfeldwebel* Edel, se frotó pensativamente la barbilla y echó una ojeada a los nombres. Después, se cuadró y dejó oír su voz de mando.

—¡5.ª Compañía, media vuelta, derecha!

El Viejo y *Barcelona* comprobaron la alineación.

Hinka se balanceó sobre sus rodillas.

—¡Firmes! ¡En columna de marcha, media vuelta, derecha! ¡Compañía, alto! ¡El músico de la Compañía, en el flanco derecho!

Kleber salió precipitadamente de la última fila y se situó, a la derecha, tres pasos por delante del que iba en cabeza. Levantó por tres veces la trompeta. Después, tocó la fanfarria de despedida, mientras toda la Compañía guardaba silencio.

*Adiós, viejo cuartel,
adiós, dormitorios pestilentes.*

Kleber apoyó la trompeta en su cadera izquierda.

Sonriente, Hinka ordenó:

—¡Armas al hombro! ¡De frente, marchen!

Kleber volvió a tocar. Las notas resonaron entre las paredes grises.

Porta asintió con la cabeza y pegó un codazo al legionario.

—Volvemos a tener un verdadero músico, ¿eh?

Lentamente, el largo tren de mercancías abandonó la estación de Hamburgo. Estuvimos a punto de marcharnos sin Porta. Había ido a despedirse de tres muchachas sobre un montón de paja. Cuando le encaramamos en el vagón de ganado, llevaba las bragas azules de una de ellas alrededor del cuello.

En aquel momento, en el vagón de Estado Mayor, el coronel Hinka abrió el sobre cerrado. Lo alargó a su adjunto, el teniente Wegener.

Éste lo leyó en silencio:

GEKADOS

El 27.º Regimiento Blindado en misión especial. El regimiento se pondrá a las órdenes directas del alto mando de la Wehrmacht, como reserva para el grupo de asalto blindado de MONTE CASSINO.

Fin



SVEN HASSEL, (nacido en Frederiksborg, Dinamarca, el 19 de abril de 1917) es el seudónimo del escritor danés Boerge Villy Redsted Pedersen. Es hijo del oficial austriaco Peder Oluf Pedersen, y Hansinge Hassel (danesa), más tarde el joven Boerge tomó el apellido de soltera de su madre y desde entonces se llamó Sven Hassel.

La crisis generalizada de 1930 le obliga a emigrar a Alemania en busca de trabajo. En 1931, a los 14 años de edad, se enrola en la marina mercante como mozo de cabina, dando la vuelta al mundo. En 1937 se alista en el ejército alemán y es destinado al 7.º Regimiento de Caballería, donde se le obliga a nacionalizarse para permanecer en filas. En cuanto lo hace, es trasladado al Panzerregiment 2 (2.º Regimiento de Carros de Combate) en Eisenach. Su regimiento participó en 1939 en la invasión de Polonia. En 1941 sirve como Gefreiter (Cabo) de su regimiento cuando deserta y es condenado a rehabilitación en una prisión militar. Tras su paso por un campo de trabajos forzados, es reincorporado al ejército en el 27.º Regimiento de Panzers, un Batallón Disciplinario. Hasta el final de la guerra, Sven participó en todos los frentes del ejército alemán a excepción de África (debido a que su barco es hundido en el trayecto a África). Herido múltiples veces, llega a recuperar sus galones y acaba la guerra como Leutenant (Teniente), recibiendo la Cruz de Hierro de 1.ª y 2.ª Clase, además de otras condecoraciones Finlandesas e Italianas.

Al finalizar la guerra, se rinde a los rusos en el Parque Tiergarten de Berlín, a un paso del búnker de Hitler en la Cancillería y es internado en varios campos de prisioneros. Mientras está en prisión, comienza a escribir su historia, como un

homenaje a sus camaradas muertos en combate. Al ser liberado en 1949, ingresa a la Legión Extranjera donde conoce a Dorthé Jensen con quien se casa en 1951, luego de cambiarse el nombre por Villy Arbing, en 1950. Consigue trabajo en una fábrica de automóviles y luego su esposa lo anima a publicar su primer libro, apareciendo así "De Fordometes Legion" (La Legión de los Condenados), en 1953.

En 1957 una enfermedad que contrajo durante la guerra le postra en cama durante casi dos años. Al recuperarse continúa escribiendo sus novelas. En 1964 se muda a Barcelona donde sigue viviendo hasta la fecha. En total ha vendido más de 50 millones de copias en 18 idiomas.

En sus apasionantes libros narra la historia de seis soldados alemanes que viven siempre al borde del reglamento, algunos de ellos provenientes de batallones de castigo. Es un equipo de compañeros y camaradas en el frente, que viven el horror del combate en varios escenarios (Messina, Stalingrado, Francia, ...) donde con una imaginativa y apasionante narrativa describe las vivencias del soldado alemán común, representadas en sus personajes, y de como salvan, presencian o viven situaciones que afectaron al combatiente alemán en los más difíciles escenarios de guerra.

Un aspecto peculiar destaca de este grupo de soldados y es que están en contra del antisemitismo que normalmente mantenían muchos soldados de la Wehrmacht, en algunos capítulos incluso llegan a ocultar judíos perseguidos por las SS.

La canción que tararean en los labios antes del combate es: —" Ven, dulce muerte, ven a mí..."—

Sus personajes:

El legionario: Soldado de vasta experiencia en el frente, con un sin fin de ardidés y tretas que usa para su beneficio. Sirvió en la Legión Extranjera francesa. Un cigarrillo Caporal permanentemente encendido en sus labios es su seña de identidad.

El viejo: El combatiente alemán de mayor edad, es el jefe de la sección (sargento). Por su experiencia y humanidad representa un seguro de vida para todos los demás miembros de su sección. El frente de combate es su refugio para ocultar una tragedia personal, sin guerra él no existe.

Hermanito: Es el soldado bruto del equipo, gigantón de fuerza hercúlea, pero de cerebro minúsculo, que actúa casi por instinto. Compañero de aventuras de "Porta" y habitual saqueador de cadáveres, su especialidad son los dientes de oro y las reyertas de taberna.

Julius Heide: Es el típico soldado nazi fanático, que aplica el reglamento hasta en

las situaciones más inverosímiles, lo cual no es obstáculo para que sea un soldado insuperable en combate. Terminó siendo un alto oficial de Alemania del este.

Porta: Es el típico soldado buscavidas, juerguista y mujeriego, frío para actuar en combate, pero que cohesiona el grupo con su cálida amistad y camaradería. Es, además, un consumado trompetista y cocinero. Su característica es usar un sombrero alto de copas amarillo cuando no hay oficiales presentes. Muchas de las historias orbitan en torno a sus vivencias.

Barcelona: Sargento, al igual que "el Viejo", ha participado en la Guerra Civil Española. De ella proviene su apodo, muchas expresiones en castellano y una vieja naranja arrugada que siempre tiene en el bolsillo.

Gregor Martin: chófer del mariscal de campo Von Kluge en "General SS". Amigo y compañero de aventuras, sobrevivió a la guerra.

Sven: Sven Hassel se representa a si mismo en este personaje que es como el joven soldado granadero adjunto al grupo.

El más extraño personaje de todos es sin duda alguna, el Stabsgefreiter Albert Mumbuto, por ser de raza negra. Antes que comenzara la Segunda Guerra Mundial en Alemania había unos doscientos mil negros procedentes de las ex colonias alemanas en África, las cuales les fueron quitadas a Alemania por el Tratado de Versalles. Algunos otros habitantes de raza negra procedían del Sarre, descendientes de miembros de la Legión Extranjera que vivieron en esa zona francesa que luego volvió a ser parte del territorio alemán. En unas entrevistas realizadas por la televisión inglesa a personas de raza negra, que vivieron en Alemania durante la época hitleriana, manifestaron que inicialmente fueron rechazados en el servicio militar, pero que al final fueron aceptados. Ninguno mostró fotografías o alguna evidencia de que efectivamente hubieran prestado servicio.

La vida de estos personajes en el frente es la esencia de los libros de Sven Hassel. En el punto de vista de Hassel, la guerra es brutal. En sus libros los soldados sólo pelean para sobrevivir, la Convención de Ginebra es un papel inútil para ambos bandos. Personas son asesinadas sin justicia ni razón. Pequeños eventos pacíficos y encuentros amistosos pueden ser rotos en segundos. Antipáticos oficiales prusianos constantemente amenazan a sus hombres con ejecutarlos sin ninguna provocación. Enfadados soldados en ocasiones asesinan a sus propios oficiales.

Su obra hizo que mucha gente en todo el mundo se interesara por la II Guerra Mundial desde el punto de vista alemán, un punto de vista en principio poco conocido.

Sus detractores:

El polémico periodista danés Erik Haaest ha estado años intentando rechazar la bibliografía de Sven Hassel. Según él, Sven Hassel es realmente un nazi danés que nunca peleó en el frente ruso. De acuerdo a Haaest, el autor estuvo la mayor parte de la guerra en la Dinamarca ocupada, y su conocimiento de la guerra viene de veteranos de las SS daneses que encontró después del conflicto.

De acuerdo con Haaest, Sven pasó la época de la guerra desempleado en Dinamarca, vestido con uniformes robados de oficial pretendiendo ser Himmler o algo por el estilo. Según Haaest, Hassel también robaba bicicletas en Copenhagen y las donaba al Partido Nacionalsocialista Danés. Después de ingresar a un cuartel vestido de oficial comenzó a dar órdenes a los reclutas hasta que fue descubierto y encerrado en una prisión por impostor y robo de uniformes.

En 1941-1942 fue arrestado nuevamente por intimidar a una mujer, vestido con uniforme y fingiendo ser un oficial. Episodios similares a este se cuentan por docenas, según Haaest. En 1944 Hassel viste un verdadero uniforme como miembro de la HIPO (Nacionalsocialistas daneses), en apoyo de la policía alemana, para desactivar a la Resistencia danesa. Siempre según Haaest, el autor pasó un tiempo en prisión después de la guerra, donde conoció a muchos ex combatientes daneses que lucharon en divisiones de las Waffen-SS.

Según Haaest, con esos testimonios, Hassel inventó cientos de historias sobre la guerra. Luego se buscó un escritor (probablemente su esposa, porque él es incapaz de escribir una línea, según Haaest) para que le ayudara a escribir "sus" historias en la primera novela. "Legión de los Condenados" fue un éxito rutilante y fue traducida a muchos idiomas lo que le aseguró a Hassel los medios para sobrevivir con comodidades y escribir sus siguientes obras.

Fue en esos días, dice Haaest, que Sven Hassel se casó. Según el periodista, la esposa de Hassel se vio involucrada en un enorme negocio de pornografía en toda Europa, actividad que le dio muchos dividendos.

Los profesionales nunca han considerado seriamente su obra como auténtica. Por ejemplo, había un regimiento 27 en el ejército alemán, pero no era un batallón de castigo. No había muchos tanques Tiger, y estaban organizados en batallones especiales, unidos a unas pocas divisiones de élite. No eran entregados a batallones de castigo.

Por esos fallos foros históricos y militares en internet, como Feldgrau.com y AxisHistory.com, no consideran sus obras como auténticas.

Verdad o no su biografía, lo cierto es que estamos ante un personaje que ha sabido transmitir "su historia" a través del punto de vista de un puñado de soldados alemanes y que estas historias se han traducido a varios idiomas, vendiéndose

millones de ejemplares en todo el mundo.

Sus libros:

La legión de los condenados (1953)

Los panzers de la muerte (1958). *Llevada al cine en 1988 International, filmada en Belgrado, Yugoslavia.*

Camaradas del Frente (1960)

Batallón de castigo (1962)

Gestapo (1963)

Monte Cassino (1963)

¡Liquidación París! (1967)

General SS (1969)

Comando Reichsführer Himmler (1971)

Los vi morir (1975)

La ruta sangrienta (1977)

Ejecución (1979)

Prisión GPU (1981)

El comisario (1985)

Notas

[1] Cuchillo siberiano de doble filo. [Volver](#)

[2] En francés en el original. [Volver](#)

[3] Prisión militar tristemente celebre. (Ver *Batallón de castigo*). [Volver](#)

[4] *Heeresdienstvorschrift* (Reglamento de Servicio del Ejército). [Volver](#)

[5] Es decir, que no lleva en su escudo el águila alemana. [Volver](#)

[6] Secreto de Estado. [Volver](#)

^[7] ¿Entiendes? (en ruso). [Volver](#)

[8] Señor. [Volver](#)

[9] Pequeño [Volver](#)

[10] Camaradas. *Volver*

[¹¹] Thälmann —Célebre batallón internacional durante la guerra española. [Volver](#)

[12] *Hiwis* = *Hilfsfreiwillige* (voluntario ruso). [Volver](#)

[13] Kriegsverdienstkreuz I Klasse (Cruz de Méritos de Guerra de I Clase). [Volver](#)

[14] Véase *Los Panzer de la muerte*. [Volver](#)

[15] Cohetes. [Volver](#)

[16] Véase *La legión de los condenados*. [Volver](#)

[17] *Sicherheitsdienst* (Servicio de Seguridad). [Volver](#)

[18] SHA = *Sicherheits hauptant* (Servicio Principal de Seguridad). [Volver](#)

[19] Policía criminal. [Volver](#)

[20] Suboficial de servicio. [Volver](#)

[21] Alexanderplatz (la Jefatura de Policía de Berlín). [Volver](#)

[22] Véase *Los Panzers de la muerte*. [Volver](#)

[23] *Feldgefangenenabteilung* (Sección penitenciaria). [Volver](#)

[24] Comando de asalto. [Volver](#)

[25] El contraespionaje. [Volver](#)

[26] En alemán, en el texto: *Rhun in Frieden, alie Seeleti!* [Volver](#)

[27] Batallón alemán de voluntarios comunistas. [Volver](#)

[28] Telefonista. *Volver*

[29] *Feldgefangenenabteilung* (campo disciplinario). [Volver](#)

[30] Campos de concentración. [Volver](#)

[31] Federico *el Grande*. [Volver](#)

[32] *Das Eiserne Kreuz II. Klasse* (La Cruz de Hierro de II Clase). [Volver](#)

[33] Boletín del Ejército. [Volver](#)

[³⁴] Kriegsverdienstkreuz I Klasse (Medalla de I Clase al Mérito Militar). [Volver](#)

[35] En castellano en el original. [Volver](#)